LA VICTORIA ERA ESTO

JOSÉ MANUEL PANCORBO

FINALISTA DEL VIII PREMIO HISPANIA DE NOVELA HISTÓRICA

Círculo Rojo
EDITORIAL

La victoria era esto

José Manuel Pancorbo de la Torre

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-1104-099-0

© Del texto: José Manuel Pancorbo de la Torre
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Ilustración de portada: Macarena Bravo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mis padres, gracias por todo.
A mi hermano, por tantos buenos momentos.
A Alba, por elegirme para compartir tu vida.

Primera Parte:
¿Cómo he llegado hasta aquí?

Domingo, 24 de julio de 1938, cerca del río Ebro

Son ya cerca de las diez de la mañana. Brilla el sol, tanto que duele la claridad que desprende; el calor se hace insoportable y solo la sombra de algún pino y el agua de mi cantimplora permiten que me evada de la canícula estival. Aunque lo que realmente me preocupa es lo que se está preparando para mañana, el inicio del fin del fascismo como comentan mis compañeros oficiales. Lo cierto es que no nos falta ardor combativo, y ahora podemos afirmar que somos realmente un ejército, lejos ya de las milicias sin orden ni disciplina que nos han hecho perder tantas y tantas batallas.

Desde abril nos hemos estado preparando para lo de mañana, son muchas las cosas que están en juego y no puede fallar nada. Es nuestra última bala y, si erramos el tiro, todo habrá acabado.

Mi compañero Manolo, sargento en mi compañía, minero de profesión y político de vocación, dice que se rumorea que los rusos por fin se han decidido a enviar un cuerpo de ejército, con sus oficiales y suboficiales, la élite del Ejército Rojo. Llevo escuchando esa misma monserga desde que empezó la guerra, y lo único que nos llega es material, de muy buena calidad, pero mal manejado. He visto batirse los T-26 rusos en campo abierto frente a los «negrillos» nazis y los FIAT Ansaldo italianos, con resultados magníficos, pero, como contrapartida, nuestros tanquistas, por mucho que me duela reconocerlo, no les hacen sombra a los rebeldes; ante la más mínima sospecha de quedar aislados, huyen como alma que lleva el diablo… Por eso, muchos aún tienen el anhelo de que los rusos se decidan a apoyar con su ejército a la República, aunque yo hace tiempo que

perdí esa esperanza.

Hay un trasiego continuo de maderos que se acopian junto a la ribera del río para empezar a construir a primera hora de la noche los pontones que nos permitirán pasar al otro lado. La gente del SIM (Servicio de Información Militar) dice que ni se imaginan lo que se les viene encima. Necesito creérmelo, ya he visto cómo se defienden los fascistas cuando están prevenidos y a la espera, no quiero que mis hombres tengan que pasar por eso otra vez.

Acarreando uno de nuestros «repartidores de correos», como yo les llamo, un mortero Valero de 81 mm, pasa el Sargento Cuadrado, un pacense que pudo huir de la masacre de Badajoz.

—Sargento, cuídeme ese repartidor, que mañana les tiene que mandar el correo a los fascistas.

El sargento esbozó una sonrisa y a duras penas acertó a decir:

—¡Marqués, que pesa un *poquino* el cacharro!

Ese «*poquino*» me recordó a mi tierra, mi Extremadura, y sí, todo el mundo me conoce como el Marqués. Ese apodo no es casual. Mi familia forma parte de esa nobleza venida a menos, y yo soy el mediano de tres hermanos; el mayor es Diego, heredero del marquesado, la pequeña es Victoria (se llama así en honor a la patrona de nuestro pueblo), y yo, Alonso Quiñones García de Paredes.

Primavera de 1930, Trujillo

Nací en la ciudad de Trujillo, en la calle Mingo Ramos, junto al Palacio de San Carlos, allá por 1912. Padre era el decimocuarto marqués de Gibranzos, y madre era descendiente directa de don Diego García de Paredes, el afamado Sansón de Extremadura y que, entre otras hazañas, luchó codo con codo con el Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba en Nápoles, y que además fue capitán de la guardia personal del papa Alejandro VI.

Mis padres, recalcitrantes conservadores, querían que se siguiera la tradición familiar; el hijo mayor, heredero; el hijo mediano, fraile (ya tenían escogida hasta la orden, Franciscana concretamente, por la gran devoción que mi madre tenía a San Pedro de Alcántara), y la hija menor, monja. Con mi hermano y mi hermana acertaron de pleno, pero yo siempre fui un verso libre. Quería estudiar, vivir, conocer el mundo, luchar contra las injusticias…

Ellos siempre me decían que, si escogía ese camino, sería un paria, que tendría que renunciar a mi rango y a mis apellidos, que me tendría que mezclar con el «populacho» como solían llamar al pueblo despectivamente. Aún recuerdo, con dieciocho años recién cumplidos,

la discusión que tuve con mis padres:

—Alonso, hijo mío, haz caso a tu padre, él quiere lo mejor para ti, tú eres joven, no sabes lo que te conviene.

Cada vez que escuchaba esas palabras, algo hervía en mi interior, ¿quiénes eran ellos para saber lo que me convenía y lo que no?

—Madre, yo decido sobre mí, ya he decidido marchar a Madrid y ni usted ni padre me lo van a impedir. Bien saben que el maestro don Remigio siempre les dijo que tengo muy buena cabeza para los números, y no quiero perder mi vida rezando y cultivando huertos. Quiero vivir, quiero casarme, tener familia, hijos… Quiero lo mismo que ustedes, lo mismo que mi hermano, ¿es eso tan difícil?

Los ojos inyectados en sangre de mi padre denotaban que no le gustaba en absoluto lo que estaba escuchando. Mirando a madre, dijo con voz ronca y seca:

—Por favor, Leonor, cierra la puerta, no quiero que esto que le voy a decir a este ingrato lo escuche nadie más, aparte de los presentes.

Mi madre se acercó a la puerta y suavemente la cerró. En ese momento, mis piernas temblaban, no sabía de lo que podría ser capaz mi padre, se acercó a mí, me agarró de los hombros, aproximó su cara a la mía y con voz resignada dijo:

—Alonso, espero que no te arrepientas, espero que no nos hagas sentir vergüenza, espero que cumplas tus sueños. No tengo fuerzas para seguir luchando contra ti. Tendrás una paga mensual de 400 pesetas…

No podía creer lo que estaba escuchando, mi padre, don Diego Quiñones Rodríguez de Fonseca, el marqués de Gibranzos, la persona más seria y recta que había conocido, daba su brazo a torcer:

—Padre, no sé qué decir, estoy tan…

Replicó:

—Calla, Alonso, y escucha. Como te decía, tendrás una paga de 400 pesetas mensuales, ni una más, ni una menos, aunque yo correré con los gastos de la universidad. Tendrás que buscarte alojamiento en Madrid, pagarte los libros, la ropa… Si te falta dinero, tendrás que trabajar, ese no es nuestro problema. Eso sí, solo te pongo una condición.

Eufórico, exclamé:

—La que sea, padre, la que sea.

Mi padre, con gesto severo, dijo:

—No consentiré ni un solo suspenso. Si un Quiñones decide estudiar es para ser el mejor de todos. En caso contrario, volverás e ingresarás en el convento de El Palancar, tal y como tu madre quiere.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y solo puede gritar:

—¡Padre! ¡Madre! ¡Gracias! Los quiero mucho.

Mi madre, con la típica expresión de quien se emociona al ver feliz

a un hijo, me dijo:

—Alonso, hijo, ¿cómo se llama eso que quieres estudiar?

Mi padre intervino rápidamente:

—Leonor, tu hijo quiere ser ingeniero de Caminos, Canales y Puertos… Igual que Aniceto, el hijo de don Felipe el Farmacéutico.

Mi madre frunció el ceño, me pareció evidente que no entendía a qué me quería dedicar:

—Madre, cuando sea ingeniero podré diseñar y construir caminos para llegar antes a los pueblos y ciudades, y presas para almacenar agua, y canales que la conduzcan a nuestras tierras y a las tierras de nuestros vecinos. Ya saben que las malas cosechas de los últimos años se deben a la falta de lluvias…

De forma súbita, mi padre exclamó:

—A la falta de lluvia y a la chusma campesina que está en huelga día sí y día también. ¡Malditos anarquistas!

Traté de calmarlo:

—Tranquilo, padre, sabe que ellos solo buscan mejorar sus condiciones, que son muy precarias.

Iracundo, respondió:

—¿Mejorar sus condiciones? A costa de las mías. Van a acabar con el legado de mis antepasados. ¡Malditos anarquistas!

Mi padre no era precisamente un exaltado republicano, más bien todo lo contrario, y seguía siendo fiel a la monarquía a pesar de que Alfonso XIII no era ni de lejos el mejor rey que había tenido España.

Volví a dar las gracias a mis progenitores y salí corriendo de palacio, bajé por la Cuesta de la Sangre hasta llegar a la plaza Mayor, y pasé junto a la estatua de Francisco de Pizarro, aún no hace un año que la instalaron, pero no creo que dure mucho. Finalmente entré a la iglesia de San Martín para dar gracias a Dios y a la Virgen de la Victoria, patrona de mi ciudad. Yo no he sido nunca muy practicante, pero sí que soy creyente, y lo que acababa de suceder en mi casa no podía ser otra cosa que un milagro.

***

El ir y venir de tropas con sus pertrechos es incesante. Algunos, los más curtidos, reflejan en su rostro la tensión de lo que está por venir, los más jóvenes sonríen y bromean presumiendo de sus ligues y novietas, ajenos a lo que se avecina. Sin duda, lo de mañana va a ser muy gordo.

Noto el sudor frío que recorre mi nuca. Es una sensación extraña, a casi cuarenta grados a la sombra tengo escalofríos. No, no estoy enfermo, es el miedo a lo que está por venir lo que me atenaza.

Los muchachos siguen pasando delante de mí, cargados con sus equipos, con sus alegrías y con sus penas. Ese trasiego de gente me

recuerda lo que viví cuando llegué a Madrid.

Septiembre de 1930, Madrid

Acababa de llegar a la Estación de Atocha, y para mí era casi la primera vez que visitaba la capital, aunque, a decir verdad, con apenas siete años acompañé a mi padre y a mi hermano en una recepción del rey. De ese viaje solo recuerdo que mi hermano no paraba de chincharme y que llovió sin cesar durante los tres días que estuvimos en la capital.

Cogí mis maletas y puse rumbo hacia la estación de metro de Atocha, era la primera vez que me subía a este tren subterráneo del que todo el mundo hablaba maravillas. Me sorprendió la cantidad de gente que se movía por los túneles, cada uno con sus pensamientos; era un río continuo de gente, algo que llamaba poderosamente la atención a un joven de provincias como yo.

Consultando los mapas existentes en los pasillos concluí que debía tomar la línea 1 en dirección a la estación de la Puerta del Sol, para posteriormente cambiar de tren y coger la línea 2 hasta la estación de Quevedo. Allí, en la misma calle de San Bernardo, había concertado una cita con el dueño de una pensión para alquilar una habitación durante todo el curso académico. Habíamos acordado una mensualidad de 125 pesetas por habitación con baño y ducha comunitaria. También estaba incluido el servicio de lavandería y los desayunos de lunes a sábado.

Cuando por fin llegué, conocí a los dueños de la pensión La Gloriosa, un matrimonio de un pueblecito de la provincia de Murcia llamado Alcantarilla. Él se llamaba Joaquín, y era bajito, con pelo canoso lacio y bigote a la moda. Ella se llamaba Fuensanta y tenía un largo pelo ondulado de color castaño claro. Sus mejillas sonrosadas y sus ojos verdes la hacían muy atractiva, aunque, claro, tenía edad como para ser mi madre.

En su pueblo regentaban una pequeña tienda de ultramarinos, y Joaquín trabajaba algunas noches como zapatero, echando una mano a su hermano. A Fuensanta nunca le gustó la tranquila vida de Alcantarilla, y como ella solía decir:

—Si Dios no nos quiere mandar hijos, que nos mande alegría para vivir.

Por eso convenció a su marido para vender sus propiedades e iniciar una nueva etapa en la capital. La apuesta era arriesgada, pero habían conseguido una buena suma con la que intentarían comprar algún edificio con el que ganarse la vida. Finalmente se trató de una

pensión a la que rebautizaron como «La Gloriosa» en homenaje a la fallida I República Española, de la que Joaquín recordaba:

—Fue el primer intento que tuvimos los españoles de liberarnos de las garras de los reyes, no pudo ser entonces, pero será pronto, no lo dudes.

Sus palabras me sonaron quiméricas entonces, pero acabaron tornándose proféticas.

La pensión no era nada del otro mundo, la habitación amplia, pero con humedades, el colchón de lana, las sábanas amarillas de tanto lavar y el armario suficiente para guardar la ropa de mi maleta. Eso sí, Joaquín había cumplido su promesa y colocó en el cuarto una mesa amplia, de comedor decía él, para poder estudiar la asignatura de Dibujo Técnico y desplegar mis planos sobre ella.

Estaba contento, no podía pedir más, iba a cumplir mi sueño, ser ingeniero de Caminos y vivir en la capital de mi país. Mi amado país.

Recuerdo aún mi primer día de clase como si fuese ayer, don Joaquín Delgado, profesor de Obras Hidráulicas, se dirigió a la clase con voz clara y nítida:

—Caballeros, ustedes están llamados a ser la élite de la sociedad, serán ustedes los que diseñen y construyan las bases del futuro de nuestro país. En este tiempo de zozobra política, nosotros marcaremos el camino del progreso económico de España.

Don Joaquín se refería al reciente cambio de Gobierno, la dimisión del general Primo de Rivera dio paso a la dictadura del general Dámaso Berenguer, apoyado por el rey Alfonso XIII. En aquellos días Madrid era un hervidero de republicanos, ya nadie o casi nadie tenía fe en el rey, unos le acusaban de traidor, otros de vividor, otros de irresponsable… Lo cierto es que pocos creían ya en la monarquía. Nada tenía esto que ver con lo que se vivía en mi Extremadura natal, donde Familia, Religión y Rey eran dogmas de fe, si bien, en algunas zonas aisladas del agro, como bien padecía mi padre, se estaba empezando a rebelar parte del campesinado.

Mi querido profesor don Joaquín era extraordinariamente joven para ser profesor titular de la Escuela de Caminos de Madrid, pero sin duda en cada clase que nos daba quedaba patente que no estaba ahí por regalo alguno, su conocimiento, dominio y control de todo lo relacionado con el agua era absoluto; a veces me sorprendía a mí mismo escuchando sus lecciones con la boca abierta.

***

El capitán de mi compañía, Gregorio Narváez, madrileño bajito con pelo corto y desaliñado, firme en sus convicciones y valiente como el que más, a menudo avanza a la vanguardia de las tropas y más de uno lo llama ya «el Inmortal», porque las balas parecen no querer tocarle.

También es cierto que su altanería y chulería le han acarreado algún que otro enemigo en la división.

Los días previos a una batalla a las órdenes del capitán Narváez son frenéticas, es capaz de imaginar mil y una situaciones teóricas y previene a sus subordinados sobre qué hacer en cada caso. Lamentablemente, en el fragor de la batalla, las cosas no son tan sencillas como se ven sobre un plano.

Parece que empezó ayer esta maldita guerra, y ya han pasado dos años. Que rápido pasa el tiempo… No fui consciente de ello hasta que llegué a la universidad.

Abril de 1931, Madrid

El curso avanzaba a la par que los avatares políticos, los días se me escapaban entre las manos. Yo estaba cumpliendo la palabra dada a mis padres, contaba mis exámenes por aprobados, y alguno de ellos con mención especial por parte del profesor. Pero sin duda el punto de inflexión definitivo en mi vida y en la de España lo supusieron las elecciones municipales del 12 de abril del 31. En las grandes capitales ganaron los candidatos republicanos, lo que desató un fervorín antimonárquico que desembocó en la huida del rey y la proclamación de la II República Española el día 14, esta por la que muchos han dado ya su vida, y otros muchos estamos dispuestos a darla.

Recuerdo aquel 14 de abril con entusiasmo, éramos miles los jóvenes que desde la Ciudad Universitaria nos dirigimos a través de la calle Princesa a la Puerta del Sol. Nos habían llegado rumores de que el rey había huido y se había proclamado la República.

La cara de mis compañeros era una mezcla de ilusión, alegría, miedo e incertidumbre. Ilusión porque por fin parecía que los políticos progresistas se decidían a coger las riendas del país. Alegría porque éramos conscientes de ser protagonistas de un momento histórico en la vida de nuestra nación. Miedo a lo desconocido, todavía algunos de mis compañeros decían que más valía malo conocido… E incertidumbre porque en España los ruidos de sables nunca habían dejado de ser una amenaza constante.

En cualquier caso, yo era totalmente feliz, quería cambios, quería que mi España se pareciera al resto de Europa, quería modernidad, progreso, igualdad…, y la República prometía colmar todas mis aspiraciones.

Pero ese día fue inolvidable por otro motivo. Entre la muchedumbre, entre las banderas, a través de los brazos al viento la vi. Estaba allí, eufórica como yo, media melena oscura, cara dulce, angelical. Llevaba un vestido rojo con un poco de vuelo, y una rebeca blanca de lana, pues aún hacía fresco. En la cabeza, portaba un sombrerito a juego con el vestido.

No pude evitarlo y me acerqué; apenas acerté a balbucear:

—¡Viva la República, compañera!

Ella me miró extrañada y me dijo:

—Perdone, ¿nos conocemos?

Yo me sentí avergonzado y tras disculparme di media vuelta, pero ella me agarró del hombro y me dijo:

—Caballero, no le conozco, pero sí… ¡Viva la República!

Me ruboricé y grité:

—¡¡Viva!!

Ella, sonriendo, me dijo:

—¿Cómo te llamas, compañero?

Le devolví la sonrisa y respondí:

—Alonso, Alonso Quiñones. ¿Y usted?

La joven me volvió a sonreír y me dijo:

—Yo me llamo Laura Ramírez. Encantada de conocerle, Alonso Quiñones.

Me sonrojé de nuevo y le dije:

—Encantado, Laura.

Estaba deseando continuar la conversación, y no paraba de pensar en una frase que pareciera inteligente, que llamara su atención, pero apenas me dio tiempo, Laura me espetó:

—Bueno, Alonso, ¿qué hace por aquí un señorito como tú?, sabrás que la República va a acabar con vuestros privilegios…

Yo no sabía qué responder, y tampoco sabía cómo habría podido ella averiguar mi origen, por eso le cuestioné:

—Disculpe, señorita Laura, no sé cómo ha llegado usted a la conclusión de que soy un señorito. Sepa usted que…

No pude terminar mi defensa, ella me interrumpió de forma brusca:

—Compañero Alonso, esa chaqueta de lana virgen y ese pantalón de sastre te delatan. Ninguno de los que estamos aquí podríamos permitirnos ni la manga de tu chaqueta.

Jamás había reparado en la calidad de la ropa, mi madre me la encargaba, y yo me la ponía, por eso no entendía cómo Laura a simple vista pudo averiguar tanto. En mi defensa argumenté:

—No es cierto lo que usted dice. ¿Cómo sabe tanto de trapos?

La joven dejó de sonreír y con gesto serio me dijo:

—Mira, señoritingo, llevo desde los doce años trabajando en una fábrica textil, por lo que no permito que cuestione lo que le acabo de decir. Eso es todo. Buenos días.

Una fuerte desazón invadió mi corazón, no podía permitir que nuestra conversación terminara así, rápidamente respondí:

—Perdone, señorita Laura, es cierto, la ropa ha de ser de calidad, aunque jamás reparé en ello, si me permite, le puedo explicar…

Ella volvió a mirarme con indiferencia, yo insistí:

—Por favor, señorita, permítame explicarme…

Finalmente accedió. Le conté mis orígenes extremeños, el marquesado de mi padre, mis estudios en la politécnica… La conversación fue animándose y acabamos tomando unos vinos cerca de la Plaza de España para celebrar la llegada de la República.

***

Mientras reviso mi MP-28 II o «Naranjero» como todos le llamamos, llega el camarada, comisario jefe Pepe Sanchís, con intención de aleccionar a la tropa. Como ya conozco sus monsergas, le digo:

—Camarada Sanchís, vaya a motivar a otra sección, que la mía conoce su misión y ha dado muestras más que sobradas de su compromiso con la República.

Con gesto altanero, me responde:

—Descuide, Marqués, solo vengo a transmitir órdenes directas del teniente coronel Líster, además, según tengo entendido, mañana tiene usted asignada otra misión. Por favor, agrupe a la tropa.

No sé cómo el comisario Sanchís sabe lo de mi misión de mañana, se supone que es secreta. En cualquier caso, ordeno formar a mi sección y le indico al camarada comisario que ya puede proceder:

—Lo que les voy a exponer son órdenes directas del teniente coronel Enrique Líster: «Aquel soldado que sin orden de su superior ose abandonar su posición, o retroceder, será inmediatamente pasado por las armas, ya sea en el propio campo de batalla o en la retaguardia si llegase a ella. Los camaradas comisarios tienen mi autorización expresa para ejecutar de forma sumaria a todo aquel sospechoso de cobarde o traidor».

A decir verdad, el mensaje no ha producido ningún efecto en mis chicos, llevamos muchos meses luchando juntos contra los fascistas, y no va a venir nadie a darnos lecciones de valentía; no obstante, ya saben que mañana no estaré con ellos, pero confían ciegamente en el capitán Narváez.

Sin embargo, sí que siento malestar por lo que pueda suponer esta amenaza para los nuevos reclutas, muchos de ellos con apenas dieciocho años y sin haber entrado en combate. Sinceramente, no creo que amenazarles con morir, bien a manos del enemigo o a manos de tus propios compañeros, sea la mejor manera de motivar a las tropas más bisoñas.

Me llama la atención la forma en la que el camarada Sanchís engola la voz; me recuerda tiempos mejores hace no tantos años en Madrid.

Junio de 1931, Madrid

Mientras se confirmaban las noticias que leía en los periódicos de la mañana en relación a los resultados de las elecciones constituyentes, esperaba la llegada de Laura. Había quedado con ella para dar una vuelta por el parque del Retiro, y luego ir a escuchar la alocución que don Manuel Azaña iba a dedicar a los simpatizantes de su partido,

Acción Republicana, al que yo me había afiliado el mes anterior.

Personalmente no estaba muy contento con los resultados, a saber:

- Partido Socialista Obrero Español: ciento quince escaños.
- Partido Republicano Radical: noventa escaños.
- Partido Republicano Radical Socialista: sesenta y un escaños.
- Esquerra Republicana de Cataluña: veintinueve escaños.
- Acción Republicana: veintiséis escaños.
- Derecha Liberal Republicana: veinticinco escaños.
- Partido Republicano Democrático Federal: dieciséis escaños.
- Partido Agrario Español: quince escaños.

Y así hasta diecisiete partidos más con representación menor.

Lo cierto es que sí, había ganado la izquierda, pero a mi entender era demasiado pronto para que en España gobernara un partido como el PSOE; yo hubiera preferido una transición con un partido más moderado, para posteriormente dar paso a los socialistas. Además, que el peso de la redacción de la nueva Constitución recayera en las izquierdas podía incomodar a los sectores más conservadores.

Estaba yo perdido en estos pensamientos cuando adiviné a lo lejos la figura de Laura. Llevábamos dos meses conociéndonos y cada día estaba más enamorado de ella, pero no sabía si mi amor era correspondido. A ella le gustaba quedar conmigo, pero siempre con otros amigos y amigas para evitar las habladurías de la gente. Yo pensaba que en la capital de España esas cosas no importaban, pero se ve que estaba equivocado. Aquel fue el primer día que quedamos los dos solos para pasear, y ella debía estar eufórica, el mismo día que me afilié a Acción Republicana, ella se afilió al PSOE. Decía que los cambios no podían esperar, que España se tenía que modernizar ya, que llevábamos décadas de retraso con respecto al resto de Europa…

Al acercarse dio un salto y me abrazó:

—¡Alonsito! ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

Yo le dije, resignado, aunque intentando no hacer ver mi decepción:

—Sí, Laura, habéis ganado, esperemos que no te decepcionen.

Laura era todo lo que siempre deseé: guapa, inteligente, inquieta, divertida, entusiasta, impulsiva, carismática, atractiva…

Dimos un largo paseo respirando aire puro y hablando de cosas banales; yo ya había terminado el curso y había aprobado todas las asignaturas, ella seguía como siempre trabajando en la fábrica textil cerca de la estación de Atocha, y ansiaba que estos aires de cambio mejoraran sus condiciones laborales y las de sus compañeros.

Yo quería confesarle lo que sentía por ella, pero algo me decía que aún no era el momento. La tarde empezaba a confundirse con la noche y por fin llegamos al lugar donde don Manuel iba a dirigirnos unas palabras.

Empezó interviniendo don Carlos Esplà, un republicano que se presentó como independiente y que se rumoreaba que finalmente se incorporaría a las filas de mi partido. La forma en la que modulaba la voz resultaba cómica y Laura no pudo reprimir su maravillosa sonrisa. Pareciese que don Carlos estuviese interpretando el papel de tenor en una representación de la ópera.

Posteriormente, tomó la palabra don Manuel. Un escalofrío me recorrió la columna en cuanto empezó su discurso; don Manuel era un orador de esos que te convencen con su palabra, de esos que transmiten con su voz la pasión de sus sentimientos. Nos dijo que no desesperáramos, que aún no había llegado nuestro momento, que trataríamos de ser decisivos en la redacción del texto de la nueva constitución, y que, con perseverancia y sin desfallecer, haríamos ver a España entera que Acción Republicana sería la fuerza decisiva para dar un giro de ciento ochenta grados a la historia de España.

Tras escuchar a don Manuel, nos tomamos un helado de limón, eran los preferidos de Laura, y la acompañé hasta su casa.

Yo había planeado volver durante las vacaciones estivales a mi Extremadura natal. Solo con pensar en el calor del verano extremeño, se me doblaban las piernas.

***

No sé si es por la tensión de lo que se avecina, o si es por la humedad del río, o porque realmente este es el infierno en la tierra, pero lo que daría ahora mismo por estar en la plaza de mi Trujillo tomando un vinito, aunque sea a cuarenta grados, en lugar de estar recostado junto a este pino que me da sombra.

Que más quisiera yo poder volver a mi tierra, pero ahora es imposible, hace ya casi dos años que los rebeles entraron y no sé nada de lo que allí sucede.

Mis padres y mi hermano estaban en Trujillo el día del alzamiento y mi hermana, ya ordenada monja, se encontraba en el convento de Santa Catalina de Zaragoza. La última vez que estuvimos todos juntos fue en el verano de 1934, mi hermana partía a primeros de septiembre hacia la capital aragonesa y mis padres iban a celebrar una fiesta de despedida.

Agosto de 1934, Trujillo

El día que Laura llegó a Trujillo brillaba el sol como nunca, el verano extremeño hacía honor a su fama y castigaba con dureza la dehesa.

Yo estaba desde primeros de julio en mi tierra, ayudando a mi

padre y a mi hermano en la gestión de las tierras y ganados, que se tornaba más difícil por momentos. Seguía con paso firme en los estudios, había superado ya el cuarto curso y aún no sabía lo que era un suspenso, si obviamos, claro, el que me puso el profesor de Análisis Matemático de segundo en un examen parcial; jamás conocí un profesor más exigente que el doctor Carmona.

Para el verano siguiente, gracias a los contactos de mi padre, había conseguido un trabajo de ayudante del ingeniero director de las obras, en la nueva presa del Rumblar, que se iba a construir cerca de un pueblecito de Jaén llamado Baños de la Encina. No obstante, mi padre era inflexible en sus condiciones y me exigía que mi expediente académico siguiera tan inmaculado como hasta el momento.

La oportunidad que se me presentaba era única para aprender el oficio de ingeniero, y no estaba dispuesto a desaprovecharla. Ya era hora de dejar de lado tanto libro y poner en práctica los conocimientos que había adquirido.

Por otra parte, había cambiado mi domicilio en Madrid. Tuve que abandonar la pensión La Gloriosa en diciembre de 1933. La repentina muerte de Fuensanta sumió en una depresión al señor Joaquín, que, desesperado, acabó por quitarse la vida arrojándose a las vías del tren, cerca de la estación de Atocha. Fue un golpe muy duro para mí, en menos de dos meses perdí a mis «padres *murcianicos*», como cariñosamente les calificaba Laura.

A marchas forzadas busqué alojamiento. Encontré una habitación libre en un piso de estudiantes en la calle Tudescos, cerca de la Gran Vía.

Cuando mi madre comentó que iba a organizar una fiesta de despedida a mi hermana Victoria, le dije que me haría mucha ilusión que viniera Laura a la fiesta, que quería que conociera el lugar donde nací y, cómo no, a mi familia.

Laura y yo éramos novios desde el verano del 32, cuando no pude soportarlo más y le declaré mi amor; gracias a Dios fue correspondido. A pesar de que Laura me pidió que no lo hiciera, yo siempre he sido muy tradicional, e insistí en hablar con su padre, el señor Mateo, para pedirle autorización para poder ser novio de su hija.

El señor Mateo accedió, aunque las palabras que dijo se me grabaron a fuego:

—Alonso, tienes mi permiso para cortejar a mi hija, pero ¡ay de ti si la haces sufrir!, recuerda que soy carnicero…, ¡¡y de los buenos!!

Mi padre había pensado en la hija de unos condes de Badajoz para concertar mi casamiento, y mi hermano Diego decía que no quería unir la sangre de nuestra familia con la del populacho.

Pero la que peor llevaba mi relación era mi madre, sus palabras no hacían sino herir mi corazón:

—Alonso, ¿para esto te hemos criado, para que cualquiera venga y se aproveche de ti? ¿Esto es lo que te hemos enseñado? Solo quiere tu dinero… ¿Qué otra cosa iba a ver en ti?

Jamás quise entrar en el juego de mi madre, sabía que lo que Laura sentía por mí era un amor tan limpio y puro como el que yo sentía por ella. Estaba convencido de que bastarían un par de días conociéndola para que toda mi familia la quisiera.

Aprovechando las jornadas de verano en los que la fábrica donde Laura trabajaba interrumpía su actividad para tareas de mantenimiento de la maquinaria, organizamos su viaje desde Madrid. Tomaría un tren desde Atocha hasta Cáceres, donde acudiría a recogerla con el automóvil de mi padre, para dirigirnos posteriormente a Trujillo.

Mi hermana Victoria insistió en acompañarme a Cáceres; decía que no podía esperar para conocer a la chica que había robado el corazón a su hermano.

Serían las cinco de la tarde cuando el jefe de estación anunció que llegaba el expreso de Madrid. Yo estaba nervioso, hacía más de mes y medio que no la veía y tenía ganas de volver a ver su maravillosa sonrisa.

Cuando el tren se detuvo, del tercer vagón saltó Laura y corrió hacia mí:

—¡Alonsito! ¡Alonsito! ¡Cuánto te he echado de menos!

Yo le hice gestos indicándole que estaba acompañado, pero a ella no le importó, se abalanzó sobre mi cuello y me plantó un beso enorme. Me ruboricé, algo habitual en mí, al menos en aquella época cuando era más inocente, y, tras recomponerme rápidamente, le dije:

—Querida Laura, te presento a mi hermana Victoria Quiñones García de Paredes.

Mi hermana extendió su mano y Laura la recogió sin borrar su sonrisa.

—Encantada de conocerla, Victoria, y enhorabuena por su próximo ordenamiento.

Mi hermana le replicó:

—Igualmente, Laura, pero, por favor, no me hable de usted, si Dios lo quiere, pronto seremos familia.

Tras las formalidades de rigor, nos dirigimos al auto y pusimos rumbo a Trujillo. Laura se quedó maravillada ante la extensión de la dehesa y las cabañas ganaderas que la poblaban. Sin embargo, sí que me espetó:

—Alonso, este paisaje no tiene que ver nada con los verdes campos de los que tú siempre me has hablado. Más que verde, está todo amarillo.

Mi hermana soltó una carcajada y le dijo:

—Cómo se nota que eres una chica de ciudad. Ahora estamos en verano, el pasto se seca. Vuelve en primavera y verás estos campos del verde más intenso que jamás hayas visto.

Al pasar por el río Gibranzos, le dije a Laura:

—Todas las tierras que bañan este río pertenecen al marquesado de mi familia.

Laura, con gesto indiferente, dijo:

—Si las tierras estuvieran en manos del pueblo, menos gente pasaría hambre.

De inmediato le repliqué:

—Laura, por favor, ya te dije que quiero que nos olvidemos de la política durante estos días.

Mi hermana intervino:

—Laura, haz caso a mi hermano, mi padre está muy susceptible, los anarquistas no dejan tranquilos a sus trabajadores, y ahora los socialistas amenazan con una huelga. Por favor, aparca la política.

Yo insistí:

—Mis padres no saben que soy miembro del partido de don Manuel Azaña y ni mucho menos se imaginan que tú eres socialista. Quiero que sean unos días maravillosos para todos, por lo tanto, no hablaremos de política.

Al llegar a mi Trujillo, la vista imponente del castillo llamó la atención a Laura, que exclamó:

—Alonso, llevabas toda la razón, qué lugar tan bonito, las postales que me habías enseñado no hacen justicia… ¡Es precioso!

Tras aparcar en la plaza Mayor junto a la estatua de don Francisco Pizarro que aún seguía allí, nos dirigimos hacia la Cuesta de la Sangre, buscando el palacio de mis padres. Al tocar a la puerta nos abrió Dolores, la ama de llaves de palacio y la persona que me cuidó desde *chiquinino*.

Tras hacer las presentaciones pertinentes, accedimos al patio central donde esperaba mi madre, que en ese momento se encontraba cuidando de sus plantas, una de sus grandes pasiones. Nos acercamos a ella y le dije:

—Madre, por fin le presento a mi prometida, Laura.

Mi madre esbozó una sonrisa falsa y, extendiendo su mano para que Laura la cogiera, dijo:

—Así que eres tú la que ha robado el corazón de mi hijo… Un placer conocerte.

Laura recogió la mano de mi madre y dijo:

—Un placer conocerla, doña Leonor.

Mi madre torció el gesto y aclaró:

—Querida Laura, señora Marquesa, si no te importa.

Comprobé cómo le disgustó a Laura el comentario; para evitar

males mayores intervine rápidamente:

—Madre, ¿y padre, está en palacio?

Mi madre, con tono altanero, me respondió:

—El señor Marqués está con tu hermano en Mérida, temas de trabajo, supongo…

Dejamos a mi madre en el patio y acompañé a Laura a su habitación. Había planeado recorrer con ella todos los rincones de mi pueblo el día siguiente por la mañana. Al mediodía mi madre había programado una comida familiar y por la noche era la fiesta de mi hermana.

La mañana pasó rápido, de iglesia en iglesia, de plaza en plaza, recorriendo el castillo… Cuando llegamos a palacio, estaba ya todo listo para la comida, tanto mi padre como mi hermano habían regresado de su viaje a Mérida, por lo que procedí a presentarle a mi prometida:

—Querido hermano, te presento a mi prometida, Laura.

Diego hizo gala de la finura y delicadeza que le caracterizaba y dijo:

—Un placer, señorita Laura, no mintió mi hermano lo más mínimo, es usted una belleza andante.

Laura se sonrojó y acto seguido procedí a presentarle a mi padre:

—Padre, le presento a Laura Ramírez, mi prometida.

Mi padre extendió su mano y dijo:

—Encantado, señorita Ramírez. ¿Le ha gustado nuestro pueblo?

Laura replicó:

—Encantada yo también, señor Marqués. Su pueblo es una maravilla. Quería agradecer la hospitalidad que han mostrado conmigo.

Mi padre sonrió y dijo:

—No hay nada que agradecer, hija mía.

Pasamos juntos al salón, donde estaba todo listo para empezar la comida; de primero, en honor a nuestra invitada, Dolores había ordenado preparar un gazpacho extremeño, y de segundo tendríamos un filete de las mejores reses de mi padre, las terneras retintas. Todo ello regado con vino de pitarra, típico de la tierra, pero no muy de mi agrado.

El primer plato se terminó casi tan rápido como se sirvió, el calor era intenso y se agradecía un caldo tan refrescante.

La conversación fluía y mi padre se dirigió a Laura para preguntarle:

—Querida Laura, ¿qué tal se vive en Madrid la situación política que tenemos? Aquí apenas nos llegan noticias. Mi hijo no quiere nunca hablar del tema, dice que lo suyo es la ingeniería, no la política.

Laura, claramente nerviosa, respondió:

—Señor Marqués, lo cierto es que a mí me sucede como a Alonso, no me gusta la política.

Mi padre insistió:

—Pero bueno, algo oirás, ¿no? ¿Qué comentan tus compañeros en la fábrica?

Laura intentó rehuir de nuevo la pregunta:

—Bueno…, no sé…, se comenta que, si en breve no hay mejoras salariales, iremos a la huelga. Al menos eso dicen los sindicalistas de la UGT, pero ya le digo que poco más sé yo.

Traté de atajar la situación:

—Padre, no insista, a Laura no le gusta la política.

Mi padre, con tono sarcástico, replicó:

—En ese caso, disculpa, hijo mío, pensé que esta chica que tengo delante de mí era Laura Ramírez del Puerto, trabajadora de la fábrica Tejidos del Manzanares y afiliada al Partido Socialista Obrero Español, pero sin duda me he equivocado.

Al escuchar a mi padre, la rabia me invadió:

—¡Padre! ¡¿Cómo ha podido?! ¿Ha investigado a mi prometida?

Mi madre intervino y apuntó:

—Querido Alonso, ¿crees acaso que en los tiempos que corren vamos a consentir que cualquiera entre en nuestra casa sin saber nada de ella?

Ahora mi ira se dirigió hacia mi madre:

—¡Sabía que esto era cosa suya!

Laura de repente me sujetó del brazo y dijo:

—Señor Marqués, le pido disculpas, es cierto, soy afiliada del Partido Socialista, y sí, me interesa mucho la política. Si lo negué con anterioridad es porque Alonso me pidió que dejáramos la política fuera de esta casa.

Mi madre apuntilló:

—Casa no, querida, es un palacio.

Desde luego mi madre sabía cómo sacarme de mis casillas, pero, por respeto a Laura, a mis hermanos y a mi padre, con voz calmada apostillé:

—Madre, quiera usted o no, Laura es mi prometida y no hay nada de lo que usted pueda hacer o decir que vaya a cambiar eso.

Mi madre levantó su mirada y afirmó:

—Hijo mío, puedes pedirme que respete tu decisión, pero no que la comparta.

Dicho esto, soltó su servilleta y se levantó de la mesa. Hice el ademán de detenerla, pero mi padre con un gesto me indicó que la dejara.

Tras este desagradable momento, nos sirvieron el segundo plato, guarnicionado con tomates procedentes de las huertas que teníamos

en la vega del Guadiana, entre las localidades de Miajadas y Villanueva de la Serena.

Mi padre retomó la conversación y preguntó a Laura:

—Querida Laura, ¿qué opina del líder de su partido, el señor Largo Caballero? Según mis amigos de Madrid, se rumorea que está preparando un levantamiento contra el Gobierno de la República.

Laura le miró, sorprendida, y comenzó a negar con la cabeza:

—Señor Marqués, en absoluto, tan solo hace su labor de oposición al gobierno de derechas, que por otra parte lo está haciendo bastante mal.

Mi hermano Diego, que hasta el momento era un mero oyente de la conversación, intervino:

—Eso lo dirá usted, señorita Laura, para gobierno infame, el de los socialistas, y además…

Para evitar que la cosa fuera a mayores, intervine:

—Diego, hay que respetar las opiniones de cada persona, tú tienes una, padre tiene otra…

Diego, de forma brusca, aseveró:

—¡La opinión de padre es la misma que la mía, la misma que la de toda la gente de bien!

Hice un gesto de calma con la mano y proseguí:

—Lo que quiero decir es que todas las opiniones son respetables, si se defienden con educación y argumentos. Y ahora, cambiando de tema, Laura me comentó que le ha llamado la atención la enorme bandera que han puesto en la plaza.

Mi padre levantó la cabeza del plato y con voz orgullosa comentó:

—Querido hijo, si por bandera te refieres al trapo ese tricolor, he de decir que lo ha instalado el alcalde sin el consentimiento de los notables de la ciudad.

Observé cómo Laura apretaba fuertemente sus manos, y comprobé que era inútil tratar de evitar que interviniera:

—¡Señor Marqués! ¡Le exijo respeto por la bandera de la República, por la bandera de España!

Mi padre, con voz altanera, replicó:

—No le tendré en cuenta que haya hecho una exigencia aquí, en mi propia casa. Sin embargo, sepa usted que soy consciente de que, por su posición social, no ha tenido la fortuna de recibir una educación mínima, por eso, permítame que le indique que la bandera de España es la rojigualda, ya desde tiempos de Carlos III, y ningún trapo tricolor me representará ni a mí ni a mi país… ¡Jamás!

Crucé mi mirada con la de mi padre y le espeté:

—Padre, no creo que esa sea forma de hablar a mi prometida, por lo que le exijo que se disculpe. Además, respecto a la bandera, sepa usted que yo estoy de acuerdo con el cambio, la República ha de

marcar un antes y un después en la historia de España, salimos del ostracismo de los borbones y nos abrimos a Europa, la bandera es un símbolo más de ese cambio.

Mi hermano esbozó una sonrisa y exclamó:

—Padre, que Alonso se nos ha hecho socialista.

Mi padre, con voz solemne, declaró:

—No quiera Dios que un Quiñones García de Paredes abrace jamás tan diabólica ideología.

De repente, Victoria, que había permanecido silente durante toda la comida, dijo:

—Por favor, basta ya, esta noche es mi fiesta de despedida, no quisiera que se empañe más de lo que ya está. Padre, cada uno es libre de pensar lo que quiera. Alonso, sabes que todos te respetamos y queremos. Diego, da ejemplo como hermano mayor que eres. Laura, ¡bienvenida a nuestra familia!

Como siempre, Victoria con su dulzura y cordura nos calmó a todos y pudimos terminar la comida tranquilamente.

Ya por la tarde, mientras Laura se aseaba en su baño, aproveché para charlar con mi hermana, y le pregunté por un asunto por el que sabía que mis padres andaban bastante inquietos.

—Victoria, ¿no se le conoce novia a Diego? Tiene ya veinticuatro años. Madre me comentó al principio del verano que quería concertar una visita a la casa del marqués de la Conquista, ya que su hija Cayetana aún no está prometida, y, según mi amigo Marcial, está de muy buen ver.

Victoria me miró fijamente y respondió:

—Por lo que yo sé, esa visita no se va a llevar a cabo.

Yo, extrañado, pregunté:

—¿Por qué?, ¿está comprometida finalmente la hija del marqués?

Mi hermana negó con la cabeza:

—No, no es eso. Es más complicado.

No entendía a qué se referiría, por eso insistí:

—Pero ¿qué pasa?, ¿es Diego?, ¿está enfermo?

Mi hermana negaba con la cabeza, comprobé que no quería hablar de este tema, pero yo tenía que saber qué pasaba:

—Victoria, por favor, me tienes que decir…

De repente, varias lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Victoria, no comprendía qué podía estar sucediendo, algo muy grave sin duda. Tal vez Diego estaba enfermo, tal vez padecía alguna deformidad que yo desconocía. Victoria me agarró fuertemente de la mano y dijo:

—Alonso, por favor, esto que te voy a contar no puede salir de aquí. Dios sabe qué le haría padre a Diego si conociera la verdad.

Con las cejas totalmente arqueadas, me preparé a escuchar con

atención lo que Victoria tenía que decir;

—Alonso, varios paisanos han visto a Diego en una casa de mala vida en Cáceres. No una, sino muchas veces.

Yo levanté el labio y sonreí:

—Querida hermana, no será la primera ni la última vez que un hombre acuda a un burdel. Es cierto que yo no apruebo esas costumbres, pero Diego es libre de hacer lo que quiera.

Mi hermana volvió a negar con la cabeza:

—No, Alonso, no es el tipo de burdel que tú piensas, es un burdel de hombres.

Mi expresión cambió radicalmente:

—No entiendo, ¿de hombres?, ¿qué quieres decir?, ¿en lugar de mujeres hay hombres?

Victoria asintió con la cabeza y prosiguió:

—Sí, Alonso, a nuestro hermano Diego le gustan los hombres, por eso no tiene mujer aún, se niega a casarse. Pero, claro, tiene pánico de lo que pueda hacer padre. Seguro que le desheredaría y el marquesado pasaría a tus manos.

Yo estaba con la boca abierta, no podía creer lo que escuchaba.

—Además, según me contó madre, uno de los paisanos del pueblo que lo vio, Miguel, el sobrino de Agustín el practicante, vino a casa diciéndole a madre que, si no le ponían una pensión de doscientas pesetas mensuales, le contaría al Marqués lo de Diego.

Yo salí de mi estupor y acerté a decir:

—¡Qué canalla! ¿Y qué hizo madre?

La respuesta no se hizo esperar:

—Madre paga todos los meses, no hay otra opción.

De pronto, se unió Laura a la conversación, Victoria me hizo señales con la intención de que cambiásemos de tema, pero yo no tenía secretos para Laura y la puse al día. A ella no le sorprendió la noticia, pues la delicadeza de Diego le había recordado a un amigo suyo de Madrid.

Laura habló de la libertad que tienen que tener hombres y mujeres para elegir a quién querer, a quién amar. Que la sociedad no nos permite vivir en libertad, que estamos encadenados… Yo la interrumpí:

—Laura, tus palabras no son sino utopías imposibles de ser realidad a día de hoy. Quién sabe si en un futuro. Lo cierto es que tengo que hablar con Diego, tiene que casarse con una mujer, aunque no la quiera, ni se imagina lo que padre le podría hacer si se enterase de la situación.

Victoria asintió con la cabeza:

—Alonso, si quieres, podemos ir ahora a su habitación, se encuentra allí descansando. Tal vez te escuche a ti.

Cogí a mi hermana de la mano y me dirigí con ella al cuarto de Diego. Su reacción al enterarse de que Victoria me había contado la historia fue un poco violenta, pero entre ambos conseguimos calmarlo.

Tras hacerle ver lo que le podría pasar si padre se enteraba de sus circunstancias, conseguimos que comprendiera que a veces la vida no es como uno quiere, sino como debe ser. Se comprometió a hablar con madre y pedirle que concertara la cita con la hija del marqués de la Conquista, aunque, con ojos llorosos, confesó no creerse capaz de amar a una mujer.

La tarde llegaba a su fin cuando comenzó la fiesta de despedida de Victoria. Todos los notables de la ciudad de Trujillo se dieron cita para despedir a mi hermana, y desearle la mayor de las felicidades en su nueva vida. También causó sensación entre mis paisanos la visita de Laura, que cayó muy bien con su naturalidad y desparpajo. No estaban acostumbrados por estas tierras a que las mujeres fuesen tan independientes.

***

Mi camarada, el sargento Manolo Pérez, linarense de pro, al que conocí durante mi verano por tierras jienenses, está un poco desasosegado:

—Alonso, no te engañes, esta va a ser la batalla más gorda hasta el momento. Yo confío en los muchachos, y en el sargento Bruch, que se encargará de mi grupo, pero no sé si será suficiente.

Traté de calmarlo:

—Manolo, tus hombres, al igual que los míos, saben lo que tienen que hacer. Llevamos muchos meses compartiendo muchas penas y pocas alegrías, pero a partir de mañana todo tiene que cambiar. Lo único que me preocupa es no poder estar con ellos en un día tan decisivo.

De repente, la desazón en el rostro de Manolo desapareció:

—¿Tú quieres saber cuándo fue la última vez que yo fui feliz?— Asentí con la cabeza.

—Cuando ganamos las elecciones en febrero de hace dos años.

Efectivamente, aquel momento fue una explosión de júbilo para todos los que nos considerábamos de izquierda, o centro izquierda. Para nuestra desgracia, ahora hay otro tipo de explosiones.

Febrero de 1936, Madrid

Tengo muy vivo el recuerdo de aquella fría mañana de febrero. Me dirigía hacia la universidad con el *Heraldo de Madrid* en mis manos,

con un contundente titular: «¡Viva España! ¡Aquí no hay más jefe que el pueblo! El Frente Popular de izquierdas ha alcanzado un triunfo grande en Madrid y provincias».

La coalición de izquierdas liderada por don Manuel Azaña había conseguido una amplia mayoría de escaños, que no de votos, frente a la coalición de derechas. Efectivamente, la victoria en escaños había sido aplastante, 263 frente a 156, pero, al contrario de lo que hacían muchos de mis compañeros, no se podía obviar la segunda lectura que se podía obtener; un 47 % de los votantes había optado por la izquierda, mientras que un 46,5 % del censo que acudió a votar optó por la derecha. Estaba muy claro, España estaba dividida en dos mitades totalmente antagónicas.

Las Castillas y las Vascongadas votaron mayoritariamente derecha, mientras que el resto de España, incluyendo Madrid, votó izquierda. La rebelión de octubre del 34 había abierto una herida muy amplia que el gobierno de la CEDA no fue capaz de taponar. Aparte de los miles de muertos, principalmente en Asturias, se practicó una dura represión frente a todo aquel que tuviera alguna significación política a favor de la izquierda.

La inestabilidad del Gobierno conservador, al que el presidente don Niceto, lejos de lo que se pudiese pensar por sus orígenes burgueses, no prestó la más mínima ayuda, fue el caldo de cultivo ideal para que las izquierdas hiciéramos campaña a favor de un cambio en el Gobierno, para que ahora sí se pudieran llevar a cabo las tan necesarias reformas.

Mientras caminaba hacia la escuela, no paraba de dar vueltas a la histórica situación que estábamos viviendo. Los meses previos a la campaña electoral y la misma campaña fueron tensos. La polarización de la sociedad era patente y los discursos de los líderes no calmaban los ánimos, sino más bien todo lo contrario.

Recuerdo una discusión que tuve con Laura en relación a unas palabras que había pronunciado el líder socialista, Largo Caballero, a los mineros de Linares:

«*L*a clase obrera debe adueñarse del poder político, convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo, y, como el que tiene el poder no ha de entregarlo voluntariamente, por eso hay que ir a la revolución».

Tras leer las palabras en el periódico, le dije a Laura:

—Laura, creo que el señor Largo Caballero está totalmente equivocado, no se puede pedir el voto del pueblo para a continuación decir que el voto emitido democráticamente es incompatible con el socialismo que predicas, y que, por eso, la revolución es inevitable.

Laura frunció el ceño y con tono alterado me dijo:

—Alonso, lo que realmente quiere decir es que, en ocasiones, el

pueblo no es consciente de lo que le conviene, y vota sin libertad y con miedo. Si se hubiera podido llevar a cabo la implantación del socialismo desde hace cinco años, todo estaría mejor, pero como…

No pude reprimirme:

—… pero como la gente no vota lo que le conviene, entraron las derechas a gobernar, ¿no es cierto? Laura, esa actitud no es democrática.

La habitual cara dulce y angelical de Laura se transformó en una expresión de rabia:

—Pero ¿qué sabrás tú, ¡hijo de un marqués!? ¡Que un obrero o un campesino vote derechas es incompresible! La iglesia manipula al pueblo, hay que acabar con la iglesia y con todo lo que significa.

Realmente, esta discusión que mantuve con Laura no era ni más ni menos que el pan de cada día en tabernas, tascas, universidades, o cocinas, de un pueblo o ciudad cualquiera.

El país estaba dividido, y cada uno se convencía de que sus medidas eran las correctas para solucionar los problemas.

Leyendo El Heraldo me tranquilizó comprobar que el Frente Popular mantenía a Azaña como su candidato a la presidencia. Tenía la esperanza de que un gabinete presidido por don Manuel fuera capaz de alejar los radicalismos socialistas de la vida pública, y tratara de coser de nuevo las dos Españas que ahora teníamos ante nuestros ojos. Pero, si se llevaba a cabo lo que se había prometido durante la campaña, es decir, el indulto de todos los encarcelados por la revolución de octubre, mucho me temía que las derechas no lo iban a perdonar.

Además, los golpes y contragolpes de los pistoleros de izquierdas y de derechas no dejaban de causar muertos y heridos por doquier.

Sin ir más lejos, yo mismo tuve un susto cuando salía de un mitin de don Manuel un par de semanas antes de las elecciones. Dos hombres de camisa azul se me acercaron empuñando una pistola. Me dijeron que sabían de mi afiliación al partido de Azaña y que los tenía que acompañar. Yo, extrañado, pregunté por qué, que qué había hecho, pero no me dijeron nada, solo me sujetaron fuertemente del brazo y me dijeron: «¡Andando!».

Afortunadamente, una pareja de guardias de asalto observó la escena en la distancia y se acercaron, haciendo huir a los dos malhechores.

Con todo el vello del cuerpo erizado, en parte por el frío y en parte por el miedo, escuché a los guardias de asalto que me salvaron; con voz ronca y firme uno de ellos me dijo:

—De la que te has librado, muchacho, esos son camisas azules. No suelen perdonar.

No entendía y dije:

—¿Camisas azules? No comprendo, yo no he hecho nada malo, soy un simple estudiante…

Con cara sorprendida, me replicó:

—Camisas azules, hijo, los pistoleros de la Falange.

En ese momento asentí con la cabeza:

—Sí, la Falange, los de Primo de Rivera. Pero no entiendo por qué han venido a por mí, yo no soy nadie, tan solo un simple afiliado de Izquierda Republicana (en ese momento ya había dejado de llamarse Acción Republicana).

El guardia se encogió de hombros y me dijo:

—No sé, tal vez te han confundido con otro. En cualquier caso, procura no andar solo por las calles y a deshoras porque es posible que vuelvan a intentarlo. ¡Ah!, y otra cosa que negaré haber dicho: yo en tu lugar, me haría con un arma.

Les agradecí su ayuda y seguí su consejo. Tras contar lo sucedido, moví mis contactos con el partido para hacerme con un revólver. El elegido fue un Smith & Wesson del calibre treinta y ocho de fabricación estadounidense, más conocido como el «*Special*». Desde aquel momento nunca me separé de él, y me acompañaba a cualquier sitio.

Recuerdo que, cuando lo adquirí, Laura me recomendó realizar prácticas de tiro en la Casa de Campo, a lo que yo me negué, porque no tenía intención de usarlo nunca, tan solo pretendía atemorizar al que quisiera atentar contra mi vida, y, en caso extremo, apretar el gatillo, algo que esperaba no tener que hacer jamás.

***

He perdido la cuenta de las veces que he sentido el retroceso del *Special* en mi muñeca. Aquí está ceñido a mi cintura, no se separa nunca. Algunos dicen que es mi amuleto de la suerte. Yo tan solo sé que a corta distancia es infalible, y que me ha sacado de más de una.

Se acerca de nuevo el sargento Pérez, que viene acompañado por un muchacho de pelo rubio y ojos claros, alto y muy delgado. El uniforme que le han asignado le está muy grande. Parece tener más o menos mi edad. Lleva colgado al hombro un Mosin-Nagant de fabricación soviética. Debe ser de la última remesa y brilla como si estuviera recién sacado de su funda. No me pude reprimir y le espeté al muchacho:

—Camarada, ¿has usado alguna vez esa arma?, brilla más que el mismo sol; poca batalla le has dado.

El chico rápidamente responde:

—Mi teniente, me lo acaban de dar en intendencia, sepa usted que yo nunca…

En ese instante le interrumpe el sargento Pérez:

—Marqués, este es el especialista que pediste. Acaba de llegar de Talarn, y, según me ha dicho, hasta la fecha se había escaqueado de la guerra.

No salgo de mi asombro, este muchacho larguirucho es especialista en equipos oleohidráulicos:

—Muchacho, ¿cómo te llamas?

Respondió:

—Carles, señor, Carles Puig.

Repliqué:

—Encantado, Carles, yo soy el teniente Alonso Quiñones. ¿Cómo es que te has escaqueado de la guerra hasta el día de hoy?

El chico agacha la cabeza y responde:

—Señor, yo no soy ningún cobarde, pero el Gobierno de la *Generalitat* ha creído que era más importante que estuviera en mi puesto de trabajo, hasta que vinieron a reclutarme.

Pregunté nuevamente:

—¿Y cuál ha sido tu puesto de trabajo hasta ahora?

Ahora Carles alza su mirada y responde:

—Señor, soy el responsable del mantenimiento de la presa y de la central hidroeléctrica de Sant Antoni. Desde que empezó la guerra, no hemos parado de producir electricidad para toda Cataluña.

El acento catalán es inconfundible. Me gusta lo que escucho, parece que al final sí va a resultar un especialista de primera el muchacho:

—Entonces, Carles, deduzco que estás totalmente acostumbrado a operar cualquier equipo, compuerta o desagüe dentro de una presa, ¿no es cierto?

Sonriendo, replica:

—Señor, conozco mi presa como la palma de mi mano, pero, como usted bien sabe, no son todas las presas iguales, ni las compuertas, ni los desagües, ni…

Le interrumpo:

—Perfecto, Carles, nos tendremos que conformar contigo. Por cierto, acércate donde esos muchachos y diles que te manda el teniente Quiñones. Pídeles que te enseñen a cargar el fusil, y haz un par de disparos, que mañana lo vas a necesitar. Y, por cierto, ten cuidado, no te lo vayan a cambiar por cualquiera de sus birrias.

Respondió:

—A la orden, señor.

El muchacho se va mientras que Manolo se acerca y me dice:

—¿Qué te parece, Marqués?

Yo me encojo de hombros y le respondo:

—Si llega vivo al objetivo, veremos de qué pasta está hecho, si no, pasaremos al plan B.

Manolo vuelve su mirada hacia el chaval, mis chicos le están

enseñando a cargar el arma. Me mira fijamente y me dice:

—Alonso, ¿te he contado alguna vez cuando maté por primera vez a alguien?

Niego con la cabeza y Manolo prosigue:

—Fue el mismo día en que estos malnacidos se sublevaron. Después de estar toda la jornada en la mina, llegué al pueblo, y, al enterarme de lo sucedido, corrí al Ayuntamiento para ver si era verdad la noticia. Había un gran tumulto, y la gente exaltada quería quemar conventos e iglesias. Alguno de ellos dijo que había que quemar Santa María, y, aunque aquel día evitamos que lo hicieran, cuatro días después, como tú pudiste comprobar, la iglesia ardió.

Me sorprende lo que cuenta Manolo:

—¿Tú, el más anticlerical del ejército republicano intentando evitar la quema de una iglesia?

Manolo sonríe y responde:

—Marqués, no era una iglesia cualquiera, allí me bauticé e hice la primera comunión, y lo cierto es que tenía muy buenos recuerdos de pequeño. Se podía haber utilizado como granero o almacén de munición…

Yo asiento con la cabeza y le digo:

—Me estabas contando la primera vez que disparaste un arma.

Manolo se mesa los cabellos y prosigue:

—Después de estar en el Ayuntamiento, la gente gritaba que había que matar a los señoritos… Yo, ni corto ni perezoso, corrí a mi casa y cogí la escopeta que me había dejado en herencia mi padre. El único enemigo que tenía en todo el pueblo era el capataz de la mina. Nos trataba peor que a perros, y a veces hasta usaba un látigo. Cierto día, dejó tuerto a un compañero de un latigazo. Sabía perfectamente dónde encontrarlo, todos los días después del trabajo se iba a una taberna próxima a la Fuente del Pisar a beber todo el vino que era capaz. Cargué dos cartuchos en la escopeta, entré en la taberna, le encañoné en el pecho y disparé. Tengo que decir que no creo que nadie lamentara su muerte, no tenía familia, ni mujer, ni hijos. Los compañeros que estaban en la taberna me levantaron en hombros. Para ellos fui el héroe de la jornada, no cabe duda.

Miro fijamente a Manolo y con voz solemne le espeto:

—Por tanto, podemos decir que aquel día fuiste una especie de Robin Hood, ¿no?

Sonríe y dice:

—Yo no diría tanto, porque no robé a ningún rico para repartir a los pobres…; lo que sí puedo decir es que aquel día dejé un hijo de puta menos en mi pueblo. Y tú, Marqués, ¿cuándo fue tu primer muerto?

Tras suspirar, miro a Manolo y le digo:

—Pues creo que mi primera muerte fue más o menos cuando la

tuya, aunque las circunstancias fueron algo diferentes.

Julio de 1936, Madrid

Acababa de terminar mis estudios universitarios, y, tal y como le prometí a mis padres, sin suspender una sola asignatura. Gracias al profesor Delgado, que me concertó la pertinente entrevista, y a mi experiencia en la presa del Rumblar, había conseguido un empleo en el Canal de Isabel II para trabajar como ingeniero a pie de obra, en la construcción de los nuevos depósitos de agua potable que tendrían que abastecer los nuevos desarrollos urbanos de la capital. Además, se había diseñado un ambicioso programa de mejora y ampliación de la red de saneamiento en la ciudad, y querían que formara parte del equipo redactor de los proyectos. El sueldo convenido era bueno, y me prometían mejorarlo si mi rendimiento era el esperado. Acordamos empezar en agosto. Para disgusto de mis padres, me quedaría definitivamente en Madrid, junto a Laura.

El invierno y la primavera de 1936 fueron trepidantes para Laura y para mí. En la Nochebuena del año anterior, justo después de degustar un magnífico cordero que había preparado con mucho esmero doña María, la madre de Laura, y en presencia de sus dos hermanos menores y de sus padres, di el paso definitivo y le pedí matrimonio.

Ya le había contado mis intenciones a Julián, el hermano pequeño de Laura, y él, a su vez, había puesto al corriente a toda la familia para que pudieran echarme una mano.

En un momento dado, doña María le diría a Laura que fuera a la cocina a preparar el postre; en ese instante, yo correría hacia el dormitorio que Julián compartía con su hermano Luis, y me enfundaría mi mejor traje. Además, le había pedido al señor Mateo, padre de Laura, que pidiera prestado un gramófono, algo que sin duda sabía que conseguiría, porque su red de amigos y conocidos era interminable.

No sin esfuerzo, había sido capaz de conseguir un disco con la canción *Cheek to cheek*, de la película *Sombrero de copa* de Fred Astaire y Ginger Rogers. Laura y yo lo habíamos visto dos meses antes y nos emocionó.

Todo estaba preparado, justo en el momento en el que Laura acudió al salón con el postre en la mano, Julián apagó la luz y Luis se apresuró a traer las velas que tenía preparadas en la entradita. Laura no comprendía nada, y con tono algo alterado espetó:

—¡Pero, madre, padre!, ¿qué es esto, qué pasa?

El señor Mateo no respondió y se limitó a poner en funcionamiento

el gramófono. Bastó el inicio de la melodía para que a Laura comenzaran a temblarle las piernas; entré en el salón, impecable, con mi pelo peinado hacia atrás con un poco de fijador que me había prestado Luis. Me dirigí firmemente hacia Laura, con una cajita en mi mano.

Ella retrocedió dos pasos y dijo:

—No, Alonso, no me hagas esto…

Las lágrimas brotaban ya de sus ojos; cuando llegué a su lado, incliné mi rodilla mientras la canción decía: «*When we are together dancing cheek to cheek*» (cuando estamos juntos bailando mejilla con mejilla). Extendí mi mano, abrí la cajita que contenía un anillo de oro blanco con un pequeño rubí. Con voz firme aunque nerviosa, le dije:

—Laura Ramírez del Puerto, con tu familia como testigo te he de preguntar lo siguiente: ¿Querrías hacerme el hombre más feliz del mundo casándote conmigo?

Ahora sí que no eran lágrimas aisladas lo que brotaban de sus ojos, sino un río tan caudaloso como el mismo Tajo. Empezó a asentir con la cabeza y exclamó:

—¡Sí, Alonso! ¡Sí quiero! ¡Sí te quiero!

Antes de levantar mi rodilla, cogí con delicadeza su mano derecha y le puse el anillo en el dedo anular. Respiré aliviado al comprobar que le quedaba perfecto.

Una vez terminado el postre, doña María me preguntó:

—Querido Alonso, ¿dónde y cuándo has pensado que se celebre vuestro matrimonio?

Tras mirar a Laura, respondí:

—Lo cierto es que aún debemos comentarlo Laura y yo, pero mucho me temo que, si no quiero enemistarme de forma definitiva con mi madre, deberemos casarnos en Trujillo. Respecto a la fecha, septiembre siempre me ha parecido un mes muy bonito para casarse.

El señor Mateo me interrumpió:

—¿Pero cómo? La tradición ha sido siempre casarse en la ciudad de origen de la novia.

Doña María, cogiendo la mano de su marido, intervino:

—Alonso, me parece muy bien tu propuesta, las cosas en Madrid sabes que no están bien hace tiempo, y puede que se pongan peor.

Laura, entusiasmada, tomó la palabra:

—Padre, madre, les encantará Trujillo, es un pueblo medieval, pero en pleno siglo XX. Además, doña Leonor, la marquesa de Gibranzos, la madre de Alonso, no es tan fiera como la pintan, ya verán cómo hace buenas migas con ustedes.

Tras las palabras de Laura, apunté:

—Mis padres no permitirán que la boda no se celebre en la iglesia de Santa María la Mayor. Allí se han casado mis antepasados desde

tiempo inmemorial; ya la verán, les encantará. Además, luego lo celebraremos todos juntos en palacio, padre mandará sacrificar algún cordero y algún ternero para celebrarlo.

El señor Mateo, con voz resignada, dijo:

—Si es lo que todos queréis, que así sea, pero solo pondré una condición, las reses las habré de sacrificar yo, y seré yo también el que haga el despiece. Como carnicero y padre de la novia, no puedo permitir otra cosa.

Julián y Luis soltaron una carcajada al unísono, y Luis exclamó:

—¡Padre, usted siempre igual, hasta en la boda de Laura quiere ir con el delantal manchado de sangre!

Todos nos reímos y terminamos de celebrar la Nochebuena con la ilusión del año de preparativos que se nos avecinaba.

Cuando le comuniqué la buena nueva a mis padres, me sorprendió la forma en la que se lo tomó madre. Me dijo que se alegraba mucho, y que ya había asumido que esta noticia llegaría tarde o temprano. Todavía recuerdo sus palabras:

—Ya es hora de casar a un hijo, tu hermano no se termina de declarar a Cayetana, así que serás tú el primero.

Madre dijo también que ella se haría cargo de hablar con el sacerdote don José, gran amigo de la familia, y que además fue quien me bautizó, me dio mi primera comunión y me confirmó.

Entre todos acordamos que el domingo, 20 de septiembre, sería una fecha excepcional. Madre, además, organizó una cita con el sastre de la familia, que también se ofreció a Laura.

Mi futura mujer, sin embargo, ya había escogido quién diseñaría y cosería su traje. Su compañera de fatigas en la fábrica, Sara Avilés, era una apasionada de la moda, y raro era el día que tras salir del trabajo no se dedicara a diseñar y coser para las vecinas del barrio.

Los primeros meses del año fueron frenéticos; yo terminando mis estudios, Laura trabajando y preparando nuestro enlace, y los continuos vaivenes de la vida política, que no dejaban tranquilo a nadie.

La victoria del Frente Popular de Izquierdas, lejos de calmar la tensa situación del país, la empeoró. En el Parlamento, líderes de una y otra ideología se lanzaban amenazas (de muerte) veladas, y en las calles por un lado milicias armadas frente populistas hacían destrozos día sí y día también en iglesias, y de vez en cuando se llevaban por delante a algún derechista. Por el otro lado, teníamos a los pistoleros de la Falange, que ya me habían dado un susto, y aplicaban el ojo por ojo y sin piedad con sus antagonistas.

Madrid se había convertido en una ciudad en la que la ley brillaba por su ausencia. No paraba de leerse en los periódicos que eran ya muchos los generales descontentos con la situación y que se estaba

fraguando un golpe de Estado. Yo, por salud mental, no quería dar credibilidad a esas noticias, pero lo cierto es que el clima que se respiraba era muy tenso.

El asesinato del teniente de la Guardia de Asalto, el jiennense José del Castillo, el 12 de julio, por parte de falangistas que culpaban a Del Castillo de asesinar varios meses antes, entre otros, a Andrés Sáenz de Heredia, primo del líder de Falange, José Antonio Primo de Rivera, desencadenó que los izquierdistas subieran la apuesta y fueran directamente a por los líderes de la derecha; Gil Robles se libró porque no se encontraba en su casa en ese momento, pero Calvo Sotelo no tuvo tanta suerte, de madrugada fue sacado de su domicilio, y, tras recibir dos disparos, el cadáver fue abandonado en el Cementerio del Este en la madrugada del 13 de julio. Escuché rumores de que fueron los guardaespaldas del propio Indalecio Prieto, líder socialista, los responsables del asesinato, pero nunca se confirmó.

Los días posteriores a estos dos asesinatos fueron insoportables en la capital. Todos sabíamos que algo iba a pasar, pero no teníamos claro el qué, el dónde, el cómo ni el cuándo.

Laura estaba muy exaltada, desde el asesinato de uno de sus amigos de la niñez por parte de los camisas azules, su lenguaje se había tornado beligerante. Recuerdo que cuando se conoció la noticia del asesinato de Calvo Sotelo dijo:

—Y como este deberán caer mil más. Diez de los suyos por cada uno de los nuestros.

Ignorante de mí, aún creía que había posibilidad de arreglar los graves problemas del país pacíficamente, pero pronto iba a recibir un frío y doloroso baño de realidad.

Era ya el día 18 de julio, cuando Laura y yo andábamos atareados en la búsqueda de una casa para rentar, y poder vivir juntos, una vez nos hubiésemos casado. El sueldo que me habían prometido era suficiente como para poder pensar en un piso con dos habitaciones, además, el salario de Laura tampoco era malo para los tiempos que corrían.

Al atardecer, acompañaba a mi prometida de vuelta a su casa, ubicada en la calle de Murcia, una perpendicular al paseo de las Delicias, cuando de repente, al pasar ante un quiosco de prensa, sentí un frío helador que recorrió mi cuerpo. La portada del periódico *La Voz* era la responsable:

«*Una parte del ejército de Marruecos se ha levantado en armas contra la República*». «*Nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la península a este absurdo empeño*».

Laura, por el contrario, comenzó a sonreír ampliamente y exclamó:

—¡Por fin! Ya han dado la cara los traidores a la República. Ahora solo hay que cercarlos y exterminarlos.

Yo no era tan optimista:

—Laura, es el ejército, son profesionales, y están en Marruecos, no creo que sea tan fácil acabar con ellos.

Laura, sin borrar la sonrisa de su rostro, dijo:

—Alonso, este es el momento que llevamos esperando tiempo, en el partido sabían que estaba cerca, y ahora la República tiene vía libre para actuar contra sus enemigos.

Llegamos a su casa, y, una vez que me hube asegurado de que ya estaba con sus padres, torné mis pasos hacia mi piso de la calle Tudescos. El rostro de la gente que me cruzaba reflejaba incertidumbre, algunos incluso corrían por las aceras hasta sus casas. No apartaba mi mano de la empuñadura del revólver, camuflado bajo mi rebeca. Temía que en cualquier momento algún pistolero exaltado de la derecha se dirigiera hacia mí. Afortunadamente pude llegar sano y salvo a casa. Traté de dormir, aunque fue en vano. Algo me decía que esto no tenía buena pinta.

No paraba de darle vueltas a la cabeza; si la sublevación había sido en Marruecos, estaría sin duda el general Franco detrás de ella, pero ¿cómo se iba a atrever él solo a dar ese paso sin el apoyo de otros en la península? ¿Mola tal vez?, pero estaba en Navarra, demasiado lejos de la capital. Mi cerebro bullía como una olla. Por momentos buscaba excusas para calmarme, pero con la misma rapidez me encogía en la cama, preso del miedo.

A lo largo del día 19 las noticias no eran tranquilizadoras, había escuchado en la radio que el presidente del Gobierno, don Santiago Casares Quiroga, había dimitido, y en su lugar se había nombrado a Diego Martínez Barrio. Se relató también que se habían repartido armas a las milicias obreras de la ciudad. Esto me asustaba más aún: ¿una turba de miles de obreros armados por las calles de Madrid? Aquello solo podía tener funestas consecuencias.

Era domingo, y había quedado con Laura para dar un paseo y tomar una limonada a las ocho de la tarde, una vez hubiera pasado el calor, pero a las seis no podía esperar más y salí apresurado de mi piso para dirigirme hacia su casa. Temía que, si había escuchado las noticias como yo, se reuniera con sus compañeros del partido, e incluso se hiciera con un arma. Cuando llegué, piqué el timbre, me abrió la puerta el señor Mateo, que al verme suspiró:

—Eres tú, Alonso.

Yo rápidamente le espeté:

—Sí, soy yo. Señor Mateo, ¿está Laura?

Empezó a negar con la cabeza, ese gesto me descorazonó:

—No, hijo mío. Esta mañana, bien temprano, llegaron a casa sus compañeros del partido, y le contaron lo que había pasado. Se ha despedido de su madre y de mí y ha salido disparada.

Di las gracias al señor Mateo y salí a la calle. Tenía una ligera idea de dónde podía estar, porque recordaba que, en alguna ocasión, me había comentado que se reunía con sus compañeros del partido en un bajo de la calle de Leganitos.

Cogí de nuevo el metro y me bajé en la parada de Santo Domingo. Ya había anochecido. Al llegar al bajo, pregunté al chico de la puerta, que no tendría quince años aún:

—Muchacho, ¿sabes si hay una chica llamada Laura ahí dentro?

El joven me miró fijamente y me dijo:

—No, señor, aquí no queda nadie. Se han ido todos al Cuartel de la Montaña, dicen que se han encerrado allí unos militares golpistas. Respecto a Laura… ¿Se refiere a Laura Ramírez?

Yo abrí los ojos y exclamé:

—¡Sí, Laura Ramírez! ¿La conoces?

El chico sonrío:

—¡Claro! Es muy guapa. Se ha ido con los demás. Me ha dicho que le han prestado una escopeta y que le va a dar lo suyo a los fascistas.

Sin despedirme del chico empecé a correr calle arriba, en dirección al Cuartel de la Montaña. A medida que me acercaba, mi corazón se encogía. Ya se oían los disparos, e incluso alguna ráfaga de ametralladora.

Cuando por fin divisé el cuartel, pude observar a lo lejos el tumulto que se agolpaba parapetado tras los muros. Corrí todo lo que mis piernas me permitían. Estando a escasos cincuenta metros de la entrada, las balas silbaban por uno y otro lado. Agachado tras un árbol, reconocí a Juan el Chino, un compañero de Laura de la fábrica y del partido. Gateando me acerqué a su posición, y él al verme exclamó:

—¡Alonso, camarada! ¿Te has animado a darle matarile a los sublevados?

Yo, con gesto serio y jadeando por el esfuerzo realizado, le espeté:

—¡Calla, Chino! Laura, ¿dónde está Laura?, Laura…

El Chino esbozó una sonrisa dejando ver los cuatro dientes que le faltaban y, señalando hacia la puerta, me dijo:

—¿Laura? Ahí la tienes, la más valiente de todos, los tiene a raya.

Miré hacia donde apuntaba el Chino y el pánico me invadió. Laura estaba junto a la puerta del cuartel, agazapada tras un carro de madera. En ese instante alzó el cuerpo y disparó con la escopeta que llevaba. No menos de una treintena de soldados desde el cuartel comenzaron a abrir fuego sobre ella, pero, por fortuna, ninguna bala la alcanzó.

Sin pensarlo dos veces, comencé a gatear hacia la posición de mi prometida; cuando estaba a escasos metros, las balas me silbaban a uno y otro lado, en ese momento me tumbé y comencé a reptar. A

unos diez metros de la posición de Laura, grité:

—¡Laura! ¡No te muevas! ¡No te muevas!

Ella giró la cabeza y me dijo:

—¡Alonso! ¿Qué haces aquí? ¡Estás loco!

El fuego de fusil arreciaba, y en ese momento Laura volvió a levantarse escopeta en mano. No fue capaz de disparar, una bala alcanzó su brazo y cayó de espaldas. Preso del pánico, me incorporé para poder ponerla a cubierto de las balas que llovían. Varios camaradas que observaron la escena comenzaron a disparar al cuartel para darnos cobertura.

Por fin pude llegar a su altura y le dije:

—Amor mío, tranquila, estoy aquí. ¿Estás bien?

Ella me brindó su preciosa sonrisa y me dijo con voz entrecortada.

—Alonso, solo es un rasguño. Estos militaruchos van a necesitar mucho más para quitarme de en medio.

Observé cómo hasta cinco de los camaradas que nos estaban cubriendo caían a plomo a causa del fuego del cuartel. No sé muy bien cómo explicarlo, pero una fuerza me impulsó a sacar mi revólver de su funda, ponerme en pie y, cerrando los ojos, lo descargué apuntando hacia donde se refugiaban los golpistas.

Pasaron apenas tres segundos, cuando fui consciente de mi imprudencia, me tiré cuerpo a tierra y escuché a los camaradas gritar:

—¡Le ha dado! ¡Le ha dado! ¡Justo en la cabeza!

Parece ser que una de las balas de mi revólver se incrustó en la frente de uno de los militares que defendían el cuartel. Esto envalentonó a varios de los camaradas, que se lanzaron al asalto del edificio; Laura y yo aprovechamos la confusión para dirigirnos a un sitio más protegido. Cuando por fin alcanzamos una zona guarecida, volvimos la vista atrás y observamos al menos veinte cuerpos de compañeros, muertos y heridos, que habían caído en el asalto alocado que acababan de acometer.

Miré a Laura y le dije:

—Tenemos que irnos de aquí, hay que curarte esa herida.

Estaba muy preocupado porque no paraba de sangrar. El Chino se acercó y me ayudó a llevarla a casa de su hermana, que era enfermera y vivía muy cerca.

En mi cabeza no paraba de escuchar ese grito: «¡Le ha dado! ¡Le ha dado! ¡Justo en la cabeza!», no había visto la cara de la persona que acaba de matar, pero seguro que tenía familia, mujer, incluso hijos… Me sentía mal, pero ya nada podía hacer.

Al día siguiente, con ayuda de la Guardia de Asalto y con piezas de artillería, se pudo rendir el Cuartel de la Montaña, alejando de momento a los sublevados de la capital. Podíamos afirmar sin ninguna duda que la guerra había empezado.

***

El sol ha llegado ya a su cénit. El sargento Pérez me hace señales para que me aproxime.

—Marqués, ya es la hora, hay que recoger los bártulos. El transporte nos espera.

Asiento con la cabeza y vuelvo la mirada hacia el grupo de soldados que están enseñando a Puig a usar su arma:

—¡Puig, Molina, Mesa, Ortega, Chacón! ¡Vamos! ¡Dejen sus armas y diríjanse a intendencia, ya saben lo que tienen que hacer!

De inmediato, todos sueltan sus armas, pero, al pasar junto a mí, el soldado Puig me dice mirando al suelo:

—Señor, siento importunarle, pero… yo no sé lo que tengo que hacer.

Me invade una extraña sensación, una mezcla de ternura y temor. Ternura porque Carles está aún crudo, como decimos por aquí, temor porque tal vez eso sea lo que acabe con él:

—¡Puig!, siga a sus camaradas, ellos le informarán.

El joven hace el saludo militar de rigor, y, sin mediar palabra, aprieta el paso para alcanzar a los demás. Vuelvo la mirada al sargento Pérez y le pregunto:

—Manolo, ¿qué nos han conseguido al final?

El sargento Pérez me mira resignado, resopla y dice:

—Un Hispano-Suiza… de los viejos.

Le miro, perplejo:

—¿De los viejos? No me lo puedo creer.

Bajando el tono de su voz, Pérez musita:

—Sí, Alonso, parece ser que, al no poder decir para qué queríamos el transporte, nos han dado lo peor que tienen.

Lo que oigo me indigna:

—No me extraña que estemos perdiendo. ¿Acaso no entienden lo que significa misión secreta? ¡La orden la firma el mismísimo general Rojo!

Manolo me agarra del brazo y trata de calmarme:

—Marqués, como decíamos en la mina, con estos picos hay que picar.

Asiento con la cabeza:

—Llevas razón, Manolo, pero es que no guardo buen recuerdo de la primera vez que monté en un cacharro de esos. Subí con la ilusión de llegar a un destino, pero, finalmente, me llevó a otro.

Agosto de 1936, Madrid

Los últimos días de julio habían sido frenéticos, el Gobierno de la República no paraba de proclamar normalidad, pero, a decir verdad, lo que pasaba a nuestro alrededor aquellos días era de todo menos normal.

Un responsable del Canal de Isabel II se puso en contacto conmigo para comunicarme que, si no me importaba, se suspendía mi incorporación a la empresa hasta que las cosas se aclararan. Yo, resignado, no podía hacer otra cosa más que esperar.

Laura ya se había recuperado, al final todo quedó en varios puntos de sutura en el brazo y un fuerte golpe en la cabeza. Eso y mi bronca. Jamás imaginé que pudiera llegar a ser tan temeraria.

Gracias a sus camaradas de partido sabíamos que los facciosos habían intentado, con tropas traídas desde Castilla, entrar en Madrid a través de la sierra, pero tropas leales y partidas de milicianos lo habían impedido. Según nos decían, la mayor parte del país permanecía fiel a la República. Fuese cierto o no, no había conseguido contactar con mi familia en Trujillo. Casi toda Extremadura había permanecido leal al Gobierno legítimo, y eso me generaba una fuerte desazón. Por un lado, mi tierra era fiel a mi Gobierno, por otro, mi familia podía correr un grave peligro.

Mi padre era buen pagador y honesto con sus trabajadores, pero no toleraba las múltiples huelgas que venía padeciendo. Ya se había corrido la voz por toda la provincia, y con más fuerza aún a partir de la victoria del Frente Popular, que el marqués de Gibranzos era un enemigo acérrimo del campesinado.

Es por esto que temía que le ocurriese algo similar a lo que estaba sucediendo en Madrid, y con lo que yo no estaba en absoluto de acuerdo. En el mejor de los casos, se estaba encarcelando a cualquier persona sospechosa de simpatizar con los golpistas, en el peor, se les daba un paseo nocturno y a otra cosa.

Necesitaba volver a casa, la inquietud y el desasosiego me asfixiaban. Confiaba en que, como mucho, padre estuviera encarcelado, y tenía la esperanza de que, moviendo los hilos adecuados, le dejaran en libertad. Respecto a mi hermana, estaba en Zaragoza, una de las ciudades que estaba bajo el control de los rebeldes; por ahora, no temía por ella.

Laura me dijo al respecto:

—Tranquilo, Alonso, Trujillo ha sido leal a la República, los nuestros la controlan. No hay nada que temer.

Yo, cabizbajo, le respondí:

—Precisamente porque está en manos de los nuestros temo por mis padres y por mi hermano.

Laura trató de tranquilizarme:

—Haz caso de lo que te digo, en menos de treinta días todo esto

habrá acabado, y podremos celebrar nuestra boda tal y como la hemos planeado.

Agradecí sus palabras de ánimo, pero yo era mucho menos optimista, y, respecto a nuestra boda…, sinceramente, mi única preocupación era saber si mi familia estaba bien.

Mi tiempo en esos días lo empleé en estar con Laura para evitar que se metiera en más líos. También traté de conseguir por todos los medios un transporte a Extremadura, pero era imposible; me decían que todos los vehículos los tenían dedicados a enviar tropas para reforzar la sierra y a tareas de vigilancia en la capital.

Entre tanto, en los primeros días del mes de agosto se rumoreaba que las tropas del general Franco estaban cruzando el estrecho con la ayuda de la aviación alemana de Hitler. Esto habría permitido a los golpistas extender su dominio por toda Andalucía occidental, y amenazar Extremadura.

Cuando menos lo esperaba, surgió mi oportunidad. Un compañero de la universidad, Isidro, me alertó de que había visto un anuncio en la Ciudad Universitaria en el que se pedían estudiantes de ingeniería, o ingenieros ya egresados, para acudir a Extremadura a construir fortificaciones, con la intención de frenar el avance enemigo. Las columnas marroquíes avanzaban hacia Mérida y se quería fortificar el eje Trujillo–Navalmoral–Guadalupe.

Sin pensármelo dos veces, me presenté voluntario en el lugar indicado en el panfleto. El hecho de ser nativo de la zona agradó sobremanera al capitán de la guardia de asalto, Joaquín Berlanga, encargado de la misión, que dijo:

—Hijo mío, menos mal que te vienes con nosotros. A mí solo me han dado estos mapas y me han dibujado líneas en ellos, pero, si te soy sincero, no entiendo nada de nada.

Yo los recogí de sus manos y tras revisarlos respondí:

—Señor, esté tranquilo, conozco todos los vértices reflejados en el plano. Solo necesito hombres y llegar allí lo antes posible para ponernos manos a la obra.

Le conté a Laura que por fin iba a poder ver a mis padres, que volvía a mi tierra. Ella insistió en venir, pero le convencí de que lo mejor era quedarse en casa con su familia.

El mismo día 14 de agosto partimos rumbo a Trujillo; un total de diez camiones Hispano-Suiza (tres de los cuales estaban destinados a cargar material, herramientas y provisiones), con otros diez miembros de la guardia de asalto; Fernando Castuera, un reputado topógrafo madrileño y significado socialista; cuarenta y dos obreros, todos de Madrid y con experiencia en obra civil, y yo al frente del equipo como ingeniero responsable.

Estábamos listos para iniciar la marcha, cuando nos llegó la noticia

de que las tropas de Yagüe estaban sitiando Badajoz. Estos malnacidos eran más rápidos de lo que nos pensábamos. Para tranquilizarnos, el capitán Berlanga que iba en mi camión dijo:

—Calma, muchachos, Badajoz no es como Mérida, es una ciudad amurallada. Además, tengo noticias de que está al frente de la defensa el coronel Puigdendolas, gran amigo mío. Os aseguro que los moros pagarán con su sangre cada metro que avancen.

Arrancaron los motores de los camiones, y tomamos rumbo oeste, buscando el valle del Tajo; nada más salir de Madrid, atravesamos Alcorcón y Móstoles. Algún que otro cuerpo en las cunetas, ya cubierto de moscas, flanqueaba nuestro avance, la imagen era dantesca. Uno de los cadáveres tenía a su lado un cartel que me dejó marcado: «¡*Po facista*!». El capitán Berlanga hizo una broma de muy mal gusto:

—El que le ha dado matarile no sabe escribir, ¡¡pero cómo maneja la pistola el hijo puta!!

Todo el camión soltó una carcajada, y yo tuve que aguantar mis ganas de reprenderles. En aquella época conservaba algo de humanidad y no me parecía adecuado bromear con esas cosas.

A la altura de Valmojado, el camión que abría el convoy empezó a expulsar del motor un humo negro y denso. De inmediato todos los demás nos paramos. Los conductores estuvieron examinando el motor y concluyeron que se había roto el cigüeñal. Había que volver a Madrid a traer el repuesto, o bien continuar la marcha sin este camión, y los pertrechos que portaba.

Berlanga decidió que pasásemos la noche allí, y que uno de los camiones regresase a por las piezas. Sus palabras aún resuenan en mi cabeza:

—Tranquilos todos, muchachos, no tenemos ninguna prisa, los fascistas tienen para rato en Badajoz.

Montamos un campamento improvisado en las afueras del pueblo, y allí pasamos la noche. Berlanga sacó un barril de vino de los que transportábamos en los camiones de víveres, y permitió que cada uno nos tomásemos un chato.

Entre tanto, el topógrafo Castuera se aproximó y me dijo:

—¿Alonso? Alonso era tu nombre, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, y él prosiguió:

—Me preguntaba cómo un chico como tú, con estudios y de buena familia, se había enrolado en esto. ¿Idealismo?, ¿amor?, ¿ganas de aventuras?

Le respondí:

—Pues mire, señor Castuera, un poco de todo. Idealismo, sí, soy un republicano convencido; ganas de aventuras, desde luego, aunque he de decir que no está en mi ánimo el poner en riesgo mi vida; y amor,

sí, por supuesto, el que siento por mi familia que está en Trujillo, adonde nos dirigimos. No sé nada de ellos desde que se sublevaron en Marruecos.

Castuera, con la mano en la barbilla, dijo:

—Entiendo.

Inmediatamente le pregunté yo:

—¿Y usted, señor Castuera? ¿Qué hace uno de los topógrafos más respetados de Madrid aquí?

Castuera alzó la mirada y dijo:

—Te sonará estúpido, pero con la guerra, ahora el trabajo escasea, y, como pagan bien este servicio… y además no conocía Extremadura, me ha parecido una oportunidad de oro.

Arqueé las cejas y le dije:

—Y ¿su familia… qué dice?

Con voz apesadumbrada agachó la cabeza dijo:

—Mi familia… Mis padres fallecieron hace tiempo, fui hijo único.

Notaba cómo le costaba hablar del tema, casi no podía enlazar las sílabas:

—Mi mujer y mis hijos…

En ese momento se le quebró la voz:

—Murieron en un accidente en la calle de Alcalá, hace cuatro años ya…

No pudo contener las lágrimas. Le puse la mano en el hombro y le dije:

—¿Tu familia fue la que atropelló aquel borracho en la calle de Alcalá?

Asintió con la cabeza.

Recordaba la noticia, una tarde primaveral de sábado, una familia compuesta por marido, mujer, una niña de cuatro años y un niño de seis fue atropellada a escasos metros de la Puerta de Alcalá. Los niños murieron en el acto, la madre agonizó durante una semana, y el padre (lo tenía frente a mí en ese instante) sufrió fracturas múltiples en piernas y brazos.

Traté de indagar un poco más:

—Pero, señor Castuera, ¿qué pasó con el conductor? ¿Lo detuvieron?

Negó con la cabeza y entre sollozos me dijo:

—No, no, el malnacido escapó, la gente pudo identificar la camioneta, que pertenecía a la empresa Gaseosas López. En la empresa me dijeron que el chófer se llamaba Jacinto Redondo, oriundo de Deleitosa.

Yo ya empezaba a comprender lo que sucedía.

—Señor Castuera, ¿no se habrá enrolado en esta misión para buscar al tal Jacinto?

Me suplicó que me callara, que no dijera nada, y lo cierto es que le dije:

—Tranquilo, señor, no me voy a inmiscuir, además, ese malnacido debe pagar por lo que hizo.

Al alba, el ruido del camión que regresaba nos despertó, el guardia de asalto que acompañó a los dos chóferes no tenía buenas noticias; se aproximó al capitán Berlanga y le dijo:

—Señor, Badajoz ha caído.

Berlanga respondió:

—¡Imposible! ¡No puede ser!

El muchacho con voz solemne dijo:

—¡Pues es! Y los moros siguen su ruta hacia el norte.

La habitual risueña cara de Berlanga se transfiguró, y empezó a dar órdenes sin parar:

—¡Vamos! A reparar el camión. ¡Los demás! Recoged el campamento, en menos de una hora hay que estar en marcha. ¡Vamos, no os durmáis!

Los muchachos se pusieron manos a lo obra y en cuarenta y cinco minutos ya estábamos de camino. La carretera estaba despejada, y, salvo algunos cadáveres que no dejábamos de ver por las cunetas, todo estaba en orden.

Estando el sol en su punto más alto, alcanzamos Talavera de la Reina. Me llamó la atención que eran varios los edificios religiosos con las paredes ennegrecidas y con aspecto desvencijado. Los anticlericales habían hecho de las suyas también aquí.

Al aproximarnos a la salida de la ciudad en dirección a Extremadura, nos encontramos con un control del ejército leal a la República. Un soldado nos hizo una señal de alto y de inmediato el convoy paró. El capitán Berlanga se bajó del camión y yo fui detrás de él. Se dirigió al joven soldado y le dijo:

—Soldado, déjenos pasar, nos dirigimos a Trujillo.

El soldado agarró fuertemente su fusil con ambas manos y, negando con la cabeza, dijo:

—Lo siento, señor, tengo orden de que nadie pase de este punto.

Berlanga negó con la cabeza y exclamó:

—¡Esto no tiene sentido! Exijo ver a su superior.

Alertado por el griterío, de una garita anexa a la carretera salió otro soldado uniformado, en esta ocasión de mayor rango. Tenía una tupida barba y era alto y delgado. Se aproximó a nuestra posición y, dirigiéndose al capitán Berlanga, le espetó:

—¿Qué pasa aquí? ¿Quiénes son ustedes?

El capitán, con gesto serio, exigió:

—Soy el capitán de la guardia de asalto Joaquín Berlanga. ¿Quién es usted?

El militar arqueó las cejas, como dando a entender que ya estaba comprendiendo lo que sucedía:

—Mi nombre es Luis Palacios, teniente del ejército. Creo que ya entiendo lo que está pasando aquí. Ustedes son el convoy de obreros que se dirigen a construir una línea defensiva en Extremadura, ¿no es cierto?

Berlanga asintió con la cabeza:

—Así es, y por eso le exijo que nos permita pasar.

El teniente hizo un gesto de calma con las manos, y sacó un documento de su guerrera:

—Capitán, este telegrama lo recibimos hoy temprano en la mañana, procedo a leerle: «*A la atención de la guarnición de Talavera de la Reina: A lo largo del día de hoy, llegará un convoy de diez camiones a la ciudad de Talavera de la Reina, con la intención de seguir su camino a Extremadura para construir fortificaciones.*
La caída de Badajoz y la velocidad a la que avanzan las tropas rebeldes desaconsejan continuar con esta misión, que no hará sino perder vidas y *valiosos recursos para la República. Es por esto que han de interceptarlos y transmitir el cambio de órdenes.*
La intención del Estado Mayor es fortificar el valle del Tajo para impedir el avance de los facciosos hacia Madrid. Se construirán nuevas fortificaciones que protejan Talavera de la Reina. Madrid, 15 de agosto de 1936. Firmado: General Riquelme, ministro de la Guerra».

Al escuchar esas palabras, mi corazón se encogió, y no pude hacer otra cosa que intervenir:

—¡Esto no puede ser, teniente! ¡Capitán, debe hacer algo! Tenemos que continuar rumbo a Extremadura.

El capitán Berlanga, observando el telegrama, apoyó su mano en mi hombro y me dijo:

—Lo siento, Alonso, son órdenes del mismo ministro de la Guerra, no podemos hacer nada.

Mis ojos se llenaron de lágrimas:

—¡No puede ser! ¡Mis padres! ¡Mi hermano!

Trataron de calmarme mientras asumía que no vería a mi familia.

Cuando ya me hube tranquilizado, el capitán junto con el topógrafo Castuera se me acercaron y me dijeron:

—Vamos, muchacho, hay que ser profesional, lo que construyamos aquí será la punta de lanza de nuestro contraataque.

Resignado, asentí con la cabeza y dije:

—Manos a la obra. Fernando, necesito planos de la zona, por favor, encárgate. Capitán, coordine con el militar al mando las zonas que se quieren proteger, yo sondearé en la ciudad las posibles fuentes de suministro de cemento, arena y agua. Mañana a primera hora estarán nuestros hombres trabajando.

Tras estudiar todas las opciones posibles, se decidió reforzar la margen izquierda del río Tajo, puesto que su posición elevada garantizaba una clara ventaja frente al atacante. Nos centramos en el refuerzo de las siguientes posiciones de sur a norte: Valdehigueras, Cerro Agudo, Cerro Negro y Valdelloso. Allí construimos varios nidos fortificados para ametralladora y hasta cuatro emplazamientos para artillería.

Para una fase posterior, se pensó fortificar el tramo de carretera procedente de Oropesa. No fue posible, el 31 de agosto nos llegó noticia de que las tropas de Yagüe estaban a las puertas de Talavera.

Desde el cuartel general se dio la oportunidad a los que habíamos trabajado en las fortificaciones de quedarnos a defender la plaza, o bien regresar a Madrid.

Todos los guardias de asalto y doce obreros se quedaron en Talavera; fue la última vez que vi al Capitán Berlanga. El resto volvimos a Madrid, incluso Fernando, que sabía que no podría alcanzar Deleitosa en esta ocasión. Tenía que volver a ver a Laura y contarle lo que había pasado. Nuestra boda tendría que esperar.

***

Ya estamos todos en el camión, los chicos han sido rápidos y están listos. Nos espera un largo camino hacia el norte. Manolo me comenta:

—Marqués, ¿cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar?

Yo me encojo de hombros y le respondo:

—Manolo, sinceramente no lo sé. Lérida es el nudo de comunicaciones de la comarca, y está en poder del enemigo. Ayer estuve revisando mapas con el capitán Narváez, y conseguimos trazar una ruta hasta el objetivo, pero no sabemos el estado de las vías, por lo que el camino puede ser movido. Por fuerza tendremos que dar un rodeo, la ruta por Bellpuig parece la más rápida y segura, pero no lo sabremos hasta que estemos allí.

Manolo, tras asentir con la cabeza, se mesa el cabello, se atusa el bigote y le dice al chófer:

—Mesa, pon el cacharro en marcha. ¡Nos vamos!

Puig interviene:

—¡Sargento, un momento, por favor!

Yo vuelvo la cabeza y digo:

—¿Qué pasa, Puig?

Puig, cabizbajo y algo avergonzado, dice:

—Señor, creo que me he dejado en intendencia la munición del rifle y las granadas de mano y de humo.

No puedo creer lo que escucho:

—¿Crees, o te las has dejado?

A duras penas acierta a decir:

—Me las he dejado.

Rápidamente le digo:

—¡Vuela, Puig! ¡Vuela!

Puig salta del camión y corre hacia la tienda de intendencia. Los chicos bromean sobre Puig y el miedo que tiene. Entre tanto, pasa delante de nuestro transporte Hans Baumann, un brigadista alemán de la XI Brigada Internacional al que conocí en Madrid hace un par de años ya, encuadrado por aquel entonces en el batallón Edgar André, y ahora alistado en el batallón Hans Beimler.

—¡Hans! ¿Listo ya para lo de mañana?

Hans abre sus grandes ojos azules, se coloca el rubio tupé y con una amplia sonrisa y su inconfundible acento alemán me dice:

—Teniente Quiñones, *tú sabes yo siempre listo para matar fascistas*.

Le devuelvo la sonrisa y le digo:

—Hans, si todos fuéramos como tú, habríamos ganado la guerra hace tiempo.

Hans suelta una carcajada:

—*Yo solo hacer el mío trabajo*, apuntar, apretar gatillo, matar fascista. *¿Recordar tú cuando vernos por vez primera?*

Le respondo:

—Cómo no lo voy a recordar, nunca podré olvidar al alemán más loco que jamás conocí.

Otoño de 1936, Madrid

Talavera de la Reina cayó el día siguiente de nuestra marcha; de nada habían servido nuestras dos semanas de duro trabajo, es más, ahora esas fortificaciones eran un obstáculo más que teníamos que sortear si queríamos reconquistar el valle del Tajo.

Cuando regresé a Madrid, todo estaba más o menos igual, la gente andaba inquieta por las calles, las cárceles estaban llenas de sospechosos de no ser afines a la República, aún ardían iglesias, y lo de encontrar curas o monjas en Madrid se empezaba a convertir en una entelequia.

Ya habían llegado noticias de la terrible matanza que Yagüe desencadenó en Badajoz, que pasó por las armas a todo aquel que simpatizara más o menos abiertamente con la causa republicana, hubiera empuñado armas en la defensa de la ciudad o no.

Estas noticias no hacían sino exacerbar los ánimos de los más exaltados, que se tomaban la revancha paseando a derechistas.

A mi regreso, el reencuentro con Laura fue emocionante; ahora mismo era el único ser querido que tenía cerca, y por nada del mundo

podía permitir que se alejara de mí. Le conté mis peripecias en Talavera y que, en cierta forma, estaba aliviado porque, al estar Trujillo en poder de los sublevados, mis padres y hermano podrían estar a salvo. A esto ella me contestó:

—¿Sabes que si le cuento tu alivio con la toma de Trujillo a mis compañeros chequistas puedes tener problemas?

Me quedé boquiabierto, paralizado…; de repente ella empezó a reír a carcajadas:

—¡Que no, tonto! ¡Que es una broma! ¿Cómo voy a hacerte yo eso?, entiendo perfectamente el alivio por tus padres.

Aún con el pulso acelerado, pues por un momento pensé que esta chica que tenía delante ya no era mi Laura, proseguí la conversación y le pregunté:

—Bueno, ¿y tú qué has hecho este tiempo?, ¿algo interesante?

Ella suspiró y me respondió:

—Buff, en la fábrica tenemos más trabajo que nunca, no se han hecho ni siquiera las paradas periódicas de rigor para el mantenimiento de maquinaria. Los pedidos de uniformes y ropa de abrigo para las milicias y soldados se amontonan. El ejército y los sindicatos no nos dan respiro.

Yo acaricié su pelo y le pregunté:

—¿Y nada más?, ¿solo trabajo en estas dos semanas largas?

Conocía a Laura perfectamente y dudaba que, en su escaso tiempo libre, no hubiera participado en alguna aventura.

Ella frunció el ceño y me dijo:

—¿Es que has dejado espías vigilándome?

Yo sonreí y le respondí:

—No, cariño, es que te conozco demasiado bien.

Se recompuso y empezó a relatar:

—Pues lo cierto es que los domingos hemos ido los compañeros y yo a pegar tiros al alcázar de Toledo. Se han refugiado unos militares en él y no hay manera de que caiga. Han venido hasta mineros asturianos para cavar un túnel y volarlo, pero nada. Nosotros nos pusimos a cubierto y con el máuser del Chino nos dedicamos a disparar a las ventanas para que no asomaran la cabeza.

No sé si lo que escuchaba me sorprendió o me enfadó más, pero no quería transmitirle este último sentimiento, por lo que le pregunté:

—Bueno, ¿y qué dice la gente?, ¿caerá o no caerá el alcázar?

Entusiasmada, dijo:

—Caerá, claro que caerá, el próximo domingo vendrás con nosotros y lo verás con tus propios ojos.

Al escucharla, creí que había llegado el momento adecuado para darle la nueva noticia:

—Laura, me alisté a mi vuelta en un batallón de ingenieros del

ejército. Creo que puedo ser muy útil ayudando a construir fortificaciones, ya he cogido algo de experiencia, y en breve empezaremos a fortificar Madrid.

Ella, sorprendida, me respondió:

—Pero, y para tomar estas decisiones… ¿por qué no cuentas conmigo?

Acaricié su cara y contesté:

—Laura, ahora mismo no tengo trabajo, no tengo con qué vivir, me ha surgido esta oportunidad… Además, esto me garantiza poder quedarme un tiempo contigo en Madrid.

Ella asintió y se abrazó a mí:

—Es que no quiero que corras peligro, no quiero que te pase nada.

Yo besé su frente, agarré suavemente su cara con mis manos y le dije:

—No me va a pasar nada, y ten claro que ningún generalucho de tres al cuarto me va a separar de ti.

Pasamos el resto del día paseando por la ciudad; ella me puso al corriente de las novedades en su familia, que, a decir verdad y gracias a Dios, eran pocas.

Sin embargo, la guerra iba de mal en peor, las malas noticias no pararon de llegar, el 27 de septiembre los rebeldes levantaron el asedio al alcázar de Toledo, y ya tenían vía libre para dirigirse a Madrid. El ambiente en la ciudad era derrotista, y se empezaba a rumorear que el Gobierno estaba preparando su salida hacia Valencia, ante la inminente y más que posible pérdida de la capital.

Tras la conquista por parte de los facciosos del aeródromo de Getafe, los bombardeos sobre la ciudad se volvieron continuos. Raro era el día que no me sorprendían en la calle las sirenas de aviso de bombardeo; rápidamente había que acudir a los refugios. Personalmente, si me encontraba cerca de alguna boca de metro cuando sonaban las sirenas, siempre me refugiaba allí, me parecía más seguro.

Mi batallón ya había recibido órdenes de reforzar la ribera del Manzanares con nidos de ametralladora, puestos para artillería antiaérea y posiciones para artillería de medio alcance y obuses. Me habían encuadrado en la segunda sección asignándome un ayudante de obras públicas, un topógrafo y una cuadrilla con un total de quince obreros, seis de los cuales ya estuvieron conmigo en Talavera.

El estudio de la topografía era fundamental para que nuestras tropas tuviesen siempre la ventaja de estar más elevadas que los atacantes; la superioridad que brindaba la altitud era importante, y las protecciones se resumían en pequeños muros de tierra reforzados con sacos terreros. En las zonas donde la topografía no era propicia, opté por construir improvisados búnkeres comunicados mediante

trincheras, al estilo de lo que se construyó en la Gran Guerra, tal y como me comentó el capitán de mi sección al revisar mi propuesta. La calidad de los mismos dejaba mucho que desear, pero el poco tiempo disponible y la escasez de los materiales no me permitían proponer otra cosa.

Las jornadas de trabajo eran interminables, los días que menos, doce horas, los que más, dieciséis. Empezamos a trabajar antes del amanecer, y una vez puesto el sol, alumbrados por la luz procedente de unos focos alimentados con grupos electrógenos.

Una vez finalizados estos trabajos, le comenté a mi superior, el capitán de ingenieros, Patricio Azcárate Flórez, leonés de pura cepa, que creía necesario reforzar el cerro Garabitas con un búnker que se apoyara mediante trincheras en las posiciones de retaguardia.

—Capitán, señor, tras estudiar la topografía, he concluido junto con mi ayudante que, si los rebeldes atacan por la Casa de Campo y toman el cerro Garabitas, podrán batir toda la ciudad con su artillería a placer. Es imprescindible reforzar este punto.

El capitán esbozó una sonrisa bobalicona y me respondió:

—Ingeniero Quiñones, no se alarme, con las fortificaciones que hemos construido en los alrededores es imposible que se aproximen sin que los barramos con fuego de fusilería y ametralladora.

Con gesto serio, respondí:

—Señor, eso será si nuestras tropas no se retiran antes. Cuando dejé Talavera hace un par de meses, me pareció que los rebeldes necesitarían semanas, meses, para tomarla…, sin embargo, en apenas seis horas, nuestras tropas huyeron…

El capitán Azcárate no me dejó terminar:

—¿Está acusando de cobardes a los soldados de la República?

Su tono me hizo comprender que podía meterme en un buen lío:

—No, señor, en absoluto, disculpe, solo quiero decir que nuestras tropas han de ser más disciplinadas y…

Me interrumpió nuevamente:

—No debería decirle nada, pero… sepa usted que las primeras tropas internacionales que salgan de Albacete se dirigirán a este sector. Están recibiendo un duro entrenamiento, y muchos de ellos son alemanes e italianos que saben cómo se las gasta el fascismo. Le puedo asegurar que recibirán a los rebeldes, pero no con los brazos abiertos precisamente. Por lo que a mí respecta, esta zona está perfectamente fortificada, le recomiendo que acuda al cuartel general del batallón mañana a primera hora para recibir nuevas órdenes.

Hice el saludo militar y me marché.

El día siguiente, 5 de noviembre, me dirigí al cuartel general tal y como se me había ordenado, y le comenté al responsable de fortificaciones, teniente coronel Bermúdez, la posibilidad de construir

uno o varios búnkeres en el cerro Garabitas, a lo que este me respondió:

—Ingeniero, me temo que ya es demasiado tarde para levantar búnkeres, los rebeldes están a las puertas de Madrid, pero tiene mi permiso para diseñar algún elemento defensivo ligero que nos pueda apoyar.

No entendía a qué se podía referir, por lo que pregunté:

—Mi teniente coronel, no sé exactamente a qué tipo de elemento se refiere…

Alzó su mirada, y, clavando sus ojos en los míos, dijo:

—¡Ingeniero!, es usted ingeniero, ¿verdad?

Asentí con la cabeza:

—¡Pues ingénieselas! Y ahora déjeme trabajar.

Salí raudo del cuartel y me reuní con mis chicos. Tras proponer varias ideas, finalmente, y ante el poco tiempo del que disponíamos, decidimos «minar» de forma artesanal parte del cerro Garabitas. Para ello, excavaríamos varios pozos a lo largo del mismo, aumentando la densidad en las zonas más elevadas, rellenaríamos los agujeros de explosivo y metralla, y los camuflaríamos con tierra y hojas. Posteriormente tenderíamos un cable detonador que iría semienterrado y permitiría detonar todas las trampas a la vez. Instalamos un total de doce. Tuvimos la precaución de hacer triple conexión en cada carga, de forma que tuviésemos la garantía de que funcionaran, aunque alguna bala perdida cortara casualmente un cable. Trabajamos duramente para tener el sistema terminado a tiempo.

Regresaba a casa para descansar cuando me sorprendió la noticia de que los rebeldes estaban ya atacando Madrid. Era día 7 de noviembre. Recibí orden de mantenerme en retaguardia y acudir cada doce horas al sector de la Ciudad Universitaria y de la Casa de Campo, para ver si era necesaria mi ayuda y la de mis hombres.

Entre tanto, la fábrica de Laura fue alcanzada por varias bombas de aviación, aunque, gracias a Dios, solo afectó a la zona de almacenes y no hubo heridos. Se tomó la decisión de trabajar exclusivamente por la noche, puesto que cuando se ponía el sol los aviones rebeldes descansaban.

Las horas pasaban, y, cuando no iba y venía al sector de la Casa de Campo para recibir órdenes, me dedicaba a estar con Laura, para asegurarme de que estaba bien, pero sobre todo para evitar que se metiera en líos. No me resultaba fácil convencerla de que era tanto o más útil para la causa tejiendo uniformes y ropa de abrigo que empuñando un fusil. Varias de sus compañeras habían abandonado el trabajo para enrolarse en las milicias, y yo ya había tenido noticia de que una de ellas había muerto en su trinchera, el mismo día 7, aunque

evité darle a Laura esta información para ahorrarle sufrimiento.

El día 12, cuando me presenté en el sector de Casa de Campo a las ocho de la mañana como cada día, recibí la siguiente orden por parte del capitán Azcárate:

—Ingeniero Quiñones, se están intensificando los ataques sobre el cerro Garabitas y nuestras posiciones en el Manzanares que lo defienden. Es probable que finalmente tengamos que emplear el elemento defensivo que instaló. Recoja a su ayudante y diríjanse lo antes posible a primera línea de frente e informe al superior al mando sobre cómo usarlo.

Aún con la respiración entrecortada, respondí:

—Capitán, ¿a qué sector me dirijo?

El capitán, bastante acelerado, respondió:

—A los restos del entramado defensivo del sector J en el cerro de Morán. Allí le espera Jacques Pignot, de la XI Brigada Internacional que defiende ese sector.

Un frío helador recorrió mi espalda, ¿a los restos del entramado defensivo del sector J? ¿Tan cerca estaba el enemigo como para haber podido destruir esa zona? El miedo se apoderó de mí; vacilé por un momento y amagué con huir del frente, recoger a Laura y escapar lo más lejos posible; sabía que era una utopía, si era capaz de llegar a retaguardia y reunirme con ella, tarde o temprano nos capturarían y tendríamos que pagar con nuestra vida mi cobardía.

Me recompuse y salí al exterior, donde me esperaba mi ayudante de obras públicas, Tomás Requejo, salmantino de nacimiento, aunque madrileño de adopción. Había cursado sus estudios en la misma época en que yo estudié ingeniería, pero lo cierto es que no me sonaba su cara. Durante las semanas que trabajamos juntos en las fortificaciones del Manzanares, habíamos trabado amistad y, además de ser un apasionado de la ingeniería y un republicano convencido como yo, ambos compartíamos nuestra pasión por la historia, especialmente la de nuestro país. Tomás se había convertido en poco tiempo en alguien muy importante para mí, más que un compañero, un amigo.

Con paso firme dirigimos nuestros pasos a las defensas del Manzanares. El tableteo de las ametralladoras era constante, y los morteros de los rebeldes caían continuamente. Al cruzar el río, casi a cuatro patas para evitar que nos alcanzasen las balas, el panorama no era nada halagüeño. Camaradas sanitarios corrían con las camillas transportando heridos, y en algunos casos con restos de lo que alguna vez fue un ser humano.

Tras avanzar durante varios minutos, cuerpo a tierra en varias ocasiones, a duras penas, entre el humo de las explosiones pude divisar el sector al que me tenía que dirigir. Varios embudos de mortero habían desfigurado las trincheras, y en algunos tramos no

quedaban restos de los sacos terreros, la artillería fascista les había dado duro, y apenas se mantenía en pie una zona con sacos y un par de bocas de fuego abiertas entre ellos, así como algunos parapetos de tierra reforzada con escollera en la zona exterior. Tomás, asustado, me dijo:

—Alonso, no creo que quede nadie allí con vida, es mejor que retrocedamos e informemos.

Entendía perfectamente el miedo de Tomás porque yo estaba experimentando lo mismo. Nuestro momento de duda duró poco. De repente, la ametralladora del interior del búnker comenzó a disparar ráfagas cortas, mientras varios soldados asomaban sus cabezas por los huecos existentes y disparaban sus fusiles.

Miré a Tomás y le dije:

—Tomás, yo también tengo miedo, pero estos muchachos nos esperan.

Subimos la pendiente que nos separaba de nuestros camaradas en cuclillas. Al llegar nos identificamos e indicamos que, cumpliendo órdenes de retaguardia, queríamos hablar con Jacques Pignot.

Un hombre grande, alto, de ojos claros y rubio se acercó, con fuerte acento alemán, nos dijo:

—Camarada Pignot *estar* allí.

Con su dedo señaló a un montón de escombros. Bajo los mismos se podía identificar la cabeza y el pie derecho de un hombre. Estaba claro que el desdichado Jacques no nos podría ayudar. Rápidamente pregunté:

—Entonces, ¿quién está al mando?

El hombre rubio me respondió:

—Yo mismo, señor. Hans Baumann.

Hans extendió su mano, y, sin apenas darme tiempo a estrecharla, un obús cayó tan cerca que todos los allí presentes perdimos el equilibrio y caímos al suelo.

Hans se incorporó de inmediato y empezó a dar órdenes en francés. En menos de quince segundos, los nuestros estaban otra vez empuñando sus armas y respondiendo al fuego enemigo.

De nuevo se acercó a nosotros y nos dijo:

—¿Ustedes *ser*?

Extendí mi mano y le dije:

—Yo soy el ingeniero Alonso Quiñones, y este es mi ayudante, Tomás Requejo. Construimos estas fortificaciones y dejamos una serie de «minas» artesanas, activables a distancia, en el cerro Garabitas. Tenemos orden de explicarle cómo funcionan para que, en el caso de que el cerro caiga en manos rebeldes, se activen.

El brigadista alemán se ajustó su boina a la cabeza y sin parpadear dijo:

—Cerro ya en manos fascistas. Nosotros tratar de reconquistar toda la mañana.

Me quedé totalmente alucinado. Ya habían tomado el cerro, ¿cómo podía ser? El alemán me hizo señales para que mirara a través de los pocos parapetos que aún estaban en pie. Efectivamente, el enemigo había tomado el cerro. Sus fuerzas se agrupaban precisamente en la zona donde mayor concentración de trampas había.

Rápidamente le dije al brigadista:

—Basta con encender la mecha que dejamos preparada a la entrada de este fortín. En un minuto habrán volado todos por los aires.

Me aproximé al lugar donde habíamos dejado la mecha. Era una de las zonas del sector J más castigadas. Con horror comprobé que la mecha no estaba, había desaparecido. Volví a mirar por el parapeto y comprobé que parte del trazado de la mecha estaba destrozado por impactos de mortero. Sin embargo, el resto de la mecha parecía intacta unos ciento cincuenta metros antes de la cumbre del cerro.

Tras discutirlo con Tomás, concluimos que la única posibilidad era acercarse lo máximo posible a este punto, y prender la mecha. Éramos conscientes de lo arriesgado de la misión, pero al trasladársela a Hans no vaciló:

—Yo *ir* al anochecer. *Ahora avisad camaradas, al anochecer fascistas vuelan por aire*, nosotros atacamos.

Realmente nos parecía una misión suicida, pero la situación era bastante complicada. Tomás y yo nos ofrecimos para desplazarnos por las líneas defensivas e informar al resto de compañeros.

Una vez se hubo avisado a todos los sectores, procedimos a esperar el paso de las horas, suplicando para que ninguna bomba rebelde nos quitara de en medio. Pasado el mediodía, el bando enemigo interrumpió su continuo bombardeo y pareció que estaban reordenando y reabasteciendo sus tropas. Esto nos vino muy bien a nosotros para que nuestros soldados pudieran descansar antes de lanzar la contraofensiva, si Hans tenía éxito, claro.

Aproveché este respiro para hablar con Hans, este alemán que en unas horas podía dar su vida por una causa, que por lo menos a mí me parecía que le era ajena.

—Bueno, Hans, ¿cómo es que has venido a dar con tus huesos a esta guerra?

Hans sonrío y dijo:

—Yo ser miembro Partido Comunista alemán. Cuando nazis llegar poder, perseguir comunistas. Ellos no poder coger mí, pero coger mujer mía y torturar y matar. Yo jurar vengar mujer mía. Hitler ayuda rebeldes españoles, para mí ser nazis igual. Si ganar esta guerra, mujer mía vengada.

Sentí una profunda compasión por Hans, seguro que el dolor que

padecía era inimaginable, su mujer asesinada y él desterrado de su patria. Con cariño, le pasé mi mano por su hombro y le dije:

—Amigo, esté donde esté tu mujer, estará orgullosa de ti. Con gente como tú, es imposible que podamos perder la guerra.

Hans sonrió y me dijo:

—Gracias, camarada. *Ahora vamos con importante. Tú no tener arma*, tu compañero tampoco.

Yo señalé mi revólver, a lo que Hans dijo:

—No, no, *tú necesitar fusil, todos en búnker dar apoyo a mí, si fascistas verme.*

Apoyados en una de las paredes del búnker, había dos fusiles máuser, Hans los cogió y nos dio uno a cada uno. Recogió de unas cajas un puñado de balas y nos las metió en los bolsillos.

—*Vosotros listos disparar si yo en peligro.*

Asentimos con la cabeza, aunque Tomás me miró con miedo y dijo:

—Alonso, yo no he disparado nunca un fusil.

Le respondí:

—Yo solo cuando iba de caza con mi padre, él siempre prefirió los fusiles a las escopetas. Te enseñaré a cargarlo, disparar es sencillo, te apoyas la culata al hombro, apuntas con la mirilla, mantienes el cuerpo firme, y ¡fuego!

No quedó muy convencido, pero comprobó que no tenía otra opción. Entre tanto, llegó el personal de intendencia con un poco de sopa caliente y tabaco para pasar el rato hasta la hora señalada. Comprobé que prácticamente toda la gente que me rodeaba fumaba, incluso Tomás. Me decían que lo hacían para templar los nervios antes de la batalla. Yo nunca quise probar un cigarro, no me agradaba su olor.

Serían las cuatro de la tarde cuando desde el lado enemigo lanzaron una granada de mortero. Cayó más cerca de sus líneas que de las nuestras. Increíblemente, nadie de los nuestros respondió, y los fascistas tampoco volvieron a disparar. Seguramente estarían ajustando el tiro de algún mortero y la lanzaron por error.

En esas horas, que me parecieron eternas, me fijé en que el otoño ya había tomado la Casa de Campo, y eran miles las hojas amarillentas, ocres y marrones que poblaban el suelo. Súbitamente, se me ocurrió una idea que tal vez podría ayudar a nuestro amigo Hans. Me acerqué a él y se la propuse:

—Hans, he pensado en utilizar una de las mantas de abrigo de los soldados que ya han muerto, por desgracia ya no las van a necesitar. Podemos recoger las hojas de los árboles que nos rodean, y coserlas a la manta de forma que, al aproximarte tumbado a la zona donde hay que prender la mecha, la manta te sirva de camuflaje. Además, como lo haremos anocheciendo, será más difícil que el enemigo no te

identifique.

La sonrisa de Hans fue tan amplia que pude ver prácticamente todos sus dientes. Me abrazó y me dijo:

—¡Idea grande, amigo, idea grande! *Vamos coser hojas a manta.*

Hans dejó a varios brigadistas vigilando el frente y el resto nos pusimos a coser, utilizando las agujas y el hilo que tenían los soldados como parte de su equipo. En poco más de dos horas, habíamos cubierto la manta por completo.

Entretanto, nos llegó orden de la retaguardia. El ataque se llevaría a cabo a las veinte horas; calculamos que Hans necesitaría unos treinta minutos para recorrer los trescientos metros que le separaban de la zona donde se debía prender la mecha. Además, el terreno era muy accidentado, y los embudos de los impactos artilleros complicaban aún más la tarea. Todo ello contando con que el enemigo no atacase antes.

Se encontraba ya Hans tumbado con la manta encima, listo para marchar, me aproximé y le dije:

—Hans, recuerda, si consigues prender la mecha, quédate inmóvil, en menos de un minuto verás saltar por los aires las posiciones enemigas. No te incorpores hasta que nuestra vanguardia te haya rebasado, tal y como te han ordenado.

Me sorprendí a mí mismo dando órdenes como si fuese un oficial. Hans asintió con la cabeza, le deseamos suerte y nos parapetamos para ver cómo se aproximaba al objetivo.

El ambiente era tenso, nos mirábamos unos a otros viendo cómo Hans avanzaba protegido por su manta de hojas. Los segundos se hacían interminables. Hans avanzaba lento pero firme. Tomás temblaba a mi lado, más por miedo a que le sucediese algo a él que al propio Hans.

El enemigo no se había percatado de nada hasta el momento, y hasta nos llegaba el olor a carne guisada que brotaba de sus líneas.

Por fin, Hans llegó al punto en cuestión, tres minutos antes de las veinte horas. Se ubicó sobre el objetivo y, aunque no podíamos verlo, sabíamos que estaba prendiendo la mecha. Un minuto antes de las ocho de la tarde, las explosiones en el cerro Garabitas comenzaron a sucederse, las líneas saltaban y los gritos de los fascistas eran constantes. En ese instante, nuestros hombres salieron de sus parapetos y empezaron a correr hacia las líneas enemigas.

Preso de la euforia del momento, y sin pensármelo dos veces, salté el muro de sacos que me protegía y avancé hacia el cerro. Cuando llegué a la altura de Hans, me agaché a su lado y le dije:

—Amigo, en pie, lo has logrado.

Hans dejó su manta, y desenfundó su pistola. Cuando llegamos a la cima del cerro, no quedaba nadie que lo defendiera, tan solo

cadáveres y soldados moribundos; los pocos que habían sobrevivido corrían cerro abajo perseguidos por los disparos de los nuestros.

Me abracé a Hans, lo habíamos logrado. Rápidamente llegó un capitán brigadista y comenzó a dar órdenes para disponer las defensas del vértice. Yo volví a mi búnker de partida, recogí a Tomás y regresamos al cuartel general. Ya habían llegado allí las noticias del éxito de la misión. El capitán Azcárate se me acercó y dijo:

—Enhorabuena, ingeniero Quiñones, sepa usted que le he propuesto como sargento del cuerpo de ingenieros por su valiosa contribución a la toma del cerro Garabitas.

Agradecí el gesto de mi capitán y me dirigí a la retaguardia. Tenía muchas cosas que contar a Laura.

Lamentablemente, Garabitas duró en nuestro poder pocas horas. La madrugada del día 13, los rebeldes lanzaron un furioso contraataque y lo retomaron a cambio de numerosas bajas; lo mejor de sus tropas, moros y legionarios se emplearon a fondo para arrebatarnos la posición. Los nuestros, por fortuna, pudieron replegarse de forma ordenada a las posiciones de partida, pero, antes de que acabara el día 13, perdimos también los restos del sector J, y los nuestros fueron expulsados al otro lado del río en esta zona del frente. Madrid ya era presa fácil de las baterías facciosas, y desde aquel día no pararía la lluvia de obuses sobre la capital.

***

Por fin estamos en marcha. Puig aún está sudando por la carrera que se ha dado. El calor es sofocante, afortunadamente hemos tenido la precaución de recoger varias cántaras de agua para el viaje. No tengo la menor duda de que las usaremos todas. Mesa está al volante, el sargento Pérez y yo en la cabina con él. El resto, junto con las armas y provisiones van en la parte de atrás.

En el primer cruce que nos encontramos, se detiene Mesa y pregunta:

—Señor, ¿hacia El Masroig o hacia Falset?

Abriendo el plano que llevo entre las manos, le digo:

—Aguarda un momento, Mesa.

Manolo se aproxima y, consultando el mapa, dice:

—Debemos ir hacia Falset, hay que alejarse todo lo posible de la línea del frente.

Mesa gira a la derecha y prosigue el camino.

Los muchachos están animados. Chacón, que es granadino de la Alpujarra, bajito, cejijunto, de pelo corto y rizado, ojos diminutos y andar desgarbado, está contando la aventura que tuvo anoche con una enfermera del batallón:

—*Pueh, zí, mushashos, la rubia, la máh guapa de toas, con eza ehtuve.*

Ortega, manchego de Albacete, no puede reprimir la risa:

—Claro que sí, Chacón, estuviste con ella, si lo sabemos todos, pero para pedirle las vendas y las medicinas.

Soltamos una sonora carcajada. Todos salvo Puig. Se le nota atemorizado. Manolo se da cuenta de la circunstancia y trata de romper el hielo con él.

—Puig, ¿estás menos nervioso?

Molina, un alicantino que antes de la guerra se dedicaba a pescar, interviene:

—Mi sargento, nervioso no sé…, pero cagarse, ¡se ha cagado!

La carcajada es general, se ríen todos, todos salvo Puig y yo. No puedo permitir que humillen a una de las piezas claves de la misión.

—¡Molina! ¡Silencio! ¿Te parece divertido reírte del miedo ajeno? ¿Has contado a tus compañeros en qué circunstancias te conocí?

Molina junta sus manos e implora:

—No, por favor, teniente, no, no lo cuente.

El resto de los muchachos, excepto Puig, claro, empiezan a reírse y gritan:

—¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!

Molina baja su mirada, sabe que lo voy a contar.

—Pues sí, muchachos, cuando conocí al camarada Molina se encontraba en unas circunstancias bastante peores que las actuales. Fue cerca del río Jarama. ¿Recuerdas, Molina?

Final del Otoño - Invierno de 1937, Madrid

La primera intentona fascista de tomar Madrid había fracasado. No consiguieron su objetivo, nuestros hombres habían resistido heroicamente las continuas embestidas enemigas.

Mi batallón apenas tuvo descanso; tras reforzar los maltrechos parapetos de la línea del Manzanares, recibimos la orden, del por entonces coronel Vicente Rojo, de construir fortificaciones cerca de Pozuelo. Según se nos indicó, temía que los rebeldes atacasen por ese sector para cortar la carretera de La Coruña, y apuntalar sus conquistas en la Ciudad Universitaria, que tenía como punta de lanza el Hospital Clínico.

Nos pusimos manos a la obra, pero, a estas alturas, los materiales comenzaban a escasear. Lo único que nos sobraban eran sacos.

Tras analizar el terreno, decidí proyectar una serie de trincheras apoyadas con fortines, cuya base principal eran sacos terreros, con columnas y vigas de madera extraídas de árboles próximos. La zona elegida era la más elevada del entorno, lo que sin duda nos daba una

clara ventaja estratégica si decidían atacar por ahí.

Aún no habíamos terminado nuestras tareas de fortificación, cuando unidades de la 3.ª Brigada Mixta comenzaron a tomar posiciones. Nos pidieron desbrozar una explanada próxima y construir muros de cuatro sacos terreros apilados en dicha superficie. Un oficial de la Brigada me comentó que emplazarían allí el parque de tanques y los depósitos de combustible.

El día 29 de noviembre nos dirigíamos como siempre a seguir con nuestra tarea, pero, en esta ocasión, un control de la policía militar nos detuvo. El oficial que estaba al mando nos dijo:

—Camaradas, órdenes del comandante Galán, jefe de la 3.ª Brigada Mixta. Se están registrando movimientos del enemigo en el entorno. Les recomienda que hoy no acudan a su trabajo. Si finalmente el ataque enemigo no se produce, vuelvan mañana.

Miré a mi ayudante y le dije:

—Tomás, día libre. Aprovechando que es domingo volveré a Madrid a pasar el día con Laura.

Tomás respondió:

—Yo volveré contigo a ver si veo a algunos camaradas de la universidad y pasamos el día tomando unos vinos.

Arrancamos los camiones y dimos media vuelta. Habrían pasado unos veinte minutos cuando empezamos a escuchar los disparos y cañonazos procedentes del sector de Pozuelo. El comandante Galán llevaba razón, los rebeldes estaban preparándose para atacar. Confiaba en que los chicos de la 3.ª, con la ayuda de lo que les habíamos construido, fuesen capaces de aguantar la embestida.

Al llegar a Madrid acudí a casa de Laura. La encontré llorando. Su madre trataba de consolarla, pero parecía que todo era en vano. Le cogí la mano:

—Laura, cariño, ¿qué pasa?

No paraba de llorar, el llanto era desconsolado, desgarrador. Hacía cuatro días que no nos veíamos, no sabía qué cosa tan grave podría haber pasado para que estuviera así.

Miré a la señora María y le dije:

—¿Ha pasado algo? ¿Los muchachos? ¿El señor Mateo?

La madre de Laura, sin soltar su mano, me dijo:

—No, hijo, están todos bien. Es la fábrica.

La fábrica. No entendía.

—Señora María. ¿La fábrica? ¿Qué ocurre?

Ahora sí, doña María soltó la mano de su hija y me llevó a la cocina:

—Hijo mío, esta mañana al amanecer, cuando salían de trabajar Laura y sus compañeros, como todos los días, ha pasado un avión de los sublevados y ha lanzado varias bombas. Algunas de ellas han

impactado en la fábrica. Todavía quedaban muchos compañeros suyos dentro. Ella gracias a Dios ya había salido. La ha traído su amigo, «el Chino» creo que le dicen.

Salí corriendo de la cocina y me abracé a Laura. Ella, sin parar de llorar, comenzó a decir palabras entrecortadas:

—Muertos…. Todos… Sangre… Mis amigos.

No sabía qué decir para consolarla. Me limité a abrazarla fuertemente contra mi pecho y a besar su frente. Me partía el corazón verla así, pero lo que ella sentía no era más que el cruel reflejo de lo que miles de compatriotas estaban viviendo.

Pasé todo el día en su casa, con su familia y con ella, en esos momentos tan duros necesitaba mi apoyo como nunca.

Al día siguiente, puesto que los combates en el sector de Pozuelo ya habían empezado, mi unidad y yo nos dirigimos al cuartel general del batallón a recibir órdenes. Me presenté al capitán Azcárate, que me dijo:

—Sargento Quiñones, sepa de primera mano que las fortificaciones que usted y sus muchachos han preparado en Pozuelo nos están ayudando a contener al enemigo.

Agradecí sus palabras. Fue muy reconfortante saber que habíamos hecho bien nuestro trabajo; el capitán prosiguió:

—He tenido noticias del ataque de ayer a la fábrica de su prometida. ¿Le puedo preguntar cómo está ella?

Respondí:

—Mi capitán, afortunadamente ella salió ilesa, pero muchos de sus compañeros han resultado muertos o heridos.

El capitán cogió un folio que había en su mesa:

—Concretamente han asesinado a veintiún civiles, catorce mujeres y siete hombres. Además, hay más de veinte heridos.

Sus palabras me estremecieron:

—Señor, no sabía que había tantas víctimas…, mi prometida está muy afectada. No imagino lo que habrá sido para ella ver esas escenas.

El capitán puso la mano sobre mi hombro y dijo:

—Sargento, de eso mismo quería hablarle. Está usted demostrando su valía en cada tarea que se le encomienda. Por eso creo que es justo darle un par de días de permiso a usted y a sus hombres. Vaya con su prometida y ayúdela a pasar este bache. Preséntese de nuevo con toda su unidad pasado mañana. Veremos qué tarea le podemos asignar.

Agradecí al capitán su consideración. Salí del cuartel y le di la noticia a mis hombres. Cada uno cogió su camino, mientras que yo enfilé mis pasos hacia la casa de Laura. Cuando llegué, ya estaba algo más recompuesta, pero sus enormes ojeras dejaban entrever que no había descansado en toda la noche. Cogí sus manos entre las mías:

—¿Cómo estás?

Sin duda, tuvo que hacer un esfuerzo, pero me brindó esa sonrisa con la que me había robado el corazón:

—Mejor, Alonso, mejor. Pero es que… no me puedo quitar de la mente la imagen de mi amiga Marta… Arrastraba su cuerpo mutilado, sin piernas, fuera de la fábrica, y gritaba mi nombre. Lo de Gabriel fue aún peor, vi cómo ardió vivo. Sus gritos de dolor me atormentan.

Acaricié su cara.

—Por favor, Laura, no pienses más en ello. Ya están descansando. Para ellos se acabó esta guerra, se acabó el sufrir.

Varias lágrimas volvieron a brotar de sus preciosos ojos color miel.

—Alonso, hay otra cosa que me preocupa. Ya sé que es egoísta pensar en esto cuando muchos de mis compañeros acaban de morir, pero es que…

Me acerqué aún más a ella y le dije:

—¿Qué te preocupa?

Laura agachó la cabeza y musitó:

—Me he quedado sin trabajo, la carnicería de padre va cada día peor y mis hermanos no encuentran quién los contrate…

No le dejé terminar.

—Pero, bueno, ¿y por eso te preocupas? No hay problema, el ejército de la República me paga un buen sueldo. No faltará de nada en esta casa.

Laura recuperó su habitual energía y sacó su genio a relucir:

—¡Ni que te lo pienses, Alonso Quiñones! Mientras yo tenga dos manos para trabajar, seré yo quien mantenga a mi familia.

Intenté apaciguarla:

—Tranquila, por favor, no te pongas así. Lo que intento decirte es que os ofrezco mi ayuda hasta que encuentres trabajo. Por cierto, ¿has pensado en qué podrías trabajar?

Ella me miró a los ojos y dijo:

—He escuchado que están reorganizando las milicias populares, y que ya no dejan a las mujeres luchar en ellas. Solo les permiten trabajar como enfermeras en las nuevas brigadas mixtas que están creando. El sueldo es muy bueno, y dan un cursillo preparatorio de dos semanas antes de mandarte al frente.

Conocía esa mirada. Significaba que, dijera lo que dijera, ella ya había tomado su decisión. Me encogí de hombros, sabía que era inútil oponerme a su voluntad:

—Laura, sabes que no quiero que te expongas lo más mínimo, pero, si es lo que quieres, yo te apoyaré.

Laura volvió a sonreír, me dio un beso en la frente y dijo:

—Sabía que lo comprenderías.

Pasamos el resto de la jornada juntos y le animé a salir a la calle, a

tomar un poco de aire fresco, aunque el frío ya se dejaba sentir.

Al día siguiente acompañé a Laura a la oficina donde se inscribían las muchachas que querían servir como enfermeras voluntarias. Tras hacer un buen rato de cola, por fin nos tocó. Laura expuso su situación, comentó además que estaba comprometida con la causa. Les dijo que yo, su prometido, servía en el cuerpo de ingenieros, y que nada le haría más feliz que ayudar a los camaradas heridos a recomponerse de sus lesiones.

Tras realizar la inscripción, le dijeron que precisamente el día siguiente empezaba un cursillo de dos semanas. También le comunicaron que no la encuadrarían dentro de ninguna brigada mixta, sino como parte del hospital volante que se iba a preparar para desplazar personal y material sanitario de apoyo a las unidades más castigadas del frente.

Laura estaba feliz, por un momento había olvidado la masacre de su fábrica, se sentía nuevamente útil y estaba deseando empezar a trabajar. Recuerdo que le dije:

—Laura, el hospital volante que te comentan es el destino más peligroso que puedes tener. Ten en cuenta que os mandarán allá donde haya combates.

Ella, aún con la euforia en su rostro, respondió:

—¿Y qué quieres tú, que me manden a la retaguardia a cuidar a niños y ancianos? Yo tengo que estar donde están mis camaradas dando su vida por la República.

Consciente de su terquedad y de lo inútil que sería cualquier esfuerzo que hiciera para que cambiara de opinión, le di un fuerte abrazo y le dije que lo único que yo quería es que ella estuviera bien.

Salimos de las oficinas de inscripción y fuimos a visitar a los heridos en el bombardeo de la fábrica Tejidos del Manzanares. Afortunadamente, los más estaban fuera de peligro, pero había dos chicas que estaban totalmente vendadas, una de ellas había perdido la pierna izquierda y el brazo derecho. Al parecer, una de las bombas incendiarias le cayó muy cerca y prendió su cuerpo; además, con la deflagración le cayeron encima varias máquinas, con el resultado de las amputaciones que teníamos ante nuestros ojos.

Al ver a sus compañeras, Laura apretó fuertemente mi mano. Le dije:

—Te tienes que acostumbrar, en el frente verás cosas mucho peores. Tienes que ser fuerte.

Mis palabras tenían toda la intención de hacer que reconsiderara su idea inicial, pero todo era en vano. Me respondió:

—Lo que veo me da fuerzas. Entre todos ganaremos la batalla al fascismo.

El día siguiente, Laura empezó su cursillo y yo, con toda mi unidad,

me presenté a las ocho de la mañana en el cuartel general. El capitán ya tenía nuevas órdenes para nosotros. Tareas de reparación de servicios afectados en la capital por los bombardeos aéreos.

Pasé la Navidad con mi familia política, ¡cómo había cambiado todo en un año!, de tener la ilusión de una boda, de emprender una nueva vida juntos, a vernos inmersos en esta maldita guerra.

Las dos primeras semanas del mes de enero las dedicamos a reparar calles, redes de abastecimiento de agua y saneamiento, tendido eléctrico, etc.

Las noticias en el frente de Madrid no eran buenas del todo. El enemigo había conseguido tomar finalmente Pozuelo el 7 de enero, rebasando las fortificaciones que construimos en noviembre, aunque las defensas del eje Guadarrama–Manzanares sí los detuvieron en seco. Tan solo tenían a tiro un pequeño sector de la carretera de La Coruña, por lo que no fueron capaces de alcanzar el objetivo último de su misión.

Las noticias en el sur sí que eran peores; Málaga estaba siendo atacada, y, según la prensa, los voluntarios italianos del histriónico Mussolini iban a formar parte de la ofensiva. Barcos y aviones alemanes harían su labor desde el mar y desde el aire.

La tercera semana del primer mes del año se nos destinó a construir una serie de parapetos y posiciones protegidas para la artillería en la margen izquierda del río Jarama. El jefe del ejército republicano del centro, general Pozas, quería prepararse para lanzar una ofensiva contra Seseña y Pinto, de forma que se estrangularan las líneas que abastecían las tropas rebeldes acantonadas frente a la capital.

La zona era magnífica para plantear una defensa, y las posiciones elevadas en la cara este del Jarama eran puestos privilegiados como observatorio artillero, ya que se contralaba todo el valle desde este punto.

Analizando los mapas cartográficos, decidí junto con Tomás que el denominado pico de Pajares y el pico del Pingarrón eran los puntos más favorables de la zona para el emplazamiento de nuestras baterías.

Los trabajos se realizaron con pico, pala y sacos. Era muy difícil transportar cemento hasta las cumbres y el tiempo apremiaba. Tuve la precaución de disponer puestos protegidos para nidos de ametralladora, así como de excavar pozos de tirador a lo largo de las cumbres, para dar apoyo defensivo en caso de que nuestro ataque no tuviese éxito y los rebeldes contraatacaran.

Durante las casi tres semanas que permanecimos trabajando, llegamos a conocer la zona como la palma de nuestra mano, aunque hay que reconocer que el frío y la lluvia nos hicieron mucho daño. Hasta cinco de mis peones estuvieron varios días sin trabajar por culpa de la gripe.

El movimiento de tropas en las líneas enemigas alertó a nuestro alto mando, que comenzó a disponer soldados a lo largo de la línea de fortificaciones que habíamos preparado.

El día 6 de febrero se confirmó lo que todos nos temíamos. Los sublevados se nos adelantaron y atacaron primero. En un visto y no visto, ocuparon La Marañosa, desde donde tenían a tiro el primer tramo de la carretera que comunicaba Madrid con Valencia.

Nosotros, mientras tanto, recibimos órdenes de permanecer en retaguardia para apoyar en lo que se nos pidiese. Entre otras cosas, a Tomás y a mí, el mismo día del inicio del ataque, nos mandaron al puente de Pindoque con unos artificieros a colocar cargas explosivas por si el enemigo trataba de tomarlo. Decidimos actuar por la noche, ya que la aviación rebelde no paraba de sobrevolar la zona y estábamos al alcance de los Tiradores de Ifni ubicados en La Marañosa. Tomás sugirió colocar las cargas en la unión entre pila y tablero. Descartamos volar las propias pilas, ya que eran muy gruesas y resistentes, y no teníamos la certeza de que fuera suficiente el explosivo con el que contábamos.

Lamentablemente, en la madrugada del 11 de febrero, los moros tomaron por sorpresa a los brigadistas de la XI, y cruzaron el puente sin ser detectados. Según nos comentaron los pocos supervivientes, fue una matanza. En su huida, activaron la voladura del puente, pero solo explotó una de las cargas (los fascistas debieron haber cortado todos los cables salvo ese), con tan mala fortuna que el tablero del puente se elevó varios metros y volvió a caer en su mismo sitio. El puente de Pindoque quedó intacto.

Fue ese mismo día 11 cuando llegó al frente el hospital volante en el que estaba Laura. Cuando se hubo instalado, aproveché para ir a verla. La actividad allí era frenética, los heridos y mutilados llegaban por decenas. A lo lejos adiviné su esbelta figura, con un uniforme que ya no estaba impecable. Eran muchas las manchas de sangre que lo recorrían. Me acerqué, le di un beso en la frente y le dije:

—Laura, no quiero molestarte, solo saludarte y dejarte trabajar. Me vuelvo con mi unidad.

Giró su cabeza me miró, me abrazó, y me dijo:

—Alonso, ten cuidado. No te acerques al frente, los combates están siendo cruentos.

La dejé con su tarea, el griterío era ensordecedor. Las voces de los heridos se entremezclaban con las órdenes de médicos y enfermeras. El olor a sangre condensaba el ambiente.

Cuando por fin salí de allí, aproveché para respirar aire puro, tranquilizarme y volver con mis chicos.

Los días pasaban en el frente, los combates aéreos eran magníficos, y nuestros «chatos» y «moscas», en la mayoría de las ocasiones,

impedían que los fascistas lanzaran sus mortíferas cargas contra nuestras líneas.

El día 18, Tomás y yo recibimos la orden de desplazarnos al sector del Pingarrón. Había llegado a la zona el Lincoln, un batallón de la XV Brigada Internacional compuesto principalmente por estadounidenses, pero también irlandeses, cubanos y algún español, que había recibido la orden de tomar ese pico que tanto nos contó fortificar, y que tan fácilmente perdimos. Nuestras instrucciones eran indicarles el camino más seguro hasta la cima, a través del abrupto terreno, que conocíamos perfectamente.

Nos presentaron al jefe del batallón, un tal Harris, aunque a todas luces el que llevaba la voz cantante era Robert Merriman, un espigado californiano de gafas redondas y pelo castaño. Con los planos en la mesa y con Tomás haciendo de traductor (de niño pasó un año en Inglaterra debido al trabajo de su padre), trazamos la ruta más segura, aprovechando la protección que nos brindaban las escarpaduras del terreno. Les dejamos claro que parte del avance habría que hacerlo cuerpo a tierra, y que la oscuridad de la noche sería nuestro mejor aliado.

Nos despedimos y les deseamos suerte, pero Merriman sacó una hoja doblada firmada por el mismísimo general Pozas. En esa orden se decía que los ingenieros guías debíamos acompañar a la avanzadilla de las tropas.

Me quedé petrificado, no estaba en mis planes entrar en combate esa noche. Tomás comenzó a temblar y a llorar. Era un muchacho demasiado sensible. Convencí al tal Merriman de que lo mejor era que solo los acompañase yo. Me hice con un máuser y una bayoneta.

Al caer la noche, salimos de nuestras posiciones; a lo lejos pude divisar los moros que custodiaban las cumbres. Junto a mí, avanzaban Merriman y el intérprete del batallón, Pedro Suárez, que traducía las órdenes de Merriman a los cubanos y españoles encuadrados en el Lincoln.

El silencio era total. Mientras avanzábamos en cuclillas me llegó el olor del tabaco que fumaban los centinelas norteafricanos. Al llegar al punto señalado en el mapa, indiqué a Merriman que debían desplegarse y echarse cuerpo a tierra. No nos separarían más de doscientos metros de la cumbre. Suárez trató de ubicarse a mi izquierda, a unos diez metros de mi posición. Echó su cuerpo contra el suelo de forma brusca, no comprobó que a la altura de su estómago había restos de metralla de los continuos bombardeos registrados en la zona. Cuando el metal perforó su carne, lanzó un alarido de dolor. Los moros comenzaron a disparar a discreción. Merriman ordenó preparar las granadas y nos pusimos todos en pie. Comenzamos a correr mientras las balas arreciaban; escuchaba cómo caían cuerpos a mis

espaldas, pero no podía permitirme mirar atrás. Con la bayoneta calada en el máuser que portaba, corrí lo más rápido que pude hacia las líneas enemigas. Las granadas que lanzaban los nuestros volaban sobre mi cabeza y hacían explosión apenas unas decenas de metros delante de nuestra posición.

Al llegar al parapeto, lo salté y clavé mi bayoneta en el cuello del moro que tenía enfrente. Lo mismo hicieron el resto de soldados que atacamos el Pingarrón. Con arma corta y bayoneta conseguimos tomar la posición. Los pocos moros que lograron sobrevivir huían hacia sus posiciones de retaguardia.

Todo había sucedido en apenas cinco minutos. Acaso los más intensos de mi vida. Cuando volví la vista hacia mis líneas, pude observar las decenas de cadáveres y heridos que poblaban la ladera sur del pico. Los gritos de los moros se mezclaban con los de los nuestros. Merriman dio orden de rematar a los moros heridos, pero a bayoneta, para no malgastar munición.

El Pingarrón no se parecía en nada a lo que yo había conocido días atrás, todo estaba arrasado y ennegrecido y la única nota de color la ponía la sangre de los cadáveres.

Cuando todo se hubo calmado y los nuestros tomaron posiciones defensivas, Merriman se acercó a mí y dijo:

—*Well done, mate, now you can go back.*

No tenía traductor en ese momento, pero por sus gestos entendí que ya no era necesario en el pico. Torné mis pasos y me dirigí al punto de partida. Los sanitarios estaban ya atendiendo a los heridos.

De repente, temblando en el embudo de una explosión, encontré a un muchacho. El olor no era agradable, parecía que se había hecho sus necesidades encima, y la mancha en su pantalón de pana así lo acreditaba. Me acerqué y le dije:

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Estás herido?

Con voz temblorosa, respondió:

—No, señor, tan solo estoy…

Le interrumpí:

—Asustado, ¿verdad? Nombre y unidad.

Respondió:

—Nicasio Molina, del batallón Lincoln de la XV Brigada Internacional. Por favor, no le diga a nadie, señor…

Le tranquilicé:

—No te preocupes, muchacho, pero por tu bien creo que deberías hacerte con el pantalón de algún camarada caído y subir a la cima del Pingarrón. Si se enteran de lo que ha pasado, te van a fusilar.

A duras penas se recompuso. Lo dejé buscando un pantalón de su talla entre los cadáveres mientras yo volvía a la retaguardia.

También pude comprobar que el intérprete Suárez estaba siendo

atendido por los sanitarios. Me aproximé y le dije:

—Hemos tomado el Pingarrón. Ahora, a recuperarse. Si le llevan al hospital volante, dígale a la enfermera más guapa de todas, Laura Ramírez, mi prometida, que le trate bien, que es amigo mío.

Suárez a duras penas sonrió, pero no podía hablar.

Lamentablemente, todo el heroísmo que se derrochó aquel día no sirvió de mucho. A las pocas horas, los moros volvieron a la carga, y, a pesar de que perdieron el ochenta por ciento de sus efectivos, desalojaron a los nuestros y se hicieron con la cumbre.

Durante el día 23, la XV Brigada reforzada con la XI y varios T-26 soviéticos intentaron hasta cuatro veces reconquistar el Pingarrón. Fue inútil, la carnicería fue atroz. Laura me dijo que los norteamericanos que llegaron heridos a su hospital llamaban al Pingarrón «*Suicide hill*» (la colina del suicidio).

Finalmente, el 27 de febrero finalizó la batalla en tablas; aunque el enemigo conquistó algunas posiciones, no logró su objetivo ulterior, cortar la carretera de Valencia.

Los días posteriores, mis chicos y yo estuvimos dedicados a construir casamatas y fortines para consolidar el frente del Jarama. Ahora sí nos habían enviado varios camiones con cemento, acero y ladrillos, por lo que las fortificaciones serían mucho más sólidas.

***

Al terminar de contar la historia, los chicos no paran de reír, ahora es Molina el foco de sus mofas. Chacón le dice:

—Molina, ¿te has *hesho* caquita?

Ortega insiste:

—Ya sé de dónde viene ese olor hediondo, no es Puig, es Molina.

El jolgorio es general, ahora hasta Puig se ríe. Molina está totalmente avergonzado. Decido intervenir:

—Muchachos, es verdad que Molina se hizo sus necesidades encima la primera vez que entró en combate. También es cierto que, después de subir al Pingarrón, se mantuvo firme empuñando su Maxim, tumbando a tantos moros como pudo, y, cuando estaban próximos a perder la posición, trasladó a dos compañeros heridos a la retaguardia. Dudo que ni uno solo de ustedes tenga los arrestos suficientes para hacer eso mismo.

Ya nadie se ríe, Chacón apoya una mano en la rodilla de Molina y le pregunta:

—¿*Eh ezo* cierto, compañero?

Molina responde:

—Sí, así fue, y si no pude rescatar a más camaradas fue porque los moros ya habían copado nuestra posición.

Ortega, con gesto de admiración, le dice:

—Acepta mis disculpas, camarada, será un honor volver a luchar hombro con hombro contigo.

Seguimos la ruta hacia el norte, el paisaje es muy distinto al de mi Extremadura, no hay rastro de dehesas preñadas de encinas, por el contrario, son abundantes los bosques de pinos y las praderas de matorral bajo, el típico bosque mediterráneo.

Un cartel nos anuncia que estamos a diez kilómetros de Vilanova de Prades. Allí planeamos el sargento Pérez y yo hacer una parada para estirar las piernas y hacer nuestras necesidades. De repente, un sonido fuerte, como una explosión, sacude el camión. Rápidamente Mesa orilla el vehículo en un margen de la carretera. Molina pregunta:

—¿Qué ha sido eso? ¿Una mina?

Salto del camión y compruebo que el neumático delantero derecho ha reventado.

—Manolo, ya te dije yo que esto era un cacharro. ¿Llevamos rueda de repuesto?

El sargento Pérez asoma la cabeza por la ventanilla:

—Marqués, llevamos una, esperemos no pinchar más.

Sin dejarle terminar, le replico:

—No podemos dejar estas cosas al azar, cuando lleguemos a Vilanova de Prades, nos tenemos que hacer con otro neumático. Mientras tanto… ¿Quién de ustedes va a cambiar la rueda?

Los chicos se miran unos a otros, nadie responde. Insisto:

—¿Es que nadie ha cambiado nunca un neumático?

Puig levanta la mano:

—Disculpe, señor, yo ayudé a mi padre en una ocasión.

Respiro, aliviado:

—Perfecto, Puig, baje del camión y venga conmigo, usted ayudó a su padre, y ahora me ayudará a mí. Yo solo he cambiado una rueda en mi vida y fue cerca de Guadalajara.

Marzo de 1937, Madrid

Cuando finalizó la batalla en los alrededores del río Jarama, regresamos a Madrid. El capitán Azcárate nos dio tres días de permiso, llevábamos mucho tiempo fuera de casa y sometidos a un estrés continuo.

A pesar de que sabía que era poco menos que imposible tener noticias de mi familia, no paraba de rondarme la cabeza la posibilidad de que algo les hubiera podido pasar antes de que los rebeldes conquistaran Trujillo.

Mi compañero Tomás me dio una idea. Me sugirió que pasara por

el centro de ayuda a refugiados. Allí sin duda habría gente inscrita procedente de Extremadura, y, con suerte, hasta puede que alguno de Trujillo.

Encaminé mis pasos al barrio de Salamanca. En la confluencia de la calle Ayala con la calle Serrano, una perrita pequeña y muy delgada de color canela me salió al paso. No sé por qué, pero no paraba de seguirme, saltaba a mi alrededor. Me agaché y acaricié su pequeña cabeza. Metí las manos en los bolsillos para ver si tenía algo de comer para darle. Tan solo encontré una naranja. La acerqué a su hocico y comenzó a dar vueltas sobre sí misma con el rabo totalmente erizado. Me sorprendía que a un perro le pudiesen gustar las naranjas. Quité la cáscara y le eché un par de gajos.

Continué mi camino y la perrita caminaba a mi par. No paraba de decirle que no podía venir conmigo…, como si me fuese a entender. Cuando por fin llegué al edificio de ayuda a refugiados, miré al perro y le dije que se quedase allí. Instantáneamente se detuvo y se sentó junto a la puerta.

Entré y fui a la oficina de registro. Allí encontré a una señorita que me atendió muy amablemente. Le indiqué lo que buscaba y me respondió que tenía que consultar con su superior, por si me podía dar esa información.

Al cabo de cinco minutos, regresó la señorita acompañada de un hombre de mediana edad, su cara me sonaba, pero no era capaz de recordar de qué. Llevaba en la solapa un distintivo de la Unión General de Trabajadores. Le conté mi problema, pero me dijo que la información que solicitaba era sensible, que cómo podían saber ellos que no utilizaría esa información para un fin distinto al que les indicaba.

De repente, vino a mi cabeza de qué conocía a este señor. Era compañero de Laura, responsable en la UGT, sector textil. Le dije:

—Disculpe, ¿no conocerá usted por casualidad a una señorita llamada Laura Ramírez?

Su cara reflejó sorpresa:

—¿A Laura Ramírez? Claro que sí, trabaja…, o, mejor dicho, trabajaba en Tejidos del Manzanares. ¿Por qué me pregunta esto?

Le respondí:

—No, por nada, es que me sonaba su cara y no sabía de qué. Ya lo he recordado, acompañé varias veces a mi prometida a reuniones del comité de empresa, y allí estaba usted.

El gesto de mi interlocutor cambió por completo:

—¿Laura es su prometida? Enhorabuena, se lleva usted una chica de diez.

Agradecí sus palabras y me despedí, pero justo al darme la vuelta me dijo:

—Aguarde, sargento Quiñones…, tal vez sí podamos ayudarle con lo que necesita. Si es el prometido de Laura, seguro que es buena gente.

Revisaron los libros de refugiados procedentes de Extremadura. Me dijeron que había registrados más de cinco mil, pero concretamente de Trujillo solo estaba registrado un tal Rodrigo Canales Casero. A decir verdad, su nombre no me sonaba de nada. Me dijeron que su última residencia conocida estaba en la calle Zabaleta, al este de la ciudad. Por lo visto allí tenía familia.

Agradecí la ayuda recibida y salí del edificio decido a encontrarme con el tal Rodrigo. En la puerta aún estaba la perrita esperándome. Al verme salir se incorporó y, al igual que ya sucedió antes, comenzó a seguir mis pasos. La calle Zabaleta estaba cerca, por lo que en apenas veinte minutos llegué. Le hice señas a la perrita para que se quedase en la puerta, y se sentó. Llamé y me abrió una señora mayor.

—Buenos días, señora, estoy buscando a Rodrigo Canales.

La señora, con gesto airado, respondió:

—¡Que ya hemos dicho que mi nieto no puede ir a la guerra, que está enfermo!

Hizo el ademán de dar un portazo, pero lo impedí:

—Aguarde, señora, aguarde, que no le engañe mi uniforme, no estoy aquí para llevar a su nieto a la guerra. Le quiero hacer algunas preguntas. Soy de Trujillo como él.

La faz de la señora cambió radicalmente:

—¿De Trujillo? ¡Qué alegría le va a dar cuando se lo diga! Pase, por favor, pase.

La casa era pequeña y sin ningún lujo. El olor a comida casera reinaba en el ambiente. La señora me indicó:

—Como ya le he dicho, está enfermo, está en su cuarto en la cama. Es al final del pasillo.

La señora tocó a la puerta, la abrió y dijo:

—Rodrigo, hijo mío. Ha venido un joven de Trujillo, y quiere hablar contigo.

Entramos a la estancia y me encontré a un joven delgado y pálido, arropado hasta el cuello. No tendría veinte años. Tomé la palabra:

—Buenos días, Rodrigo, permíteme que me presente. Me llamo Alonso Quiñones García de Paredes.

El joven me interrumpió:

—Usted es el hijo del marqués de Gibranzos.

Asentí con la cabeza:

—Efectivamente así es, y es por eso que vengo a visitarle. Mire, el estallido de la guerra me cogió en Madrid, y desde entonces no he podido saber nada de mis padres. ¿Dónde estaba usted cuando todo empezó?

El joven se incorporó y con una voz muy débil me dijo:

—Yo estaba en Trujillo con mis padres, trabajaba como mozo de carga en el granero municipal.

Por tanto, el muchacho estaba en Trujillo cuando todo empezó.

—¿Sabes si le pasó algo a mi familia?

El joven, sin querer mirar a mi cara, dijo:

—Señor, esos días fueron muy convulsos, la gente estaba muy exaltada…

El chico comenzó a toser, pero no podía esperar:

—Di, Rodrigo, di, muchacho, ¿le pasó algo a mi familia?

Rodrigo se recompuso:

—Señor, el palacio de sus padres ardió una semana después del golpe. Según escuché, su madre y su hermano pudieron escapar al campo. A su padre lo capturaron y lo metieron en la cárcel del pueblo. No sé nada más.

Recibí la noticia como un mazazo:

—¿No sabes nada más?

El joven negó con la cabeza:

—No, señor, antes de que acabara el mes de julio, mis padres me mandaron a Madrid, porque el ambiente revolucionario lo estaba invadiendo todo. Siento no poder ayudarle más.

El chico volvió a tumbarse. Agradecí su ayuda, pero la pena arrasaba mi alma. Mi casa quemada, mi madre y mi hermano pudieron huir, pero… ¿Estarían aún con vida?; mi padre preso, ¿qué le habría pasado?

Salí de la casa y la perrita aún estaba allí; como había hecho hasta entonces, volvió a seguirme. Estuve dando vueltas por la ciudad el resto del día, no paraba de pensar en la suerte que habría podido correr mi familia.

Cuando ya casi hubo anochecido me dirigí a casa de Laura. La perrita se quedó en el portal. Llorando le conté las malas noticias que había recibido. Trató de consolarme, pero fue en vano.

Serían las once de la noche cuando salí de allí. La perrita, cual centinela, permanecía donde la había dejado. Me dirigí a casa y permití que el animal pasara la noche en el portal. Le estaba empezando a coger cariño. Le bajé un cuenco con agua y un trozo de tocino rancio.

Pasaron los días de permiso, y volví a recibir órdenes en el cuartel general. Cuando llegué, estaba el capitán Azcárate en la puerta del cuartel, fumando en su pipa.

—Sargento Quiñones, buenos días. ¿Quién es este nuevo compañero?

Señalaba a la perrita que, sí, aún seguía conmigo. Respondí:

—Buenos días, mi capitán. Pues esta camarada no se quiere separar

de mí. La encontré en la calle. Le estoy empezando a coger cariño.

El capitán prosiguió:

—Sepa usted que el color del pelo del perro me recuerda a mi época de soldado de reemplazo.

Un tanto sorprendido, le dije:

—¿El color? ¿Por el uniforme que llevaba?

Mi superior empezó a reír:

—¿Por el uniforme? No, muchacho. Yo hice el servicio militar en Marruecos. El color de las dunas del desierto es idéntico al de este can. Por cierto, ¿tiene nombre?

Negué con la cabeza:

—No, mi capitán, aún no…, pero me acaba usted de dar una idea. ¡La llamaré Duna!

Me agaché junto al animal, acaricié su lomo y le dije:

—Te vas a llamar Duna, amiguita, ¿te gusta tu nuevo nombre?

El animal me miraba, parecía que entendiese todo lo que le estaba diciendo. Entre tanto llegaron mis compañeros. Era 5 de marzo y hacía un frío helador. Parecía que la primavera no tenía intención de llegar.

Nos mandaron a tareas de mantenimiento de la ciudad, como ya habían hecho en anteriores ocasiones cuando el frente estaba tranquilo, aunque la calma duró poco.

El día 8, a primera hora, recibí la orden de trasladarme con todos mis hombres a Guadalajara; el enemigo no cejaba en su empeño de estrangular Madrid, y ahora lo intentaba nuevamente al norte del Jarama. Recibimos instrucciones de construir una serie de fortificaciones a los alrededores de la ciudad.

Al llegar a Guadalajara, un temporal de frío, viento y aguanieve nos recibió. Duna temblaba entre mis pies, y no quiso bajar del camión. Nos dirigimos al puesto de mando a recibir instrucciones y material.

Nos indicaron que deberíamos reforzar la zona conocida como Llano Serbal, una planicie a casi mil metros de altitud que dominaba la cara oeste del valle del Torija. Tendríamos que construir puestos de tirador, nidos de ametralladora y emplazamientos protegidos para artillería. Recogimos el material y pusimos rumbo a nuestra misión.

Los pocos días que estuvimos allí fueron para olvidar. En el páramo donde nos encontrábamos el viento nos castigaba impunemente, y la nieve se acumuló varios centímetros. El terreno estaba duro y excavar se nos hacía muy difícil. Afortunadamente, el día 11 recibimos la orden de abandonar las tareas de refuerzo encomendadas, y nos mandaron unirnos como unidad de zapadores a la 11.ª División mandada por Enrique Líster.

El grueso de la ofensiva rebelde la habían protagonizado sus aliados italianos, pero, afortunadamente, los nuestros habían

conseguido parar su ataque, y ahora estábamos contraatacando.

Se nos encomendaron tareas de acondicionamiento de carreteras y caminos para facilitar el abastecimiento de la vanguardia de la división. Los caminos, en su mayoría de tierra, estaban totalmente embarrados, y el continuo trasiego de camiones los estaba dejando impracticables.

Decidimos acudir a una cantera cercana y extender zahorra en las zonas donde el camino estaba peor. Esta fue nuestra tarea hasta el final de la batalla.

Mis chicos y yo solo tuvimos un susto, que pudo haberse convertido en una desgracia. A pocos días del final del combate, estábamos enfrascados reparando los caminos, cuando dos Fiat fascistas en vuelo rasante nos ametrallaron. Nos tumbamos todos cuerpo a tierra, las balas silbaron muy cerca.

Cuando pasó el peligro, nos incorporamos. Nadie había resultado herido, incluso Duna estaba a mi lado saltando y jugando como si tal cosa. De repente Tomás llamó mi atención:

—Sargento, una bala ha alcanzado un neumático del camión. Hay que cambiarlo.

Pedimos ayuda a uno de nuestros peones, y procedimos a sustituir el neumático. Era la primera vez que lo hacía, los tornillos estaban oxidados y sudamos tinta para poder aflojarlos. Tras una hora de esfuerzo, por fin volvimos a poner nuestro transporte en servicio.

El día 22 de marzo finalizó la batalla de Guadalajara. Fue nuestra primera gran victoria. Además, me alegré mucho por los internacionales del batallón Garibaldi. Estos camaradas italianos pudieron batirse cuerpo a cuerpo contra los fascistas de CTV, y ganaron la batalla. Mussolini ya sabía que en España había otros italianos más valientes y feroces que sus camisas negras.

***

En menos de diez minutos hemos cambiado la rueda y ya llevamos un rato en marcha. Acabamos de pasar el cartel que indica que llegamos a Vilanova de Prades. Le digo a nuestro chófer:

—Mesa, para ahí enfrente, en la plaza.

Mesa responde:

—A la orden, teniente.

Cuando el camión para el motor, me dirijo a mis chicos:

—Muchachos, aprovechen la parada, repongan fuerzas, rellenen sus cantimploras, échense una siesta si lo necesitan. Puig y yo iremos a preguntar dónde podemos encontrar una rueda de repuesto.

Molina interviene:

—Teniente, es domingo, no sé si podrá usted…

El sargento Pérez interrumpe bruscamente a Molina:

—¡Estamos en guerra! ¡Qué más da que sea domingo, martes o viernes!

Molina baja la cabeza.

—Lleva usted razón, mi sargento, disculpe.

Me dirijo a Puig:

—Muchacho, coge tu fusil y vámonos.

Las zancadas de Puig son tan largas que a duras penas puedo seguirle:

—Puig, acorta el paso, que voy exhausto.

El joven sonríe:

—Disculpe, señor, estoy acostumbrado a caminar muy rápido. Ya sabe, todo el día en la presa de acá para allá, con las cosas que hay que hacer.

Le doy un par de toques en la espalda:

—Comprendo, no te preocupes, solo te pido que pueda llegar con los dos pulmones a nuestra misión.

A Puig se le escapa una carcajada y rápidamente se recompone:

—Lo siento, señor, no era mi intención reírme.

Sin ni siquiera mirarle le digo:

—No pasa nada, reírse es sano. No tienes que estar disculpándote permanentemente.

El joven asiente y rápidamente me pregunta:

—Disculpe, señor, la indiscreción, pero… ¿cómo se le ocurrió la idea para esta misión? Realmente es algo extraño, ¿no le parece?

Ahora sí le devuelvo la mirada:

—Pues sí, soldado, no se lo voy a negar, pero hace algo más de un año me contó de primera mano alguien que usted ya conoce los efectos destructores y desmoralizadores que una presa bien manejada puede tener.

Abril de 1937, provincia de Jaén

Tras la batalla de Guadalajara, las cosas por Madrid se calmaron. Después de estar unos días dedicados a tareas de mantenimiento y reparación en la capital, el capitán Azcárate nos concedió una semana de permiso.

Según nos dijo, los fascistas habían decidido dejar de presionar Madrid y atacar nuestros territorios del norte, Vascongadas, Santander y Asturias. Por lo tanto, se preveía cierta calma en nuestro sector. Además, a Laura también le iban a dar permiso por el mismo motivo, no se creía necesario su hospital volante en las próximas semanas.

Tenía ante mí unos días para disfrutar y tratar de olvidarme, en la

medida de lo posible, de los horrores de la guerra. Lo que más deseaba en el mundo era poder volver a mi Trujillo y abrazar a mis padres y hermano. Mi hermana Victoria estaba bien sin duda, pues desde el inicio de la guerra Zaragoza apoyó el golpe.

Le propuse a Laura hacer un viaje que ya tiempo atrás le había prometido. Tras mi verano de prácticas en Jaén, le había contado las maravillas de una provincia que para mí era totalmente desconocida; sus mares de olivos, sus ríos de aguas limpias y claras, sus serranías pintorescas…

Sabía que Laura deseaba tanto como yo escapar, al menos unos días, del caos que gobernaba nuestras vidas. El día 11 de abril por la mañana cogimos un transporte rumbo a Linares; Duna no se quiso perder nuestro viaje y también se apuntó, había congeniado estupendamente con mi prometida.

El viaje fue bastante largo, catorce horas aproximadamente, tuvimos que dar varios rodeos hasta alcanzar la provincia de Ciudad Real, ya que el enemigo tenía a tiro con su artillería varias carreteras principales.

Al llegar a la ciudad minera, nos dirigimos a casa de mi amigo Manolo Pérez; no había vuelto a saber nada de él desde que comenzó la guerra. Una semana antes del maldito golpe, recibí su última carta.

Arribamos a su casa, en el humilde barrio de San José, toqué a la puerta y me abrió su madre:

—¡Señora Pura! ¿Cómo está? ¿Me recuerda?

La madre de Manolo se abalanzó sobre mí:

—¡Alonso, hijo mío! ¿Pero qué haces por aquí? ¿Cómo estás? ¿Quién es esta joven tan guapa?

Me alegró mucho volver a ver a la señora Pura. No olvido la pipirrana que algún día que otro me invitó a comer:

—Me he escapado unos días de Madrid, y he pensado en venir a visitar a mi amigo Manolo. Esta joven es mi prometida, Laura Ramírez del Puerto.

Laura se acercó a la señora Pura y le estrechó la mano:

—Encantada, señora, he escuchado mucho y muy bueno de usted.

La madre de Manolo respondió:

—Encantada, hija mía. Que sepas que Alonso es un primor.

Me ruboricé:

—Señora Pura, ¡no diga esas cosas!

De nuevo la mujer tomó la palabra:

—Alonso, muchacho, mi Manolo está con los milicianos, ya sabes cómo es. Nada más empezar todo este lío se unió a ellos y fue para Córdoba a la guerra. Ha venido tres veces de permiso. Ahora está con lo del santuario.

Pregunté extrañado:

—¿El santuario?

Laura replicó:

—Sí, el santuario. ¿No has oído hablar de ello?

Negué con la cabeza. Laura prosiguió:

—Unos cientos de guardias civiles, con falangistas y sus respectivas familias, en total en torno a mil personas, traicionaron a la República y se refugiaron en el Santuario de la Virgen de la Cabeza en Andújar. Desde entonces, los nuestros están intentando que se rindan, pero es imposible. Los fascistas no paran de mandar armas y víveres con aviones.

Yo, aún con la sorpresa en el cuerpo, respondí:

—No tenía ni idea.

La señora Pura nos interrumpió:

—No se hable más de la maldita guerra en mi casa. Os quedáis esta noche a cenar y a dormir, y mañana le enseñas Linares a la muchacha, que es lunes y hay mercado. El martes os vais a Andújar, salen todos los días transportes desde la plaza del Ayuntamiento. Mi Manolo dice que aquello es muy tranquilo, que, si no te acercas a los rebeldes, no hay ningún peligro.

La señora Pura no había cambiado un ápice, siempre tan organizada. Le respondí:

—Señora, le tengo que decir a todo que sí salvo a lo de quedarnos a dormir. Pasaremos la noche en la pensión de la calle Pontón, donde me quedaba los fines de semana cuando venía con su hijo.

La madre de Manolo frunció el ceño:

—¿Pasaréis la noche juntos?, aún no os habéis casado…

Observé cómo Laura iba a responder, pero me adelanté:

—Descuide, señora, cada uno tendrá su habitación.

Laura me miró con extrañeza, pero con el apretón que le di en la mano entendió que era una mentirijilla piadosa lo que le acababa de decir a doña Pura, que, con gesto complacido, dijo:

—Perfecto entonces. ¿Quieres que te prepare una pipirrana de tomate en conserva, Alonso?

Mi cara se iluminó:

—¡Nada me haría más ilusión!

Cenamos allí, junto con las dos hermanas menores de Manolo. Su padre había muerto hacía diez años sepultado en una mina.

Mientras comíamos, comentamos anécdotas sobre nuestra vida en Madrid, y algunos avatares que ya me había tocado vivir desde el mes de julio pasado.

Sobre las once de la noche, nos fuimos a la pensión.

Estábamos a punto de llegar a la entrada de nuestro alojamiento cuando un tumulto que se dirigía calle abajo nos sobresaltó. Decimos esperar a ver qué era. Hubiera preferido no hacerlo. Con angustia comprobé cómo una decena de milicianos había cogido a un párroco de la ciudad, bastante mayor ya, y le habían atado una soga al cuello. Tiraban de él como si de una bestia se tratase, y a duras penas podía caminar. Cada vez que caía al suelo le pateaban las costillas para que se pusiera de pie.

Laura siempre había sido muy beligerante con el clero, pero noté cómo la escena que presenció la sobrecogió. Reconozco que, por no querer meterme en un lío, no intervine, y vi cómo esa marabunta se alejaba calle abajo, mientras martirizaban a ese pobre hombre.

Al día siguiente, aún impresionados por lo que presenciamos la

noche anterior, decidimos seguir con nuestro plan, tal y como habíamos previsto.

Salimos a pasear por la ciudad. Le había hablado a Laura de la iglesia de Santa María, imponente frente al ayuntamiento de la localidad, pero sus paredes negras y puertas y ventanas desvencijadas dejaban a las claras que aquello ya nada tenía que ver con el edificio majestuoso que fue. Recuerdo que exclamé:

—¡¿Pero acaso era necesario esto?!

Laura me replicó:

—Alonso, claro que es necesario, hay que acabar con el poder religioso y con todos sus símbolos y lo que representan.

Respondí:

—Pero ¿para eso es necesario quemar un edificio tan bonito? Leí en un libro hace un tiempo que en la Unión Soviética han reconvertido todas sus catedrales e iglesias en edificios para el pueblo, graneros, almacenes, imprentas…, incluso piscinas bajo techo… Pero lo que se está haciendo aquí… es incomprensible.

Laura, elevando el tono de voz, aseveró:

—¡Alonso! Este es el camino, acabar con el opio del pueblo, y por las malas. ¡No hay otra opción!

Tras nuestra acalorada conversación, nos dirigimos a la Fuente el Pisar para empaparnos del ambiente minero de la ciudad, aunque, a decir verdad, lo que allí imperaba era el ambiente revolucionario. Nos llamó la atención que, junto a la fuente, había un tenderete de la UGT. Estaban sellando cartillas para suministrar alimentos de primera necesidad. El tampón que utilizaban estaba hecho con una patata. La escasez había llegado también aquí. Laura se acercó a charlar con el compañero, y nos dijo que la mayoría de lo que se producía en la provincia se destinaba al frente, por lo que para la población civil quedaba poca cosa.

Nos tomamos un chato de vino en una tasca cercana, acompañado de unas aceitunas. Como iba con mi uniforme de sargento, el tabernero amablemente decidió invitarnos a lo que tomamos.

Tras pasar por el Mercado de Abastos de la ciudad, un precioso edificio de ladrillo rojo que a Laura le encantó, dedicamos el resto de la tarde a caminar por el paseo de la Virgen de Linarejos, hasta que ya a última hora, rendidos por el cansancio, decidimos volver a la pensión a reponer fuerzas. El día siguiente íbamos a Andújar a reunirnos con mi amigo Manolo.

A las ocho de la mañana, tal y como nos había indicado la señora Pura, el transporte estaba listo en la plaza del Ayuntamiento. Nos montamos los tres, Laura, Duna entre mis piernas, y yo. El vehículo iba lleno de víveres y provisiones junto con varios milicianos.

El conductor nos indicó que había recibido órdenes de desviarse

por el camino de Baños de la Encina. Tenían que recoger allí dos barriles de vino para la tropa.

El paisaje era maravilloso, esta zona de monte bajo me recordaba a los canchales trujillanos. Roca granítica rodeada de encinas, quejigos y alcornoques. La zona la conocía bien, no en vano fue junto a Baños de la Encina donde se construía la presa del Rumblar, en la que yo trabajé.

Serían las doce de la mañana cuando definitivamente bajamos transporte. Nos dirigimos al acuartelamiento para preguntar por Manolo. Allí nos indicaron que estaba junto a las avanzadillas que sitiaban la zona conocida como Lugar Nuevo.

Yo no quería acercarme hasta allí, temía que algo le pudiese pasar a Laura. Ella, como si tal cosa, me dijo:

—Alonso, ya he estado en primera línea con mi hospital. Veinte guardias civiles malnacidos no me dan ningún miedo.

Preguntamos si a lo largo del día saldría algún transporte hacia la zona, y nos respondieron que a las dos de la tarde regresaba el camión matutino, y que a las cuatro volvía a las inmediaciones de Lugar Nuevo; si había sitio, podríamos subir.

No sería hasta las cuatro y veinte de la tarde cuando el camión estuvo listo para partir. Efectivamente, entre caja y caja, pudimos hacernos un hueco y subimos. El camino estaba plagado de curvas y Laura estaba pasándolo mal. Por fin el camión se detuvo y pudimos apearnos.

Me aproximé al puesto de mando y pregunté por Manolo Pérez. Me indicaron que estaba en la avanzadilla, apostado en su pozo de tirador en la margen izquierda del Jándula. Pregunté si quedaba mucho para el cambio de turno; el oficial al mando me respondió que a las nueve de la noche Pérez sería relevado y regresaría. Para no correr riesgos, decimos esperarle allí. Además, Laura no se encontraba muy bien después del viaje.

Mientras esperábamos, estuvimos charlando con los camaradas del puesto de mando. Les pusimos al tanto de lo que se cocía en Madrid. Les conté que en Guadalajara les zurramos de lo lindo a los italianos, que ya por fin éramos capaces de atacar y vencer.

Serían cerca de las nueve de la noche, cuando un miliciano con la cabeza vendada se acercó a nuestra posición:

—Discúlpenme, discúlpenme.

Se dirigía a Laura y a mí. Le devolví la mirada y le pregunté:

—Sí, muchacho, ¿qué quieres?

El joven, un poco acelerado, dijo:

—¿Es de ustedes el perrito color canela que anda pululando por ahí?

Empecé a ponerme nervioso:

—Sí, claro, es mi perrita Duna. ¿Le ha pasado algo?

El miliciano negó con la cabeza:

—No, no, tranquilos. No le ha pasado nada, pero podría pasarle, se está acercando mucho a Lugar Nuevo. Hace varios días que los aviones rebeldes no sobrevuelan esta zona arrojando víveres y armas, y no creo que tengan mucho para comer los sitiados. Si se les pone a tiro el perro, lo matarán, y se lo comerán. Yo que ustedes lo dejaría atado aquí mismo.

Apresuradamente salí de la tienda al encuentro de Duna. La vi rebuscando entre unos matorrales. La cogí en brazos y con una soga que amablemente me prestaron la até junto a la entrada del puesto de mando.

Casi sin darnos cuenta, se anunció la llegada de las tropas relevadas. La suave brisa nos acercaba las voces de los milicianos y entre ellas reconocí la de Manolo, siempre tan dicharachero. Me quedé de pie delante de la puerta del puesto de mando y se topó de bruces conmigo. Allí estaba, con su tupido pelo negro, peinado hacia atrás. Se quedó inmóvil, como si fuera una alucinación que yo estuviera allí:

—¡Manolo! ¡Soy yo, Alonso!

Le di un fuerte abrazo, pero mi amigo permanecía inmóvil, incrédulo. Miró al resto de personas y les dijo:

—Me han pegado un tiro y me he muerto, ¿verdad?

Todos empezaron a reír, y de repente Manolo me devolvió el abrazo:

—¡Alonso! ¡¿Pero qué leches haces tú aquí?! ¿Cómo estás? ¿Y este uniforme?

Su abrazo me dejó sin respiración. Tenía una fuerza descomunal:

—Estoy bien, amigo, el uniforme… Soy sargento del cuerpo de ingenieros del Ejército Popular. Tengo unos días de permiso y he venido a pasarlos a esta tierra que tan buenos recuerdos me trae. Pero no he venido solo. Te presento a mi prometida, Laura Ramírez del Puerto.

Laura se puso en pie, y Manolo, con su habitual teatralidad, puso rodilla en tierra y, cogiéndole su mano, le dijo:

—Es un honor para mí conocerla, señorita. Es usted mil veces más guapa en persona que en fotografía. Si decide no casarse con este sinvergüenza, aquí me tiene.

Mientras se levantaba le di un empujón y caímos los dos al suelo. La risa era general, todo el puesto de mando compartía la alegría del reencuentro de dos viejos amigos.

Pasamos parte de la noche bebiendo vino y charlando de lo que habíamos vivido durante este tiempo, de nuestras experiencias… Hasta que el sueño nos venció.

Estaba amaneciendo cuando unas voces nos sobresaltaron.

—¡Han huido! ¡Ya no están! ¡Han huido!

No entendía a qué se referían. Salimos a toda prisa al exterior y los milicianos que llegaban exhaustos del puesto avanzado nos dijeron que los rebeldes de Lugar Nuevo habían huido hacia el santuario durante la noche.

Se informó de inmediato al acuartelamiento de Andújar, desde donde se comunicó que el teniente coronel Cordón, oficial al mando, iba a venir a nuestra posición lo antes posible.

Efectivamente, a las ocho y media apareció Cordón. Se bajó de su auto y, gritando, se dirigió al responsable del destacamento:

—¡¿Dónde están?!

Su interlocutor respondió:

—Han huido, creemos que al santuario.

La cara de Cordón reflejaba ira:

—¡No, idiota! Eso ya lo sé. ¡¿Dónde están los ineptos que han dejado que se escapen delante de sus narices?!

El responsable acertó a decir:

—Señor, los muchachos están descansando.

A Cordón no parecía gustarle nada lo que escuchaba:

—¡Ya han descansado bastante esta noche! ¡Tráiganlos a mi presencia!

Los jóvenes llegaron temblorosos, y, ante el duro interrogatorio de Cordón, confesaron haberse quedado dormidos. El teniente coronel los condenó a un mes de arresto.

Una vez hubo terminado con ellos, procedió a organizar una patrulla para investigar el campamento rebelde abandonado. De repente, Cordón fijó su mirada en mí:

—A ti no te conozco. ¿Eres un nuevo reemplazo?

Cuadrándome, respondí:

—No, señor, soy el sargento de ingenieros Alonso Quiñones, sirvo en el Ejército del Centro, a las órdenes del general Miaja. Tengo unos días de permiso y he venido a visitar a un amigo.

Se aproximó a mí y comenzó a gritarme en la cara:

—¿Pero esto qué es? ¡Un puto circo! Viene la gente de visita, a pasar un día de campo. Sargento Quiñones, hágase con un arma, usted y su amigo se vienen en la patrulla.

Desde luego este Cordón tenía muy malas pulgas. Comenzamos a caminar, y, al no haber peligro, ya que habían huido los rebeldes, decidimos pasar por el puente de hierro. Manolo me dijo:

—Alonso, este puente lo hicieron en Linares, en la fundición La Constancia. Fíjate, es sólido como una roca.

El puente era la típica estructura de celosía metálica con cuatro vanos, y, a mi juicio, de bella factura. De repente el teniente coronel se volvió hacia mí:

—Sargento, es usted ingeniero, ¿cierto?

Respondí, acelerado:

—Sí, señor, ingeniero de caminos.

Pareció gustarle lo que escuchaba:

—Me viene como anillo al dedo. He recibido una docena de tanques rusos, los T-26, no sé si los conoce.

Asentí con la cabeza:

—Sí, señor, ya los he visto combatir en el Jarama y en Guadalajara. Son magníficos.

Cordón prosiguió:

—Pues precisamente los quiero emplear para acabar de una vez por todas con estos traidores del santuario. Ese Cortés no se quiere rendir por las buenas, habrá que rendirlo por las malas. Y en este punto es donde interviene usted.

Mi cara de sorpresa debió ser antológica. Recuerdo que Manolo se contuvo la risa:

—¿Yo?, pero ¿qué puedo hacer yo, señor?

El teniente coronel se acercó a mi posición:

—Tranquilo, hijo, es muy sencillo. El camino más rápido al santuario pasa por este puente que ahora mismo pisamos usted y yo. El problema es que no me fío de la resistencia del mismo, y no quisiera que mis tanques se vayan al Jándula. La ruta alternativa es muy accidentada.

De pronto, Manolo musitó:

—Está hecho en Linares, esto es indestructible.

El teniente coronel se giró hacia él y le dijo:

—¿Ha dicho algo, soldado?

Mirando hacia el suelo, Manolo respondió:

—No, mi teniente coronel, tan solo he dicho que el puente lo ensamblaron en Linares, que es muy sólido y resistente.

De nuevo volvió ese gesto hosco al rostro de Cordón:

—Qué sorpresa, ¿usted también es ingeniero?

Manolo ahora sí alzó su mirada:

—No, señor, yo soy minero, no sé nada de ingeniería.

El teniente coronel, juntando su frente con la de Manolo, comenzó a gritar:

—¡¡Pues entonces cállese, no me interrumpa si no quiere que en el próximo envío a los fascistas al santuario vaya usted trinchado como un pollo!!

Manolo agachó su cabeza y de nuevo Cordón se dirigió a mí:

—¿Entonces, sargento, nos ayudará?

Realmente, Cordón no me lo estaba proponiendo, me lo estaba ordenando:

—Sí, mi teniente coronel, cuente con ello. En un par de días tendré

hechos y revisados los cálculos.

A Cordón le complació lo que escuchó y seguimos la marcha. Cuando estábamos cerca del Lugar Nuevo, alguien sugirió que la entrada podía estar minada. Decidimos coger piedras de gran tamaño, y lanzarlas a discreción. No pasó nada. Cuando entramos, el panorama era dantesco. Mucha suciedad, trapos manchados de sangre, excrementos, armas en el suelo, pero inutilizadas, cajas de municiones vacías…, hasta un diario que al parecer era del teniente Ruano, oficial al mando del Lugar Nuevo, y que había olvidado destruir. Cordón lo recogió y lo guardó para su posterior lectura.

Manolo y yo nos alejamos del grupo, me sorprendió que, aun estando alejados del río, el terreno estaba muy embarrado y hacía ya varios días que no había llovido. Manolo me dijo el motivo:

—Amigo Alonso, aguas arriba se encuentra la presa del Encinarejo. Periódicamente hemos abierto las compuertas para que los que estaban aquí quedasen completamente aislados sin poder salir a buscar comida, ni los víveres que les mandaban desde el aire. Además, la primera vez que desembalsamos, el agua arrastró todos los parapetos que habían construido junto con varias armas automáticas y munición. Los hemos tenido a raya. Sabían que no podían resistir aquí mucho más tiempo.

Me pareció muy ingeniosa la táctica utilizada, y me refrescó algo que por otra parte ya conocía: el poder destructor del agua.

Tras inspeccionar todos los alrededores, regresamos a la base. Le indiqué a Cordón que necesitaba que alguien midiera las características del puente, aunque fuera de forma aproximada. Dio las órdenes oportunas y, cuando tuve los datos en mi poder, me puse manos a la obra. Echaba de menos mi ábaco, pero el álgebra matricial siempre se me dio bien.

Laura dedicó parte de su tiempo a pasear por el campo, respirar aire puro y jugar con Duna. Mientras tanto, el cañoneo sobre el santuario se sentía cercano, todo el mundo era optimista, y se confiaba en su pronta caída. Yo había comentado con Laura que dudaba del valor estratégico que tenía la conquista del santuario. Ella, siempre tan socialista, me dijo que el auténtico valor de la caída del santuario era el propagandístico. No nos podíamos permitir tener al enemigo en la retaguardia.

Entre tanto, habían desmantelado prácticamente el puesto de mando, trasladando gran parte del material al cerro. Cuando tuve mis cálculos listos, pedí reunirme con el teniente coronel.

Le dije que el puente aguantaría perfectamente el paso de los T-26, pero le hice una serie de puntualizaciones: no deberían pasar más de dos a la vez, y tampoco deberían coincidir esos dos carros en el mismo vano.

Cordón sonrió con la noticia y empezó a disponer órdenes para que los tanques pusieran rumbo al santuario. A Manolo le mandaron ir a la vanguardia de las tropas que harían el asalto final, por lo que nos despedimos allí mismo, junto al puente sobre el Jándula:

—Amigo Manolo, mucho cuidado y mucha suerte. Ya sabes lo que te he dicho, cuando quieras vente a Madrid, allí tienes tu casa.

Manolo sonrío y me dijo:

—Dirás más bien cuando puedas. No descarto ir para Madrid cuando acabe todo esto, el frente en Jaén parece que se va a quedar estabilizado. Lo único…, mi madre y mis hermanas, pero todo se andará.

Laura también se despidió de Manolo dándole un fuerte abrazo.

Cogimos un transporte y volvimos a Andújar. El día siguiente fuimos a Baeza, una joya del Renacimiento, donde Laura disfrutó mucho, y dimos por concluido nuestro viaje regresando a la capital. La semana se acababa y había que volver a la rutina.

Respecto al santuario, finalmente cayó el día 1 de mayo, la acción de los T-26 fue decisiva. Mi amigo Manolo resultó herido al saltar de su trinchera y lanzarse fusil en mano sobre un guardia civil que pretendía lanzar una carga de dinamita contra uno de los tanques. Los rebeldes le alcanzaron dos veces, pero no fue suficiente para quitar de en medio al bravo Manolo.

De ese día le quedó para el recuerdo una cicatriz en la espalda, otra en la pierna, y una Medalla al Valor.

***

Cuando ya casi habíamos perdido la esperanza de encontrar un taller en la localidad, hallamos al final de una larga calle un cocherón con un cartel pequeño en el que se puede leer: «Taller y recambios Oriol. Todo lo relacionado con su auto». La puerta está cerrada a cal y canto. Justo delante de las narices de Puig hay un gran llamador.

—Carles, muchacho, llama a ver si abre alguien.

El soldado obedece, pero lo hace tan suave que apenas si he podido he escuchar yo cómo llama.

—Puig, se trata de que nos escuchen y nos abran.

Ahora sí, el muchacho coge el llamador con todas sus fuerzas y golpea hasta cinco veces. Nada ocurre, le digo que vuelva a llamar.

De repente se escucha un crujido al otro lado, y unos suaves murmullos. Elevando el tono de voz, digo:

—¡Abran!, ¡abran al Ejército de la República!

Se escucha un breve conato de discusión al otro lado, pero finalmente un hombre de mediana edad, bajito, calvo y algo rechoncho abre la puerta.

—Perdone usted, señor oficial, mi mujer es que tiene miedo a los

militares, sabe usted…

Mientras abría la puerta, he podido observar cómo una sombra se perdía en la penumbra del interior de la casa. Deduzco que es la esposa de este señor. Haciéndole el saludo militar de rigor, me presento:

—Buenas tardes, señor, soy el teniente Alonso Quiñones, y este que me acompaña, el soldado Puig.

El hombre responde:

—Encantado, señor teniente. Mi nombre es Oriol Martí. ¿En qué le puedo ayudar?

Agradezco la amabilidad del señor, pero no me resisto a preguntar por qué su mujer huye de los militares; a lo que el señor me responde:

—Pues mire usted, un mal día de hace tres meses vinieron unos militares en un camión reclutando… voluntarios decían ellos. Se llevaron a mis tres hijos varones; el menor, Pedro, acaba de cumplir dieciocho. Nosotros no sabemos de política ni de nada, solo queremos que nos dejen vivir y trabajar en paz. Desde que se fueron no sabemos nada de ellos, si están vivos o si nos los han matado. Esto es un sinvivir, señor oficial, disculpe si le molesta lo que le digo.

Dándole a entender que entiendo lo que me cuenta, y apoyando mi mano en su hombro, le digo:

—Camarada, le comprendo perfectamente, nadie debería ser obligado a luchar, pero sepa que el sacrificio que usted y su familia están haciendo será para que todos tengamos un futuro mejor.

El hombre se encoge de hombros:

—Si usted lo dice…, pero la verdad es que no sé qué futuro puedo tener si me matan a mis muchachos… Señor oficial, no quiero cansarle más con mis penas. Dígame en qué le puedo ayudar.

Le contesto:

—Mire usted, señor Oriol, venimos de camino con un Hispano-Suiza, y a poco más de diez kilómetros de aquí nos ha reventado una rueda. Hemos usado la de repuesto, pero, como no tenemos otra y el camino es aún largo, nos gustaría tener otra rueda de reserva. No sé si usted tendrá.

El hombre, mirando hacia el taller y señalando con su dedo índice, nos dice:

—Están ustedes en su día de suerte, hace un par de jornadas me llegó un Hispano-Suiza para reparar. Le quitamos la rueda de repuesto y se la pueden llevar.

Me alegra la buena noticia:

—Muchas gracias, señor, en cuanto al dueño del camión, dígale que vinieron oficiales del Ejército Popular y…

No me deja terminar y empieza a negar con el dedo:

—No se preocupe, no se preocupe, este camión es del señor alcalde,

de Esquerra Republicana, seguro que está encantado de colaborar con la causa, aunque, eso sí, se ha cuidado mucho de que sus hijos no vayan al frente…

En ese momento, Puig interviene:

—No se haga mala sangre, hombre, si yo estoy aquí también a la fuerza.

El señor Oriol asiente con la cabeza, y nos indica que pasemos a retirar el neumático. Tras extraerlo de su hueco, nos lo llevamos rodando y nos despedimos del buen hombre.

—Muchas gracias, señor, ha sido usted muy amable, el Ejército Popular sabrá recompensarle.

Con gesto resignado, el señor Oriol nos dice:

—Mi única recompensa es que esta maldita guerra acabe, y pueda reunir a toda mi familia sana y salva.

Puig y yo ponemos rumbo de nuevo al camión. Los muchachos deben haber comido ya. En cuanto lleguemos, cargaremos la rueda en el transporte, y proseguiremos la marcha. Le digo a Puig:

—Muchacho, creo que comeremos por el camino, ya hemos perdido demasiado tiempo con el dichoso neumático.

Puig me mira fijamente y me dice:

—¿Comer? Señor, con este calor tan sofocante no tengo hambre, tan solo me apetece beber agua. No creo que nadie pueda combatir con un calor tan asfixiante. Seguro que posponen el ataque de mañana en el Ebro.

Yo, con gesto tierno, como quien mira a un niño que empieza a conocer cómo funciona el mundo, le digo:

—Muchacho, claro que se puede luchar con este calor sofocante, otra cosa es que sea agradable. Yo mismo creí morir de deshidratación el año pasado cerca del Guadarrama.

Julio de 1937, Madrid

Nuestro viaje a la provincia de Jaén había terminado, y las noticias sobre la guerra no paraban de sucederse. Al parecer, en el bando rebelde ya estaba claro quién sería su líder supremo, el general Francisco Franco. En realidad, las dudas eran pocas, pero la muerte del general Mola el día 3 de junio, cuando se dirigía a supervisar las operaciones que se desarrollaron en torno a La Granja de San Ildefonso, le dejó el camino expedito al general gallego.

Todo el mundo tenía su mirada puesta en el norte del país. Los sublevados habían decidido tomar la cornisa cantábrica a toda costa, y el grueso de su esfuerzo bélico estaba encaminado a ello. Por eso, los

rumores sobre una ofensiva por parte de los nuestros para distraer tropas fascistas del Frente del Norte eran constantes.

Realmente, mis chicos y yo no teníamos ni idea de dónde se produciría dicho ataque, pasamos todo el mes de mayo y junio construyendo fortines a lo largo del frente de Madrid. El ministro de Defensa Prieto quería que la capital fuera inexpugnable, por lo que éramos varias las cuadrillas que estuvimos reforzando los diferentes sectores de nuestra línea defensiva.

Mientras tanto, y ante la falta de actividad de su hospital volante, a Laura la destinaron como enfermera de apoyo en el hospital de sangre de la capital. Allí atendía a los cientos de heridos y mutilados. Aunque ella lo negaba, yo sabía que lo que estaba viviendo le afectaba seriamente. Según me comentaba, lo que peor llevaba era tener que curar a los grandes quemados. Los gritos de dolor que emitían se le habían quedado grabados en el subconsciente, y le despertaban cada noche al reproducirlos en pesadillas.

El mes de julio llegó con temperaturas tórridas, el calor era sofocante, y temía por mis muchachos. Trabajar a partir de las doce de la mañana era un suplicio. Por eso les propuse empezar la jornada a las cinco de la madrugada para poder terminar al mediodía y así estar a la sombra en las horas de más calor. No duró mucho este nuevo horario porque el día 4 de julio el capitán Azcárate nos informó de la operación que se estaba preparando. Se pretendía atacar a través del Guadarrama, siguiendo la línea Villafranca del Castillo, Villanueva de la Cañada, Brunete y Navalcarnero, para cercar al ejército rebelde que sitiaba Madrid. Si esta operación tenía éxito, se seguiría tratando de avanzar en dirección a Extremadura para partir la zona rebelde en dos. Esta segunda parte de la operación era la que más me entusiasmaba, aunque era consciente de lo complicado de la misma.

El capitán nos indicó que el mayor de milicias Líster quedó satisfecho con nuestro trabajo en Guadalajara, y que ahora nos requería para que nos integrásemos en su 11.ª División como unidad de zapadores. Nuestra misión sería ir justo detrás de las tropas de choque que encabezaran el avance para reparar las infraestructuras que se vieran afectadas durante el ataque y, de esta forma, permitir el movimiento de suministros y tropas de refuerzo de forma más ágil. También sería labor nuestra construir fortines y trincheras en el caso de que nuestro ataque se viera detenido, y tuviésemos que pasar a la defensiva.

De inmediato comencé a dar órdenes a mi gente para que hicieran acopio de todo lo necesario y prepararan los camiones. A mediodía del 5 de julio, debíamos estar en Valdemorillo y presentarnos al que sería nuestro inmediato superior, Francisco Antolínez, al que conocían como «el Chiflo».

Acudí también al hospital de sangre a decirle a Laura que estaría varios días fuera por mi nueva misión. Cuando llegué, la encontré como siempre, atareada, de aquí para allá. Aunque el calor era sofocante, y las gotas de sudor escurrían por su frente, para mí seguía siendo la chica más guapa de todo Madrid.

—Laura, tengo nuevo destino. Mañana mismo voy a Valdemorillo.

Laura, sin parar de atender a sus pacientes, me dijo:

—¿Por lo del nuevo ataque que se prepara? Sí, me han comunicado que van a instalar allí mismo el hospital volante el día 6. Luego lo irán desplazando según se desarrolle la batalla.

Era evidente que Laura y su hospital se desplazarían al frente, pero lo cierto es que a mí no se me había ocurrido.

—Entonces estoy más tranquilo, si me hieren, sé que estarás tú para atenderme.

Laura dejó lo que estaba haciendo:

—¿Cómo que si te hieren? A ti no te pueden herir, tú te dedicas a construir fortificaciones, y, además…

No la dejé terminar:

—Laura, nos mandan detrás de la punta del ataque como unidad de zapadores, tenemos que reparar todas las vías que se destrocen. Es vital para que tenga éxito la operación.

Se abrazó a mí:

—Pero ¿por qué siempre te toca a ti? ¿No hay más ingenieros en este condenado ejército?

Yo, tratando de quitarle hierro al asunto, sonreí y le dije:

—Claro que los hay, pero ninguno es tan bueno como yo.

A Laura se le escapó una tímida sonrisa y me dijo:

—Solo quiero verte en mi hospital de visita. Por favor, cuídate mucho.

De pronto, un hombre con bata blanca se aproximó y le indicó a Laura que tenía que acompañarle a quirófano. Mirándome, dijo:

—Alonso, te dejo, me llama el doctor Crespo, tenemos una cirugía.

Nos despedimos y volví a casa a recoger lo imprescindible para la nueva misión. Decidí dejar a Duna en casa de los padres de Laura, el calor era sofocante, y la pobrecita no lo llevaba muy bien.

Tal y como nos habían ordenado, el lunes 5 estábamos a mediodía en Valdemorillo. Al llegar, pudimos comprobar que la operación que se estaba preparando era de envergadura. Nunca hasta aquel momento había visto tantas tropas reunidas. Además, tanto las piezas de artillería como los T-26 eran numerosos. Dudaba que los fascistas pudieran siquiera imaginar lo que estábamos preparando al otro lado del Guadarrama.

Me acerqué a un grupo de soldados y les pregunté por el tal Chiflo. Me indicaron que estaba en una tienda improvisada, ultimando los

planes de ataque con el mayor de milicias Líster.

Al llegar a la tienda esperé a su salida. Mientras conversaba con Líster, lo estuve observando. El Chiflo tenía más o menos mi estatura, y, aparentemente, parecía jovial, llevaba un sombrero de paja, y, de no ser por los galones de su guerrera, nadie podría haber pensado que este hombre era oficial.

Cuando terminó su charla con Líster, le salí al paso y me presenté:

—Capitán Antolínez, permítame que me presente, soy el sargento de ingenieros Quiñones, me han ordenado que me ponga a su servicio.

Extendió su mano y, dándome un fuerte apretón, me dijo:

—Sargento Quiñones, un placer, y nada de capitán, aquí soy el Chiflo.

Ante esa inesperada campechanía, no supe cómo reaccionar y le dije:

—Disculpe, señor Chiflo.

La carcajada del Chiflo se debió escuchar hasta en las filas rebeldes.

—Sargento, aquí no hay ni amos ni señores, soy el Chiflo y punto. Sin prefijos ni sufijos. —Le pedí disculpas y prosiguió—: Me han comentado la buena labor que usted y sus hombres hicieron en Guadalajara. Reparaban las carreteras en un santiamén. ¿No es cierto?

Asentí con la cabeza:

—Pues eso es lo que vamos a necesitar a partir de mañana. La velocidad en el ataque es vital, y, si no podemos asegurar el suministro de víveres y armas a la vanguardia del ataque con la agilidad que se necesita, es difícil que podamos progresar tanto como queremos. Hemos conseguido un par de remolques para que los carguen con lo que requieran y los enganchen a sus camiones.

El aspecto bonachón y sencillo del Chiflo no se correspondía con la claridad con la que se expresaba. No pude más que decir:

—De acuerdo, señor…, digo… Chiflo, nos ponemos manos a la obra, lo tendremos todo listo para el ataque. Por cierto, ¿a qué hora tenemos previsto iniciar la ofensiva?

Se quitó el sobrero y empezó a abanicarse con él:

—Me acaba de comunicar Líster que los primeros en salir serán los del Campesino, a las veintidós horas, nosotros saldremos a las veinticuatro.

Volví a preguntarle:

—Y, por cierto, ¿cuándo sabremos mis chicos y yo que podemos avanzar?

El Chiflo, volviéndose a colocar el sombrero, me dijo:

—Tengo a un ciclista en mi unidad, cuando sea seguro que avancen, vendrá a retaguardia y les informará de sus objetivos. ¿Algo más, sargento?

Noté que ya tenía ganas de zanjar la conversación, por lo que le

dije:

—No, todo en orden. La próxima vez que nos veamos será al otro lado del Guadarrama.

Sonrió, me dio una palmadita en la espalda y se dirigió hacia la cantina del pueblo.

Me volví con mis chicos y les puse al tanto de la situación, nos tocaría esperar hasta que recibiésemos orden de ir al frente. Tomás, algo temeroso, me preguntó:

—Pero, sargento, ¿al frente?

Para frenar cualquier conato de desmoralización, le dije:

—Amigo Tomás, ya sabes que nosotros nunca vamos a primera línea. Tranquilo, confía en mí, todo va a salir bien.

Agradecimos que se ocultara el sol porque el calor era asfixiante. Tal y como el Chiflo nos había dicho, a las veinticuatro horas, la 11.ª División comenzó su avance y penetró en las líneas enemigas. Apenas se escucharon disparos, lo que me hacía comprender que pillaron a la mayor parte del enemigo totalmente desprevenido.

La espera fue tensa, mis hombres y yo tratamos de dormir algo por la noche, porque no sabíamos cuándo volveríamos a tener oportunidad.

No sería hasta las siete de la mañana aproximadamente cuando vimos aparecer al ciclista del que nos habló el Chiflo. El camarada estaba totalmente exhausto. Al llegar preguntó por mí y me acerqué:

—Sargento Quiñones, traigo órdenes del Chiflo. Quiere que usted y su unidad se dirijan de inmediato a Brunete y comiencen a fortificar los alrededores.

¿Brunete?, en tan solo siete horas habíamos llegado a Brunete, la operación estaba teniendo éxito. Rápidamente nos montamos en los camiones que ya tenían los remolques enganchados, y pusimos rumbo a nuestro objetivo. Las vías estaban intactas y apenas había rastro de lucha. Les habíamos pillado totalmente por sorpresa.

Cuando llegamos a nuestro destino, observamos cómo el grueso de la división estaba saqueando el pueblo como si de piratas se tratase. Me dirigí al puesto de mando que había instalado el Chiflo.

—Camarada, ya estamos aquí. ¿Por qué han detenido su avance? ¿Han encontrado resistencia?

El Chiflo me miró con una sonrisa bobalicona; todo hacía indicar que se había pasado con el vino.

—¿Resistencia? ¡Qué va! Los fascistas han huido como ratas, pero he pensado que mis hombres se merecían descansar y rapiñar lo que puedan. A las once de la mañana nos dirigiremos a Sevilla la Nueva.

No podía creer lo que escuchaba.

—Pero, capitán, las órdenes eran aprovechar al máximo el factor sorpresa. Si hubiéramos seguido atacando, ahora mismo podríamos

estar en Navalcarnero.

En ese momento, la sonrisa se borró de su rostro, me miró fijamente y me dijo:

—Tú eres hijo de un marqués, ¿verdad? Ya me habían advertido sobre ti. Te piensas que por ser hijo de marqués puedes mandarnos a todos. A callar y a cumplir con tu misión. Fortifica la zona sur del pueblo por si les da por contraatacar. Trincheras y nidos de ametralladora con sacos terreros serán suficientes. ¡A trabajar, Marqués!

Efectivamente, fue el Chiflo el que me bautizó con ese apodo. No quise discutir con él, entre otras cosas porque no tenía nada que ganar y sí mucho que perder. Recuerdo que a Tomás le hizo gracia el apodo, y se lo comentó al resto de muchachos de la cuadrilla. Desde aquel momento, pasé a ser conocido entre mi gente como «el Marqués».

Volví a mi camión, y junto con Tomás comenzamos a revisar los mapas de Brunete que nos habíamos traído. La zona era una enorme llanura, por lo que optamos por empezar a cavar pequeñas trincheras y protegerlas con parapetos de sacos terreros. A las nueve en punto de la mañana ya estaba todo mi equipo manos a la obra.

El Chiflo había dispuesto que varias secciones de tiradores nos protegieran, ya que éramos primera línea de frente en ese momento, y, si el enemigo decidía atacar, seríamos presa fácil.

Las horas pasaban, y el calor nos asfixiaba. El polvo que levantaban los picos y palas se clavaba en la garganta como alfileres. La ropa estaba empapada en sudor, y las moscas nos acosaban de forma cansina. Efectivamente, en torno a las once de la mañana, la avanzadilla de la división con el Chiflo al frente superó nuestra posición y se dirigieron hacia Sevilla la Nueva. Cuando pasó por mi lado, me dijo:

—Marqués, nos vamos a hacer la guerra, ahí te dejo con tu pico y con tu pala.

No habrían pasado diez minutos cuando comenzamos a escuchar explosiones. A escasos dos kilómetros al sur de nuestra posición, empezaron a verse columnas de humo que se elevaban al cielo. Todo parecía indicar que ahora sí habían encontrado resistencia.

Pasado ya el mediodía, regresó el Chiflo con varios suboficiales y soldados. Su rostro reflejaba que el combate estaba siendo muy duro. Le salí al paso y le pregunté:

—Camarada, ¿qué pasa? ¿Por qué regresan?

El Chiflo, con gesto cansado, me respondió:

—Marqués, esos cabrones han tomado el único punto elevado de la zona. Nos están machacando. Voy a pedir apoyo aéreo y artillero. Vosotros mientras tanto seguid trabajando. Si no conseguimos desalojar a los fascistas de esa cima, nos haremos fuertes en Brunete.

Esa cima pasó a la posteridad como la cota 663, y muchos camaradas perdieron su vida en vano tratando de tomarla.

Nosotros, por nuestra parte, seguimos fortificando el pueblo con un entramado de trincheras y fortines improvisados. Mención especial merece lo que sucedió el día 11 de julio. Recibimos orden de pasar a la defensiva, nuestro alto mando daba por finalizado el intento de embolsar al enemigo; pero lo que realmente jamás se me olvidará fue que vi por primera vez en acción a los cazas nazis, los Messerschmitt Bf-109. Nuestros «moscas» parecían aviones de juguete a su lado, conté hasta trece aviones nuestros derribados por ninguno de ellos. Los pilotos alemanes se divertían disparando a los aviones de factura soviética. A partir de esa jornada, nuestra aviación apenas apareció por el campo de batalla, y, día sí, día también, sufríamos los bombardeos continuos y a placer de los Heinkel-111.

Los días pasaban y todos esperábamos un contraataque enemigo que no se terminaba de materializar. Todo este tiempo lo aprovechamos para convertir el pueblo en una ratonera para todo el que intentara entrar en él, o lo que quedaba de él, porque la artillería no paraba de machacarnos. Por suerte, todos los míos estaban sanos y salvos.

El día 21 recibimos una noticia muy esperada, Líster había conseguido que en dos o tres días nos retiraran de primera línea. Estábamos todos agotados y necesitábamos volver a retaguardia a reponer fuerzas.

Sin embargo, en la mañana del día 24, cuando ya estábamos listos para que llegaran nuestros relevos, los fascistas comenzaron a atacar. Mis hombres y yo recibimos orden de parapetarnos en el cementerio del pueblo, en una loma baja a unos quinientos metros al norte de la localidad. El fuego de ametralladora era constante, el martilleo de los morteros atronador, y, para colmo, los malditos Bf-109 volaban bajo, ametrallando todo lo que se moviera.

A última hora de la tarde, pudimos observar cómo llegaban al cementerio los restos de nuestra división, junto con varios internacionales de diferentes unidades mezclados entre sí. Al frente del repliegue iba el Chiflo, que se sorprendió al verme y exclamó:

—¡Marqués! ¿Pero qué hacéis todavía por aquí? Tú y tus hombres tenéis permiso para retiraros.

Yo, un tanto aliviado porque ya necesitaba huir de ese infierno, le respondí:

—Muchas gracias, camarada, pero ¿cómo de cerca está el enemigo?

El Chiflo respondió:

—Muy cerca, Marqués, muy cerca.

Me aproximé a mis chicos y les dije:

—La situación está así, los rebeldes están copando nuestra posición.

Tenemos autorización para replegarnos a Villanueva de la Cañada, pero no sabemos cómo de cerca están, por lo que puede suponer un riesgo salir en estos momentos del cementerio. Yo, personalmente, prefiero esperar a ver cómo amanece mañana el día, el resto son libres de hacer lo que quieran.

Tan solo tres de mis peones dijeron que querían irse; López, Vilches y Paredes. En torno a las doce de la noche, saltaron la tapia del cementerio y comenzaron a correr en dirección a Villanueva de la Cañada. No creo que hubieran cubierto trescientos metros cuando varias ráfagas de ametralladora acabaron con su vida.

Tomás, preso del pánico, empezó a gritar:

—Los han matado… ¡Hijos de puta! Si solo son obreros…, iban desarmados… ¡Hijos de puta!

Escuchamos desde el lado enemigo cómo decían con sorna:

—¡Y tú hijo de la Pasionaria! Venga, sal, que tengo un poco de plomo para ti también.

Lo que acabábamos de ver nos dejó a todos impresionados, llevábamos más de ocho meses juntos, éramos una pequeña familia.

Tomás estaba tremendamente afectado, sollozando, se acercó a mí y me dijo:

—Alonso, de esta no salimos, tengo un mal presentimiento.

Tratando de calmarle, puesto que lo último que necesitábamos en ese momento era alguien que hundiera aún más la moral de los chicos, le dije:

—Tomás, hemos salido ya de muchas, y de esta también saldremos. Solo hay que esperar, seguro que desde Villanueva de la Cañada están preparando una misión de rescate.

Tomás tenía la mirada fija en el suelo, y comprobé cómo varias de sus lágrimas caían sobre el seco suelo del camposanto.

—No, Alonso, esta situación no es como las otras, y lo sabes. Además, tengo ese sabor metálico en la boca que me anuncia que una desgracia va a suceder.

Con la intención de tranquilizarle, respondí:

—¡¿Cómo no vas a tener sabor metálico?! Tomás, amigo, no hemos bebido nada decente en las últimas veinticuatro horas.

Tomás me miró a los ojos y sin pestañear dijo:

—No es cosa para bromear lo que te digo, Alonso. Siempre que ha habido una desgracia en mi familia he tenido este sabor de boca el día de antes. Lo tuve cuando murió mi madre, lo tuve cuando murió mi abuela, lo tuve cuando murió mi hermana, y ahora lo tengo porque… voy a morir yo.

No podía creer que una persona tan racional como Tomás creyera en semejante sarta de supercherías, pero lo dijo de una forma tan tajante que hasta me hizo dudar.

—Amigo, deja de pensar en eso, trata de descansar, la noche será larga y hasta es probable que tengamos que defendernos si nos atacan. Coge tu fusil, cárgalo y échate junto a esa lápida. No le des más vueltas a la cabeza. Mañana todo esto será un mal sueño. Hazme caso.

Mis palabras consiguieron calmar a Tomás, que me hizo caso y se recostó junto a una lápida. No pude evitar leer lo que en ella estaba escrito: «Al ángel Luis Pedro Jara del Prado el Señor lo llamó a su lado a los 2 meses de edad. Tus padres no te olvidan. 20 de junio de 1936».

Entre tanto, el Chiflo pasó la noche parcheando una unidad entre los restos de la 11.ª División y los internacionales de la 35.ª. Tenían intención de volver a conquistar Brunete, o lo que quedaba de él. A las seis de la mañana se lanzaron. Hasta ocho ataques realizaron, todos ellos en vano; se estrellaron frente a las defensas que nosotros mismos habíamos construido.

Cuando regresaron los últimos supervivientes del ataque, el Chiflo ya no estaba con ellos; según me dijeron, una bala le alcanzó en el pecho y cayó desplomado sin vida.

El calor era asfixiante, estábamos al borde la deshidratación. Yo escurrí mi camisa para beber un poco del sudor que tenía acumulado; algunos internacionales bebieron su orina. La situación era dantesca.

En torno a las cuatro de la tarde del día 25, la descarga artillera nos anunció que se desencadenaba la ofensiva final. Cuando a través de los muros del cementerio observamos cómo los moros salían de sus posiciones y se dirigían a por nosotros, mis chicos y yo huimos y nos refugiamos en un bosquecillo cercano.

A los diez minutos, los restos de la 11.ª y la 35.ª División se reunieron con nosotros y nos pusimos cuerpo a tierra para tratar de pasar desapercibidos entre la espesura. Fue en vano, los rebeldes nos habían visto y le comunicaron nuestra posición a los Heinkel 111 que sin piedad bombardearon el lugar. Una bomba cayó a escasos metros de Tomás y lo destrozó. La premonición que había tenido la noche anterior era cierta; no tuve tiempo de acercarme a sus restos, comencé a correr como alma que lleva el diablo en dirección a Villanueva de la Cañada.

Cuando ya hube corrido al menos cinco minutos, miré atrás y vi cómo el bosquecillo ardía. Un reguero de nuestros soldados corría detrás de mí.

Al alcanzar Villanueva de la Cañada, me di cuenta de que tenía una esquirla de metralla clavada en el brazo derecho. Los muchachos que vigilaban la entrada del pueblo me indicaron amablemente dónde se había instalado el hospital volante.

Al llegar, apenas me tenía en pie, sucio, exhausto, sediento, y herido. Mi visión era borrosa, pero entre el griterío de la gente fui capaz de distinguir la voz de Laura antes de desplomarme en el suelo.

El día 27 de julio se dio por finalizada la batalla de Brunete. No se alcanzó ninguno de los objetivos inicialmente previstos, y yo había sufrido un duro varapalo, además de mi fiel amigo Tomás, López, Vilches, Paredes, Medrano y Liñán habían muerto. Fernández, Gaitán, Quesada, Saliquet y Peñafiel estaban gravemente heridos.

De las diecisiete personas que integrábamos mi cuadrilla, tan solo seis salimos prácticamente ilesos de Brunete. La guerra es así de cruel, te arranca a la gente que aprecias y quieres. Jamás olvidaré ese seco páramo donde tantos buenos hombres perdieron su vida.

***

El calor nos sigue asfixiando, pero ya hemos llegado a la plaza. Los chicos han comido y Molina y Manolo se han echado una siesta.

—¡Vamos, muchachos! Se nos hace tarde, tenemos que llegar antes de que anochezca.

Recogen todo su equipo y comienzan a subir al camión. De repente, veo aparecer al fondo de la calle a un grupo de milicianos, en total cinco. Me sorprende, ya que hace un par de meses que todo el ejército está prácticamente militarizado. Cuando pasan por mi lado, les saludo y les pregunto:

—Buenas tardes, camaradas, ¿a dónde se dirigen?

El que parece el jefe del grupo se adelanta, se quita el sombrero de paja que protege su cabeza del sol abrasador y me dice:

—Buenas tardes…, ¿teniente?... si no me equivoco. Somos de la checa del Seminario de Barcelona capital. Tenemos un chivatazo y venimos a confirmarlo.

No entiendo a qué se puede referir. Un chivatazo en relación a qué:

—Camarada, ¿puede ser más específico?

Se vuelve a colocar el sombrero en la cabeza y me responde:

—Aguarde y lo verá.

Se dirige a la casa que está junto a nuestro camión y llaman a la puerta, golpeándola ferozmente:

—¡¡Abran al Gobierno de la República!!

Tras unos segundos que se me hacen interminables, abre la puerta una jovencita que no tendrá quince años. Con voz temblorosa pregunta:

—¿En qué les puedo ayudar?

El líder del grupo da un empujón a la muchacha y, mirando a los suyos, les dice:

—¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer!

La joven, zafándose del miliciano, le dice:

—¡No pueden entrar en mi casa! ¡No les doy permiso!

El jefe del grupo desenfunda su revólver y le apunta a la cabeza a la joven:

—¡Puta! Quédate quieta como una estatua si no quieres que te meta un tiro en la cara.

Me parece insoportable lo que estoy viendo, por lo que decido intervenir:

—No sé qué crímenes habrá cometido esta joven, pero no creo que sean formas de tratarla.

El miliciano dirige ahora su mirada contra mí:

—Teniente, no nos interrumpa, cumplimos órdenes del SIM.

Entretanto, un griterío se escucha en la casa, y salen por la puerta dos muchachos de apenas doce o trece años y un matrimonio de mediana edad. La joven al verlos grita:

—¡Padre, madre! ¿Están bien?

La madre le responde con voz fatigada:

—Sí, hija, tranquila todo está bien.

En ese instante se escuchan voces desde dentro de la casa:

«¡Jefe, aquí esta! Lo hemos encontrado».

El jefe, asomando su cabeza a través de la puerta, grita:

—¡Traedlo aquí fuera!

Escucho cómo dicen:

—¡Perro, camina!

No hay duda de que están golpeando a un hombre por los lamentos que me llegan. Por fin veo aparecer por la puerta a un varón de unos cuarenta años, con pantalón gris y camisa blanca; su piel está casi tan blanca como la camisa. La sangre corre por su frente, fruto de los golpes que ha recibido.

Uno de los milicianos le dice al jefe:

—Señor, estaba escondido en el desván de la casa, dentro de un baúl.

La muchacha y los niños corren a abrazar al hombre:

—¡Tío! ¡No te vayas, tío!

El hombre, con voz calmada, responde:

—No os preocupéis, muchachos, todo va a ir bien, tendré que acompañar a estos señores, pero en breve estaré de vuelta.

Entretanto, Manolo se acerca y me dice:

—Alonso, ¿no deberíamos intervenir?

Miro con cara de circunstancias a mi amigo y le digo:

—Manolo, son del SIM, no podemos hacer nada, nos meteríamos en un buen lío.

Manolo insiste:

—Sí, pero sabes lo que le va a pasar a este hombre cuando llegue a Barcelona.

Le respondo:

—Sí, probablemente será condenado, como mínimo a muchos años de cárcel.

Manolo, elevando el tono de voz, dice:

—¡O algo peor!

El jefe de los milicianos se dirige a la familia, los muchachos lloran, el padre aprieta los labios fruto de la rabia que es evidente que siente. La madre muestra una entereza que me sorprende:

—Os podéis despedir de este, en cuanto a vosotros…, ya volveremos.

La madre se acerca al hombre y le dice:

—Juan, hermano, ten fe en Dios y en la santísima Virgen. Todo va a ir bien. Nada malo te pueden hacer por haber sido un simple concejal de la CEDA.

Se funden en un abrazo y uno de los milicianos coge a la mujer y la separa de su hermano. De pronto observo con pavor cómo el jefe de los milicianos apunta con su revólver al hombre y le dice:

—Pues ya sabe lo que le ha dicho su hermana: ¡Con Dios!

El miliciano descarga su revólver sobre el cuerpo del indefenso hombre. Desde que empezó esta guerra, he escuchado muchos disparos, pero estos me han helado la sangre. La familia llora presa del dolor. Manolo grita:

—¡Asesino, canalla!

El miliciano nos mira, ignora a Manolo. Gira su vista hacia la abatida familia y les dice:

—¡Venga, y ahora a recoger la basura! Muchachos, ya hemos terminado, nos vamos.

Miro a mis hombres y les digo:

—Ayudad a esta familia con el cadáver. Que lo puedan velar en su casa.

Mesa, Molina y Manolo se acercan y lo recogen.

Esta sensación de impotencia ya la había sentido tiempo atrás. ¡Maldita guerra!

Agosto, septiembre y octubre de 1937, Madrid

La batalla de Brunete me dejó seriamente tocado; desde el punto de vista físico, me tuvieron que quitar la esquirla que se me alojó en el brazo derecho, catorce puntos eran testigo de ello. Las heridas desde el punto de vista psíquico fueron más difíciles de suturar. Tuve que dejar los despojos de mi amigo Tomás y los de otros compañeros tirados en el campo mientras corría para salvar mi vida. Por las noches la imagen del cuerpo mutilado de mi camarada me atormentaba.

Cuando por fin se levantó el hospital volante de Villanueva de la

Cañada, me trasladaron a Madrid, aunque recibí el alta rápidamente, la evolución de la herida era la adecuada, y Laura se quedó encargada de quitarme los puntos.

El martes 10 de agosto recibí el alta médica. Ya estaba totalmente restablecido; acudí a mi cuartel general para informar a mi capitán de lo sucedido en Brunete y del estado de mi cuadrilla. También esperaba recibir nuevas órdenes.

Al llegar, el capitán Azcárate, sin mediar palabra, se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo:

—Sargento Quiñones, qué alegría verle tan restablecido.

Aún sorprendido por la reacción del capitán, pues no era un hombre dado a tanta efusividad, respondí:

—Gracias, señor, yo también me alegro de estar totalmente operativo. Le traigo el informe de la batalla de Brunete.

El capitán, moviendo su mano, me hizo ver que no lo quería coger:

—Alonso, hijo, ya estoy al tanto de lo mucho que os castigaron. Jamás debieron exponeros. Vuestra misión era fortificar, no estar en primera línea.

Con resignación, le respondí:

—Señor, ya sabe usted cómo son las cosas, al inicio de la batalla todo parecía indicar que sería pan comido, pero estos fascistas son duros de roer. Yo también asumo mi parte de culpa por no haber pedido nuestro relevo con suficiente antelación.

El capitán puso su mano en mi hombro y me dijo:

—También sé lo de Tomás Requejo. Ha tenido que ser muy duro.

Varias lágrimas brotaron de mis ojos, con voz temblorosa, respondí:

—Sí, señor, no me lo quito de la cabeza. Lo peor de todo es que él mismo horas antes predijo su muerte.

El capitán respondió:

—Sargento, no piense en eso, la situación que tenían en ese cementerio era gravísima, cualquiera les hubiera podido dar por muertos. Respecto al resto de su cuadrilla…

Le tomé la palabra al capitán:

—Apenas quedamos seis más o menos ilesos. No sé si nos pueden integrar en otra cuadrilla, o bien parchear peones de otras zonas, no sé…

El capitán me interrumpió:

—Alonso, hijo, lo más importante ahora mismo es que usted y sus muchachos se recuperen. Ya he comunicada a la superioridad que damos de baja su cuadrilla por tiempo indefinido. Cuando se encuentre mejor y tenga ánimos para volver, por favor, dígamelo y lo pondremos todo en marcha.

Negando con la cabeza, le dije:

—No, señor, yo estoy ya recuperado, de nada me va a servir estar

aquí en Madrid descansando si sé que en el frente hay camaradas que pueden necesitar las defensas que construimos. Mi mejor descanso es ayudar a los míos a sobrevivir…

El capitán cambió de gesto y, frunciendo el ceño, dijo:

—Sargento, esto es algo que no tengo intención de discutir. Vaya a su casa con su prometida, descanse, recobre energías. Aunque usted no lo sepa, está sometido a un grave estrés postraumático. He leído varios libros al respecto publicados en relación al sufrimiento psíquico de los soldados de la Gran Guerra.

Intervine nuevamente:

—Pero, señor, es que…

El capitán zanjó la conversación:

—Eso es todo, sargento, puede retirarse.

Haciendo el saludo militar, me dio la espalda y comprendí que no tenía otra que acatar sus órdenes.

Agosto pasaba, y, a decir verdad, el calor estaba siendo benévolo, nada que ver con lo que padecimos en julio. Cada día paseaba por la ciudad, unas veces con Duna, otras veces a solas, muchas veces con Laura…

Pasaba a diario por la calle Toledo, y siempre me paraba a leer la pancarta que pendía de dos balcones:

¡NO PASARÁN!

EL FASCISMO QUIERE CONQUISTAR MADRID
MADRID SERÁ LA TUMBA DEL FASCISMO

Otra cosa que me llamaba la atención es que, a diferencia de lo que sucedía en el frente, donde las banderas tricolores de la República abundaban, en Madrid lo que más solía ver eran las banderas de partidos y sindicatos, sobre todo la roja de Partido Comunista y la roja y negra de la CNT-FAI.

En cierta manera en Madrid habíamos detenido al enemigo, pero las noticias en el resto de frentes no invitaban al optimismo. El norte estaba próximo a caer, de poco había servido la operación de Brunete que tan costosa fue para los nuestros. El ambiente que se respiraba en la ciudad era de pesimismo; es cierto que los cuadros con significación política trataban de elevar la moral, pero los ciudadanos de a pie, los que no tenían opinión política, o simplemente querían vivir en paz y poder comer un currusco de pan a diario, estaban ya muy cansados. Bastaba con caminar por cualquier calle escogida al azar para comprobar que la gente con la que me cruzaba reflejaba en su rostro una combinación de sensaciones que denotaba de todo menos alegría.

Cuando llegó el mes de septiembre volví a hablar con mi capitán para decirle que quería regresar a mi unidad, pero, ante la inactividad de todos los frentes cercanos, me recomendó seguir recuperándome.

A finales del mes de agosto, los camaradas de Aragón habían

lanzado una ofensiva para tomar Zaragoza. Me ilusioné mucho con este ataque, porque, si tenía éxito, me dirigiría de inmediato a la capital aragonesa para visitar a mi hermana Victoria.

La realidad, como era ya habitual, nos volvió a dar un duro revés. Tras unos inicios prometedores, los sublevados habían conseguido hacerse fuertes en varios núcleos de población, retrasando el avance de nuestra ofensiva y, por tanto, dando al traste con los planes iniciales. Me llamaba poderosamente la atención la fiereza con la que se batía esta gente, preferían morir a rendirse y dejarnos tomar su posición. Al parecer, según leí en la prensa, en el pueblo de Belchite la batalla había sido encarnizada. Los nuestros habían tenido que desalojar a los fascistas casa por casa. No soy capaz de entender qué les impulsaba a ser tan testarudos.

El día 25 de septiembre, cumpleaños de mi querida Laura, recibí la invitación de su madre, doña María. Me dijo que quería que pasáramos el día juntos para celebrar que estábamos todos vivos, y de paso festejar el veintiséis cumpleaños de Laura.

Me pareció una idea estupenda, y decidí pasar por el mercado donde tan solo fui capaz de comprar unos cuantos tomates. El suministro de alimentos a la capital era muy irregular, y lo controlaban los sindicatos. Todo aquel con contactos en la UGT o la CNT—FAI, tenía garantizada la comida, el resto del pueblo se las veía y se las deseaba para encontrar algo decente que llevarse a la boca.

Al inicio de la batalla de Madrid se trató de evacuar población de la capital al Levante para aliviar las demandas de alimento, que en primera instancia siempre era para los soldados del frente. Sin embargo, esta iniciativa no tuvo mucho éxito por el miedo de las familias a no saber qué se encontrarían en su destino y qué pasaría con los escasos bienes que aún poseían en la capital.

Cuando llegué a casa de Laura, serían las doce y media de la mañana, la señora María tenía ya la mesa preparada. En realidad, las viandas no eran muchas, por lo que, al verme llegar con unos cuantos tomates, se le iluminó la cara.

El señor Mateo estaba triste, llevaba unos meses apenado, meditabundo, eran muchos los clientes de su carnicería que habían sido víctimas de algún bombardeo (o que simplemente ya no eran capaces de comprar un trozo de tocino o algo de costillas porque carecían de ingresos). Su negocio iba de mal en peor, y, para colmo, no estaba en absoluto de acuerdo con el trabajo de Laura como enfermera. Decía que no entendía por qué su hija tenía que estar tan cerca del frente.

Empezamos a comer y traté por todos los medios de evitar que se hablara de la guerra, pero era imposible, tarde o temprano, de una manera u otra, volvíamos a ello. Lo impregnaba todo, nada de nuestro

día a día escapaba del conflicto.

La señora María preparó su delicioso café de puchero con unas gotas de anís para la sobremesa, y en ese momento le di a Laura su regalo, que en realidad era un regalo para todos; cinco tabletas de exquisito chocolate que había encargado a un compañero de Villajoyosa que había estado unos días de permiso en su tierra. Los hermanos de Laura quedaron con la boca abierta, hacía más de un año que no probaban este manjar. Puse cuatro de las cinco tabletas sobre la mesa, y la otra se la di a Laura:

—Querida Laura, esta resérvala para ti, para cuando estés en tus ratos de descanso en el hospital de campaña, para que te acuerdes de mí.

Laura se sonrojó y me dio un abrazo y un casto beso en la mejilla.

Una vez hubimos terminado el café y el chocolate, Julián, el hermano pequeño de Laura, sacó una baraja española y pasamos el resto de la tarde entretenidos con varios juegos.

Cuando anocheció comencé a despedirme de todo el mundo para volver a casa. Duna se aproximó a la puerta y empezó a ladrar. Era un animal muy tranquilo, por lo que no entendí a qué venía ese alboroto. De pronto, escuchamos cómo un grupo de personas subía por las escaleras hasta la cuarta y última planta del edificio (la vivienda de Laura y su familia estaba en la tercera).

En la cuarta planta vivían los Montero, una familia humilde y trabajadora; el padre era miembro del personal de mantenimiento del metro; la madre, ama de casa, y sus dos hijas, Ana de 19 años y Josefa de 21, trabajaban antes de la guerra como limpiadoras del Ministerio de Agricultura. Ahora estaban sin trabajo como tanta gente.

Nos quedamos todos detrás de la puerta atentos a lo que pudiera suceder; varios golpes sordos en la casa de los Montero nos sobresaltaron; Laura dio un respingo hacia atrás. Acto seguido una voz ronca exclamó:

—¡Abran! ¡Abran al legítimo Gobierno de la República!

¿El Gobierno venía a buscar a los Montero? No entendía qué podían haber hecho. Los golpes en la puerta prosiguieron. La misma voz ronca exclamó:

—¡Abran! ¡Los estamos escuchando detrás de la puerta!

En ese momento se escuchó el chirrido de la puerta abriéndose, y pudimos distinguir la voz el señor Montero:

—Buenas noches, caballeros, ¿qué se les ofrece?

El mismo hombre que había hablado con anterioridad dijo:

—Buenas noches. Tenemos orden de llevarnos a la señorita Ana Montero Laínez y a la señorita Josefa Montero Laínez. Entiendo que son sus hijas.

El señor Montero, elevando el tono de voz, exclamó:

—¡De ningún modo! ¡Mis hijas no se van a mover de aquí! ¿De qué se les acusa?

Otra voz diferente intervino:

—Señor, hágase a un lado, no obstaculice nuestra labor.

El padre de las muchachas volvió a gritar:

—¡Por encima de mi cadáver, mis niñas no se mueven de aquí, no han hecho nada!

Se produjo un forcejeo, y pudimos escuchar cómo golpeaban al señor Montero, y el padre de Laura dijo:

—¡Canallas! Voy a subir, no se puede permitir este atropello.

Yo asentí con la cabeza, y le dije:

—Señor Mateo, subo con usted.

Abrimos la puerta y empezamos a subir las escaleras; al llegar al rellano del cuarto, observamos a seis milicianos con su arma al hombro, dos de ellos sujetaban al pobre señor Montero mientras otro le acababa de patear la cabeza. El señor Mateo emitió un fuerte grito:

—¡Sinvergüenzas! ¡Dejen a ese pobre hombre en paz!

Dos de los milicianos cogieron su arma y nos apuntaron. El que parecía el líder nos miró y nos dijo:

—Les recomiendo que no se metan donde no les llaman. Vuelvan a su casa.

Decidí que debía intervenir y dije:

—Disculpe, soy el sargento de ingenieros Quiñones. Quisiera saber de qué se acusa a esta gente.

El responsable del grupo se acercó a mí y casi susurrando me dijo:

—Sargento, no debería decirle nada, pero usted como soldado de la República seguro que lo entiende. Al parecer, las hijas de este hombre han sido vistas acudiendo a diario a un local de la calle Preciados. Nada tiene esto de particular, si no fuera porque ayer mismo descubrimos que allí se ocultaba un cura que daba misa a todo el que quisiera acudir.

Yo no entendía qué de malo tenía ir a misa, por lo que le dije:

—¿Por ir a misa las llevan detenidas?

El miliciano, alzando el tono de voz, dijo:

—La Iglesia se ha puesto del lado del enemigo. ¡Han declarado que la guerra es una cruzada! Todo el que apoye a la Iglesia o a sus integrantes, o lo que defiende, es enemigo de la República.

El padre de Laura exclamó:

—¡¿Pero se está usted escuchando?! ¿A quién le hacen daño estas niñas escuchando misa?

Uno de los milicianos se acercó al señor Mateo y le dio un fuerte golpe con el cañón de la escopeta en la boca del estómago. El padre de Laura se desplomó y rodó escaleras abajo hasta el descansillo.

Corrí para socorrerlo, pero ya subían Luis y Julián a atender a su

padre; les dije:

—Lleváoslo dentro, por favor.

Volví a subir y le grité al miliciano que golpeó al señor Mateo:

—Salvaje, daré parte en el cuartel general de lo que acabas de hacer.

El tipo me respondió:

—Somos de la checa de la Guindalera. El SIM respalda nuestras acciones.

Negué con la cabeza:

—Me da igual quién respalde sus acciones, esto no es forma de tratar a la gente. Ahora mismo voy al cuartel general para informar a mi superior.

Al dar media vuelta, sentí un fuerte golpe en la nuca que me hizo perder el conocimiento.

Cuando por fin volví en mí, descubrí que me hallaba encerrado en un cuarto sucio y oscuro. Tenía un fuerte dolor en la cabeza, y mucha sangre seca alrededor de mi cuello y espalda. Por un momento, me pareció que todo era un mal sueño, pero, justo en el cuarto de al lado, comencé a escuchar unos gritos desgarradores. Eran las hijas de los Montero, no tenía duda. Acerqué la cabeza a la pared para poder escuchar lo que decían. Distinguí la voz de un hombre de mediana edad:

—Vamos a ver, Josefa, espero que tú seas más comprensiva que tu hermana. No quiero hacerte ningún daño, pero me estás obligando. Ya has visto que a Ana no le ha gustado nada que le arranque la uña. No me obligues a hacerte lo mismo. Por última vez, ¿quién iba con vosotros a misa? ¡Nombres!

Durante unos diez segundos el silencio lo invadió todo. El hombre volvió a hablar:

—Muy bien, niña. Tú lo has querido.

El gritó de Josefa me dejó inmóvil, no podía imaginar qué clase de odio podía llevar a torturar de esta manera a unas muchachas inocentes. Comencé a gritar en mi cuarto:

—¡Cobardes! ¡Canallas! ¡Asesinos!

Escuché cómo decían desde la habitación contigua:

—Ya se ha despertado el héroe, traedlo por si puede ayudar a las muchachas a recobrar la memoria.

La puerta del cuarto donde me tenían encerrado se abrió lentamente, y dos tipos apuntándome con sus escopetas me indicaron con señas que saliera. No tuve más remedio que obedecer.

Cuando entré en el cuarto donde estaban las muchachas de los Montero, casi pierdo el conocimiento ante la pavorosa escena que me encontré. Las jóvenes estaban totalmente desnudas, atadas de pies y manos en la silla donde estaban sentadas. La pobre Ana parecía haber

perdido el conocimiento, o, peor aún, estaba muerta. La sangre manaba por sus senos, pude adivinar que le habían arrancado los pezones. El aspecto de Josefa no era mejor, tenía profundos cortes en muslos y abdomen, además de abundante sangrado en el pulgar de la mano derecha, pero sus sollozos indicaban que aún estaba consciente.

La muchacha aún fue capaz de reunir fuerzas y exclamó al verme:

—Señor Alonso, por favor, dígales que nos maten, por favor, ¡dígales que nos maten!

El tipo que dirigía el interrogatorio golpeó la cabeza de la joven con un objeto contundente. La fuerza del impacto la derribó y golpeó con su mutilado cuerpo el suelo. Ahora sí que parecía que todo había terminado para la pobre Josefa. Un río de sangre manaba de su cabeza. Me lancé al suelo para tratar de averiguar si aún estaba con vida, pero no fui capaz de llegar a su cuerpo, los tipos que me sacaron de mi celda me lo impidieron.

Dirigí entonces mi mirada al desgraciado que había asesinado a la pobre Josefa ante mis ojos:

—¡Asesino! ¿Crees que así ganaremos la guerra? ¿Siendo como ellos? ¿Qué mal han hecho estas niñas? ¡Asesino!

El tipo se acercó a mí mientras sus dos cómplices me sujetaban:

—¿Y tú? ¿Puedes decirnos quién iba a misa con estos despojos? Seguro que lo sabes. Eres su vecino. ¡Desatad a la muerta y atad al sargento a la silla! Seguro que canta como un ruiseñor.

Intenté resistirme, pero no pude. Acababan de atarme a la silla y me habían arrancado ya la camisa cuando escuché alboroto en el exterior.

El cabecilla del grupo abrió la puerta de la sala de torturas y de repente entró el capitán Azcárate con varios soldados en el cuarto, exclamando:

—¡¿Pero qué es esto?! ¡Ponga en libertad inmediatamente al sargento Quiñones!

El líder de los torturadores dijo:

—No podemos, señor, este hombre está acusado…

El capitán no le dejó terminar:

—¿Acusado de tratar de evitar que torturen y maten a dos ciudadanas por ir a misa? Sepa usted que este hombre es más valiente que todos los tipos de esta checa juntos.

Miró a los soldados que le acompañaban y dijo:

—¡Libérenlo!

Fue en ese momento cuando liberé toda la tensión que me atenazaba; comencé a llorar como un niño pequeño, habían matado delante de mis narices a estas dos muchachas. ¿Cómo se lo íbamos a decir a sus padres?

El capitán siguió dando órdenes:

—Seis de mis soldados se quedarán aquí hasta que los padres de estas pobres muchachas vengan a recoger sus cuerpos para darles sepultura.

Volvió su mirada al líder de los torturadores y le dijo:

—En cuanto a ti, te vienes con nosotros. Muchachos, lleváoslo.

Mi superior se aproximó a mí una vez me habían liberado y le dije:

—Capitán, señor, muchas gracias, no sabe cómo le agradezco…

Me respondió:

—Alonso, muchacho, ¿o te debería llamar Marqués? Si no hago esto por uno de mis mejores ingenieros, ¿qué clase de jefe sería yo? Además, lo que se ha vivido aquí ha sido un atropello. Cosas como esta nos alejan de la victoria.

Me extrañó que me dijera Marqués, ese mote me lo puso el Chiflo, pero ¿cómo podía haberlo sabido el capitán?

—Señor, ¿quién le ha informado de lo que estaba sucediendo?

El capitán se quitó su gorra, se mesó los cabellos y respondió:

—Alonso, hijo mío, tienes mucha suerte. Anoche cuando sucedió todo, tu prometida corrió al lugar de alojamiento de uno de tus peones, Juan Chacón. Cuando se enteró, se dirigió al cuartel general para buscarme. Lógicamente a esas horas de la noche yo estaba ya en casa descansando. No quiero saber cómo ni de qué manera fue capaz de que le dijeran dónde vivo. Ni corto ni perezoso, se presentó en mi casa a las seis de la mañana diciendo que habían detenido a su sargento, el Marqués. Luego me aclaró lo de «el Marqués». Nos dirigimos a la comandancia, recluté a varios soldados, y aquí nos tiene. Justo a tiempo.

De nuevo las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos, y, girando la cabeza hacia atrás, mirando los cuerpos de las muchachas, dije:

—No, señor, no ha sido justo a tiempo, hoy han muerto dos inocentes. Estos salvajes merecen…

El capitán me hizo un gesto con la mano:

—Tranquilo, Alonso, el cabecilla de estos desalmados pagará por lo que ha hecho.

Al salir de la checa, me esperaban Laura con Duna y el peón Chacón. Laura se abalanzó sobre mí:

—Alonso, ¿estás bien? ¿Qué te han hecho?

Con la visión borrosa aún por las lágrimas y la voz temblorosa le respondí:

—Laura, mi amor, yo estoy bien, pero las niñas de los Montero…

Laura dijo:

—¿Qué les ha pasado a Josefa y Ana?

Yo agaché la cabeza y dije:

—Las han torturado, Laura, las han torturado hasta la muerte.

Mi prometida se abrazó a mí y comenzó a llorar.

La experiencia de la checa de la Guindalera me dejó huella, y me hizo pensar que tal vez nosotros no éramos tan buenos como nos creíamos, y, sin duda, si entre los nuestros había gente capaz de hacer semejantes salvajadas a muchachas inocentes, algo no funcionaba del todo bien.

A lo largo del mes de octubre la lucha en el Frente del Norte prosiguió hasta que el día 21, Asturias cayó en manos rebeldes de forma definitiva.

El frente en Madrid estaba bastante inactivo, y comenzaron a escucharse rumores sobre una ofensiva para tomar Teruel.

Entretanto recibí notificación de mi cuartel general. El capitán Azcárate me comunicaba que se nos integraba a mí y a los restos de mi antigua cuadrilla como unidad de zapadores de la 11.ª División con la que ya habíamos servido en varias ocasiones, la última en Brunete. Nos indicaban que a mediados de noviembre nos dirigiríamos a la zona de Levante. Laura no había recibido notificación respecto a su hospital volante, pero todo indicaba que también la desplazarían al noreste. Decidí que Duna se viniera conmigo, no sabía cuánto tiempo tardaríamos en volver, y me vendría bien la compañía de mi fiel amiga.

Pocos días antes de partir, recibí carta de mi amigo Manolo; me decía que el Frente del Sur estaba muerto, que estaba ya harto de tanta trinchera y que había pedido traslado a la 11.ª División de Líster, que en breve se dirigiría al Levante, pero que antes pasaría por Madrid unos días, que tenía ganas de verme.

Sería casualidad, o sería el destino, pero Manolo había pedido traslado a la misma unidad a la que me habían destinado a mí.

***

Lo que hemos vivido en Vilanova de Prades nos ha dejado seriamente afectados. ¿No se supone que nosotros somos los buenos? ¿Qué mal puede haber hecho un hombre que ha sido un simple concejal? Si se sospecha que puede estar tramando algo desde la retaguardia, con meterlo en la cárcel habría bastado.

No se escucha nada más que el ruido del propio motor. Los muchachos mantienen un silencio sepulcral, hasta que Chacón decide intervenir:

—*Marquéh*, mi teniente, yo *penzaba* que lo que *leh pazó* a *lah vecinah* de *zu* prometida en Madrid fue un *hesho aihlao*, pero parece que *ehtá pazando máh* de lo que *noh creemoh*.

Vuelvo mi mirada hacia Chacón y le digo:

—Juan, es mejor no pensar en ello, debemos centrarnos en nuestra misión. Solo les quiero decir que lo que hemos vivido hoy no nos debe alejar de nuestro objetivo ni separarnos de nuestros ideales, siempre

hubo y habrá gente que se sirve del poder que se le ha dado, para dar rienda suelta a la podredumbre que corroe su interior. Nosotros no somos así. Nosotros somos soldados de la República que luchamos por el pueblo, por nuestro pueblo.

Manolo comienza a aplaudir:

—Marqués, me has emocionado. Qué discurso, cómo se nota que tienes estudios.

Todos comienzan a reír, y de esta manera parece que se ha disipado un poco la tensión que invadía el camión.

Seguimos nuestra ruta tal y como habíamos planeado hacia Bellpuig, y ya estamos comenzando a dejar atrás el paisaje frondoso y arbolado de las riberas del Ebro para adentrarnos en una zona despoblada, dedicada seguramente al cultivo del cereal, pero que ahora mismo está totalmente pelada.

Manolo, aprovechando el ruido del camión, me dice en voz baja:

—Alonso, siento una emoción muy similar a la que experimenté cuando entramos en combate juntos por primera vez.

No comprendo a qué se refiere exactamente:

—Manolo, nada tiene que ver lo de Teruel con esto. Aquello fue luchar a cara de perro, lo de hoy es diferente.

El sargento Pérez prosigue:

—Me refiero a que horas antes del inicio de la ofensiva de Teruel sentía que íbamos a hacer algo grande, que podíamos darle la vuelta a la situación. Ahora siento lo mismo.

Asintiendo con la cabeza, respondo:

—Entiendo. Yo de Teruel no tengo ningún buen recuerdo.

Manolo, con cara sorprendida, me dice:

—¿Ninguno? Allí te ascendieron a teniente, y a mí a sargento, ¿o es que ya has olvidado lo que conseguimos?

Diciembre de 1937, enero y febrero de 1938, Teruel

El reencuentro con mi amigo Manolo fue muy emotivo, pasamos varias jornadas Laura, él y yo recorriendo Madrid y enseñándole la ciudad, porque, como Manolo, tan campechano él, solía decir: «Yo nunca he pasado de Despeñaperros *p'arriba*».

El día 1 de diciembre recibimos orden de desplazarnos a las inmediaciones de Teruel. Respecto a Laura, su hospital volante había recibido instrucciones de mantenerse en la capital, puesto que se sospechaba que los rebeldes planeaban un nuevo ataque para cortar la carretera de Valencia.

Tras solicitar a mi nuevo superior al mando, el capitán Gregorio

Narváez, la integración de Manolo en mi unidad de zapadores, me sorprendió comprobar que no pusieron ninguna traba, seguramente porque Manolo venía del Frente del Sur, inactivo por mucho tiempo, y no se fiaban de su valía en primera línea.

Una parte de nuestra 11.ª División se encontraba en los alrededores de Madrid, por lo que se tuvo que hacer un importante esfuerzo logístico para transportarla a Aragón.

El día 4 de diciembre ya estábamos en Peralejos, un pequeño pueblo a orillas del Alfambra, tratando de aclimatarnos al frío de la zona. Habían asignado un total de diez hombres a mi pelotón contando a Manolo. Aprovechamos los días previos al inicio de la batalla para entrenar el vadeo de ríos, lanzamiento de pontones para paso de infantería, cavar trincheras, simulación de instalación de cargas para detonar puentes, etc.

A Duna parecía no haberle gustado mucho la idea de cambiar Madrid por Teruel, con su fino pelaje, apenas tenía ganas de salir a pasear; el frío y la humedad eran terribles compañeras y hacían mella en su habitual animosidad.

Chacón, que era bastante manitas, le hizo una capa al can con retales que había conseguido recopilar. Se anudaba al cuello, y permitía al menos que el frío no le cayera directamente sobre el desprotegido lomo. Era cómico observar cómo Duna recorría el pueblo protegida con su diminuta capa.

La mañana del día 14 el capitán Narváez nos reunió a los suboficiales, y comunicó que el ataque se llevaría a cabo en la madrugada del día siguiente, partiríamos de la cercana localidad de Villalba Baja. Un compañero le preguntó:

—Capitán, como ya sabe, el frío es intenso, no sé hasta qué punto será viable atacar en estas condiciones. Es posible que la meteorología nos cause más bajas que el propio enemigo.

El capitán Narváez respondió, impávido:

—Señores, yo recibo órdenes y transmito órdenes. La división de Líster ha sido siempre la más heroica y valiente y lo seguirá siendo, llueva, truene o nieve. Ya conocen sus órdenes, suerte, camaradas.

Reuní a mi pelotón y les comuniqué las órdenes. A las catorce horas debíamos estar todos pertrechados y listos para partir a Villalba Baja. Nuestra misión era ir detrás de las tropas de vanguardia, señalando los focos de resistencia que pudieran haber sido rebasados, para que nuestra artillería desde la retaguardia diera buena cuenta de ellos. Por lo demás apoyaríamos el avance reparando infraestructuras y dando servicio a las líneas de abastecimiento.

Una vez en Villalba Baja, buscamos un sitio donde guarecernos del frío hasta la hora del ataque. Estaba muy orgulloso de mi pelotón, éramos en total once personas, pero todas muy bien avenidas; cinco de

ellos eran los miembros de la cuadrilla que llevaban conmigo desde el inicio de la guerra y que habían salido ilesos de Brunete. Todos aceptaron de buen grado la posibilidad de reintegrarse en el ejército como unidad de zapadores. Los cinco muchachos eran Juan Chacón, Pedro Ortega, Reinaldo Borrero, Francisco Cabrera y Damián Mesa. Por otro lado, estaban mi amigo Manolo Pérez y otros cuatro muchachos parcheados de varios pelotones de zapadores, muy castigados en la batalla en los alrededores de Belchite; sus nombres eran Antonio Torres, Desiderio González, Hilario Santacruz y Agustín Fresnedillo.

Bajo mi punto de vista, las peores horas de una batalla son las que se producen antes del inicio de la misma, la «vigilia», como la solíamos llamar. Los muchachos la pasaron contando anécdotas vividas en una y otra refriega. Manolo contó lo que vivió en el Santuario de Santa María de la Cabeza, cómo evitó que volara uno de nuestros tanques, y cómo recibió dos balazos.

La cosa cambió cuando Ortega comenzó a relatar lo que vivimos en Brunete. El ambiente de hilaridad se transformó en angustia, por lo que decidí intervenir para que la moral de los muchachos no se viese afectada:

—Ortega, ya basta, descansad, que falta os va a hacer, en pocas horas nos pondremos en marcha. No quiero escuchar ni una mosca.

Apagaron los candiles y trataron de descansar. Duna se acurrucó en mi regazo y de inmediato se durmió. Yo no fui capaz de cerrar los ojos, era consciente de la gran importancia de la batalla que íbamos a vivir. No nos podíamos permitir otro revés.

A las cinco de la mañana, tal y como se nos había indicado, salimos de nuestro refugio y comenzamos a seguir a la vanguardia a cierta distancia. La niebla era muy espesa, pero el mapa y la brújula que llevaba nos ayudaron a no perder nuestro rumbo.

Una vez superamos El Muletón sin escuchar ni un solo disparo, nuestras tropas de choque enfilaron Concud, donde sí que estaba previsto encontrar una guarnición de cierta importancia. Efectivamente, en torno a las ocho de la mañana, comenzamos a escuchar el tableteo de las ametralladoras fascistas tratando de parar el avance de los nuestros. Mis chicos y yo nos refugiamos tras una elevación próxima a la rambla de El Rubio. Nada podíamos hacer hasta que se desalojara a los rebeldes de Concud.

Ateridos de frío, cuerpo a tierra en un suelo congelado, pasamos parte del día hasta que, por fin, pudimos comprobar que Concud había caído. Recogimos nuestro equipo y nos desplazamos a la localidad. El capitán Narváez nos dio la orden de reubicar un cañón Arellano de 40 mm que se había capturado intacto al enemigo con más de treinta balas, y un mortero de 260 mm del que se habían podido recuperar

cuarenta proyectiles.

El cañón lo orientamos al oeste aprovechando una desenfilada artificial que generaban dos calles, y que brindaba un magnífico ángulo de ciento cincuenta grados. El plan era utilizarlo como defensa en caso de contraataque enemigo. El mortero se orientó al este para ablandar las defensas que protegían el perímetro de Teruel, antes de iniciar el avance.

El día 15 finalizó de forma brillante, se cumplió el objetivo inicial de cerrar la carretera que unía Teruel con Calatayud, y de esta forma poder dirigir el grueso del ataque hacia la capital turolense.

El 16, nuestra vanguardia prosiguió su avance y nosotros tras ellos. Se encontraron varios focos de resistencia que tuvieron que reducir con fuego artillero, siendo el más consistente de todos ellos el que se creó en el entorno del cementerio de Teruel, que no cayó en nuestras manos hasta el día 19.

El cementerio resultó ser un punto estratégico de primera. Su posición dominante sobre la ciudad permitía batir desde este punto cualquier lugar de Teruel. El campo santo se situaba en un promontorio cuyas caras sur y este presentaban paredes de mucha pendiente, y por tanto poco practicables, mientras que las caras norte y oeste eran mucho más accesibles. Recibimos orden de preparar la cara sur del cementerio para el emplazamiento de varias baterías artilleras, que tendrían la misión de castigar los focos de resistencia que pudiera haber en la ciudad.

Teniendo en cuenta lo que padecimos en el cementerio de Brunete, no me hacía ninguna gracia atrincherarme nuevamente en un lugar como este, pero, considerando el curso de los acontecimientos, todo parecía indicar que en esta ocasión el final sería muy diferente.

No creo que ninguno de mis muchachos se sintiera afortunado por estar trabajando en ese cementerio en lugar de combatir en primera línea. Una espesa capa de nieve lo cubría todo, y sufrimos lo indecible para poder excavar trincheras, el terreno estaba totalmente congelado. Era sobrehumano el esfuerzo que había que hacer para poder hincar el pico en el suelo. El frío se nos metía en los huesos y los músculos se agarrotaban. Los dedos de las manos estaban morados y al pobre Fresnedillo tuvieron que amputarle el dedo meñique del pie derecho porque se le congeló.

Uno de esos terribles días, en plena noche, Chacón se acercó a mí y me dijo:

—*Marquéh*, *zeñoh*. No *zé* qué *zerá ezo* tan malo que *hemoh hesho*, pero *ziempre noh* toca *ehtah* a la *dehcubierta*. Ni una mala *trinshera* donde *rehguardarnoh*. *Acuérdece* de Guadalajara en aquel cerro *pelao*. O en Brunete, *azándonoh* con un *caló inferná*. Y ahora *ehto*. Yo veo la nieve *toh loh añoh* en mi Bubión, pero lo de aquí *eh peó* que *viví* en

Ruzia.

La imagen de Chacón me enterneció, venía con la cabeza cubierta de nieve, la nariz morada, y todo su cuerpo temblaba.

—Amigo Chacón, ¿acaso crees que los camaradas que están ahí abajo tratando de tomar Teruel están mejor?

Chacón dio un respingo y, con un tono algo airado, me dijo:

—*Zeñoh*, no creo que *uhtéh ehté* ciego. *Dehde* aquí veo cómo *loh camaradah ehtán* dentro de *cazah*, con *zuh shimenah*.

Ante la evidencia no tuve nada que objetar, el pobre Chacón llevaba toda la razón. Probablemente de toda la tropa que sitiaba Teruel, éramos los que más estábamos padeciendo las inclemencias climatológicas.

Con todo, el día 22 de diciembre teníamos completamente fortificado el cementerio, con dos trincheras perimetrales y nidos de ametralladora. Las baterías artilleras las pusimos al abrigo de unos cipreses, y sus bocas de fuego estaban ya listas para descargar sobre los núcleos de resistencia. En total se instalaron seis piezas, tres eran cañones Schneider de 70 mm y otros tres Vickers de 105 mm.

Nos ordenaron que permaneciéramos en el cementerio junto con la unidad que debía servir las baterías y cuatro pelotones de nuestra 11.ª División. Los cañones no pararon de martillear la ciudad, especialmente el edificio del Gobierno Civil y el del seminario, donde se habían refugiado los sublevados que defendían la plaza.

El frío era tan intenso que uno no se podía siquiera plantear dormir al raso por muy tapado que estuviera. Ortega tuvo la idea de dormir por turnos en las nicheras que estaban ya construidas pero que esperaban aún inquilino. La imagen en cierta manera era tétrica, pero uno se metía dentro, se arropaba con la manta, y la verdad es que la sensación de frío era mucho menor. A Chacón esta idea le gustó especialmente, como era de corta estatura, los muchachos bromeaban diciendo que no era justo, que para Chacón esa nichera era como un hotel de cinco estrellas.

La ciudad no terminaba de caer a pesar del duro castigo al que estaba siendo sometida. El día de Nochevieja fuimos conscientes de que algo empezaba a no ir del todo bien. A mediodía, varios camaradas de los que habíamos dejado defendiendo Concud semanas atrás irrumpieron en el cementerio presos del pánico y gritando:

—¡Están aquí! ¡No hay nada que hacer! ¡Huid por lo que más queráis! ¡Huid!

Mis muchachos se pusieron muy nerviosos, por lo que me aproximé para hablar con uno de los recién llegados:

—Camarada, tranquilo, dime qué te pasa.

El joven, con la voz entrecortada y la cara desencajada, comenzó a relatar:

—Señor, son muchos millares, han arrasado nuestras defensas en Concud y San Blas. Muchos camaradas han muerto allí, solo unos pocos hemos conseguido ponernos a salvo.

Manolo, al escucharlo, se acercó:

—¿Cómo? ¿Que habéis huido dejando el flanco oeste de la ciudad desguarnecido? ¡Cobardes! Merecéis que os fusilen aquí mismo.

El muchacho comenzó a llorar de forma histérica. Se sentó en el suelo, ya no era capaz de articular palabra. Le dije a Manolo que lo dejara en paz. Entre todos los que ocupábamos el cementerio tratamos de calmar a los aproximadamente cuarenta camaradas que acababan de llegar. Les dimos ropa de abrigo, y los asignamos a los distintos pelotones que estábamos repartidos por el campo santo.

A última hora del día 31, un comisario de nuestra división subió hasta el cementerio para leernos las órdenes que había mandado el general Rojo a todas las unidades:

«*Al amanecer deberá hallarse en condiciones de defensa la primera línea actual desde el alto de Celadas hasta San Blas y Teruel, que será defendida sin idea de repliegue. De la conducta de las tropas y mandos mañana depende la victoria ante el enemigo que viene a socorrer Teruel y el triunfo de la guerra puesto en peligro. Por ello, todo jefe de unidad que abandone las posiciones cuya defensa tenga encomendada será juzgado sumarísimamente*».

Afortunadamente, las instrucciones dictadas por el general Rojo se cumplieron a rajatabla, y el frente no cedió ni un milímetro más. Conseguimos frenar en seco el avance fascista.

La primera semana de 1938, una vez reconducida la situación, fue relativamente tranquila. Finalmente, el 7 de enero se logró la rendición de los rebeldes que resistían en Teruel y por fin pudimos afirmar que habíamos tomado la ciudad, pero la batalla estaba lejos de haber finalizado.

El 10 de enero el capitán Narváez nos comunicó que a la 11.ª División, que había sido de las más castigadas durante la batalla, la iban a retirar del frente para que pudiera descansar y recuperar fuerzas antes de volver a primera línea. Mis chicos y yo nos instalamos en Corbalán, un pequeño pueblo al noreste de la capital turolense.

Fueron cuatro semanas de lo más relajadas, el frente estaba lo suficientemente lejos como para permanecer aislado de lo que allí pudiera acontecer, en la medida de lo posible. Además, tuvimos la suerte de instalarnos en una casa de huéspedes cuya cocinera era una auténtica maestra. Comíamos como reyes todos los días, era capaz de preparar exquisitos manjares con coliflores, patatas o alcachofas.

Para no perder la forma y la disciplina, todos los días caminábamos diez kilómetros por la sierra. Lo único que sí echaba de menos realmente era la compañía de Laura, me hubiera encantado compartir

aquellos días con ella, hubiera disfrutado ese paisaje nevado, pero lo cierto es que desde que salí de Madrid no había vuelto a saber nada de mi chica.

En esos días de asueto, vivimos una experiencia que jamás olvidaremos; se nos quedó grabada en la retina la noche del 25 de enero. Serían las ocho y media de la tarde, el frío era terrible, y el hecho de que el cielo estuviera totalmente despejado incrementaba aún más la sensación de frío. Estábamos todos a resguardo, preparados para cenar, cuando comenzamos a escuchar gritos en las calles. Unos gritaban «¡fuego!», otros, «¡nos atacan!». Salimos todos apresuradamente, y comprobamos cómo gran cantidad de vecinos estaban paralizados con la mirada fija en el cielo. Hicimos lo mismo; el espectáculo que teníamos ante nuestros ojos era maravilloso, en plena noche, el cielo se coloreaba de una luz rojiza intensa, pero no escuchábamos nada que pudiera indicar que nos estaban atacando, ni aviones, ni cañones… Manolo se acercó y me dijo:

—Alonso, esto me huele muy mal, pero que muy mal…

Chacón huyó despavorido y se refugió en la casa de huéspedes. Alguna vecina del pueblo gritaba:

—¡Dios todopoderoso nos va a castigar por las atrocidades de la guerra!

Un soldado le respondió:

—Señora, Dios no existe.

Yo seguía extasiado hasta que Manolo me zarandeó y exclamó:

—¡Alonso! ¿Estás bien?

En ese momento volví en mí:

—Sí, sí, Manolo, tranquilo.

Manolo replicó:

—Esto no me huele bien, los fascistas están tramando algo, será un ataque con gas o cualquier otra cosa…

Con una sonrisa dibujada en mi rostro, le espeté:

—Tranquilo, no pasa nada.

Acto seguido me dirigí al centro de la plaza y grité:

—¡Por favor! ¡Acérquense todos!

El grupo de vecinos que había en la calle, junto con los soldados que estaban observando el fenómeno, se aproximaron:

—Escúchenme atentamente, no tienen nada que temer, lo que ven en el cielo es un fenómeno natural conocido como aurora boreal.

Un paisano replicó:

—¿Y usted eso cómo lo sabe? ¿Ha estudiado?

Sonreí y repliqué:

—Efectivamente, señor, antes de la guerra estudié ingeniería en Madrid. El fenómeno que estamos viendo es muy raro de observar en estas latitudes, suele verse en los polos, y se produce cuando las

partículas cargadas procedentes del sol chocan con el campo magnético de la Tierra, probablemente haya habido hace poco una tormenta solar y por eso…

El mismo paisano me interrumpió:

—No nos cuente más rollos, ¿qué quiere decir? ¿Que no pasa nada? ¿Que estemos tranquilos?

Asentí con la cabeza y el hombre gritó:

—¡Pues a casa, que hace frío!

Todos los allí presentes comenzaron a reír. A mí también me hizo gracia la espontaneidad del hombre. Volvimos al interior de nuestro alojamiento, dispuestos a degustar la magnífica sopa que nos estaba esperando.

El 6 de febrero, mientras hacíamos la caminata diaria por los gélidos páramos turolenses, Manolo, Borrero, Cabrera y yo nos adelantamos un poco al grupo, y comenzamos a charlar. Recuerdo que Borrero preguntó:

—Mar…, perdón, sargento Quiñones…

Manolo soltó una carcajada, y yo riendo también le dije:

—Reinaldo, me puedes llamar Marqués, ya sé que lo hacéis a mis espaldas, y la realidad es que no me molesta. Estoy orgulloso de mis orígenes.

Borrero, algo avergonzado, prosiguió:

—Gracias, Marqués. Le quería preguntar si sabe usted si tardaremos mucho en volver a Madrid.

Me sorprendió la pregunta, puesto que Borrero nunca se había quejado, podría decir que había sido hasta la fecha el más eficiente de los peones, siempre dispuesto a lo que le mandaran, siempre ofreciéndose voluntario, ayudando a sus compañeros… Por eso le pregunté:

—Reinaldo, ¿a qué viene esa pregunta? Tú siempre eres el primero en llegar y el último en querer irte.

Borrero agachó la cabeza y no dijo nada. Cabrera, que era su mejor amigo ya desde que estuvimos juntos en Talavera, dijo:

—Reinaldo, si no se lo dices tú, se lo digo yo. Marqués, aquí el camarada Borrero va a ser padre, bueno, a decir verdad, ya debe haber sido padre, su mujer salía de cuentas el 6 de enero.

Miré a Borrero y le dije:

—¿Es eso cierto?

Borrero afirmó con la cabeza.

Parándome en seco, le di un fuerte abrazo:

—¡Amigo Reinaldo, enhorabuena, me alegro mucho!

Borrero, un tanto emocionado, me dijo:

—Sabe usted, señor, que yo nunca le he pedido nada, pero, si pudiera averiguar si nuestra estancia aquí en Corbalán se puede

prolongar, tal vez sería posible que yo pudiera ir un par de días a Madrid para conocer a mi hijo, y visitar a mi mujer.

Rápidamente le respondí:

—Sabes que no depende de mí, pero haré todo lo que esté en mis manos, se lo comunicaré al capitán Narváez para ver qué puede hacer.

Cabrera, pasando su brazo sobre el hombro de Borrero, dijo:

—Marqués, una cosa le voy a decir, nadie va a echar de menos a Borrero, para lo que hace…

Comenzamos todos a reír y terminamos la caminata diaria.

Procedí a comunicar al capitán Narváez que solicitaba unos días de permiso para el soldado Borrero, pero fue en vano, me informó de que tres días después, es decir, el día 10 de febrero, teníamos que volver a Teruel, al parecer la situación se tornó gravísima, y no podíamos prescindir de ningún soldado para el combate. Los rebeldes habían desistido del ataque frontal a la ciudad, y decidieron envolverla por el norte y por el sur. Nuestra misión era volver al cementerio y defender la posición hasta nueva orden. Desde el cuartel general tenían claro que, si caía el cementerio, caería la ciudad

Tras un viaje corto, pero tortuoso, las carreteras estaban destrozadas por los continuos ataques de la aviación enemiga, y, conscientes de la importancia de nuestra misión, llegamos a nuestro viejo conocido, el campo santo de Teruel. Aquello no se parecía en nada a lo que habíamos dejado. Las nicheras estaban destrozadas, restos de cadáveres y huesos astillados ocupaban la mayor parte del cementerio. De los seis cañones que inicialmente instalamos, tan solo un Vickers y un Schneider seguían operativos. Los nuevos aviones alemanes de ataque en picado, los Stuka, habían dado buena cuenta de nuestra artillería.

Los muchachos a los que dimos el relevo parecían fantasmas, andaban con la mirada perdida, no había duda de que habían sufrido mucho allí.

En total éramos dos pelotones con veintitrés hombres destinados para defender los restos de aquel lugar. No quise dar tiempo a mis muchachos para que se desmoralizaran, rápidamente di órdenes para reconstruir las maltrechas trincheras y reubicar los cañones, decidí enfilarlos al norte, y ordené que se protegieran con ramas de pinos para camuflarlos.

Del mismo modo, mandé que se cortaran pinos para montar baterías de madera en el extremo sur del cementerio. Con este ardid pretendía engañar a los Stuka; quería que, desde el aire, la vista de los troncos les hiciera creer que se trataba de artillería, y descargaran allí su mortífera carga.

El truco surtió efecto, y nuestras baterías ficticias sufrieron un total de tres ataques.

Las jornadas pasaban y las noticias no eran buenas. Día tras día perdíamos posiciones. Manolo me preguntaba que cuándo nos iban a ordenar que abandonásemos la posición. No tenía ni idea, pero era evidente que, si permanecíamos mucho más tiempo allí, tendríamos solo dos posibles salidas: caer prisioneros, o la muerte.

La mañana del día 19 de febrero nos quedó claro que esa sería nuestra última jornada en el cementerio. Los fascistas se dejaban ver al norte de nuestra posición y mis muchachos ya estaban empezando a hacer uso de sus Maxim. A primera hora de la tarde se desató el infierno sobre nosotros. Sufrimos una descarga artillera como nunca había visto hasta la fecha. Con los primeros disparos ordené a mis hombres que se refugiaran en la cara sur de la colina para que nos sirviera de protección. En esa carrera, cayó mortalmente herido Fresnedillo, que desde que sufrió la amputación del dedo de su pie no podía apenas correr.

Cuando el bombardeo hubo finalizado, ordené a mis hombres que rápidamente volvieran a sus posiciones, tomaran sus armas y se preparan para resistir. El ataque lo suponía inminente.

Con alivio, Manolo y yo comprobamos que nuestros cañones habían quedado intactos. Desenterramos la munición que habíamos puesto a cubierto. Manolo, junto con Cabrera, se hizo cargo del Schneider, y yo, junto con Borrero, me encargué del Vickers.

La tarde pasaba y el ataque no se producía. Estábamos todos muy nerviosos. Nuestras armas apuntaban al norte del cementerio, pero los fascistas no se decidían a atacar.

Serían las tres de la madrugada del día 20 cuando escuché cómo Duna se alejaba de mi lado y se dirigía a la cara sur del cementerio con las orejas y el rabo tiesos. En el silencio de la noche escuché cómo, asomada al saliente, comenzó a ladrar. No tuve tiempo para reaccionar, una ráfaga de ametralladora le siguió el lamento que anunciaba la muerte de mi fiel compañera. Grité:

—¡Asesinos! ¡Vienen por el sur! ¡Moveos!

Los muchachos dejaron sus parapetos y, cargando con las ametralladoras, se lanzaron contra los enemigos que trepaban por la cara sur de la colina.

La ventaja que nos daba la altura nos ayudó a contenerlos, pero cada vez eran menos los nuestros capaces de sostener un arma.

La actitud de Borrero no era la habitual, lo veía nervioso. Él siempre había demostrado serenidad hasta en las situaciones más tensas. Le dije:

—Reinaldo, ahora más que nunca te necesito tranquilo y sereno. Vamos a salir de esta.

Borrero, con su habitual sencillez, me dijo:

—Marqués, señor, estoy tranquilo, solo que se me ha pasado por la

cabeza la posibilidad de morir aquí hoy y no poder conocer a mi hijo. Eso es todo.

Sus sinceras palabras me llegaron al corazón:

—Amigo, te comprendo perfectamente, pero una cosa te digo, muchos de los que estamos aquí no verán la luz del día mañana, pero te aseguro que esos no seremos ni tú ni yo.

Borrero agradeció mis palabras, y continuamos a la espera, mientras los muchachos seguían defendiendo la cara sur de la colina.

Decidí salir y acercarme a las posiciones de los chicos para darles ánimos, y evaluar el número de bajas, cuando de repente Manolo se aproximó:

—Alonso, que vienen por el norte, ¿qué hacemos?

Lo que tuve ante mis ojos me aterrorizó. No menos de cien enemigos enfilaban el camino del cementerio. Los pozos de tirador que cubrían el acceso estaban vacíos porque los muchachos se encontraban defendiendo la cara sur. Tratando de hacer gala de una tranquilidad que no tenía, le dije a Manolo, Borrero y Cabrera:

—Tranquilos, no se esperan que estemos aquí con los cañones, aguantaremos hasta que tengamos el mayor número posible a tiro y a mi señal abrimos fuego.

Los fascistas avanzaban confiados, pues habían superado nuestros pozos de tirador comprobando que nadie estaba allí para defenderlos. Nosotros ya habíamos bajado el ángulo de los cañones para tratar de hacer tiro rasante. Mi boca estaba seca como el esparto, pero notaba mi pulso firme. Susurrando, dije:

—Aún no…, aún no…, aún no… ¡FUEGO!

Al unísono los dos cañones abrieron fuego. Comprobé cómo los proyectiles mutilaban los cuerpos de los enemigos. Comenzamos una carrera frenética para cargar los cañones lo más rápido posible. Veinte segundos, y otra vez «¡FUEGO!», Chacón dejó su puesto en la cara sur y vino corriendo:

—*Marquéh*, ¿qué *paza*?

Sin dejar de cargar el cañón, respondí:

—Estos cabrones vienen por el norte también. Vuelve a tu posición, de estos nos encargamos nosotros.

Chacón deshizo sus pasos y volvió a la cara sur. Podía escuchar cómo los fascistas se gritaban entre ellos:

—¿Pero no habíamos acabado con su artillería?

Hicimos un total de veinte disparos, diez por cañón. Cuando ya solo podíamos escuchar los lamentos de los heridos que habíamos provocado, decidimos salir de nuestra posición y tratar de rematar a cualquier rebelde que hubiera quedado escondido.

Cabrera iba al frente, Manolo detrás de él, yo tras Manolo y Borrero detrás de mí. Andábamos casi en cuclillas, parecía que los que no

estaban muertos o heridos habían huido. De repente Borrero me dio un fuerte empujón y gritó:

—¡Al suelo!

El golpe me hizo caer, y yo a su vez tiré a Manolo. Varias sombras se incorporaron delante de nuestros ojos y acribillaron a Cabrera y Borrero; casi sin poder reaccionar, cogí como pude mi naranjero y comencé a disparar. Manolo hizo lo mismo con su MP-28. Hasta ocho fascistas liquidamos.

En cuanto me aseguré de que el peligro, había pasado corrí a ver a mis dos camaradas malheridos. Comprobé que Cabrera ya había muerto, Borrero tenía aún un hálito de vida. Le agarré su mano y me dijo:

—Marqués…, al final se ha equivocado usted…, no veré la luz del día…

Le dije:

—Guarda fuerzas, amigo. Te vamos a evacuar.

Negando con su cabeza y sacando fuerzas de flaqueza, me dijo:

—Sabe que es inútil, de esta no salgo. Por favor, dígale a mi mujer y a mi hijo lo mucho que los quiero. Que pensé en ellos hasta el final.

Noté cómo la fuerza con la que me cogía la mano iba desapareciendo poco a poco, hasta que al final expiró. Estaba totalmente bloqueado, acababa de perder a dos mis mejores hombres, a dos camaradas. Le quité un botón a su guerrera para dárselo como recuerdo a su hijo.

A los pocos minutos, Chacón y Ortega se acercaron hasta donde nos encontrábamos y nos comunicaron que habían eliminado a todos los enemigos que trepaban por la cara sur.

Ordené que se recontaran bajas y que los supervivientes se atrincheraran a lo largo del perímetro del cementerio. Afortunadamente, no hubo más ataques.

Dispuse lo necesario para dar sepultura a nuestros camaradas. De los once miembros de mi pelotón, tuvimos que despedir a cinco, las lágrimas corrían por el rostro de todos los muchachos cuando cogimos sus inertes cuerpos y les dimos tierra en un cono de una bomba de esos malditos Stuka. Enterré a Duna junto con Reinaldo.

Cuando por fin dimos la última paletada de tierra, sentí un nudo en la garganta que apretaba tan fuerte que no me hubiera importado haber muerto allí mismo con mis amigos. Hinqué mis rodillas en el suelo. Manolo se acercó para consolarme:

—Alonso, es la guerra, ya llevamos año y pico así. No te puedes venir abajo, tú eres nuestro líder.

Agradecí las palabras de mi fiel amigo, y me recompuse como pude. Al amanecer, un enlace nos comunicó que debíamos abandonar nuestra posición porque la caída de Teruel era inminente.

De los veintitrés hombres que llegamos el día 10 de febrero al campo santo, diez salimos ilesos y dos heridos; once murieron defendiendo aquellas ruinas. Mi perrita Duna dio su vida para salvar la nuestra. Sin su valiente ladrido, seguramente todos hubiéramos caído aquella noche.

Por último, el alto mando tuvo a bien ascender a Manolo a sargento y a mí a teniente, por, según decía textualmente la notificación: «*Demostrar coraje, bravura y determinación sin igual manejando la artillería como si de armas cortas se tratase, manteniendo la posición tal y como se les había ordenado*».

Sinceramente, no me creí merecedor de ningún ascenso, para mí lo realmente heroico hubiera sido sacar a todos mis hombres sanos y salvos de aquel infierno, y, una vez más, no pude.

***

Ya hemos sobrepasado Bellpuig y Cubélls, estamos muy cerca de nuestro objetivo. Son casi las siete de la tarde y comienzo a sentir ese agarrotamiento de músculos típico antes de enfrentarte cara a cara con la muerte.

Alguno de los muchachos ha sido capaz de echarse una cabezadita; Manolo y yo seguimos repasando los últimos detalles de la misión:

—Manolo, ya sabes que es fundamental el sigilo. Según nos dijeron los de inteligencia, hay poca vigilancia en la coronación de la presa y sus alrededores, pero lo ideal es eliminarlos antes de que ninguno pueda dar la alarma.

Manolo me responde:

—Sí, ya tengo decidido que sea Chacón el que haga ese trabajo inicial.

Asiento con la cabeza, y pregunto:

—Y para eliminar a los dos guardas que vigilan cada una de las torretas de los estribos de la presa, ¿utilizaremos el Mosin con silenciador como dijimos?

Manolo, extrañado, me pregunta:

—¿Pero no te lo conté?

Me encojo de hombros:

—¿Contarme qué?

Manolo empieza a reírse:

—Pues nada, que aquí nuestro amigo Mesa, aparte de chófer, fue campeón de España de tiro con arco, y me sugirió que tal vez podíamos liquidar a los centinelas con un flechazo.

No puedo creer lo que escucho, mirando a Mesa, digo:

—¿Con flechas? Será todo una broma, supongo.

Mesa aparta un momento la mirada de la carretera y me dice:

—Señor, no es una locura…

Gritando, intervengo:

—¡Mesa, mira la carretera!

Mesa responde:

—Sí, teniente, disculpe. Quiero decir que no es una locura. Soy capaz de acertar al centro de una diana situada a más de quinientos metros. Imagínese a la cabeza de un fascista. Será limpio y rápido.

Sorprendido por lo que escucho, no puedo articular palabra. Manolo me dice:

—Alonso, confía en nosotros. Ya he pensado en un plan B por si falla Mesa, pero, si es la mitad de bueno de lo que fanfarronea, será pan comido.

Sigo estupefacto, dejo la preparación del operativo de asalto a mi mano derecha y me monta un circo con flechas. Miro a Mesa y le digo:

—Camarada Damián Mesa, espero que sea verdad lo que dice, si la misión se va al traste por jugar a indios y vaqueros, te aseguro que no será un fascista el que te quite de en medio.

Mesa se ríe:

—Tranquilo, señor, no tengo ninguna duda. Flecha que dispare, fascista que caerá.

De pronto, Manolo dice:

—Mesa, ahí está el cartel «Pantà de Camarasa», toma la salida a la izquierda.

Aliviado por terminar el largo viaje, y nervioso por lo que tenemos que afrontar, levanto la voz y digo:

—Muchachos, vamos a parar en breve, sabéis que ahora tenemos unos dos kilómetros a pie hasta el objetivo.

Ortega, con tono chistoso, me dice:

—Bueno, teniente, entonces es ahora cuando usted y el sargento nos dejan aquí y se van, ¿no?

Los muchachos ríen la gracieta.

—Ortega, no sé a qué se refiere.

Ortega responde:

—Sí, señor, a lo que pasó después de Teruel, volvieron a Madrid a por sus medallas y ascensos y nos comimos solos la ofensiva fascista.

Me duele profundamente que mis muchachos piensen eso de mí y de Manolo, y que no me lo hayan dicho hasta ese momento, pero, a decir verdad, cuando volví a Madrid en marzo no me podía imaginar que Franco desencadenaría su furia con tanta rabia contra nuestras líneas.

Primavera e inicios del verano de 1938, Madrid y Cataluña

La lucha en Teruel nos había dejado exhaustos, y, al contrario de lo que pudiera parecer, cada vez se me hacía más difícil despedir a los amigos que perdía en combate, uno nunca se acostumbra a eso.

Tras retirarnos apresuradamente de la capital turolense, trasladaron a nuestra unidad, una de las más machacadas durante toda la batalla, a Castellón. Llegamos allí el día 28 de febrero.

El capitán Narváez nos comunicó que tendríamos tiempo para descansar y reponer fuerzas, ya que el Alto Mando no preveía nuevos ataques por parte de Franco; la batalla de Teruel había sido durísima para ambos bandos.

También nos indicó a Manolo y a mí que, como premio a nuestro valor, se nos permitía, si queríamos, volver a Madrid unos días para descansar y de paso poder visitar a los nuestros.

Recuerdo que Manolo dijo:

—Alonso, yo no voy a ir, en Madrid no tengo a nadie, los míos están muy lejos y, a decir verdad, estos muchachos son ahora mismo lo más parecido a una familia para mí.

Traté de convencer a Manolo, no me agradaba la idea de volver solo a Madrid:

—Manolo, por favor, no puedes dejar a tu viejo amigo solo. Ten en cuenta que una de las cosas que tenemos que hacer es ir a ver a la familia de Borrero para darle la mala noticia, me comprometí con él y debo cumplir. Necesito tu ayuda para este trance.

Manolo apoyó la barbilla en su mano derecha, y, tras pensar unos segundos, me dijo:

—Estás en lo cierto, es un trago demasiado amargo como para que lo pases tú solo; te acompañaré.

El día 5 de marzo salimos de Castellón para dirigirnos a Madrid vía Valencia. El aspecto de la gente que nos cruzábamos por los pueblos que atravesábamos no reflejaba el ánimo y la euforia que recorrió todo el país días después del golpe rebelde. La gente caminaba cabizbaja, en muchos casos harapienta. Los niños se acercaban a nuestro convoy a pedir algo de comer. El Ejército Popular requisaba lo poco que podían producir en sus campos y apenas quedaba algo para ellos.

Ya no recibíamos los vítores de ánimo de antaño, creo que la mayoría de la gente quería que acabara la guerra ya, aunque la perdiéramos.

En una parada que hizo el convoy en Requena, un viejecito, militante del Partido Comunista, me dijo:

—Los ideales están muy bien, ensanchan el alma y el espíritu, pero no llenan el estómago.

Ese era el sentir general de mucha gente, de la mayoría de la gente, en la retaguardia.

El 6 de marzo por fin llegamos a Madrid. Nada más poner el pie en tierra, Manolo y yo nos dirigimos a casa de Laura. Nos abrió la puerta la señora María con rostro serio y la piel pálida. Me temí lo peor:

—Señora María, ¿qué ha pasado?

Ella al reconocerme se echó a mis brazos y comenzó a llorar:

—¡Alonso, hijo mío! Qué alegría que estés bien. ¡Qué alegría!

Volví a tomar la palabra:

—Sí, señora, estoy bien, pero ¿qué le ocurre a usted? No me diga que ha pasado algo…

La señora María, sin parar de llorar, me dijo:

—¡Se lo han llevado, se lo han llevado…!

No entendía:

—¿A quién se han llevado?

La madre de Laura sacó un pañuelo y, secándose las lágrimas, me dijo:

—¡A Luis! A mi hijo Luis.

La noticia me dejó estupefacto. ¿A Luis? Pero ¿por qué habrían de llevárselo?, ¿qué había hecho el muchacho?:

—Señora, ¿quién se lo ha llevado? ¿Los malnacidos de alguna checa?

La señora María negó con la cabeza:

—No, no, el ejército… Como sabes, cumplía los dieciocho en enero y dos días después vinieron y lo reclutaron a la fuerza.

No podía dar crédito a lo que escuchaba:

—Pero ¿cómo es posible? ¿Sabe dónde está?

La señora María, tragando saliva, me dijo:

—Dijeron algo de refuerzos o reservas o algo así en Teruel. Yo les dije que tú estabas allí, pero nadie te conocía.

No podía creer lo que escuchaba. Manolo tomó la palabra:

—Serán canallas, mandan a niños sin instrucción a ese matadero…

Al escuchar esas palabras, la madre de mi prometida calló al suelo:

—¡Mi niño! ¡Me lo han matado!

Con los gritos, acudió Julián y se puso a llorar junto a su madre. Yo miré a Manolo con cara de pocos amigos y comencé a hablar:

—Vamos a ver, calma, por favor. No sabemos lo que ha pasado. Manolo ha hablado sin saber. Lo más normal es que no haya llegado a primera línea, habrá estado en la retaguardia dando apoyo.

Julián, sollozando, dijo:

—Pero ¿eso cómo lo sabes?

Me agaché junto a Julián y la señora María y dije:

—Lo sé porque llevo casi dos años dentro de este ejército y las cosas se hacen así, hasta que el soldado no está preparado, no entra en combate.

La señora María miró a Manolo y dijo:

—Pero él ha dicho…

No le dejé terminar:

—Él no ha dicho nada, es un bocazas, ¿a que sí, Manolo?

Manolo respondió:

—Es cierto, doña María, he hablado sin saber, seguro que Alonso lleva razón.

El ambiente se calmó un poco y la señora María y Julián se recompusieron, pero aún me faltaba saber algo más, por lo que pregunté:

—¿Y Laura? ¿Está en el hospital?

Doña María negó con la cabeza, pero esta vez tomó la palabra Julián:

—No, Alonso, no, Laura fue destinada con su hospital en enero a un pueblecito llamado Villalba Baja, cerca de Teruel.

Manolo rápidamente dijo:

—Alonso, donde estuvimos antes de la ofensiva.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo:

—Sí, sé qué pueblo es.

Julián me preguntó:

—¿Pero cómo? ¿No sabías que Laura estaba en Teruel también?

Respondí:

—No, Julián, no teníamos ni idea. La batalla ha sido muy dura, y el frío y la nieve han dificultado las comunicaciones.

La señora María volvió a llorar desconsolada:

—¡Mi niña sola…!

Traté de calmarla:

—No hay nada de qué preocuparse. De verdad, tenemos que estar todos tranquilos…

Manolo me interrumpió:

—Bueno, Alonso… Ahora mismo Villalba Baja está en manos de los fascistas, si no pudieron replegarse a tiempo…

De nuevo, la señora María y Julián comenzaron a llorar. Lancé una mirada fulminante a Manolo y dije:

—Si el camarada Manolo deja de decir estupideces que nadie quiere escuchar, os contaré lo que creo que ha pasado. Seguro que se han replegado a tiempo y están en el hospital de campaña de Castellón, con Chacón y los muchachos.

Julián, sollozando, dijo:

—Ya…, pero… ¿y si no pudieron replegar?

Apoyé mi mano sobre la espalda de Julián:

—Es cierto, pudieron haber caído prisioneros de los fascistas, pero ellos hacen como nosotros, a los médicos y enfermeras no se les hace nada malo, se les pone a trabajar en los hospitales de su bando. Por tanto, en el peor de los casos posibles, Laura estará trabajando para

los fascistas, pero sana y salva. Seguro.

Me resultaban difíciles de creer las palabras que estaba pronunciando, pero no podía permitir que sufrieran más de lo necesario. En cualquier caso, para tranquilizarles, dije:

—Tenemos varios asuntos que resolver en Madrid, pero en cuanto esté todo listo, volveremos a Aragón con nuestra división, y buscaremos a Laura y a Luis.

Julián y la señora María agradecieron mis palabras.

Cambiando de tema, dije:

—¿Dónde está el señor Mateo?

La señora María suspiró y dijo:

—Ya cerró el negocio, no tiene quien le suministre carne. Ahora se levanta todas las mañanas muy temprano y sale a pasear, hay días que no regresa hasta la noche. Parece un muerto en vida.

Me daba mucha pena el padre de Laura; antes de la guerra era una persona jovial y dicharachera, y ahora hasta las ganas de vivir había perdido.

La señora María nos invitó a comer y aceptamos gustosamente, aunque me advirtió que, aparte de patatas y alguna legumbre, poco más tenía, el hambre estaba ya a la orden del día en la capital. Cuando terminó la comida, nos dirigimos a mi apartamento para descansar y programar lo que debíamos hacer el próximo día.

Apenas había amanecido, y ya estábamos la calle. Nos dirigimos al cuartel general para saludar al capitán Azcárate.

Estando a escasos quinientos metros de nuestro destino, escuchamos cierta algarabía. Un grupo de soldados acompañados de un sargento llevaban en volandas a un muchacho, bastante demacrado, vestido de paisano.

Manolo y yo nos acercamos a ver qué pasaba; le pregunté al suboficial:

—Sargento, ¿qué sucede?

El sargento miró mis relucientes galones y dijo:

—A la orden, mi teniente. Se presenta el sargento Funes. Este muchacho ha sido interceptado pasando de las líneas enemigas a las nuestras, lo llevamos al cuartel general para interrogarlo. Puede ser un espía.

Me aproximé al joven. Su aspecto era deplorable, las ropas estaban hechas jirones, y sus manos llenas de sabañones.

—Buenos días, chaval. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

El chico, haciendo un gesto brusco con el hombro para que le soltara el soldado que le sujetaba, dijo:

—Mi nombre es Ciriaco Retamal. Soy de un *pueblino* de Cáceres, no creo que usted lo conozca.

Manolo se me adelantó y le dijo:

—Seguro que lo conoce, aquí el teniente es el hijo del marqués de Gibranzos.

El muchacho miró extrañado:

—¿El hijo del marqués de Gibranzos teniente de la República? Es un *poquino* difícil de creer, ¿no?

Miré al chico esbozando una leve sonrisa y le dije:

—Y, sin embargo, así es.

El muchacho se encogió de hombros y dijo:

—Lo que usted diga. Mi pueblo es La Cumbre, muy *cerquina* del suyo.

No podía creer lo que acaba de escuchar, seguro que tenía noticias de mi familia:

—¿De La Cumbre?, y, dígame, ¿se sabe algo de mi familia por allí?

El muchacho agachó la mirada:

—Pues mire, teniente, lo único que le puedo decir es que nada más empezar la guerra corrió el rumor por la comarca de que había ardido el palacio de los marqueses. Yo me alegré, no se lo voy a negar…

Le interrumpí:

—Eso ya lo sé, pero ¿y mis padres, y mi hermano?

El joven prosiguió:

—Se han escuchado muchas cosas, que los mataron, que huyeron…, yo no sé qué decirle.

Sujeté al chico por los hombros:

—¿Me estás diciendo que llevas casi dos años allí desde que empezó la guerra, y no te has enterado de nada?

El joven me recriminó mi actitud:

—Suélteme, deje que me explique. Cuando todo empezó, varios muchachos de mi edad y yo cogimos al cura del pueblo y le dimos matarile. Era muy cabrón, ¿sabe usted? Luego también paseamos a un concejal de derechas. El caso es que casi sin darnos cuenta, en menos de un mes, los fascistas entraron en mi pueblo depurando a todos los no «afectos al Glorioso Movimiento Nacional», como ellos decían. Yo me escapé porque me pilló en el campo con el ganado, pero los chivatos, sabe usted, empezaron a decirle a los soldados fascistas quién había matado a los suyos, e hicieron una escabechina. A mí, como no me pudieron coger, fueron a mi casa…

Al muchacho se le quebró la voz. Le apoyé mi mano en su hombro:

—Tranquilo, muchacho, toma aire y prosigue, por favor.

El joven se recompuso:

—Fueron a mi casa y sin mediar palabra le pegaron un tiro a mi padre y a mi hermano. A mi madre y a mi hermana las llevaron a la plaza del pueblo, las raparon y se las dieron a esas bestias, los moros… No sé si están vivas o no… Cuando me enteré de todo, decidí huir a la zona republicana, pero, estando cerca de Navalcarnero, me

interceptaron los soldados fascistas y me metieron en la cárcel. Me han tenido más de dieciocho meses sometido a trabajos forzados… Malnacidos. Hace tres días conseguí escaparme, he burlado todas las líneas enemigas y cuando llego a mi zona me detienen.

Manolo tomó la palabra:

—Ciriaco, muchacho, lo tienes que entender. Nosotros nos creemos todo lo que nos has contado, pero estamos en guerra, ¿quién nos asegura que no eres un espía…? Hay mucho en juego.

El muchacho se agitó:

—Un espía yo…, quiero luchar por la República, denme un fusil…

El sargento Funes se dirigió a mí y me dijo:

—Teniente, si da su permiso, tenemos que llevar a este hombre para que lo interroguen.

Cortésmente le respondí:

—Faltaría más, muchas gracias, y disculpe por el tiempo que le he hecho perder.

El grupo se alejó y nosotros nos presentamos al capitán Azcárate. Se le notaba cansado, la guerra había hecho mella en él, aunque no la había vivido tan de cerca como nosotros.

Nos felicitó por nuestro ascenso y nos contó que la cosa por Madrid estaba muy tranquila, algún escarceo, los bombardeos aéreos y artilleros a los que ya se habían acostumbrado, y poco más. Ellos no se atrevían a atacar, y nosotros no podíamos.

Me preguntó por los muchachos de mi unidad y por la perrita Duna. Le di las tristes novedades, y le comenté que teníamos que visitar a la viuda de Borrero. Nos despedimos con un fuerte abrazo y nos deseamos suerte.

Pasaron varios días hasta que fuimos capaces de localizar a alguien que nos dijera dónde vivía la familia de Borrero. Él era muy reservado y nunca hablaba de su vida personal.

Nos indicaron que vivía en una casita pequeña en el pueblo de Barajas, y hacia allí nos dirigimos. Cuando llegamos, tocamos a la puerta y nos abrió una mujer de unos veinticinco años con un bebé en brazos. Imagino que se figuró lo que veníamos a decirle porque, nada más abrir la puerta y ver nuestros uniformes, cayó desplomada al suelo. Manolo milagrosamente fue capaz de coger al bebé al vuelo.

La recogí del suelo y la introducimos en su casa. La senté en un butacón de madera y esperamos a que recobrara el aliento.

La muchacha me miró, aterrada, y preguntó:

—Usted es el sargento Quiñones, ¿verdad?

Manolo tomó la palabra:

—Bueno, a decir verdad, ahora es teniente.

Miré con gesto de desaprobación a Manolo y le dije a la mujer:

—Sí, señora, soy yo.

La joven suspiró y dijo:

—Dígame lo que le ha pasado a mi Reinaldo. ¿Por qué no está aquí?

Le cogí la mano fuertemente y le dije:

—Señora, su marido luchó como un héroe en Teruel, y, si este hombre y yo estamos vivos, es gracias a él.

La mujer rompió a llorar. Yo también me emocioné, acababa de conocer a la familia de mi buen amigo Reinaldo, y era para darle la noticia de su muerte.

—Quiero que sepa que su último pensamiento fue para usted y su hijo, me dijo que le comunicara lo mucho que los quiso y que siempre estará con ustedes. Está enterrado en el campo santo de Teruel, junto con el resto de heroicos camaradas que dieron su vida por la República.

La joven balbuceó entre sollozos:

—Es una niña…, se llama Carmen, como yo.

Pasamos buena parte del día con la familia de Reinaldo, era lo mínimo que podíamos hacer. Con las escasas monedas que pudimos juntar entre Manolo y yo, invitamos a Carmen a comer. No olvidé darle el botón de la guerrera que le quité a Reinaldo en su lecho de muerte.

Tras tomar un café nos despedimos. La mujer de Borrero nos dijo que allí teníamos nuestra casa para cuando la necesitásemos. Manolo prometió volver cuando todo hubiera acabado, y yo agradecí sus palabras.

Una vez cumplida con la última voluntad de mi amigo Reinaldo, nada me obligaba a permanecer en Madrid, y, por el contrario, tenía varias razones para volver a Aragón: Laura, su hermano Luis y mis chicos que permanecían en el frente.

La prensa de la capital seguía destacando la moral de nuestro ejército, y se hablaba de una próxima ofensiva con la que conseguiríamos aniquilar definitivamente a los rebeldes. El día 22 de marzo Manolo y yo nos dirigimos al centro de logística del ejército para enrolarnos en el próximo transporte que se dirigiera a Aragón. Fue allí donde recibimos la devastadora noticia.

Los franquistas, una vez retomaron Teruel, iniciaron una ofensiva a lo largo y ancho de Aragón que amenazaba con cercar Cataluña y partir nuestra zona en dos. La localidad de Belchite, cuya conquista tanta sangre nos había costado, cayó en apenas unas horas.

Manolo, iracundo, preguntó al oficial que nos informó el motivo por el cual la prensa no informaba del desastre que estábamos sufriendo. La respuesta era obvia, pero yo entendía lo que decía Manolo, nuestros amigos estaban allí, no sabíamos si vivos o muertos, y nosotros de permiso en Madrid.

El día 23 tomamos un transporte hacia Valencia. Allí deberíamos

subir a un convoy con tropas de refuerzo que se dirigiría a Castellón.

El viaje fue agónico, no solo no sabía si Laura y su hermano estaban sanos y salvos, así como nuestros camaradas de pelotón. ¿Cómo los encontraríamos? Según nos habían informado, nuestro frente se estaba derrumbando como un castillo de naipes. Rendiciones masivas, soldados de nuestro ejército que se pasaban al enemigo y retiradas desordenadas sometidas al bombardeo de la aviación sublevada.

Todo me hacía pensar que debía prepararme para lo peor, pero me negaba a aceptar tan dolorosas circunstancias.

La madrugada del 24 por fin llegamos a Castellón, tuvimos que viajar de noche y sin luces en los camiones, porque los aviones italianos y alemanes lanzaban su mortífera carga contra cualquier agrupación de vehículos que se dirigiera al frente. Muchos de nuestros soldados hallaron la muerte de esta forma, sin ni siquiera tener la opción de defenderse.

Nos dirigimos al campamento donde acantonaron a nuestra unidad al finalizar la batalla de Teruel. Lo que tres semanas atrás había sido un campamento lleno de vida, ahora era un hospital repleto de heridos y moribundos.

Tras preguntar a varias enfermeras, nos indicaron dónde estaba el despacho del capitán médico. Toqué la puerta y escuchamos el «adelante» de rigor, Manolo y yo entramos. La cara del hombre que tenía ante mí me resultaba familiar, aunque no sabía de qué. Le pregunté:

—Buenos días, capitán, ¿sabría usted informarnos del paradero de los chicos que se acantonaron aquí hará unas tres semanas?

El médico se acarició su lacio bigote y me respondió:

—Teniente, lo siento, llegamos aquí hace un par de semanas cuando nos retiraron del frente y el campamento estaba prácticamente vacío. Siento no poder ayudarles más. Tal vez preguntando en la comandancia…

De pronto entró una enfermera y dijo:

—Doctor Crespo, hay un paciente al que le cuesta respirar, por favor, venga conmigo.

Al escuchar ese nombre recordé de qué conocía al médico, era el doctor Crespo, el jefe del hospital volante de Laura, seguro que él me podía decir dónde estaba:

—Discúlpeme un momento, doctor. Usted es el responsable del hospital volante que se formó en Madrid, ¿no es cierto?

Algo extrañado, me dijo:

—Sí, así es. ¿Cómo lo sabe?

Sin responder a su pregunta, insistí:

—¿Hace un par de semanas estaban ustedes en Villalba Baja?

Ahora sí que la cara del doctor reflejaba inquietud.

—Sí, eso es, pero… ¿cómo sabe usted…?

Proseguí:

—Soy el prometido de la enfermera Laura Ramírez. No la he visto atendiendo a los enfermos, imagino que estará descansando, ¿no?

El doctor Crespo agachó la cabeza, a duras penas acertó a decir:

—¿Usted es el prometido de la señorita Laura?… No sé cómo decirle esto… Por favor, siéntese…

Manolo apoyó su mano en mi hombro y me apretó fuertemente, nos temimos lo peor:

—¿Decirme qué? ¡Decirme qué!

El médico tragó saliva y prosiguió:

—El ataque rebelde en Teruel fue brutal, nuestros soldados sufrieron muchas bajas y el hospital volante se llenó. Cuando recibimos la noticia de que los rebeldes estaban a menos de un kilómetro de Villalba Baja, di la orden de evacuar el hospital, dejando allí a los heridos que peor estaban. No podrían soportar el viaje. Su prometida Laura y dos compañeras más se negaron a dejar allí solos a los muchachos y se quedaron con ellos. No hemos vuelto a saber nada más de ellas.

Me aproximé al médico y, cogiéndole de la solapa, lo levanté del suelo:

—¡La ha abandonado, malnacido! ¡¡Ahora mismo le pego un tiro!!

Hice el ademán de coger mi Smith & Wesson, pero Manolo me lo impidió. El capitán se zafó y, recomponiéndose, me dijo:

—Teniente, haré la vista gorda por lo delicado de la noticia que acaba de recibir. La próxima vez lo denunciaré. Su prometida sabía lo que hacía. Tratamos de convencerla, pero fue imposible. Ahora, si me permiten, tengo trabajo.

El mazazo que acababa de recibir me dejó totalmente devastado. Me quedé allí sentado en la silla de madera que tenía el doctor en su despacho. Con la mirada desenfocada y las lágrimas brotando de mis ojos, sentí que mi vida empezaba a no tener sentido.

Manolo flexionó sus rodillas y se colocó frente mí:

—Alonso, recuerda lo que le dijiste a la madre de Laura. Lo normal es que la hayan puesto a trabajar en un hospital fascista, como hemos hecho nosotros con sus enfermeras cuando los hemos capturado.

Miré a Manolo y le dije:

—Eso me lo inventé para tranquilizar a la pobre mujer. La realidad es que no tengo ni idea de lo que le han podido hacer esos salvajes, y sí sé lo que hacen los nuestros: la mayoría de las veces los fusilan.

Mi amigo me cogió la mano y dijo:

—Marqués, Laura está viva, lo sé, es lo suficientemente inteligente como para convencer a cualquiera de que ella estaba allí a la fuerza, y

de que no tiene ideas políticas.

A duras penas y con un nudo en la garganta, respondí:

—Ojalá lleves razón, amigo. Ojalá sea así.

Una vez más la guerra me había dado otra estocada, y, como me sucedía con mis padres y hermano, de las que más duelen, la incertidumbre del qué habrá pasado.

A primera hora de la tarde, Manolo me animó a iniciar la búsqueda de Luis y de nuestros camaradas Chacón, Ortega, Mesa y Torres, y, sacando energía de donde no la había, comenzamos la búsqueda.

Toda la tarde anduvimos de un sitio para otro sin que nadie pudiera decirnos nada al respecto. Sí que supimos que, la primera semana de marzo, prácticamente todas las unidades veteranas de Teruel se dirigieron al Frente de Aragón nuevamente, pero no eran capaces de concretar destinos, pues el frente era muy amplio, y las tropas escasas.

Empezaba a ser consciente de que tal vez habíamos sido demasiado optimistas pensando que nos resultaría sencillo localizar a nuestros camaradas en medio de este maldito caos.

Al llegar la noche, fuimos a un coqueto local en la plaza Castelar, llamado Bar Sol, para cenar algo. Íbamos a descansar un poco, pues a las tres de la madrugada nos subiríamos a un pequeño convoy que se dirigía a Tortosa. Estábamos hablando Manolo y yo de lo complicado de la tarea que nos habíamos autoimpuesto, cuando un hombre de avanzada edad se nos acercó:

—Discúlpenme, señores, no he podido evitar escuchar su conversación. Están buscando a compañeros veteranos de Teruel, ¿es así?

No presté mucha atención al anciano, pero Manolo sí que respondió emocionado:

—Sí, así es, buen hombre, quizá usted nos pueda ayudar.

El hombre dibujó una amplia sonrisa que dejó entrever que le faltaban unas cuentas piezas dentales. Prosiguió:

—Varios muchachos vinieron aquí por las tardes a tomar café, uno de ellos, pequeño, cejijunto y con acento andaluz, decía que eran los héroes del cementerio de Teruel.

Al escuchar esas palabras giré mi tronco completamente hacia el anciano y vehementemente dije:

—¡Chacón! ¡Ese es Chacón!

El anciano volvió a sonreír:

—Ahora sí le interesa lo que cuento.

Sentí vergüenza por no haberle mostrado interés anteriormente, por lo que le dije:

—Discúlpeme, señor, mi compañero le puede decir lo horrible que ha sido el día. Por favor, ¿nos puede indicar dónde destinaron a

nuestros compañeros?

El anciano meneó la cabeza y dijo:

—No les puedo decir dónde se encuentran sus camaradas, lo que sí les puedo indicar es que el día 10 de marzo, si mal no recuerdo, entró a este bar un oficial, capitán creo que era, que les dijo que recogieran, que tenían que ir a Alcañiz, Belchite acababa de caer y los fascistas se dirigían allí.

Manolo, con tono preocupado, dijo:

—¿Alcañiz?, pero si nos han dicho en la comandancia que cayó el día 15.

Con tono firme, dije:

—Manolo, ahora tenemos otro objetivo, reunirnos con nuestros muchachos dondequiera que se replegasen tras perder Alcañiz.

Agradecimos sinceramente al viejo camarada su información, y volvimos a la comandancia. Estudiamos los mapas de la zona y concluimos que lo lógico era situar posiciones defensivas en Gandesa, al amparo de la sierra de Pandols.

Tal y como estaba previsto, a las tres de la madrugada partió nuestro transporte. La oscuridad era total y en algunos momentos el chófer reducía sensiblemente la velocidad debido a la escasa visibilidad.

Al llegar a Tortosa, nos dirigimos a un puesto de mando en el que nos indicaron que, efectivamente, en torno a Gandesa se habían acantonado la división 35.ª de Hans, la 45.ª de Walter y la 11.ª de Líster, la nuestra.

Preguntamos si estaba previsto enviar algún camión a Gandesa, pero nos dijeron que no, que las tropas de refuerzo marchaban a pie apoyadas por mulas y burros.

No podíamos esperar, por lo que nos dirigimos a un puesto de la guardia de asalto en el que amablemente nos facilitaron un par de bicicletas. Dijeron que la distancia no era mucha, unos cuarenta kilómetros, pero que el terreno era muy accidentado.

A Manolo no le hizo gracia la idea, pero no podía esperar para ver si mis muchachos estaban bien. Cogimos un trozo de pan cada uno, agua, y comenzamos a pedalear. El tramo inicial era prácticamente llano, y las maravillosas vistas, el agua limpia del río Ebro que estaba siempre a nuestra derecha, y la ilusión por reencontrarnos con nuestros amigos, me impulsaban a pedalear más y más. Manolo, sin embargo, con la lengua fuera no paraba de jadear.

Al llegar a Benifallet, decidimos hacer un alto porque llegaba lo peor de la ruta, teníamos que subir la sierra de Pandols por su cara este para poder llegar a Gandesa, que se encontraba al otro lado. Rellenamos nuestras cantimploras, tomamos un trozo de pan para recuperar fuerzas y, con decisión, comenzamos la escalada. Recuerdo

que, a los pocos metros de comenzar la subida, Manolo lanzó un grito agónico:

—¡Marqués! Te juro que, si no te matan los fascistas antes de que acabe la guerra, lo haré yo.

Cuando coronamos el último pico, ya podíamos divisar Gandesa. A unos doscientos metros, comprobé cómo se dirigía por nuestra misma carretera una cuadrilla de peones con materiales de construcción. Me separé un poco de Manolo y me acerqué a ellos.

—¡Buenos días, camaradas! ¿Hacia dónde se dirigen?

El que iba en cabeza del grupo me dijo:

—Buenos días, mi teniente, vamos a la cota 449, está aquí al lado. Los zapadores del capitán Narváez están preparando una plataforma entre los árboles para instalar unas cuantas baterías.

No podía creer lo que escuchaba:

—¿El capitán Narváez de la 11.ª División?

Me respondió:

—Sí, claro, le han encomendado fortificar el este de Gandesa.

Por un momento me olvidé de todo lo malo que había pasado hasta ese momento, la ilusión de reencontrarme con los míos me cegaba. Giré la cabeza y grité:

—¡Manolo! ¿Has escuchado? Los muchachos están aquí al lado, en lo alto de este cerro.

Manolo me miró con cara de asombro:

—¿Entonces? ¿Podemos dejar de una vez por todas estas malditas bicicletas?

Asentí con la cabeza y Manolo la dejó en la cuneta aliviado como el buey al que le desenganchan el arado. Comenzamos la pequeña ascensión hacia la cota 449 y allí estaban mis muchachos junto con otros jóvenes, casi niños diría yo, que supuse que habían llegado de reemplazo. Estaban muy atareados preparando las plataformas para las baterías, cuando Chacón alzó la mirada y gritó:

—*¡Mushashoh! ¡Er Marquéh!* ¡Y Manolo también!

Dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a abrazarnos. Estaban todos, Chacón, Ortega, Mesa… Todos menos uno, pregunté:

—Amigos, ¿dónde está Torres?

Ortega tomó la palabra:

—Marqués, Torres cayó en Alcañiz, una bomba de esos malditos aviones alemanes impactó de lleno en el camión en el que iba con varios reemplazos, cuando nos traían a Gandesa. No sobrevivió ninguno.

Otro amigo más que se llevaba la guerra…

Entre tanto, Manolo preguntó:

—¿Y quién ha estado al mando durante nuestra ausencia?

Chacón levantó la mano:

—Yo, *zarhento*, *er* capitán *Narváeh* me *diho* que tenía la *ehperiencia necezaria* para *dirihir* las *tareah* de fortificación.

Mesa soltó una carcajada:

—Por eso desde que este inútil está al mando no hacemos más que retirarnos.

Todo el mundo empezó a reír salvo yo. Reconozco que me agradó comprobar que, a pesar de todo, mis chicos mantenían su buen humor, pero decidí sacar mis galones a relucir:

—Soldados, no creo que el hecho de que cada día nos vaya peor en la guerra sea motivo de chanza. Por favor, seriedad.

Me dirigí a Mesa y le dije con voz seria y firme:

—Mesa, preséntenme a los nuevos reclutas de nuestra unidad.

Mesa se cuadró y dijo:

—A la orden Mar…, perdón, mi teniente.

Miré a Chacón y le dije:

—Chacón, enséñeme en un plano la disposición que ha propuesto.

Chacón respondió:

—*¡Zí, zeñoh!*

Pude escuchar cómo Ortega le susurraba a Manolo:

—¿Pero qué le ha pasado al Marqués?

Manolo le respondió:

—Ya hablaremos con tranquilidad, pero… reclutaron a la fuerza a su cuñado con solo dieciocho años y lo mandaron a este frente. No sabe nada de él.

Ortega agachó la cabeza y dijo:

—Comprendo.

Manolo prosiguió:

—Eso no es lo peor. Su prometida Laura se quedó en el hospital volante de Villalba Baja para cuidar de los heridos que no pudieron evacuar. A las pocas horas lo tomaron los fascistas. No sabemos si está viva o no…

Observé cómo Ortega me miró. Pude ver en su rostro la pena que sentía por mí en ese momento. Me acerqué y le dije:

—Ortega, yo no doy más pena que cualquiera de vosotros, todos estamos perdiendo mucho en esta guerra. Ya tendremos tiempo de compadecernos, ahora todos a trabajar.

Volví mi mirada a Chacón y le pregunté:

—¿Dónde está el capitán Narváez?

Respondió:

—*Zeñoh*, *zi* no ha *pazao nah*, debe *ehtah* en *Gandeza*.

Agradecí la información a Chacón y, tras dar las pertinentes órdenes, dejé a Manolo al mando y me dirigí con la bicicleta a Gandesa para informar a mi superior de nuestro regreso.

Gandesa es un pueblecito pequeño de la comarca de la Terra Alta

de Tarragona, y estaba seguro de que jamás en su historia había albergado tanta gente como hasta ese momento, nada menos que los restos de una división del Ejército Popular. En la entrada del pueblo me crucé con un paisano, y pregunté por la ubicación del cuartel general de la 11.ª División. El buen hombre me dijo que no sabía de qué división eran, pero que en la plaza del Ayuntamiento se habían instalado unos soldados con pinta de oficiales. Me dio las indicaciones oportunas para llegar al lugar e inicié la marcha.

Acercándome, me sorprendió el caos que reinaba, tiendas de campaña a medio instalar, soldados y oficiales corriendo de aquí para allá, cajas de víveres y armamento apiladas unas sobre otras… Lo que allí me encontré era el fiel reflejo de lo que había sucedido, un ejército en desbandada que trataba de reorganizar lo poco que le quedaba.

Me topé de bruces con un sargento, y le pregunté si me podía indicar dónde encontrar al capitán Narváez. Algo aturullado, me dijo que se había instalado en el interior del ayuntamiento. Dirigí mis pasos a la entrada del humilde edificio, y, justo en la puerta se encontraba el capitán, hablando por radio con un aire frenético.

Cuando estuve a su altura, seguía con la cabeza gacha, con el micro pegado a la boca, exigiendo transportes para las tropas y materiales para construir las defensas. Soltó bruscamente el aparato y al alzar la mirada me vio:

—¡Teniente Quiñones! Qué alegría me da verle. Sus hombres están reforzando…

No le dejé terminar:

—Sí, señor, los he visto, ya he dispuesto lo que han de hacer, el sargento Pérez se ha quedado al mando.

El capitán estaba acelerado, se notaba que llevaba días sin apenas dormir:

—Teniente, no se puede hacer una idea de lo que hemos pasado desde que se fueron a Madrid, esos bastardos han desencadenado el infierno en la tierra. Era imposible tratar de resistirse. Sus Stuka machacaban nuestras posiciones, y la aviación republicana no aparece, nunca aparece…

Traté de calmar al capitán:

—Señor, creo que ha sido un acierto la zona elegida para hacernos fuertes, la sierra de Cavalls nos permitirá rechazar los ataques fascistas.

Me respondió:

—Sí, sí, no hay otra opción, si nos superan, partirán la zona republicana en dos y Cataluña quedará aislada, no nos lo podemos permitir. Aunque me cueste la vida de todos mis hombres y la mía propia, nos mantendremos firmes en estas posiciones.

Agarré su antebrazo y con firmeza le dije:

—No tenga duda, señor, nos haremos fuertes en la sierra.

Desde el interior del edificio escuché que alguien reclamaba la presencia del capitán Narváez, por lo que le espeté:

—Señor, si me permite un momento nada más…

Me respondió:

—Dígame, teniente.

Tomé aire y comencé:

—Capitán, al poco de regresar nosotros a Madrid, llegaron refuerzos para Teruel procedentes de la capital, ¿no es cierto?

El capitán asintió:

—Sí, así es.

Proseguí:

—El caso es que reclutaron a la fuerza al hermano de mi prometida nada más cumplir los dieciocho años y lo destinaron a Teruel en esos días. Tal vez usted pueda saber algo…

Apoyando su mano en mi hombro, me dirigió una mirada compasiva y me dijo:

—Teniente, esos días fueron un auténtico caos, las tropas de refuerzo se mezclaban con las que huían del frente, es imposible saber ni siquiera a qué unidad lo asignaron. El avance rebelde fue tan rápido que dejamos allí todo el archivo de la división. Lamento decirle que es probable que llegara a Teruel, y que también es probable que, sin experiencia previa en combate, esté prisionero, herido o muerto…

La noticia no por esperada me hizo menos daño. No sabía, ni podría saber nada de Laura y de Luis, pero la vida continuaba y la guerra también; la única manera que se me ocurría para tratar de acercarme a ellos era hacer todo lo que estuviera en mis manos para darle la vuelta a la situación y empezar a ganar batallas al enemigo.

Regresé con mis compañeros que seguían enfrascados en su tarea. En la semana que estuvimos allí, conseguimos construir varios fortines que sin duda serían huesos duros de roer. Además, Manolo tuvo la idea de excavar en las paredes de roca unos pequeños refugios donde los defensores se podrían cobijar en caso de ataque aéreo o artillero.

El día 31 de marzo a primera hora, tropas de la XV Brigada Internacional, británicos en su mayoría, se hicieron cargo de nuestras defensas y tomaron posiciones.

A nosotros nos subieron a un convoy que se retiraba del frente cargado de heridos, el capitán Narváez también nos acompañó, a regañadientes; el Alto Mando no le permitió quedarse a defender la plaza. Nos dijeron que los internacionales pararían a los fascistas, y lo cierto es que muchos lo creímos. Acababan de abrir la frontera francesa y había entrado gran cantidad de armamento soviético que hasta ese momento estaba allí retenido. Varias de estas nuevas baterías se apostaron en las zonas que habíamos construido. Además,

también llegó armamento antiaéreo, por lo que al fin los aviones enemigos tendrían respuesta seria desde tierra.

Una vez más me equivoqué, los nuestros lucharon bravamente y consiguieron aguantar la línea hasta el día 3 de abril, tiempo suficiente para garantizar un repliegue ordenado. Los chicos de la XV Brigada Internacional fueron muy castigados y, además de numerosos muertos, ciento cuarenta cayeron prisioneros mientras cubrían la retirada de sus camaradas.

A nosotros nos instalaron en Reus, pero el desastre estaba totalmente consumado: el 15 de abril, las tropas de Franco pisaron el Mediterráneo en Vinaroz y Benicarló. La República estaba partida en dos.

***

Llevamos unos quince minutos caminando hacia nuestro objetivo, Manolo va en cabeza del grupo y yo lo cierro. Tengo justo delante a Mesa con su arco y sus flechas, aún no me lo puedo creer. Un chasquido de mis dedos le indica al grupo que debe detenerse y reagruparse. Con voz baja, digo:

—Camaradas, estamos ya en territorio enemigo. Por favor, máxima prudencia y máximo silencio. En este punto es donde nos separamos. El sargento Pérez junto con Ortega y Mesa se aproximarán por las elevaciones del estribo izquierdo de la presa. Buscad una posición a cubierto y con buena visibilidad del objetivo. Ortega, ten el Mosin cargado y listo por si al amigo Robin Hood le da por fallar. En cuanto caigan los dos vigías de las torres, entraremos nosotros en acción.

Manolo toma la palabra:

—De acuerdo, Marqués. Vosotros os quedáis agazapados en la carretera, antes del túnel del estribo izquierdo. Recordad que, justo cuando el sol se ponga, Mesa lanzará sus flechas. Chacón deberá deslizarse hasta la caseta de coronación de la presa, y eliminar a todos los objetivos que encuentre. Chacón, ¿tienes listo tu naranjero?

Chacón responde:

—*Zí*, *zargento*. Llevo también mi TT-30 por *zi* no tengo *zuficiente* con *er* naranjero.

Molina interviene:

—Lo siento, Chacón, pero las pistolas rusas son un asco.

Manolo, con tono airado, prosigue:

—Molina, las discusiones sobre armamento las dejamos para luego, por favor. Continúo; cuando Chacón haya eliminado a todos los objetivos, él y Molina se pondrán un uniforme fascista e irán al otro extremo de la presa para vigilar.

Molina vuelve a tomar la palabra:

—Ya sabes, Chacón, apunta a la cabeza, no me vayas a agujerear mi

nuevo uniforme.

Me gusta que mis chicos mantengan su buen humor a pesar de todo, pero la gravedad de lo que tenemos entre manos me obliga a intervenir:

—Por favor, Molina, ya está bien. Manolo, sigo yo. Cuando Chacón y Molina estén en sus puestos, bajarán Ortega, Mesa y el sargento. Puig y yo entraremos en el cuerpo de la presa y pondremos fuera de servicio todos los órganos de desagüe, incluso los conductos que alimentan la central hidroeléctrica. Cuando hayamos garantizado que los fascistas no podrán utilizar el agua embalsada en Camarasa, para arruinar los puentes que esta noche lancen nuestros muchachos en el Ebro, recogeremos nuestro equipo y volveremos a nuestro punto de partida.

Puig me mira, extrañado:

—Teniente, ¿no nos quedaremos aquí? Sepa usted que la avería que vamos a hacer la podrán reparar en un par de semanas como mucho.

Lanzo una mirada severa a Puig y le digo:

—Si en dos semanas no ha pasado todo lo que tiene que pasar por el río, es síntoma de que no nos van las cosas bien. Por lo tanto, muchachos, ya saben cuáles son sus órdenes. ¡Salud y República!

Nos dividimos, Manolo y los suyos se dirigen al sur, y nosotros caminamos hacia el oeste buscando la carretera que da acceso a la presa. La suerte está echada.

Segunda Parte:
El dulce sabor de las victorias

Martes 12 de octubre de 1938, cerca de Zaragoza

Puedo ver a lo lejos las torres de la catedral de Zaragoza. Nuestras vanguardias acaban de entrar en la ciudad, hemos logrado tomar la capital aragonesa nada menos que el Día de la Hispanidad. Estoy seguro de que al líder de los fascistas, el general Varela, no le habrá hecho mucha gracia.

Me muero de ganas de entrar en la capital de Aragón para volver a ver a Victoria, son demasiados años los que han pasado.

Mi amigo Manolo va recostado en la parte de atrás del camión, durmiendo como un bendito, pero a mí la emoción no me deja. De repente se para el convoy. Asomo la cabeza y pregunto:

—¿Qué pasa?, ¿por qué nos detenemos?

El chófer que abre el convoy desciende de su vehículo y se aproxima:

— Capitán Quiñones, los restos de un tanque rebelde bloquean la carretera.

Me bajo del camión y empiezo a dar órdenes:

—¡Enganchad los restos del tanque al paragolpes de dos camiones y tirad a la vez! Hay que despejar la vía lo antes posible.

Chacón asoma la cabeza desde otro camión:

—*Marquéh*, ¿qué *paza*?

Respondo con guasa:

—Nada que te importe, sigue durmiendo, gandul.

Mis voces han despertado también a Manolo.

—Marqués, ¿qué es todo este jaleo?

Sonrío a Manolo y le digo:

—Nada que te tenga que preocupar. Sigue descansando. En cinco minutos estaremos otra vez en marcha. Al parecer a un tanque fascista le han dado duro varias baterías de «sesenta quince».

No he terminado mi conversación con Manolo cuando un estruendo me hace mirar al cielo. Una formación de nuestros ángeles de la guarda, los «Katiuska», pasa sobre nosotros escoltada por varios de los nuevos aviones franceses Bloch Mb 150. Sin duda su objetivo es atacar las tropas rebeldes que se retiran de Zaragoza.

No han pasado ni tres meses, pero aquella noche en la presa de Camarasa pusimos nuestro granito de arena para empezar a darle la vuelta a la guerra.

Julio de 1938, presa de Camarasa

El momento decisivo estaba próximo. Apenas quedaba luz solar que iluminara el entorno. Estábamos en fase de luna nueva, por lo que únicamente el tenue brillo de las estrellas nos alumbraría en la oscuridad.

Desde el punto escogido para agazaparnos y esperar nuestro momento teníamos visión directa sobre las dos torres vigía. Una en cada extremo de la presa. En la del estribo izquierdo, el soldado que la custodiaba se fumaba tranquilamente un pitillo; en la del estribo derecho, su guardián estaba apoyado en una de las cuatro columnas de la torre.

Las manecillas de mi reloj marcaban las nueve y nueve minutos de la noche, cuando observamos cómo el pequeño lucero que era el cigarro del soldado de la torre izquierda de repente desaparecía y le seguía un golpe sordo. Mesa lo había logrado, con un flechazo estaba fuera de combate.

Acto seguido le dije a Chacón y Molina que cuerpo a tierra comenzaran a avanzar hacia su objetivo. Puig y yo manteníamos la mirada fija en la torre del estribo derecho, el vigía estaba en su sitio, impertérrito. Suponíamos que Mesa estaba preparando su segundo disparo. La espera se hacía interminable; Chacón, y Molina tras él, estaba ya a cubierto a escasos diez metros de la caseta de coronación.

Un golpe sordo inundó todo el cañón donde estaba la presa. El vigía seguía en pie, pero ahora ya no estaba tranquilo, empuñaba su rifle y miraba nervioso en todas direcciones. El ruido sin duda se debía a que Mesa había errado el tiro, y sabe Dios dónde habría ido a parar la flecha.

Apenas veinte segundos después de ese ruido, comprobé cómo, ahora así, el vigía caía desplomado, pero, para nuestra desgracia, este flechazo no había sido mortal. Comenzó a gritar como un gorrino en el matadero, sus berridos espeluznaban, y era cuestión de tiempo que sus compañeros de la caseta salieran a ver qué pasaba.

Observé cómo Molina y Chacón se desplegaban para tener mejor ángulo de visión del acceso a la caseta. La puerta se abrió y de repente salieron cuatro soldados empuñando sus armas; de nada les sirvió, Chacón y Molina los barrieron en un abrir y cerrar de ojos.

Entre tanto, los gritos del vigía herido no cesaban y me estaban helando la sangre, Puig a mi lado temblaba como un niño en una tormenta.

Chacón, tras comprobar que los cuatro desdichados habían abandonado definitivamente este mundo, se incorporó y gritó:

—¡*Marquéh, mición* cumpl…!

No había terminado la frase cuando un disparo procedente de la caseta impactó en Chacón y cayó al suelo. Pero ¿cómo había podido ser tan imprudente de incorporarse sin comprobar si aún quedaba alguien dentro?

Molina cogió una granada de mano y, sin levantar la cabeza del suelo, la tiró dentro de la caseta. A los cinco segundos las cuatro paredes del edificio temblaron, y una combinación de fuego y metralla salió disparada en todas direcciones. Ahora sí podíamos afirmar que no quedaba nadie para defender Camarasa.

Puig y yo nos incorporamos y corrimos para ver cómo se encontraba Chacón. Molina estaba de rodillas junto a él, lo que hizo que nos temiéramos lo peor. Cuando por fin llegamos a su altura, Chacón, tumbado en el suelo, pero con una sonrisa socarrona, me dijo:

—¡*Marquéh*! *Ehto eh* un *rahguño*. *Ma rozao er* brazo *na máh*.

Respiré aliviado. Era cierto, la bala había rozado su brazo derecho y, aparte de rasgar la camisa del uniforme, brotaba un poco de sangre. Nada que un poco de alcohol y una venda no pudiera reparar. Me cogió la mano y me dijo:

—*Ezo zí, Marquéh, zi* no mata al gorrino chillón, iré yo.

Se refería al pobre vigía que aún gritaba, aunque cada vez con menos fuerza, la verdad. Decidido a acabar con su sufrimiento, enfilé mis pasos a la torre. A medida que me acercaba, la voz era más débil. Cuando puse mis manos en la escalera para comenzar a trepar, apenas si lo podía escuchar. Al llegar junto al pobre desgraciado, comprobé que ya había muerto. La flecha de Mesa se le había clavado a la altura del esternón, y, si bien su efecto no fue inmediato como habíamos planeado, sí que fue definitivo.

Bajé de la torre y di órdenes a Molina y Chacón para que metieran los cadáveres dentro de la caseta y que tomaran posiciones defensivas

en ambos extremos de la presa. Cuando el sargento Pérez, Ortega y Chacón regresaran, ocuparían las torres de vigilancia.

Puig y yo, mientras tanto, comenzamos con nuestra parte de la misión. Sabíamos que la presa estaba alejada del acuartelamiento más próximo, pero la explosión de la granada no estaba planeada, y tal vez su eco se podría haber escuchado aguas abajo. No teníamos ni un minuto que perder.

Puig localizó una trampilla que daba acceso a la galería superior de la presa. Con las cizallas que llevaba cortó el candado y ambos comenzamos nuestro camino por la galería. La oscuridad era absoluta, por lo que prendimos el candil de aceite que llevábamos y comenzamos a descender. Lo único que ambos teníamos claro es que había que bajar escaleras hasta localizar la galería del desagüe de fondo. Puig me dijo que creía recordar haber leído en algún sitio que la presa de Camarasa tenía un total de seis galerías. Ambos supusimos que el desagüe de fondo estaría en la segunda galería, empezando desde abajo, y así fue. Tras un descenso casi interminable de diez minutos, llegamos a la galería número dos. Avanzamos por la misma, y a lo lejos divisamos entre la penumbra cómo la galería ampliaba su sección. No había duda, estábamos en el desagüe de fondo.

Al entrar en la cámara, le dije a Puig:

—Y ahora todo tuyo, muchacho, para esto hemos venido.

Puig abrió la mochila que portaba y comenzó a sacar herramientas. El desagüe lo regulaban unas válvulas tipo compuerta. Puig comenzó a actuar sobre los elementos de izado de las mismas, de forma que se quedaran permanentemente ancladas en el fondo.

No le llevó más de veinte minutos dejar todo aquello inservible. Además, tuvo la precaución de desmontar algunos engranajes de pequeño tamaño y llevarlos consigo para no dejar huellas. Me dijo que a simple vista nadie notaría que faltaban, pero que, una vez que repararan todo lo que estaba a la vista, si trataban de izar las compuertas, al menos uno de los cables de sostén se desengancharía, teniendo que empezar prácticamente de nuevo.

Comenzamos a subir nuevamente presa arriba. Más de cien metros de desnivel total, mis piernas comenzaron a flaquear, no estaban preparadas para semejante prueba.

Una vez superada la última escalera, salimos al exterior. Afortunadamente, todo estaba en orden. Cada uno de mis muchachos en su sitio. Al verme, Manolo se acercó y me abrazó:

—Alonso, ¿qué tal por ahí abajo?

Sonriendo, le respondí:

—Misión cumplida, amigo, los desagües están fuera de servicio.

Levanté mi brazo y comencé a girarlo en círculos. Los chicos comprendieron que quería que nos reagrupáramos. Una vez estuvimos

todos juntos, tomé la palabra:

—Muchachos, enhorabuena, con lo que acabamos de hacer, hemos salvado la vida de muchos camaradas, no tengáis ninguna duda. Ahora, recoged y de vuelta al camión.

Chacón preguntó:

—¿Ni una cabezadita *noh vamoh* a *eshar*, *Marquéh*?

Respondí:

—Eso en el camión. Tengo órdenes de estar a primera hora de la mañana en Mora de Ebro para apoyar a las unidades de pontoneros.

Chacón socarronamente dijo:

—Pero *podemoh decih* que *ze noh* ha *complicao* la *coza* y que por *ezo hemoh llegao máh* tarde.

Me enfadaba que Chacón no se diera cuenta de la importancia de nuestro apoyo a los camaradas que cruzaban el río, pero no estaba dispuesto a discutir con él, por lo que le dije:

—Soldado, firme. Recoja su equipo y al camión. ¡Es una orden!

Regresamos al vehículo e iniciamos nuestro camino de vuelta. Tal y como habíamos planeado, al amanecer divisamos Mora de Ebro. Desde nuestro lado del río ya se escuchaban los morteros y ametralladoras. La batalla había comenzado.

***

Hace un rato que han despejado el camino, y seguimos nuestra marcha rumbo a Zaragoza. Sabemos que los fascistas se están retirando, pero, como siempre desde que empezó esta guerra, quedan núcleos de resistencia donde se hacen fuertes y solo ven dos salidas posibles: resistir o la muerte.

Pasamos junto a La Puebla de Alfindén, un pequeño pueblecito muy próximo a la capital aragonesa, cuando nos salen al paso del convoy varios camaradas. Uno de ellos pregunta:

—¿Quién está al mando?

Doy un respingo en mi asiento y me apresuro a bajar del vehículo.

—Yo estoy al mando. Capitán de ingenieros de la 11.ª División Alonso Quiñones.

El soldado me hace el saludo militar y responde:

—A sus órdenes, mi capitán. Se presenta el cabo López. Señor, si me permite, le quisiera pedir que desviase uno de sus Somua y el Char B1. Los fascistas se han fortificado en la iglesia y nos machacan desde la torre. Nuestro mortero ha quedado inutilizado, y no vemos la manera de hacernos con el pueblo.

Le respondo:

—Entiendo su situación, cabo, pero tenemos orden de dirigirnos a Zaragoza para poner en servicio todo lo que han destruido los rebeldes en su retirada.

En ese momento se incorpora Manolo a la conversación:

—Alonso, no seas así, con un par de cañonazos a la torre de la iglesia todo habrá acabado.

Las palabras de Manolo me hacen recapacitar, no tiene sentido que más soldados mueran o caigan heridos si lo podemos solucionar en un momento. Miro a Manolo y digo:

—Teniente Pérez, disponga lo necesario.

Manolo con cierta teatralidad se cuadra y me responde:

—¡A la orden!

De forma apresurada, Manolo se dirige a los dos carros que abren el convoy y les da las instrucciones. En un abrir y cerrar de ojos, el Somua se coloca en la desenfilada que da vista a la iglesia. El B1 Bis dirige su cañón de setenta y cinco milímetros a la torre del templo. Los fascistas se percatan de lo que ocurre y vemos cómo se ponen a cubierto los que sirven la ametralladora del campanario.

Los cañones abren fuego, y media iglesia cae desplomada.

Me dirijo al cabo López:

—Cabo, ahora todo suyo. Nosotros seguimos ruta a Zaragoza.

El cabo se cuadra:

—Muchas gracias, capitán. ¡Salud y República!

El convoy continúa la marcha. No tenemos tiempo que perder. A mi izquierda están los meandros del río Ebro, el agua está limpia y tranquila, igual que aquella mañana en la que lo cruzamos.

Julio de 1938, río Ebro

La visión que nos recibió al aproximarnos al río Ebro nos dejó totalmente paralizados. ¿Cómo habían sido capaces de congregar tal cantidad de material, especialmente tantos tanques, en tan poco tiempo, y sin que nos enterásemos?

Es cierto que muchos decían que por fin los rusos nos apoyarían con todas sus fuerzas, pero allí, además de los T-26 y los BT-5 rusos, había tanques franceses; el tanque ligero Hotchkiss H-35, el tanque medio Somua-S35, el majestuoso tanque pesado Char B1 Bis, con su imponente cañón de setenta y cinco milímetros. Además, abundaban los camiones con material esperando para pasar el río por las pasarelas que estaban construyendo nuestros compañeros de ingenieros.

Rápidamente di órdenes a mis chicos para que se pusieran a ayudar a los camaradas de ingenieros para construir más pasarelas:

—Manolo, llévate a los muchachos y ponlos a disposición del responsable del montaje de las pasarelas.

Manolo respondió:

—¡De acuerdo, Marqués!

Me dirigí al puesto de mando para tratar de localizar al capitán Narváez y darle cuenta de nuestra situación. Al llegar a la entrada, un soldado me dio el alto, por lo que le dije:

—Soldado, déjeme pasar, estoy buscando al capitán Narváez.

El soldado me respondió:

—Teniente, señor, el capitán Narváez salió esta madrugada con las tropas de choque.

Era de esperar, Narváez siempre iba en primera línea de fuego, era tan valiente como testarudo, bravucón y temerario. Le dije al centinela:

—¿Quién está al frente de la operación de paso del río?

El soldado respondió:

—El coronel del cuerpo de ingenieros Patricio Azcárate.

No podía creer lo que escuchaba. Habían ascendido al capitán Azcárate, y se había decidido a venir a primera línea.

—Soldado, déjeme pasar, el capitán… perdón, el coronel Azcárate ha sido mi superior durante mucho tiempo, permítame que entre a saludarle.

El soldado se plantó con su fusil:

—Lo siento, teniente, tengo orden de prohibir el paso a cualquiera que pretenda entrar.

La actitud del soldado me irritó, por lo que elevé la voz:

—¡Soldado! No se lo pienso repetir, vengo de una misión y tengo que dar parte. ¡Abra paso!

De forma sorprendente, el soldado, lejos de achantarse, me gritó:

—¡Atrás! ¡Por su seguridad! ¡Atrás!

Convencido ya de que lo mejor era esperar, me di la media vuelta, cuando de repente escuché la voz de Azcárate:

—¿Qué es todo este alboroto, soldado?

Me giré y grité:

—¡Coronel, soy yo! ¡El teniente Quiñones!

Al escuchar mi nombre, el coronel salió de la tienda:

—¡Teniente! ¡A mis brazos! ¡Qué alegría encontrarle sano y salvo!

Repliqué:

—Lo mismo le digo, coronel, enhorabuena por su ascenso. Me alegra verle por aquí, en primera línea. Nos será muy útil.

El coronel, cogiéndome del brazo, me apartó de la entrada de la tienda.

—Alonso, amigo, ya me contaron lo de tu misión en Camarasa. Por favor, dime que ha tenido éxito. El paso del material y la vida de mucha gente dependen de que el nivel de río se mantenga estable.

Con una amplia sonrisa, respondí:

—Coronel, puede estar totalmente tranquilo. Los desagües de Camarasa no volverán a funcionar durante un tiempo. Tenemos vía libre para cruzar el río sin temor.

La cara del coronel reflejaba gratitud:

—Muchas gracias, Alonso, le propondré para un ascenso. La misión que ha llevado a cabo será clave para el éxito de nuestra campaña.

Agradecí las palabras del coronel y le dije:

—Señor, lo que realmente me sorprende es la gran cantidad de material que hemos sido capaces de concentrar. ¿Y los carros franceses? ¿Qué ha pasado con el pacto de no intervención?

El coronel puso su mano en mi hombro y dijo:

—El nuevo primer ministro francés Daladier ha decidido vendernos tanto armas, tanques, aviones… como munición…

No le dejé terminar:

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión? ¿Los ingleses también nos apoyan?

El coronel me indicó con el movimiento de sus manos que tuviera calma:

—¿Los ingleses? Esos siempre van a la suya. Al parecer, Daladier ha decidido apoyarnos porque no quiere verse rodeado de fascistas y nazis por sus cuatro costados. Sabe que, si gana Franco, podría hacer la pinza con Hitler y Mussolini en un hipotético conflicto europeo.

Me estaban ilusionando las noticias que escuchaba, pero no podía olvidar la inercia derrotista que arrastrábamos desde el principio de la guerra:

—Coronel, ¿cree que todo este material será suficiente como para darle la vuelta a la situación?

El coronel, guiñándome el ojo, dijo:

—Aún tenemos una sorpresa preparada, pero no te lo puedo decir. Si se supiera, podría arruinarse el plan. En un par de días como mucho se hará público.

Me inquietó y me intrigó lo que decía el coronel, pero sabía que, si no me lo decía, era porque tenía órdenes de no contarlo, y no sería yo quien le pusiera en un brete.

El coronel me preguntó por Laura y le conté mi angustiosa situación; también le conté lo de su hermano Luis. Me dio ánimos y me dijo que en un par de semanas estaríamos en Teruel otra vez y podría reencontrarme con ella.

El optimismo del coronel Azcárate era realmente contagioso, pero mucho tendría que cambiar el rumbo de la guerra para que en catorce días nuestras botas pisasen Teruel.

Me despedí y volví al río con mis chicos. Cuando estaba junto a la orilla, un ruido ensordecedor me hizo mirar al cielo. Una imponente formación de aparatos que no había visto nunca se dirigía al oeste. Si

soy sincero, no fui capaz de distinguir ninguna insignia en el fuselaje, por lo que, temiendo que pudieran ser enemigos, me lancé cuerpo a tierra, o más bien cuerpo al barro.

Inmediatamente, las risotadas de los muchachos que me rodeaban me hicieron salir de mi error.

—¡Teniente, son de los nuestros, son franceses!

Lleno de barro hasta los calzoncillos, y un poco abochornado también, por qué no decirlo, me incorporé. Uno de los pontoneros se me acercó:

—Teniente, no se preocupe, a nosotros nos ha pasado esta mañana justo lo mismo, hasta que el coronel Azcárate nos ha dicho que eran de los nuestros.

Otro pontonero se acercó:

—Sí, al parecer el más grande es un bombardero Bloch 210 o algo así, y los más pequeños son cazas, unos son Bloch 150 y otros Morane Saunier 406.

Con un apretón de manos agradecí a los pontoneros la información y me dirigí hacia donde estaban mis muchachos.

Los encontré afanados, moviendo tablones y clavando puntas. Manolo los había organizado y, a pesar de que apenas habíamos descansado, estaban trabajando como el que más.

Me acerqué a Puig, que nunca había trabajado antes con nosotros, y le pregunté:

—Puig, ¿qué tal? ¿Te haces con el trabajo?

El larguirucho catalán apartó la vista del clavo que estaba fijando y me dijo:

—Sí, señor, los camaradas me han dicho qué hacer, y en ello estoy.

Me complacía ver cómo Puig se había integrado definitivamente en el grupo. Nos habían machacado de lo lindo desde hace tiempo, y muchos habían quedado en el camino. Tenía dudas sobre cómo aceptarían a un nuevo compañero.

El puente que estaban montando mis muchachos tenía refuerzos de acero, ya que sobre este tenían que pasar tanques, por eso, a diferencia de los de paso de camiones y personas, que se tardaban en lanzar unas cinco horas, este se estimaba que llevaría en torno a ocho.

A las tres y media de la tarde, con un calor abrasador, Manolo desde la otra orilla del río hizo señales para que empezaran a pasar tanques. Di órdenes de que el primero fuera un Hotchkiss, más ligero, para comprobar cómo se comportaba la estructura; la prueba fue totalmente satisfactoria, tras el Hotchkiss empezaron los demás, pero siempre de uno en uno.

Felicité a los muchachos por su gran trabajo y les di permiso para ir a asearse y descansar.

No había comenzado a caminar cuando desde la otra orilla del río

comprobé cómo una motocicleta a toda velocidad se dirigía hacia nosotros. Me detuve para esperar al motorista que, cuando llegó a mi altura, frenó, me saludó y dijo:

—Buenas tardes, señor. Traigo órdenes del capitán Narváez. Necesitamos una cuadrilla de peones para reparar la carretera de Corbera.

Le pregunté al joven:

—¿Ya han llegado a Corbera? ¿Qué le pasa a la carretera?

Sin bajarse aún de la moto, dijo:

—No, señor, aún no hemos llegado a Corbera. Los fascistas que hemos desalojado de la sierra de la Vall de la Torre han destrozado la carretera de acceso a Corbera en su retirada. Los tanques no pueden pasar, e ir solo con infantería puede ser un suicidio.

Pregunté nuevamente:

—¿No hay un camino alternativo?

Noté cómo el joven empezaba a ponerse nervioso.

—¡No, señor! Al norte hay unas elevaciones con demasiada pendiente para los tanques, y al sur está el cauce del río Seco, que sí, está seco, pero en el fondo hay arenas que harán que los tanques queden embarrancados.

Miré a Manolo, que se había detenido a mi lado, y dijo:

—Marqués, ya descansaremos más tarde. El capitán Narváez nos necesita.

Giró su cabeza hacia los muchachos y gritó:

—¡Coged todo lo necesario para reparar caminos, cargadlo en el Hispano-Suiza! ¡Nos vamos!

En menos de veinte minutos estábamos atravesando con nuestro camión la pasarela que acabábamos de construir, y pusimos rumbo a Corbera, siguiendo al motorista. En un momento dado nos hizo con el brazo la señal de aminorar e indicó que nos orilláramos en la carretera. Habría al menos treinta tanques esperando nuestro auxilio.

Bajé del camión y allí estaba Narváez.

—Teniente Quiñones, qué alegría verle por aquí. ¿Qué tal su misión?

Apreté fuertemente su mano y le dije:

—Todo tal y como lo planeamos. Y ahora dígame, ¿qué hay que hacer por aquí?

El capitán comenzó a indicar un par de puntos de la carretera que habían volado con minas. Nos dijo que bastaba con que la profundidad del hoyo fuera en torno a un metro para que pasaran los tanques.

Le pedí unos cuantos soldados prestados al capitán, y nos pusimos manos a la obra con picos y con palas. En menos de treinta minutos, el primer socavón estaba relleno, y necesitamos solo veinte más para

rellenar el segundo. Se dio la orden y comenzó el avance.

Al entrar en Corbera nos sorprendió la tranquilidad. No había nadie por la calle, y menos aún enemigos. Un anciano nos hizo señales desde una ventana de una casa baja. El capitán Narváez se bajó del camión y se aproximó:

—Dígame, buen hombre, ¿dónde están los fascistas?

El hombre, un tanto asustado, respondió:

—Han recogido a toda prisa. Los que venían de la sierra les han dicho que sois muchos. Les he entendido que se reagruparían en Gandesa.

Me sonó reconfortante la idea de volver a Gandesa tres meses después. Sería un síntoma inequívoco de que ahora avanzábamos nosotros y ellos retrocedían. No obstante, no había que subestimar al enemigo, por lo que le dije al capitán:

—Señor, recuerde las fortificaciones para baterías que construimos en Gandesa. Si los fascistas las han vuelto a poner en servicio, es probable que destrocen varios tanques. Sería una buena idea pedir apoyo aéreo.

El capitán Narváez me dio una palmada en la espalda y me dijo:

—Ya está pedido, teniente. Si no me han engañado, en unos quince minutos desataremos el infierno sobre los rebeldes.

Puntuales como si de la hora del té en Londres se tratase, una enorme formación de bombarderos Katiuska con cazas de escolta descargó su mortífera carga sobre las posiciones defensivas de Gandesa.

Narváez mandó en cabeza cuatro tanques ligeros para evaluar la situación. A los pocos minutos regresó uno de ellos. El jefe del tanque abrió la escotilla y se bajó. Aproximándose al capitán y a mí, dijo:

—No hay defensores en Gandesa, es nuestra.

Los muchachos saltaron de júbilo, habíamos tomado Gandesa sin disparar un solo fusil.

Cuando llegamos al pueblo, o a lo que quedaba de él, la realidad nos abofeteó en la cara. El bombardeo había sido tan intenso que el pueblo estaba totalmente arrasado, apenas algunos cascotes amontonados marcaban lo que antes habían sido casas. Cadáveres mutilados por doquier. Lo que vi me horrorizó tanto que no pude contener las lágrimas.

Di órdenes a mis hombres de empezar a desescombrar para buscar supervivientes. El capitán Narváez canceló mi orden y dijo:

—Teniente, la velocidad es clave. Gandesa ha caído sin lucha, no todas las batallas serán así. En pocas horas llegarán los sanitarios que siguen el avance. Deje que ellos se encarguen. ¡Rumbo a Batea! Debe caer en nuestras manos antes del anochecer.

Ahora la iniciativa era nuestra, pero esperaba que la masacre

indiscriminada de la población civil que acaba de presenciar no se volviera a repetir. Lloré y maldije a los rebeldes cuando me enteré de lo que habían hecho en Guernica, y ahora nosotros habíamos perpetrado exactamente el mismo crimen. Nuestra prensa en Madrid publicó que más del noventa por ciento de los fallecidos eran elementos combatientes, pero yo estuve allí y la realidad fue otra bien distinta.

***

Nuevamente se detiene nuestra columna. Estamos ya en los arrabales de Zaragoza. En no pocas de las tapias que separan las diferentes propiedades se puede ver pintado sobre las mismas la efigie del general Franco con un elocuente «Arriba España».

Desciendo del camión y me dirijo al frente del convoy para ver por qué nos hemos detenido. A lo lejos observo a varios tanquistas asomados al cauce de un río. Cuando llego a su altura, compruebo que el puente sobre el río Gállego, que daba acceso a la capital aragonesa por el noroeste, ha sido demolido. Uno de los tanquistas me dice:

—Capitán, es imposible pasar por aquí, ninguno de los tanques, y mucho menos los camiones, podrán salvar el desnivel, por no hablar del lecho del río.

Observo cómo Manolo me mira desde el camión, y le hago un gesto con las manos; dibujo en el aire un cuadrado. Manolo asoma la cabeza y me grita:

—¡Marqués, no te entiendo! ¿Qué quieres?

Está claro que no era tan evidente mi gesto, le devuelvo el grito a Manolo:

—¡Trae los mapas!

Manolo salta del camión y en un momento llega a mi altura. Desplegamos los planos y analizamos la situación. Al sur no hay ningún paso practicable antes de la desembocadura en el Ebro. Al norte, a unos tres kilómetros, lo único que vemos es el puente de una línea de ferrocarril, y la idea de desandar nuestros pasos para cruzar al otro lado del río no me satisface porque habría que llegar como mínimo hasta Osera del Ebro para encontrar un puente operativo. Me dirijo al conductor del Char B1 Bis y le pregunto:

—¿Crees que el tanque podrá pasar sobre una vía de ferrocarril?

El joven sonríe:

—Capitán, no tenga duda, si el puente está en pie, nuestros tanques pasarán.

Manolo interviene:

—Y los camiones también, Alonso, más de una vez cuando trabajaba en las minas de Linares utilizamos las vías del tren para circular con los camiones, sobre todo cuando había llovido mucho y

los caminos estaban embarrados.

Parece que ya hemos tomado una decisión, por lo que digo:

—De acuerdo entonces. Viraremos al norte, y, si no han volado el puente del ferrocarril, pasaremos por él. En caso contrario, seguiremos el cauce del río hasta encontrar un paso practicable. Manolo, transmite la orden a la columna, que pasen la voz. ¡En marcha!

Además de las presas, los puentes siempre han sido mi gran pasión, y pensaba que estructuralmente no tenían misterios para mí, pero, siendo sincero, desde lo de Alcañiz todo lo que creía saber sobre puentes se desmoronó.

Última semana de julio, primera semana de agosto. 1938, Bajo Aragón

Desde que pasamos el Ebro, nuestra vida se había convertido en una carrera frenética por tomar más y más pueblos, más y más ciudades, por ganar más y más terreno al enemigo.

La toma de Batea fue bastante dura, en esta ocasión los rebeldes vendieron cara su derrota. Sufrimos numerosas bajas. La más dolorosa de todas fue la de Puig.

Mientras nos afanábamos en sacar de la carretera uno de los nuevos Char B1 Bis, cuyas cadenas quedaron inutilizadas por la explosión de una mina, el pobre Carles recibió el impacto directo de un antitanque que lo mató en el acto. El muchacho acudió a la guerra obligado como decenas de miles, e, igualmente como tantos, dejó su vida por una causa que, como poco, le era ajena.

A pesar de los sinsabores y el sufrimiento, la guerra seguía, y la suerte nos sonreía. Los puentes que habíamos construido sobre el Ebro seguían intactos, y la presa de Camarasa totalmente fuera de servicio, gracias sin duda a la ayuda de Puig, tal y como habíamos previsto, por lo que los reemplazos y el material fluían sin problemas hacia primera línea. Además, por primera vez prácticamente desde los ya lejanos primeros compases de la guerra, teníamos una clara superioridad aérea; los cazas franceses eran muy superiores a los italianos, y los Messerschmitt Bf-109 de la Legión Cóndor tenían ahora un rival a su altura. Los Stuka ya no podían bombardear a placer nuestras unidades.

Tras la toma de Batea, nos dirigimos al noroeste hacia Fabara. Cuando el día 31 de julio llegamos al pueblo, pudimos comprobar cómo las vanguardias de la 42.ª División, cuyo objetivo inicial era la toma de Fayón y Mequinenza y servir de maniobra de distracción, estaban en la margen izquierda del río Matarraña, bombardeando a placer el pueblo con sus nuevas baterías gabachas. Le comenté al capitán Narváez:

—Capitán, usted me dijo que la 42.ª se limitaría a una maniobra de distracción. ¿Qué hacen aquí?

El capitán me brindó una sonrisa y me dijo:

—¿Recuerdas lo que hicimos antes de llegar a Gandesa?

Asentí con la cabeza y prosiguió:

—Pues, al parecer, Tagüeña, comandante del XV Cuerpo de Ejército, al igual que yo, quería evitar muertes innecesarias, y pidió apoyo aéreo. Los Katiuskas hicieron el resto.

No quería creer lo que estaba escuchando:

—Pero entonces, mi capitán, ¿me está usted diciendo que Fayón y Mequinenza han sido arrasadas?

Narváez volvió a dibujar otra bobalicona sonrisa:

—No sé si las han arrasado mucho o poco, el informe del cuartel general no lo especificaba, lo que sí indicaba es que nuestras unidades no tuvieron que hacer ni un solo disparo para tomar ambos pueblos.

Estaba empezando a dudar de todo, pero ¿qué manera era esta de hacer la guerra?, ¿ataques indiscriminados a población civil indefensa? Cuando se lo comenté a mis chicos, ninguno se escandalizó, y eso es algo que me horrorizó aún más. Chacón, con su guasa habitual, dijo:

—*Marquéh*, *mejoh* que mueran *elloh* que *nozotroh*, por *mí* que bombardeen cada *puebro ar* que *lleguemoh*.

¿En qué clase de animales nos estábamos convirtiendo? Asesinábamos de la forma más cobarde a nuestros enemigos, sí, pero también a civiles que lo único que hacían era tratar de sobrevivir como podían…

Empero la guerra no daba tregua, y no podía dedicar más de cinco minutos a mis reflexiones sobre la ética y la moralidad.

Narváez se comunicó con los artilleros de la 42.ª, y les dio orden de bombardear unas elevaciones ubicadas al sureste de Fabara, el conocido según los mapas que teníamos en nuestro poder como pico Forcas, desde donde el grueso de la guarnición fascista contenía nuestro ataque al pueblo.

Los pobres rebeldes no habían tenido tiempo de construir refugios o parapetos. Cuando cesó el bombardeo y subieron nuestras primeras unidades de choque, prestas a combatir cuerpo a cuerpo si era necesario, encontraron decenas de cadáveres. Los pocos que habían resistido el infierno que sobre ellos desatamos, con las ropas hechas jirones y no pocas heridas, levantaban sus manos pidiendo clemencia.

Una vez más, habíamos tomado un pueblo sin apenas lucha. Todos los heridos que capturamos fueron derivados al hospital de campaña que se había instalado en Batea.

Al entrar en Fabara, sucedió algo que dudo que pueda olvidar alguna vez en mi vida. A escasos metros de la plaza del pueblo, se nos

acercó a mis muchachos y a mí un grupo de niños de la localidad. Por mi uniforme dedujeron que yo era el oficial de mayor rango:

—Señor, señor, ¡viva la República! ¿Quiere saber dónde están los que apoyan a los nacionales en este pueblo?

Sinceramente, no tenía ningún interés en lo que me decían los chiquillos, pero, temiendo que algunos exaltados de los nuestros pudieran hacer de las suyas, accedí.

Nos llevaron a una casa de cierto tamaño, en la calle Alforjas, si mal no recuerdo. Cuando llegamos, pude comprobar que algunos de los nuestros ya habían tomado esa casa como objetivo y estaban rapiñando lo que podían.

Me presenté a los soldados que guardaban la entrada y en ese instante salió un camarada con una bandera rojigualda y un carnet de la Falange; me miró y dijo:

—Buenas tardes, señor, hemos entrado al azar en esta casa y menuda suerte, son falangistas.

Mientras el soldado hablaba conmigo, otros que también estaban dentro de la casa sacaban a empujones a un hombre de mediana edad, la que suponía que era su mujer, y tres niñas, la mayor de unos once años y la menor no tendría cinco.

Miré al pobre desgraciado y le pregunté:

—¿Ese carnet de Falange es suyo?

El hombre, con gesto firme y decidido, dijo:

—Sí, señor, solo le pido que lo que tengan que hacer, háganmelo a mí. Mi familia no tiene culpa de nada.

Repliqué al hombre:

—¿Acaso cree que somos animales? Esté tranquilo. Su familia podrá permanecer en su casa, usted acompañará a estos soldados para hacer unas comprobaciones, y será arrestado si se considera necesario.

Dicté las órdenes pertinentes a los soldados que lo habían encontrado y di media vuelta con mis hombres para volver a nuestro camión.

No habríamos caminado cincuenta metros cuando escuchamos varias ráfagas de subfusil. Al girar mi cabeza fui consciente de lo que había sucedido. Sin previo aviso habían ametrallado a la pobre familia. Todos estaban muertos. Corrí hacia los soldados y la emprendí a golpes con el que aún empuñaba el subfusil. Con la culata de mi revólver comencé a aporrear su cabeza hasta que cayó desplomado al suelo, luego me dirigí a otro de los presentes y lancé un puñetazo que esquivó. Manolo llegó por detrás y me contuvo:

—¡Alonso, por favor, tranquilo!

Una mezcla de desesperación y amargura salió de mi garganta:

—¡Asesinos! ¡Unas niñas inocentes!

El soldado que esquivó mi golpe se aproximó y dijo:

—Teniente, el fascismo es como una enfermedad hereditaria, se transmite de padres a hijos. En esta familia la enfermedad ya ha sido erradicada.

Noté cómo mis fuerzas me abandonaban fruto de la ira y del cansancio. Un par de horas después me desperté en la parte de atrás del camión. El capitán Narváez vino a decirme que iban a pasar por alto lo de mi agresión al soldado. Estaba en muy mal estado, con varios huesos del cráneo fracturados. Me exigió que pidiese disculpas y que no se volviera a repetir si no quería vérmelas con un tribunal militar. No tuve ánimos para defenderme, el asesinato a sangre fría de esa familia es algo que me perseguiría toda la vida.

A primera hora de la noche, se acercó Narváez para preguntar cómo estaba y ponernos al día a Manolo y a mí del parte de guerra. Según nos dijo, seguro que nos elevaría la moral:

—¡Muchachos! Tengo muy buenas noticias.

Manolo, emocionado, balbuceó:

—Diga, capitán, diga.

Yo aún no me encontraba con ánimo, pero, arqueando mis cejas, hice comprender al capitán que le prestaría toda mi atención. Narváez prosiguió:

—Franco ha muerto.

La noticia me impactó tanto que di un respingo en el camastro donde reposaba:

—¿Cómo dice capitán? Franco, ¿qué Franco?, ¿el general Franco?

El capitán prosiguió:

—Pues claro, qué Franco va a ser.

Manolo acertó decir:

—Pero… ¿hemos sido nosotros?

Narváez nos pidió calma con sus manos y dijo:

—Si me dejan, les contaré todo.

Miré a Manolo y le pedí tranquilidad. Narváez continuó:

—Como iba diciendo, parece ser que Franco el pasado 30 de julio abandonó su cuartel general en Burgos para dirigirse a Cáceres.

Intervine:

—¿A Cáceres? ¿Cómo que a Cáceres? ¿Estaba huyendo el miserable? La batalla está aquí.

Ahora sí, el gesto del capitán denotaba enfado:

—Teniente, si me vuelve a interrumpir, me voy y se acabó la conversación.

Juntando mis manos en forma de súplica, pedí perdón y le indiqué que prosiguiera:

—Según rezan nuestros informes, se dirigía a Cáceres en un Ju-52 y, al parecer, sobrevolando la comarca hurdana, un rayo de una tormenta de verano alcanzó el aparato, que cayó al suelo muy cerca

de Cambroncino. Atendiendo a lo indicado por nuestros informantes, no ha habido supervivientes.

Mi cara seguía denotando incredulidad, pero el capitán prosiguió:

—Esta es una magnífica noticia para nosotros, ¿por qué?, se preguntarán. Fácil, los rebeldes se pelean entre ellos para decidir quién debe ser su líder y eso nos da un tiempo valiosísimo para avanzar…

Manolo interrumpió:

—Sí, capitán, pero ¿por qué iba a Cáceres y no venía a Aragón?

Narváez suspiró profundamente:

—Ahora voy con eso. ¿Recuerdan alguno de ustedes haber oído hablar del Plan P?

Yo negué con la cabeza, pero me sorprendió escuchar a Manolo:

—Yo escuché una vez, cuando aún estaba en el Frente del Sur, que se quería atacar a través de valle de los Pedroches, progresar por Extremadura, llegar a la frontera de Portugal y, de esta forma, partir la zona rebelde en dos. El coronel de mi destacamento le llamaba Plan P. Él decía que era por la P de Pedroches. Lo cierto es que nunca se pudo llevar a cabo por falta de hombres, material y suministros.

El capitán Narváez escuchó complacido lo que comentaba Manolo:

—Está en lo cierto, sargento Pérez. El general Rojo concibió ese plan hace tiempo, pero por distintos avatares de la guerra, principalmente las urgencias en otros frentes, no se pudo llevar a cabo.

Interrumpí:

—Discúlpeme, señor, pero no sé qué ha cambiado. Sí, ahora avanzamos por Aragón, pero hasta donde yo sé, la flor y nata de nuestro ejército está aquí, y el resto, defendiendo Madrid. Dudo que haya reservas de hombres, y mucho menos de material como para lanzar una nueva ofensiva en otro frente.

Narváez dibujó una sonrisa, similar a la de un profesor que le va a explicar a un alumno algo que le dejará patidifuso:

—Teniente, usted es consciente de que la URSS nos ha ayudado desde el inicio de la guerra con asesores militares y material, ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza y agregué:

—Bueno, las Brigadas Internacionales han sido organizadas por la Komintern, al amparo de Rusia también.

El capitán continuó:

—Lleva usted razón. Lo que les quiero comentar es que los esfuerzos del presidente Negrín han surtido efecto. Desde que tomó el poder en el Gobierno de la República, se ha volcado en conseguir que las potencias occidentales nos presten su apoyo. Con Gran Bretaña no ha tenido éxito, pero con Francia ya saben que sí nos están

suministrando material. Rusia además ha enviado un cuerpo expedicionario de treinta mil soldados profesionales del Ejército Rojo, con más de quinientos tanques, más de mil piezas artilleras y más de mil aviones entre cazas, bombarderos y de transporte.

No podía creer lo que estaba escuchando:

—Pero, capitán, ¿cómo puede ser? ¿Dónde han desembarcado? ¿Qué ha motivado a los soviéticos a dar este paso?…

El capitán sonrió:

—Tranquilo, teniente, las preguntas de una en una. Los rusos, al igual que los franceses, temían que, si Franco ganaba la guerra, el acceso al Mediterráneo quede indirectamente bajo el dominio de Hitler. Como los pactos de no intervención solo los han respetado las potencias occidentales; ya saben lo de la Legión Cóndor alemana, y lo del *Corpo di Truppe Volontarie* de Mussolini, la Unión Soviética ha decidido implicarse de lleno. Los soldados soviéticos han ido desembarcando en el puerto de Almería en barcos mercantes; al parecer, todos pudieron esquivar el bloqueo naval salvo un par que se fueron a pique en el mar de Alborán al ser torpedeados por submarinos alemanes.

Agité nerviosamente mi pelo con la mano. A esta noticia se refería sin duda el coronel Azcárate el día que pasamos el Ebro. ¿Cómo se había podido mantener en secreto tan decisivo movimiento? Pregunté:

—Señor, ¿bajo el mando de quién están los soviéticos?

Noté que Narváez se incomodó un poco con la pregunta:

—Realmente solo responden ante el presidente Negrín, pero tranquilos, han mandado al mejor general de su ejército, Voroshílov, y las noticias que hemos recibido en el último parte sobre sus progresos no pueden ser mejores. Apoyado por parte del Ejército del Sur, principalmente unidades de Córdoba y Jaén…

Manolo, exaltado, interrumpió:

—¡Mis compañeros!

El capitán continuó:

—Como decía, el día 27 de julio atacaron el eje Peñarroya-Fuente Obejuna-Azuaga al sur, Cabeza del Buey-Castuera en el centro y Villanueva de la Serena-Don Benito en el norte. En menos de veinticuatro horas, todos los objetivos estaban alcanzados. La aviación está siendo muy eficaz, apenas hay aviones que defiendan los cielos pacenses porque Franco los envió todos a Aragón para combatirnos. Según he leído en el informe, el general ruso, ante la ausencia de Stuka, está lanzando a los tanques sin apoyo de la infantería, que es la que se encarga de «limpiar» los pueblos tomados. Las últimas noticias indican que a día de hoy (3 de agosto de 1938), las tropas del sector sur están ya en Zafra, las del centro han superado Almendralejo, y las del norte están cercando Mérida.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, nuestras tropas podrían retomar mi tierra. Además, el golpe logístico que significaría privar a los ejércitos rebeldes del norte de los suministros, principalmente alimentos procedentes de Andalucía y Extremadura, podría tener efectos devastadores.

Manolo, como cayéndose de un guindo, dijo:

—Ahora entiendo lo de Franco, se desplazaba a Cáceres para tratar de taponar el desastre que le están haciendo los rusos.

El capitán Narváez sonrió y asintió:

—Exacto. Creía que nuestro avance por Aragón es mucho más fácil de contener, pero lo de Extremadura lo veía complicado; ahora nosotros tenemos tropas mejor equipadas y entrenadas que los rebeldes en este sector. Sin Franco al mando, tenemos una oportunidad única para asestar un golpe definitivo a los rebeldes.

Por primera vez en mucho tiempo, fui capaz de dormir toda la noche a pierna suelta. ¡¿Cómo había podido cambiar todo tanto en tan poco tiempo?! La suerte, que nos había sido esquiva desde el inicio de la contienda, ahora se aliaba con nosotros, teníamos dos frentes abiertos, y en los dos nos sonreía la fortuna.

Empezaba a imaginarme cómo sería el reencuentro con Laura, porque ni por un momento me podía permitir pensar que le hubiera pasado algo malo. Quería volver a sentir el abrazo de mi madre, que, aunque severa, siempre me quiso. Quería notar el fuerte apretón de manos de mi padre, y tenía la esperanza de que, aunque teníamos ideas distintas, pudiera sentirse orgulloso de lo que estaba haciendo por mi país. Ansiaba poder abrazar a mi hermano, que siempre fue un ejemplo para mí. Notaba un pálpito que me indicaba que el reencuentro con mi hermana Victoria estaba próximo, tenía muchas ganas de volver a ver esa mirada limpia y pura, transparente como el agua del Gibranzos.

El día 4 de agosto amaneció con un sol radiante que lo inundaba todo. No tenía claro hacia dónde nos dirigiríamos, pero esa duda quedó muy pronto despejada. El capitán Narváez salió a nuestro encuentro y nos dijo que los chicos de la 42.ª División seguirían avanzando en dirección a Caspe. Nosotros debíamos virar al suroeste, hacia Alcañiz. La punta de lanza de nuestra división se había topado con una fuerte resistencia en este pueblo turolense, y necesitaban toda la potencia de fuego que les pudiésemos suministrar.

En menos de una hora, estábamos en marcha, los tanques medios Somua abrían el convoy, los camiones remolcaban las piezas de artillería y las tropas nos subíamos sobre los tanques y los camiones, en cualquier hueco que hubiera disponible.

La ruta fue tortuosa, no solo por las carreteras zigzagueantes, y en un pésimo estado de conservación, sino también por el calor abrasador

que nos castigaba. Hicimos coincidir las paradas con zonas próximas al río Guadalope para que todo aquel que quisiera pudiera darse un baño y refrescarse.

Al anochecer, divisamos Alcañiz y varias de las unidades que cercaban la ciudad. El capitán Narváez me pidió que le acompañara para entrevistarse con su homólogo, el capitán De la Era. Yo lo conocía porque habíamos coincidido en varias fases de la batalla de Madrid. Era un oficial resuelto y valiente. Me congratuló verlo sano y salvo a estas alturas de la guerra.

Tras los saludos de rigor, De la Era comenzó a relatar:

—Capitán, teniente, sus tanques y su artillería nos vienen de perlas. Los rebeldes se han atrincherado en varios puntos de la ciudad. El que más nos preocupa es el castillo. Nos están atizando de lo lindo con fuego de mortero. No veo posibilidad de bombardear esa posición con artillería si no es desde el interior de la ciudad. Respecto a la aviación…, he pedido apoyo aéreo en varias ocasiones, pero nos dicen que están en otros frentes, la Legión Cóndor les está poniendo las cosas complicadas, y necesitan al menos dos días para acudir en nuestro auxilio. No puedo permitir retrasar el avance tanto tiempo, mis órdenes son progresar hasta Teruel.

Narváez preguntó:

—¿Y por qué no entran? Tienen varios tanques que les pueden proteger del fuego de fusilería y ametralladora, una vez dentro, será pan comido.

De la Era respondió:

—No te creas, Narváez, estas ratas fascistas saben atacar muy bien nuestros tanques, lanzan varias granadas a las cadenas y los dejan inmovilizados; pero sí, llevas razón, ese no es el mayor de mis problemas, ordenaría que las ametralladoras de los tanques abrieran fuego a discreción para evitar que cualquiera se acerque. Tengo un escollo mayor, y ahí es donde entra usted, teniente.

De la Era volvió su mirada hacia mí y dijo:

—La guerra no le habrá hecho olvidar sus cocimientos ingenieriles, ¿verdad?

Sonreí:

—Capitán De la Era, diría que más bien los ha reforzado.

Todos nos reímos al unísono, pero De la Era rápidamente volvió a tomar la palabra.

—Teniente Quiñones, necesito su ayuda porque solo hay un puente que dé acceso al casco urbano de Alcañiz. El problema es que los fascistas, cuando se replegaron hacia el interior de la ciudad, intentaron volar con dinamita sus pilas; digo intentaron porque el puente sigue en pie, pero las pilas han sufrido muchos daños y no sé si serán capaces de soportar el paso de los tanques, ni siquiera de

camiones de transporte de tropas.

Me rasqué la cabeza con la mano izquierda, este tipo de retos me gustaban:

—Necesito ver cómo han quedado los apoyos para hacer una evaluación *in situ*.

De la Era contestó:

—Es arriesgado porque los fascistas baten todo el cauce, pero puedo apostar a varios hombres en la mota del río para que respondan a cualquiera que le dispare. Sé que lo que le pido es peligroso, y no puedo obligarle. Está en sus manos.

Miré al capitán Narváez, que me dijo:

—Teniente, es su decisión.

Durante varios segundos medité sobre qué hacer, pero la posibilidad de retrasar el avance sobre Teruel, el lugar donde probablemente estuviera Laura, era algo que no podía permitir. Clavando la mirada en De la Era, le dije:

—Señor, lo haré, cuente conmigo.

El capitán De la Era no ocultó su alegría y respondió:

—Le propongo que descanse, en torno a las dos de la madrugada varios de mis hombres le aproximarán a un sendero que lleva al lecho del río. Ellos le protegerán desde la mota. Avance hasta que encuentre el puente.

Regresé con mis compañeros y todos aplaudieron mi valentía. Traté de descansar un par de horas hasta que por fin De la Era vino a por mí y dijo:

—Es la hora, teniente.

Me despedí de Manolo, que me deseó suerte dándome un fuerte abrazo. A través del camino de San Antonio nos dirigimos hacia el cauce. A unos quinientos metros del puente, comenzamos a caminar en cuclillas, mezclándonos con la vegetación de la ribera del río.

Una vez en la mota, el sargento al mando de la sección que me acompañó dio la orden de despliegue a sus hombres y me indicó la ruta hacia la base del puente, aunque, a decir verdad, esa majestuosa obra de arte de del siglo XIV era bien visible.

Si bien no era capaz de ver al enemigo, sabía que estaba ahí acechándome. A menos de doscientos metros de la estructura decidí echarme cuerpo a tierra, temiendo que algún soldado enemigo pudiera estar patrullando las inmediaciones. Evidentemente, me empapé todo el cuerpo, aunque lo agradecí, ya que, a pesar de estar en plena madrugada, el calor aún era notable.

Estando próximo a mi objetivo, una rama que no detecté crujió bajo mi rodilla derecha. En el silencio de la noche, sonó como una detonación. Temiendo lo peor, aplasté mi cuerpo contra el fango, y en menos de cinco segundos empezó la lluvia de balas. Por fortuna, mis

camaradas respondieron; la refriega duró unos cinco minutos y todo volvió a la calma. La ausencia de gritos me hizo comprender que nadie resultó herido.

No sin miedo, decidí avanzar de nuevo hasta llegar a la base del puente. Afortunadamente, las pilas no estaban vigiladas, por lo que lo pude reconocer con relativa tranquilidad. Los pilares de la margen izquierda estaban intactos. El que peor aspecto tenía era el apoyo derecho del vano central. Al menos la mitad de la sección había desaparecido fruto de la explosión. Fue en ese momento cuando recordé lo que don Arturo Ferrándiz, profesor de Puentes, nos explicó en la Escuela de Caminos: «*En la Edad Media, ante la falta de conocimientos técnicos, los puentes se construían en base a la experiencia, si uno fallaba y se venía abajo, no se volvía a copiar ese modelo. Se tomaban como ejemplo estructuras que no habían dado problemas. Por eso todas las estructuras, desde la época romana hasta las que han llegado a nuestros días, en general están sobredimensionadas*».

Hice un acto de fe con estas palabras de mi querido profesor, y confié que este puente, al igual que otros muchos de la época, estuviera sobredimensionado y, aun con el daño sufrido, fuera capaz de cumplir su función.

Una vez reconocido el puente, retrocedí a mi punto de partida. Los muchachos que me sirvieron de apoyo se reagruparon, y volvimos al campamento donde me esperaba De la Era.

—Teniente, ¿cómo está, podremos pasar?

Asentí con la cabeza y le dije:

—Capitán, no creo que haya problemas, la única recomendación es que pasen los vehículos de uno en uno. Eso sí, si los rebeldes lo vuelven a atacar…

A De la Era le encantó lo que escuchaba:

—¿Pero tanques también?, ¿pueden pasar tanques? ¿Incluso los B1 Bis?

Mi gesto fue nuevamente afirmativo. El capitán me abrazó, y dijo que iba a preparar de inmediato el orden de batalla de la mañana siguiente. Yo, por mi parte, traté de descansar otro poco hasta que el sol despuntara por el horizonte.

Al alba, Manolo me despertó y dijo:

—Marqués, hoy es 5 de agosto.

Yo le respondí:

—Sí, ya lo sé, ¿y qué?

Él, con gesto melancólico, dijo:

—Ya sé que no soy creyente, pero el 5 de agosto iba todos los años con mi familia a visitar a la patrona de Linares, mi Virgen de Linarejos, era una tradición que de pequeño adoraba, de muchacho odiaba, y que ahora mataría por poder retomar. Es curioso lo mucho

que echa uno de menos las cosas que antes echaba de más.

Pasando la mano por la espalda de Manolo le dije que estuviera tranquilo, que el año que viene podría estar allí de nuevo.

Entre tanto, el campamento estaba poniéndose en marcha otra vez, De la Era había organizado ya sus efectivos. Una columna de cuatro tanques medios Somua, seguida de cuatro camiones de tropas, y un tanque pesado Char B1 Bis, en el que él iría montado, serían los encargados de tomar Alcañiz. Cuando esta punta de lanza hubiese penetrado lo suficiente en el pueblo, varias secciones de fusileros y granaderos atravesarían el puente para dar apoyo.

El capitán Narváez dijo que nosotros estaríamos desplegados como reserva, pero que no era previsible que entráramos en combate.

A las siete en punto de la mañana, el primer Somua, bajo una lluvia de fuego de fusilería, comenzó a atravesar el puente y tomó la posición que tenía asignada, comenzando a disparar su cañón hacia los puntos fuertes rebeldes. En breve se le sumaron los otros tres y los camiones con tropas. Tal y como había previsto, el puente aguantó sin problemas, sin embargo, cuando las veintiocho toneladas del Char B1 Bis de De la Era rodaron sobre la estructura, presentí que algo no iba bien. Un ruido sordo me indicó que la pila afectada no iba a aguantar. Comencé a correr haciendo señales a los que dirigían el paso del Guadalope, pero fue inútil, la pila se quebró y el tanque se desplomó al fondo del río.

Varios soldados se apresuraron a socorrer a los ocupantes del tanque, pero no se pudo hacer nada, todos habían muerto.

Narváez tomó el mando de las operaciones, y ordenó que las tropas vadearan el río cargadas con su equipo para apoyar a los soldados que se batían en las calles de Alcañiz.

Tras dos días de sangrienta lucha, más de sesenta bajas y la pérdida de tres tanques, contando el del capitán De la Era, el pueblo cayó en nuestro poder.

Aunque todo el mundo me decía que, si no hubiera sido por la decisión que tomé de cruzar el puente con tanques, jamás hubiéramos conquistado la ciudad, me sentía totalmente culpable de la muerte de De la Era. Había fallado como soldado y como ingeniero.

***

Ya hemos cruzado el río Gállego. Afortunadamente el puente sobre el ferrocarril estaba intacto, imagino que los fascistas en su huida olvidaron volarlo. Tras tomar dirección sur, ya estamos entrando en la avenida de Cataluña.

La lucha ha debido ser dura, impactos de balas, de morteros, y grandes socavones producidos por los ataques aéreos en las vías principales, por no hablar de una gran cantidad de edificios

devastados que demuestran el infierno que se ha debido vivir aquí. Vamos a tener trabajo sin duda para restablecer los servicios básicos, agua potable, saneamiento y electricidad.

Mis superiores me indicaron por radio que, para las labores de reparación, tendría vía libre para reclutar a voluntarios entre la población civil, y dispondría de todos los prisioneros tomados entre los rebeldes.

En su avance, la columna mantiene su formación con los tanques al frente. Varios de los soldados han decidido bajarse de su camión y subirse al chasis de los tanques para poder «disfrutar» de las vistas. Sorprende el silencio. Nadie nos recibe. Imagino que el miedo por la batalla que acaba de suceder mantiene a la población civil escondida en sus casas, o en lo que queda de ellas.

Molina es uno de los que ha decido subirse a un Somua. Mi camión va justo detrás de su blindado. Me hace gestos con las manos y asomo la cabeza por la ventanilla, entre el ruido estridente de los motores acierto a escuchar lo que pregunta:

—Marqués, ¿cómo se llama el convento donde está tu hermana?

Elevando notablemente la voz, respondo:

—Es el convento de Santa Catalina de las hermanas Clarisas, está cerca de la catedral.

Molina sonríe:

—Tendrás ganas de verla, después de más de cuatro años.

De pronto se escucha entre las ruinas de un edificio:

—¡¡Arriba España, hijos de puta!!

Un soldado rebelde con un subfusil comienza a abrir fuego contra nuestro convoy. Yo agacho la cabeza. Escucho el impacto de algunas balas en el chasis de mi camión.

Tras unos segundos que me parecen interminables, el Somua que nos precede lanza su devastador proyectil contra las ruinas destrozando a nuestro atacante.

Acto seguido se empiezan a escuchar voces llamando a un médico. Me bajo del camión y justo enfrente encuentro a Molina, agonizando. Una bala le ha impactado en el cuello. Fija su mirada en mí, con los ojos vidriosos y escupiendo sangre por la boca, no es capaz de articular palabra. Sé que no se puede hacer nada por él.

Me agacho para tratar de consolarle en sus últimos instantes de vida, pero ya es tarde, ha muerto. Le susurro al oído:

—Amigo mío, descansa en paz. Has sido valiente entre los valientes.

Manolo se acerca y al ver que Molina es uno de los caídos comienza a gritar. Los demás compañeros, Chacón y Mesa, lloran la pérdida de nuestro camarada. La imprudencia de ir a lomos de los tanques nos ha costado tres muertos y cuatro heridos.

Doy órdenes de que nadie vuelva a subir al tanque hasta que

hayamos limpiado la ciudad de fascistas.

Otro amigo al que despido. La garganta se me seca, las lágrimas empañan mi visión. Solo la ilusión de saber que en breve abrazaré a Victoria me sigue dando fuerzas para continuar.

Una ilusión muy similar a la que ya sentí en septiembre en Teruel.

Primera semana de septiembre, 1938, alrededores de Teruel

Después de Alcañiz, la guerra pasó a ser una carrera sin descanso. Nosotros no parábamos de avanzar, y el enemigo no paraba de retroceder. El grueso de nuestra 11.ª División remontó el valle del río Guadalope, tomando sin parar un pueblo tras otro, Calanda, Más de las Matas, Castellote, Aliaga…, hasta que, por fin, la última semana de agosto pusimos nuestros pies en Perales del Alfambra.

En general, el avance fue rápido y sencillo a lo largo del valle; si encontrábamos alguna resistencia, la aviación la ablandaba. El grueso de las tropas rebeldes que pudieran hacernos frente se replegaba a posiciones más seguras antes de plantar batalla.

En Perales del Alfambra hicimos el descanso más largo de lo que llevábamos de campaña. Durante dos días, el Estado Mayor diseñó el plan mediante el cual nos dejaríamos caer a través del valle del Alfambra para reconquistar Teruel.

Esta ciudad sería la primera capital de provincia que caería en nuestro poder si se cumplía lo planeado, y lo cierto es que tenía mucho de simbólico. Hasta la fecha, era la única capital que habíamos podido arrebatar de las garras del enemigo desde que se inició la guerra, aunque la volvimos a perder en febrero.

Para mí tenía un significado especial, por lo que vivimos mis camaradas y yo durante el invierno anterior y por la posibilidad, que sentía como real, de poder reencontrarme con Laura.

La mañana del lunes 29 de agosto, el capitán Narváez reunió a toda la unidad para comunicarnos las órdenes de batalla:

—Soldados, en menos de una hora, varias escuadrillas de Katiuska ablandarán las posiciones que tenemos frente a nosotros. Según el SIM, solo debemos esperar resistencia considerable en los alrededores del castillo de Alfambra. Nos indican que varias secciones rebeldes se han refugiado en las elevaciones próximas a la localidad. Por suerte para nosotros carecen de artillería, y si cuentan con morteros, serán pocos. Por eso tenemos orden de establecer un bloqueo en torno a dicha posición para aislarla y seguir avanzando. Si no hay novedad, nos reagruparemos en torno a Villalba Baja antes de lanzar la ofensiva final sobre Teruel.

Manolo levantó la mano:

—Capitán, ¿tendremos apoyo de otra división, o es solo cosa nuestra?

Narváez sonrió:

—Sargento Pérez, se ha adelantado a lo que iba a decir. No estaba previsto que tuviéramos apoyo por tierra, pero nuestros camaradas de la 45.ª División se van a sumar a la lucha y atacarán Teruel desde el sur.

Pedí la palabra:

—¿La 45.ª, señor? ¿Pero no estaba bloqueada en Tortosa por una división fascista?

Narváez prosiguió:

—Así era, Quiñones, pero, no me pregunte por qué, los sublevados han replegado esa división hacia Teruel. Parece ser que, para el Alto Mando rebelde, retener Teruel es también de vital importancia. Por eso, los muchachos de la 45.ª llevan dos semanas abriéndose paso, no sin dificultades, a través del Maestrazgo para apoyar nuestra ofensiva. El último informe que he recibido indica que se encuentran ya en Mora de Rubielos. ¿Alguna pregunta más?

Ante el silencio general de la tropa, el capitán Narváez gritó:

—¡Rompan filas! Recojan su petate, en una hora estamos en marcha.

Efectivamente, tal y como había indicado el capitán, una guarnición rebelde nos esperaba en las ruinas del castillo de Alfambra. Por la cadencia con que caían los proyectiles, pudimos concluir que solo tenían un mortero, lo que nos facilitó sin duda el superar la posición para continuar río abajo. Narváez ordenó que un par de baterías francesas de setenta y cinco milímetros, las «sesenta quince», se apostaran en una elevación ubicada al norte del Alfambra, conocida como los Tollos. Desde ahí, periódicamente bombardearían las posiciones rebeldes para evitar que tuvieran la tentación de bajar al valle y cortar nuestras líneas de suministros.

Donde tuvimos una sorpresa desagradable que no nos esperábamos en absoluto fue en Peralejos. Guardias civiles apoyados por elementos militarizados de la Falange se fortificaron en varias casas. El cielo estaba tormentoso, y nuestros aviones no pudieron atacar las posiciones en tierra. Las órdenes eran avanzar contra viento y marea, pero en esta ocasión no podíamos esperar el apoyo aéreo. Narváez ordenó asaltar el pueblo y nos costó casi un día tomarlo. Tuvimos nueve muertos y veinte heridos. Una vez más, el apoyo de nuestros tanques fue decisivo.

La mañana del día 2 de septiembre ya estábamos en Villalba Baja. Conocía muy bien el pueblo, no en vano, los muchachos y yo estuvimos allí antes de nuestra anterior ofensiva sobre Teruel, meses

atrás.

Pedí ayuda a Manolo, Chacón, Ortega, Molina y Mesa para preguntar por el pueblo sobre el hospital donde trabajaba Laura, tal vez algún vecino pudiera aportar información de interés.

No tardamos mucho en encontrar a un par de muchachas del pueblo, de unos veinte años, que amablemente se ofrecieron a ayudar.

—¿El Hospital Republicano? Claro que lo recordamos, estaba instalado en la confluencia entre la calle Pilar y la carretera de Teruel.

Un escalofrío recorrió mi espinazo:

—Entonces, ¿saben qué les pasó a los que allí trabajaban?

La más bajita de las dos chicas respondió:

—Bueno, realmente cuando llegaron los fascistas solo quedaba una enfermera y unos veinte heridos, el resto del personal médico pudo evacuar el hospital a tiempo.

Sin duda tenía que ser Laura la enfermera a la que se referían:

—¿Saben cómo se llamaba esa enfermera?

En este caso fue la otra joven la que respondió:

—Lo siento, no sabemos su nombre, pero era muy resuelta y decidida…

Su compañera interrumpió:

—Además de muy guapa. Por el acento diría que no era de por aquí, yo creo que de Madrid, Toledo o algún sitio de esos.

No pude contenerme, y grité:

—¡Es Laura! ¡Están hablando de Laura!

Las jóvenes se extrañaron y Manolo intervino:

—Discúlpenlo, señoritas, se trata de su prometida, hace casi un año que no la ve…

Nuevamente exclamé:

—¡¿Y saben dónde está?!

Las dos muchachas al unísono se encogieron de hombros:

—Lo siento, señor, lo único que sabemos de aquel día es que, cuando llegaron los rebeldes y entraron al hospital, sacaron fuera a los heridos más graves y los ametrallaron junto al río. Si quieren, les puedo decir dónde están enterrados, porque obligaron a mi padre y a unos cuantos más del pueblo a excavar una fosa.

La otra joven continuó:

—Al resto de heridos y a la enfermera los montaron en camiones y pusieron rumbo a Teruel, pero no les sé decir si finalmente se quedaron allí o siguieron otra ruta. Lo que sí puedo asegurar es que la chica lloraba desconsoladamente cuando la subieron al camión.

Apreté la mano contra mi revólver y entre dientes musité:

—Malnacidos, si le hicieron algo a Laura, lo pagarán con su vida.

Agradecimos a las jóvenes su ayuda.

Entre tanto, Chacón dijo:

—*Marquéh*, tranquilo, ya *zabe* que *zu* novia *ehtá* bien. ¿Para qué iban *loh fahcihtah* a hacerle *argo* a la *mushasha zi* la pueden *poneh* a *trabajah* de enfermera? Tranquilo, que *zeguro* que *ehtá* en *Terueh*.

Sentí el apoyo del resto de mis camaradas y eso me reconfortó. En cualquier caso, tenía que volver a centrarme en nuestro objetivo, tomar Teruel. Debíamos esperar a las nuevas órdenes para iniciar otra batalla que se presumía inminente.

Aún no se había puesto el sol cuando el capitán Narváez reunió a todos los oficiales de su compañía para informar de las novedades:

—Camaradas, mañana es el día en el que comienza la reconquista de Teruel. Al alba caeremos sobre el enemigo. Los muchachos de la 45.ª han tomado posiciones entre Castralvo y Villaspesa al sureste. Nosotros atacaremos desde el norte siguiendo el curso del Alfambra. En esta ocasión, el general Rojo ha decidido que no haya ataques de distracción. Iniciaremos la acción desde los dos frentes a la vez y les acometeremos con todas nuestras fuerzas, deben sentirse sobrepasados. Rojo quiere que se den cuenta desde el principio que no tiene ningún sentido resistir, que tarde o temprano rendiremos la ciudad.

Manolo levantó la mano y el capitán le dijo:

—Sí, sargento Pérez, le escucho…

Mi amigo se levantó:

—Capitán, si está previsto atacar al amanecer, ¿cuándo bombardearán las posiciones enemigas nuestros aviones?

Narváez se acarició el mentón:

—Esto se lo iba a decir más tarde, pero, puesto que ha salido el tema… La prensa fascista se ha encargado de difundir nuestros ataques aéreos a pueblos, haciendo hincapié en las víctimas civiles, pero sin mencionar que sus soldados utilizaban a estos civiles como escudos humanos al refugiarse dentro de sus casas…

Interrumpí al capitán:

—Señor, realmente en Gandesa los fascistas estaban a cubierto fuera del casco urbano y nosotros atacamos…

Con evidente enfado, el capitán me interrumpió:

—¡Silencio, teniente! ¿Usted también va a dar pábulo a las patrañas fascistas?

Respondí:

—Señor, yo solo hablo de lo que vi, y, además…

Ahora la voz del capitán sonó tajante:

—¡¡Silencio!! Si me deja continuar… Lo que quería decir es que la prensa rebelde ha difundido esas mentiras, y no sabemos cómo les han llegado fotografías de varios de los pueblos que hemos atacado, traidores en la retaguardia, sin duda. El caso es que nuestros aliados franceses han amenazado con cerrar la frontera, y, por consiguiente,

paralizar el envío de armamento y suministros si seguimos realizando ataques aéreos sobre civiles. Han enviado a varios periodistas y un agregado militar de la Embajada para acompañar nuestro avance mañana. Es por esto que desde el cuartel general se ha ordenado que ni un solo avión bombardee Teruel. Rojo quiere que los franceses comprueben que somos capaces de tomar la ciudad sin apoyo aéreo.

Manolo, con evidente tono irónico, dijo:

—Claro, como ellos no se juegan el pellejo…; podían pedirnos que atacáramos con tirachinas, no te fastidia.

Sonó una risotada general, y Narváez prosiguió:

—Según el SIM, nos vamos a encontrar una resistencia feroz, todas las tropas enemigas que se han retirado ante nuestro avance y ante el avance de la 45.ª se han reagrupado en Teruel. Han fortificado la ciudad, por lo que ablandar al enemigo con artillería es imprescindible. El problema principal es que desconocemos la ubicación de sus cañones, los reconocimientos aéreos no han tenido éxito, y la patrulla que mandé esta mañana a primera hora aún no ha regresado, por lo que debemos asumir que han caído prisioneros, o, peor aún, que han muerto.

Pregunté al capitán:

—Por tanto, señor, ¿lanzaremos mañana a nuestros hombres sin ningún ablandamiento previo?

Narváez respondió:

—Hasta que no tengamos los objetivos fijados, ni un solo proyectil podrá salir de nuestros cañones. Por eso, teniente, su misión junto con la de sus hombres será vital. El conocimiento que adquirieron de la ciudad y el entorno durante el invierno pasado es clave para conseguir nuestros objetivos.

Miré con extrañeza al capitán. ¿Qué nos habría preparado a mí y a mis chicos? Rápidamente Narváez resolvió mis dudas:

—Acompañarán a la primera línea en su avance, aunque a cierta distancia. Su misión será informar de la posición de cualquier batería artillera que ataque a nuestros muchachos. Para ello, se les suministrarán dos equipos de radio portátil. Hemos emplazado cañones en las crestas del valle del Alfambra, y, en cuanto les manden ustedes las coordenadas, desencadenarán el infierno sobre los rebeldes.

Manolo me miró y yo le devolví la mirada. Con tono jocoso, dijo:

—Marqués, mañana es tan buen día como cualquier otro para morir, ¿no crees?

Las palabras de Manolo descomprimieron un poco el tenso ambiente, pero nuevamente Narváez tomó la palabra:

—Antes de desearles suerte para mañana, quiero informarles sobre la situación en otros frentes.

Uno de los presentes gritó:

—¡Capitán, no queremos malas noticias, no después de saber a lo que nos enfrentaremos mañana!

Narváez sonrió:

—Tranquilo, son muy buenas noticias. Las divisiones 42.ª y 35.ª han profundizado su brecha y han tomado Quinto y actualmente sitian Codo y los restos de Belchite. Nuestras vanguardias divisan ya Zaragoza.

Los muchachos no pudieron ocultar su alegría al escuchar la noticia, pero Narváez pidió calma:

—En Extremadura no van peor las cosas. Ayer me confirmaron que la punta de lanza de las tropas soviéticas ha tomado Olivenza y han contactado con la frontera portuguesa, por lo que oficialmente hemos dividido la zona rebelde.

Pregunté:

—¿Y Badajoz… ha caído?

Narváez respondió:

—Está bajo asedio y se espera que caiga en breve.

No pude ocultar mi alegría:

—Entonces, ¿seguirán los nuestros el avance hacia el norte, hacia Cáceres?

Narváez negó con la cabeza:

—Me temo que no. El objetivo principal de esa ofensiva era dividir la zona rebelde en dos y ya se ha conseguido. Ahora se consolidará lo conquistado y se redistribuirán los efectivos hacia otros frentes.

No parecía lógico lo que escuchaba. Desde Extremadura se podría lanzar una ofensiva que librara a Madrid del cerco al que estaba sometida, pero entendí que ni el capitán ni yo podíamos hacer nada, aparte de cumplir las órdenes que recibíamos.

Narváez se despidió:

—Ya conocen su misión y objetivos, también saben que no hay lugar en mi compañía para los cobardes. Suerte, camaradas, la República confía en vosotros.

La noche pasó relativamente tranquila, teniendo en cuenta a lo que nos íbamos a enfrentar al día siguiente. Chacón bromeaba diciendo que esto no era nada comparado con lo que ya habíamos pasado.

En cierta forma tenía razón, aunque yo sabía que lo que nos esperaba tenía poco que ver con la guerra que habíamos conocido hasta ese momento. Un enemigo dolido y enrabietado, con tiempo más que suficiente para fortificar la ciudad, y que había sacrificado mucho terreno conquistado a base de sangre, para hacerse fuerte en Teruel.

El 3 de septiembre amaneció para nosotros a las cinco de la madrugada. El cielo estaba despejado, tan solo el tintineo de las

estrellas perturbaba la calma que lo rodeaba. Los muchachos charlaban mientras desayunaban y recogían su equipo.

Había decido dividirnos en dos grupos para optimizar las dos radios que nos habían facilitado. Manolo, Chacón y Molina avanzarían tras las tropas de la margen derecha del Alfambra, mientras que Ortega, Mesa y yo lo haríamos por la izquierda.

Mis instrucciones habían sido claras. Separados como mínimo cien metros de la vanguardia, e informar inmediatamente sobre cualquier boca de cañón que abriera fuego.

Antes de salir del campamento, estuvimos probando las radios para verificar que nos podíamos comunicar sin problemas con los artilleros que esperaban nuestras instrucciones, en varias de las cumbres de la Sierra Gorda y El Muletón.

Todo marchaba según lo planeado. A las seis en punto se dio la orden de avanzar. Varias secciones de internacionales nos precedían. Habían sido muy castigados durante toda la guerra, y ya quedaba poco de aquellos batallones agrupados por nacionalidades. Ahora se entremezclaban los americanos con los franceses, los alemanes con los belgas, los mexicanos con los polacos…

El camino estaba siendo tranquilo. Al llegar a la altura del barranco de las Pedrizas, nos detuvimos para probar la comunicación con los camaradas artilleros que estaban apostados en El Muletón. Todo iba de acuerdo al guion establecido.

Una vez dejamos atrás el valle del Alfambra, nos topamos de frente con la zona norte de Teruel. Esta imagen me resultaba muy familiar. Observé cómo todos los soldados que nos precedían empezaron a aminorar su marcha y a caminar agachados, casi en cuclillas. Nosotros les imitamos.

Ortega, señalando al sur, dijo:

—Marqués, allí está El Planuzar, la planicie elevada que se encontraba al norte del cementerio.

Me detuve y fijé mi vista donde señalaba Ortega. Estaba en lo cierto, se trataba de El Planuzar, pero su perfil había cambiado un poco. A pesar de los mil quinientos metros que calculé que nos separaban de la planicie, podía adivinar unas líneas rectas que no recordaba que estuvieran allí.

Un fogonazo me sacó de dudas. Los rebeldes habían construido un búnker y nos disparaban. Rápidamente cogí mis mapas y ordené a Mesa que se encargara de la radio.

—Mesa, rápido, hay que transmitir la posición de ese búnker. Repite lo que te diga…

Otro cañonazo resonó en nuestras cabezas, aunque, en esta ocasión, su proyectil no se dirigía hacia nosotros, tal vez habrían descubierto a nuestros compañeros que avanzaban por la derecha. Pregunté:

—Ortega, ¿has visto desde dónde disparan?

Ortega negó con la cabeza:

—¡No! Solo he escuchado la detonación.

Respondí:

—Atento. Si vuelven a disparar, tenemos que localizarlos.

Mientras tanto identifiqué en el mapa la posición y le dije a Mesa:

—Mesa, transmite: Búnker enemigo. 40º 21' 29" Norte, 1º 6' 11" Oeste. Fuego efectivo… ¡Ya! Que te confirmen que lo han recibido.

Mesa reprodujo mis palabras y a través de la radio pudimos escuchar: «¡Recibido!»

Entre tanto, desde El Planuzar nos seguían bombardeando, y Ortega era incapaz de identificar la posición de las baterías artilleras que atacaban a nuestros camaradas.

Con alivio escuchamos cómo, desde nuestra retaguardia, los proyectiles avanzaban hacia el enemigo. Solo uno de ellos hizo blanco, el resto se quedó corto. Cogí la radio y dije:

—Atención, corregir disparo, medio grado de elevación. ¡Fuego efectivo!

Por desgracia, un proyectil rebelde impactó de lleno sobre la sección de internacionales que nos precedía. El griterío era ensordecedor.

Escuchamos nuevamente nuestros cañones desde retaguardia. Tras varios segundos de tensión, pudimos comprobar cómo, ahora sí, la salva había sido efectiva. La cumbre de El Planuzar ardía.

Cogí la radio y comuniqué que habían impactado de lleno, pero que creía necesario al menos otra descarga.

Nuestros camaradas volvieron a cargar y otra vez llovió fuego sobre la elevación. Dudaba que nadie hubiera podido sobrevivir a semejante castigo, por lo que ordené que cesara el bombardeo.

Mientras tanto, la otra posición rebelde que no habíamos conseguido localizar seguía disparando.

Le dije a Mesa que se comunicara con Manolo para que nos informara sobre su situación.

—Atención, atención, sargento Pérez, ¿me recibe?

Solo se escuchaban las explosiones que castigaban duramente la posición de nuestros camaradas. No teníamos respuesta. Insistí a Mesa:

—Mesa, otra vez, tienen que responder.

Con el micro en la mano prosiguió:

—¡Atención! ¡Atención! Sargento Pérez, ¿me recibe?

El ruido blanco propio de la radio de pronto cesó y una voz entrecortada surgió al otro lado:

—Sí…, Me… sa, te re… i… bo. Nos es… tán bom… ar… eando.

Escuchar la voz de Manolo me alegró, aunque parecía que les estaban machacando de lo lindo. Cogí el micrófono y dije:

—¡Manolo! ¿Desde dónde disparan? ¿Por qué no habéis dado las coordenadas a El Muletón?

Nuevamente la voz de mi amigo surgió de la radio:

—Mar… qué…, con la pri… e… ra bom… ba per… í mis ma… pas y han da… ñ… do la ra… io… Los re…el…es ata… an des… de el ce… men… te… rio.

Respondí:

—¡Gracias, amigo!

Estos desalmados no respetan nada. Ni siquiera un campo santo. El lugar donde reposaban los restos de varios de nuestros amigos había sido mancillado. Cogí los mapas y le dije a Mesa:

—Contacta con El Muletón y Sierra Gorda. Hay que darle las coordenadas que te indique: 41º 21' 12" Norte, 1º 6' 17" Oeste. ¡Fuego ya!

Mesa repitió una a una mis indicaciones, y, justo cuando terminó, escuché cómo Ortega gritaba:

—Teniente, están atacando desde el cementerio a los restos de la sección de internacionales que nos precede.

Por el ruido que hacían al impactar, el calibre de estos obuses parecía mucho mayor. Ordené a Ortega que se adelantara e indicara a nuestros camaradas internacionales que se replegaran a nuestra posición, hasta que nuestras baterías hicieran su trabajo.

Justo cuando Ortega se dirigía a contactar con los brigadistas, escuché, lo que me llenó de júbilo, cómo varios obuses volaban sobre nuestras cabezas con destino al cementerio.

Puesto que no teníamos visión directa del objetivo, tomé la radio para preguntar a Manolo si habíamos tenido éxito.

—¡Manolo! ¡Manolo! ¿Hemos dado en el blanco?

Respondió:

—Mar… qué… he… mos im… pac… ta… do de lle… no.

Magníficas noticias.

Le dije a Mesa que comunicara a nuestros artilleros que insistieran en las coordenadas indicadas.

No había soltado la radio mi compañero cuando nuevamente varios obuses procedentes del cementerio se dirigían a nuestra posición y a la de Manolo. Habíamos impactado, sí, pero al parecer no habíamos puesto fuera de combate las bocas de fuego rebeldes.

Durante más de veinte minutos, el intercambio de obuses fue continuo, con una ligera diferencia; nosotros parecíamos no hacer mella en el enemigo, y ellos estaban destrozando a las unidades que teníamos desplegadas.

Observé a lo lejos cómo Ortega se aproximaba a nuestra posición encabezando los restos de la sección de internacionales. Nada quedaba ya del optimismo con el que habían emprendido la marcha esa mañana.

De pronto, comprobé cómo un obús rebelde se dirigía hacia ellos. Fueron décimas de segundo. No pude hacer nada. La bomba explotó a escasos metros de nuestro amigo. Mesa y yo corrimos hacia él. Sus restos se entremezclaban con los de otros camaradas internacionales que habían sufrido el impacto. ¡Qué imagen tan aterradora!

Las bombas no paraban de caer a nuestro alrededor. Dejamos los despojos de Ortega en el campo y di las instrucciones pertinentes para el repliegue. Ordené a Mesa que tragara saliva y le comunicara a Manolo que volvíamos a Villalba Baja. Le pedí que no le dijera lo de Ortega.

El camino de vuelta no tuvo nada que ver con el de ida. De los más de mil soldados que iniciamos la ruta, apenas quinientos volvíamos ilesos, y unos cien heridos, el resto, entre ellos nuestro amigo Ortega, perdieron su vida de forma inútil en ese secarral turolense.

El reencuentro con Manolo, Chacón y Molina fue emotivo. No vieron a Ortega; no tuvimos que decirles lo que había pasado. En la guerra, en demasiadas ocasiones, las palabras sobran.

Aún no nos había dado tiempo a descansar unos minutos cuando Narváez, visiblemente contrariado, se dirigió a mí:

—Teniente, me dicen que ha sido usted quien ha ordenado el repliegue. ¿Es eso cierto?

Con voz apesadumbrada por lo que acababa de vivir, dije:

—Sí, señor, así es, permítame…

Narváez me interrumpió:

—¡No! ¡No le voy a permitir nada! ¡Sus órdenes eran claras! Permanecer allí hasta que toda la artillería rebelde quedara fuera de combate. Repongan lo necesario. En treinta minutos quiero que

regresen.

Ver la indiferencia con la que nuestro superior reaccionaba ante la masacre que acabábamos de padecer me indignó profundamente. Me encaré con Narváez y comencé a gritar:

—¡Usted no ha estado allí! ¡No ha visto cómo cientos de buenos soldados eran despezados de forma inútil! ¡Me niego a acatar sus estúpidas órdenes! ¡Usted es tan asesino como los fascistas!

Narváez puso su mano sobre el revólver que llevaba colgado del cinto:

—Le perdoné el arresto por la paliza que le dio a ese pobre desgraciado en Fabara, pero ahora no le va a librar nadie.

Manolo se acercó:

—Capitán, señor…, tiene que entender lo que ha pasado, hemos perdido a nuestro amigo Ortega. Hemos vivido un infierno, nos llovían obuses desde todos lados. Es inútil tener a las tropas apostadas mientras no se pongan fuera de combate los cañones rebeldes.

Con altanería, Narváez miró a Manolo:

—Esta debe ser la nueva forma de hacer la guerra, un teniente y un sargento dictando órdenes a un capitán. ¡Guardias! Arrestad a estos dos cobardes y lleváoslos.

Al escuchar la palabra cobarde no me pude reprimir, agarré a Narváez de la pechera:

—¡Hijo de puta! ¡Yo te mato! Aquí el único cobarde que hay eres tú, que mandas a tus camaradas al matadero.

Entre Manolo y los guardias que venían a arrestarnos me separaron. Comprobé cómo la altanería de la que siempre hacía gala Narváez por un momento se tornó en miedo.

Nos condujeron a un cobertizo y pusieron dos guardias en la puerta. A través de una minúscula ventana observamos cómo el canalla de Narváez estaba reagrupando a los muchachos para mandarlos nuevamente a una muerte casi segura.

A última hora de la tarde, con desazón descubrimos cómo menos de la mitad de los soldados que habían partido rumbo a Teruel regresaban. Era síntoma inequívoco de que una vez más el ataque planeado por Narváez había fracasado.

Manolo y yo estábamos muy tensos porque no sabíamos si Chacón, Mesa y Molina habrían formado parte de esta nueva ofensiva, y, sobre todo, si se encontraban bien.

En mitad de la madrugada, una voz que nos hablaba desde el ventanuco nos despertó:

—*Marquéh*, Manolo…

Era Chacón. Me aproximé a la ventana:

—Chacón, qué alegría. ¡Estás bien! Pero ¿y el guardia? No quiero que te metas en un lío.

Chacón sonrió:

—Tranquilo, *Marquéh*, de *cazualidah er* guardia *eh cazi paizano* mío, de Lanjarón, y *ma disho* que *noh* deja *hablah* con *vozotroh* un ratillo.

Manolo interrumpió:

—El nuevo ataque, ¿cómo ha ido? ¿Os han mandado a vosotros también?

Chacón torció el gesto:

—Lo de esta mañana no ha tenío *nah* que ver con lo de *ehta* tarde… Ahora *noh ehtaban ehperando loh marnacíoh*. Una *ehcabeshina, ehtúpida ademáh*… *Hemoh llegao, noh hemoh dehplegao* cuerpo a tierra, y *loh fahcihtah* han *empezao* a *dihparán* y poco a poco han ido *ajuhtando er* tiro hasta que han dado de lleno a *loh nuestroh. Ze* conoce que tienen *ohzerbadoreh* que *leh* indican dónde *ehtamoh* y cómo *ajustah er* tiro. Cuando *noh* han ordenado la retirada, *máh* de la *mitah* de *loh* que allí *ehtábamoh* no *zan levantao*.

Apretando el puño, murmuré entre dientes:

—Maldito asesino. Se lo dije.

Manolo preguntó:

—¿Mesa y Molina? ¿Están bien?

Chacón asintió con la cabeza:

—*Zí, zí*, afortunadamente *ehtamoh loh treh* bien.

Manolo prosiguió:

—¿Qué dice Narváez?

Chacón bajó el tono de voz:

—*Zegún* lo que *noh hemoh podíoh* enterar, parece *zer* que van a *pedih* apoyo aéreo mañana. *Za convencío* que la artillería no puede *haceh* nada. *Tar veh loh avioneh*…

Tomé la palabra:

—Dudo que ahora vayan a utilizar la aviación, y más estando tan cerca de una población, y con todos los ojos de la prensa internacional puestos sobre nosotros… Chacón, ¿pudiste ver desde dónde disparaban? Ya sé que desde el cementerio, pero, si hubiera sido un búnker al uso, los habrían barrido todas las bombas que les hemos lanzado.

Chacón se pasó la mano por la nuca:

—*Pueh eh argo mu* raro. Pude *levantah* la cabeza *unah cuantah* de *veceh* y lo cierto eh que el monte donde *ehtaba er* cementerio no *ze* parece en nada a lo que recordaba. *Eh totarmente* plano. No hay nada *zobre* él. Y *loh proyectileh zalen* como *dehde* dentro del cerro. *Mu* raro, ya te digo, *Marquéh*.

Una idea comenzó a rondarme la cabeza. Tal vez los rebeldes habrían hecho lo que a mí me hubiera gustado construir, allá por noviembre del treinta y seis, en el cerro Garabitas, pero que por falta de tiempo y recursos no pude llevar a cabo. No en vano, los ingenieros

de los fascistas y yo habíamos estudiado en el mismo sitio. Un búnker subterráneo con pequeñas bocas de fuego para los cañones, y con una losa de hormigón armado a modo de techo, con un espesor no inferior a dos metros. De esta forma se podría resistir cualquier tipo de bombardeo aéreo y terrestre. La posibilidad de que alguno de los proyectiles que lanzábamos entraran por los agujeros por donde asomaban los cañones era como encontrar una aguja en un pajar.

Expuse mi teoría a Chacón y Manolo y ambos la vieron ciertamente verosímil, por lo que dije:

—Dudo que Narváez consiga ese ataque aéreo, pero, si lo hace, de nada servirá. Hay que mandar a un par de valientes que se aproximen sin ser vistos al búnker y lancen granadas, dinamita o lo que sea a través de las toberas de los cañones para destruir el búnker desde dentro. Solo en ese momento podremos acceder a Teruel.

De pronto, Manolo dijo:

—Un momento, el ataque a Teruel, según dijo el capitán, se iba a desarrollar desde dos frentes, ¿no? ¿Qué pasa con los de la 45.ª? Si ellos entran en la ciudad, pueden tomar el cementerio por la retaguardia y se acabó.

Chacón negó con la cabeza:

—*Ziento* quitarte la *iluzión*, Manolo, pero *loh* de la 45.º han *tenío ar pareceh* un día peor que *er nuehtro*. Lanzaron a primera hora *loh tanqueh* contra la *ciudah*, *zin* cobertura artillera para no afectar a *cazah* de *civileh*, y *lah bateríah reberdeh* por lo *vihto loh* han *aniquilao* a *todoh*. *Zegún escushé* a un camarada, lo *nuehtro* ha *zío* de *riza comparao* con lo de *elloh*.

Manolo agachó la cabeza:

—No sé de qué me sorprendo, llevamos toda la guerra igual. La 11.ª División siempre es la punta de lanza.

Pasamos aún dos días más en aquel agujero donde nos habían encerrado. Como ya había predicho, ni rastro de nuestros bombarderos, tan solo los cazas sobrevolaban la zona para evitar que los bombardeados fuéramos nosotros.

Aún con todo, Narváez tuvo la osadía de intentar tomar el cementerio por las bravas con dos nutridos grupos de soldados. El primero llegó diezmado, del segundo no se supo nada, tal vez cayeron prisioneros, tal vez los mataron, o quizá se pasaron al enemigo.

La mañana del día 6 de septiembre amaneció diferente, fría, tormentosa y con viento. Mesa, en un descuido del guardia, se acercó a nuestro ventanuco y nos sopló que se rumoreaba que el mismísimo teniente coronel Líster se dirigía a Villalba Baja para ponerse al frente de la operación.

En torno a las diez de la mañana, Manolo y yo pudimos comprobar que Mesa no nos engañaba. La comitiva de Líster con todo su boato

entraba en el pueblo.

Con sorpresa, una hora más tarde uno de los guardias que vigilaba la entrada de nuestra «celda» abrió la puerta y dijo:

—Vamos, os espera el capitán Narváez.

Con mala gana salí de aquel cubículo junto a Manolo. ¿Qué querría este malnacido de nosotros dos?

La lluvia arreciaba y en los poco menos de trescientos metros que nos separaban de nuestro objetivo, nos calamos de arriba abajo. Manolo comentó:

—Marqués, después de tres días sin ducharnos…, ya era hora, aunque sea así.

Ni en las peores circunstancias era capaz mi amigo de perder su sentido del humor.

Al llegar a la tienda del capitán Narváez, no solo estaba él, sino también Chacón y el mismísimo teniente coronel Líster, que se aproximó y, extendiendo su mano, dijo:

—Teniente Quiñones, sargento Pérez, permítanme que me presente, soy el teniente coronel Enrique Líster Forján.

Estrechando su mano, le dije:

—Ya sé quién es mi teniente coronel, su currículum le precede.

Líster esbozó una leve sonrisa y agregó:

—Lo mismo puedo decir de ustedes, si no fuera por el desagradable incidente que han tenido con el capitán Narváez.

Traté de defenderme:

—Permítame que le explique… y, además, el sargento Pérez no tuvo nada que ver.

Líster hizo un gesto de calma con las manos:

—Tranquilo, tranquilo, ya está todo explicado, y su sentencia pendiente de firma. Saben que en el Ejército Popular de la República no se admiten cobardes. Por tanto, serán fusilados mañana al alba.

Las palabas que escuché me indignaron, no tanto por la condena en sí, sino porque se hiciera por cobardía, con todo lo que habíamos hecho por la República desde el comienzo de la guerra. En cualquier caso, y sin perder ni un ápice la compostura, repliqué:

—¿Eso es todo? ¿Y para eso ha venido hasta aquí mi teniente coronel? Podía haber dejado que Narváez hubiera hecho este trabajo sucio.

Narváez tomó la palabra:

—Ya le había avisado, señor, de que el teniente Quiñones es un bravucón.

Chacón no se pudo reprimir:

—Un bravucón *zerá*, pero *tarbié er máh* valiente de *toh er ejércitoh*.

Narváez lanzó a Chacón una mirada fulminante, pero rápidamente Líster intervino:

—Efectivamente, me consta que el teniente es un valiente, por eso, le queremos dar la opción de que lo vuelva a demostrar, y así pueda salvar su vida y la del sargento Pérez.

En ese instante, intervino Narváez:

—Teniente, sargento, ayer por la tarde vino a verme el camarada Chacón y me contó su plan para tomar el cementerio. A mí en un inicio me pareció una idea descabellada, pero al teniente coronel le ha parecido factible, teniendo en cuenta, además, el conocimiento del terreno que adquirieron hace unos meses. El día de hoy no ha podido salir más propicio. Con lluvia y frío, el enemigo no se esperará un nuevo ataque por nuestra parte.

En ese punto, Líster prosiguió:

—Queridos camaradas, el asunto es el siguiente: usted, teniente Quiñones, y el sargento Pérez partirán al anochecer hacia Teruel. El resto ya saben que es cosa suya. Si tienen éxito, nos olvidaremos del desagradable incidente que ha hecho que lleven varios días encerrados, y, por supuesto, nadie volverá a hablar de su ejecución. Además, el ejército sabe ser agradecido y recibirán un merecido ascenso… Si no tienen éxito… Bueno, si no tienen éxito, lo lógico es que no regresen.

Miles de exabruptos acudían a mi cabeza con la velocidad de un rayo, pero la realidad es que, tal y como nos lo habían planteado, no teníamos opción alguna.

—Mi teniente coronel, ¿qué garantía tenemos de que si la misión tiene éxito cumplirá su palabra?

Líster arqueó las cejas y, elevando el tono, exclamó:

—¡Tienen mi palabra! ¡Eso les debería bastar! ¿Cuál es su decisión?

Miré a Manolo, que asintió con la cabeza:

—Cuente con nosotros. Esta noche dejaremos el camino libre para que nuestras tropas entren en Teruel. Solo les pediría un par de cosas.

Líster, complacido, respondió:

—Lo que usted quiera, teniente.

Continué:

—La primera es que las baterías de El Muletón y la Sierra Gorda dejen de disparar desde ya, para que el enemigo asuma que hoy nos tomamos un respiro.

Narváez con una amplia sonrisa dijo:

—Cuente con ello, Quiñones. ¿Y la segunda?

Respondí:

—Quisiera que se respetara la vida de todos los que trabajan en el hospital militar de Teruel.

Líster soltó una sonora carajada:

—¡Pues claro que lo haremos! A ver si usted se cree que somos animales. Pero esa petición… ¿a qué se debe?

Le expliqué mis motivos, y las sospechas fundadas de que Laura pudiese estar trabajando allí. Líster y Narváez nos dijeron que estuviéramos tranquilos, si nosotros cumplíamos con nuestra parte del trato, ellos cumplirían con la suya.

Jamás perdonaría a Narváez la situación en la que nos había puesto a mí, pero sobre todo a Manolo, que no había hecho absolutamente nada.

Cuando dejamos la tienda, noté cómo el miedo se reflejaba en el rostro de mi amigo, que dijo:

—Alonso, ¿tú estás seguro de que tendremos éxito?

Dando una palmada a mi camarada en la espalda y haciendo de tripas corazón, le dije:

—Claro que sí, amigo. Me conozco ese cerro como la palma de mi mano, al igual que tú.

Noté cómo respiró aliviado.

Pasamos el resto del día planificando nuestra misión, pues habíamos decidido llevarla a cabo por la noche, el mal tiempo y la oscuridad serían perfectos aliados.

Narváez, a pesar de todo, no se fiaba de nosotros, temía que en un descuido pudiéramos huir, y por eso puso a dos soldados a vigilar todos nuestros movimientos. Parecía increíble que después de lo que habíamos pasado juntos desconfiara de esa manera.

Manolo y yo nos hicimos con dos morrales donde metimos un par de bombas incendiarias hechas con una botella, serrín, gasolina y un trapo; cuatro granadas de mano Castillo y otras cuatro granadas chimenea.

Le pedimos a Chacón su encendedor de yesca, ya que ni Manolo ni yo fumábamos, y lo necesitábamos para poder prender el trapo de las botellas incendiarias.

Para ir algo más ligeros, decidimos no portar armas largas, que de poco nos servirían si nuestro plan se iba al garete. Yo llevaría mi Smith & Wesson y Manolo su Astra 400, de la que no se había separado desde que la arrancó de las manos a un guardia civil moribundo el día del asalto final al santuario de Santa María de la Cabeza. También incluimos en el equipo una navaja cabritera para cada uno.

A las nueve de la noche, emprendimos la marcha rumbo a Teruel. Los dos mismos soldados que nos habían vigilado durante todo el día nos acompañarían hasta la zona donde los proyectiles rebeldes nos detuvieron. Una vez allí, se quedaron para informar por radio de los avances de nuestra misión.

Tras varios kilómetros de marcha, el olor a cadáveres en descomposición nos dio la bienvenida al lugar donde perdimos a Ortega. La oscuridad lo impregnaba todo. Apenas podíamos ver a dos

metros de nuestras narices. Nos despedimos de los guardianes e iniciamos la ruta hacia lo que una vez fue el cementerio de Teruel.

Como pudimos, para no pisarlos, esquivábamos los restos de nuestros camaradas caídos, y, para empeorar la situación aún más, si es que era posible, comenzó a granizar. Piedras del tamaño de almendras golpeaban nuestro cuerpo. Le dije a Manolo:

—Rápido, Manolo, descuélgate el morral de la espalda y protégelo con tu cuerpo. Si un granizo activa una de las granadas…, se acabó la fiesta.

Yo hice lo propio. A pesar de que parecía que el mismo cielo iba a caer sobre nuestras cabezas, no nos podíamos detener, es más, aunque pudiera parecer lo contrario, ese horrible clima nos beneficiaba… Dudaba que ningún soldado fascista asomara su cabeza fuera del refugio mientras caía semejante diluvio.

Superamos el río Seco; habitualmente el cauce hacía honor a su nombre, pero aquel día el agua nos llegaba hasta las rodillas. No sin esfuerzo, fuimos capaces de atravesar el cauce luchando contra la fuerte corriente. Sabía que corríamos un grave riesgo, pero era imprescindible asumirlo.

Cuando llegamos a la otra margen del cauce, le propuse a Manolo subir a la cota 962, una pequeña elevación frente al Planuzar desde la que podríamos decidir cuál era el camino óptimo para aproximarse al objetivo.

Al coronar el promontorio, y gracias al halo de las luces de la ciudad, vimos cómo se dibujaban ante nosotros los restos de los búnkeres que destrozamos el primer día. También comprobamos que al menos un rebelde estaba allí apostado; el resplandor del cigarro que se fumaba bajo los restos de uno de los búnkeres derruidos lo delató. Este sería sin duda el que daba la posición de nuestros soldados a los artilleros rebeldes.

Se nos planteó un dilema a Manolo y a mí: ¿le dábamos de lado al soldado con el riesgo de ser descubiertos y que se fuera la misión al traste, o íbamos a por él con el riesgo de que sonara algún disparo que diera la voz de alarma entre los rebeldes…?

Manolo dijo:

—Marqués, hay que ir a por él, no hay más remedio, si nos descubre antes de llegar al cementerio…, estamos muertos.

Entre la abundante lluvia, que había tomado de nuevo el relevo al granizo, avanzamos por el camino que se abría al este del Planuzar. A decir verdad, el ruido del agua cayendo era un compañero inmejorable, por lo que nos aproximamos al soldado enemigo con relativa tranquilidad. A escasos veinte metros del objetivo, le dije a Manolo que revisara las posiciones cercanas por si detectaba algún otro vigía. Esperé durante unos cinco minutos a que Manolo me

indicara que tenía vía libre.

El enemigo estaba sentado en el suelo, fumando tranquilamente mientras oteaba el paisaje. Andado casi de puntillas llegué justo detrás de él mientras la lluvia no paraba de caer. Ya tenía la navaja en mi mano derecha. Con un movimiento rápido, tapé su boca con mi mano izquierda y con la diestra de un tajo le abrí la garganta. Lo sujeté mientras agonizaba, y noté cómo la sangre brotaba cada vez con menor fuerza. Cuando estuve seguro de que ya había abandonado este mundo, solté el cuerpo y cogí el mechero que tenía, se lo di a Manolo:

—Toma, guárdalo, ya tenemos un regalo para Chacón.

Tenía las manos empapadas en la espesa sangre del pobre desgraciado que acababa de asesinar. Me las lavé en uno de los numerosos charcos que nos rodeaban.

Seguimos nuestra ruta rumbo sur, hacia lo que una vez fue el cementerio turolense. Decidí, como ya hicieron los sublevados cuando nosotros defendíamos la posición, trepar por la cara sur, la más abrupta de todas, y sin duda la que esperaba menos vigilada.

Descendimos por el camino que circundaba el campo santo, mientras la lluvia comenzaba a perder intensidad. En ese punto Manolo me dijo:

—Marqués, lo que sea que vayamos a hacer, hay que hacerlo ya. Sin la protección de la lluvia, somos presa fácil.

Apretamos el paso y, al llegar al pie de la cara sur, iniciamos la escalada. Pudimos observar las líneas rectas del búnker que protegía la artillería rebelde, pero al menos en la cara sur no había ventanas, ni siquiera respiraderos. Avanzamos por la cara este, caminando en cuclillas junto a lo que sin duda era el techo del búnker que excavaron en lo que antaño había sido el lugar donde reposaban eternamente los turolenses.

De pronto, empezamos a escuchar voces, la lluvia prácticamente había parado. Manolo echó mano a su pistola, pero con un gesto le indiqué que estuviera tranquilo. Las voces llegaban con algo de eco…, eso quería decir que venían del interior de la fortificación, por tanto, alguna ventana o respiradero debía estar cerca.

Nos guiamos por el sonido que cada vez era más cercano y descubrimos que procedía de un respiradero de unos quince centímetros de alto por veinte de ancho. Estaba protegido por una rejilla metálica atornillada al muro. Esta era la oportunidad que buscábamos.

Utilizando las navajas y con sumo cuidado, desatornillamos la rejilla, las voces se escuchaban cada vez con mayor claridad, no cabía lugar a la duda, se estaban aproximando. Asomé la cabeza y con enorme alegría comprobé que nos había tocado el premio gordo de la lotería. Ese pequeño cuartucho dentro del búnker lo utilizaban como

polvorín; centenares de proyectiles se apilaban allí.

Rápidamente cogimos un par de granadas cada uno, les quitamos el seguro y las metimos dentro.

Escuchamos cómo una voz llena de pánico gritó:

—¡Granadas! ¡Nos atacan!

Fue inútil. En un abrir y cerrar de ojos, a la explosión de nuestras granadas le siguió una detonación como jamás había escuchado en toda la guerra. La onda expansiva fue tan intensa que nos catapultó a Manolo y a mí cerro abajo rodando. Aparentemente, no tuvimos ninguna lesión de gravedad, si no tenemos en cuenta las decenas de contusiones y pequeñas heridas.

Comprobamos cómo el búnker ardía y cómo las detonaciones seguían sucediéndose. No habría pasado un minuto de la explosión, cuando varias sirenas procedentes del núcleo urbano comenzaron a sonar. Los fascistas habían escuchado las deflagraciones y estaban declarando la alerta.

A duras penas nos incorporamos y decidimos volver a reunirnos con los soldados que nos habían acompañado desde Villalba Baja.

Aún estaba limpiándome las manos de barro, cuando escuché una voz muy próxima con un inconfundible acento gallego que decía:

—No sé cómo ha podido pasar, *carallo*. No han volado aviones en varios días, y su artillería no disparó un solo tiro.

Otra voz ronca le respondía:

—Pues cómo va a ser…, han mandado a sus cucarachas a volar el búnker.

El gallego replicó:

—¿Pero cómo los van a mandar hasta aquí sabiendo que esto es una fortaleza?

—Pues claro, además, con la lluvia de hoy, cuántos guardias has visto tú sobre el búnker. Ninguno, ¿verdad? Ya se lo dije al comandante, con lluvia o con nieve, el tejado del búnker debía estar vigilado, pero claro, él siempre tan comprensivo con los reclutas… Pues ahora ya les ha abierto la puerta de la ciudad a los rojos.

El gallego insistió:

—Entonces, si fueron los rojos, debieran estar por aquí aún.

El de la voz ronca dijo:

—Estoy seguro, y, si es así, por mi vida que lo pagarán.

Empezó a gritar y a dar órdenes. En menos que canta un gallo, lo que eran dos voces se convirtió en un gran rumor, y cada vez lo sentía más cerca. Le indiqué a Manolo que debíamos agacharnos y cubrirnos con los restos de escombros, cascotes, ramas y hojas para evitar que nos descubrieran. No tenía sentido huir, un tirador experimentado haría blanco en nosotros sin mucho esfuerzo.

Extendidos en el suelo, comenzamos a cubrir nuestros cuerpos con

todo lo que teníamos a mano. Los pasos de los soldados que se aproximaban hacían temblar el terreno circundante. Apreté fuertemente la empuñadura de mi revólver, aunque de poco me serviría si finalmente nos encontraban.

Con alivio noté cómo se alejaban. Una vez más, la oscuridad fue nuestra mejor aliada. Sin embargo, no tenía claro cómo podríamos salir de esta. Ir hacia Teruel sería una muerte segura, pues la ciudad estaba plagada de tropas rebeldes en alerta; volver por donde habíamos venido ya era imposible, el pelotón que acababa de pasar junto a nosotros nos cerraría el paso; si esperábamos a la mañana, la protección de la oscuridad desaparecería, y nuestro burdo camuflaje quedaría al descubierto. Manolo me susurró:

—Marqués…, ¿qué hacemos?

Solo se me ocurrió decirle:

—Estoy pensando en ello. Por ahora, nos quedamos aquí.

Los minutos empezaron a pasar y la humedad estaba ya calando en mis músculos. Me notaba muy cansado y apenas podía pensar con claridad, aunque, independientemente de todo lo anterior, estaba claro que alguna resolución debía tomar. Le dije a Manolo:

—Voy a descubrirme y echar una ojeada, si todo está en orden, trataremos de volver por donde hemos venido. Es lo menos malo que se me ocurre.

Apenas había empezado a incorporarme, cuando, de nuevo, primero pasos apresurados y después voces, se acercaban a nuestra posición. Sabía que no venían de Teruel, por lo que tenían que ser los soldados que hacía un rato pasaron a nuestro lado. Entre el jaleo pude adivinar lo que algunos decían:

—¿Pero cuántos tanques eran? ¡¿Cómo les vamos a hacer frente?!

Decidí cubrirme a toda prisa y esperar a que pasaran. Ahora tenía claro lo que estaba sucediendo. Los soldados que nos acompañaron confirmaron por radio el éxito de nuestra misión, y sin duda Líster había decidido que no merecía la pena esperar, y lanzó a toda la división contra Teruel.

Cuando Manolo y yo estuvimos seguros de que todos los enemigos nos habían superado, nos incorporamos a toda prisa y decidimos correr hacia el cerro del Planuzar. Desde allí observaríamos el avance de nuestros blindados.

Corrimos hasta la posición, y el espectáculo que observamos nos dejó estupefactos. No menos de cincuenta tanques pesados y medios en fila de a tres, encabezados por los Char B1 Bis, avanzaban por la carretera del Alfambra disparando a todo lo que se oponía a su avance.

Del mismo modo que para nosotros la imagen era alucinante, imagino que para los fascistas debió ser aterradora. La artillería que

protegía su flanco sur había sido puesta fuera de combate, y ahora una enorme fuerza blindada trataba de tomar la ciudad.

Cuando el grueso de la columna de tanques ya había superado nuestra posición, divisamos varias columnas de tropas que les seguían; Manolo y yo decidimos descender hacia ellos para integrarnos en su avance. Aún era de noche, pero las luces de los vehículos alumbraban suficientemente los caminos y las zonas circundantes.

Totalmente despreocupados, iniciamos el descenso, pero, en un abrir y cerrar de ojos, comenzaron a dispararnos desde nuestras filas. Rápidamente Manolo y yo nos echamos cuerpo a tierra. Habíamos sido unos ingenuos, desde esa distancia no se nos podía reconocer, y lo normal es que pensaran que éramos enemigos. A toda prisa le dije a Manolo:

—Rápido, ¿tienes algo blanco? ¿Un pañuelo?

Manolo replicó:

—Lo único blanco que tengo es el trapo de la bomba explosiva que preparamos y que no utilizamos…; el problema es que estará empapado en gasolina.

Respondí mientras las balas silbaban sobre nuestras cabezas:

—Pues como no lo saques pronto y lo agites, los que estarán empapados en su propia sangre seremos nosotros.

Manolo abrió su morral y extrajo el trapo. Efectivamente un fuerte olor a gasolina lo impregnó todo. Con miedo, porque las balas seguían cayendo, Manolo comenzó a agitarlo. Escuché que una voz gritaba:

—¡Alto el fuego! ¡Se rinden!

Con las manos en alto nos incorporamos y comenzamos a descender. Al pobre Manolo se le derramó toda la gasolina de la botella en el morral, y comenzó a rezumar combustible que a su vez empapó su espalda y pantalones.

Cuando estábamos lo suficientemente cerca, escuché a alguien gritar:

—¡Pero si son el teniente Quiñones y el sargento Pérez!

Respiré aliviado al comprobar que por fin nos habían reconocido. Al alcanzar a nuestros camaradas, les preguntamos por el capitán Narváez, y nos dijeron que iba en uno de los tanques que encabezaba el ataque. Narváez tenía sus cosas malas, y no pocas, pero desde luego que a valiente y temerario pocos le ganaban.

Pregunté por Líster, y me dijeron que se esperaba que llegara en breve. Líster, al contrario que otros altos oficiales del Ejército Republicano, era famoso por acompañar a sus tropas a la batalla, algo que sin duda agradecían.

Esperamos su llegada mientras disfrutábamos del avance de los nuestros. El tableteo de ametralladoras procedente del interior de la ciudad, acompañado por los cañonazos de los tanques, era constante.

No tuvimos que esperar mucho, Lister venía montado en un Opel Blitz que habíamos capturado a los rebeldes. Le hicimos señales al chófer para que se detuviera, y este así lo hizo.

Al reconocernos, el teniente coronel se bajó del camión y nos dio un fuerte abrazo:

—Deben estar orgullosos. Todo esto es gracias a ustedes. Teruel caerá, y me encargaré de que se sepa quiénes son los responsables. Cuando acabe la batalla, hablaremos de su ascenso. Y ahora, si quieren, pondré a su disposición un vehículo para que puedan volver al campamento a descasar.

Respondí:

—Muchas gracias, mi teniente coronel, pero nos gustaría acompañarlos en el avance. Ya le comenté que creo que mi prometida…

Líster me interrumpió:

—Ah, sí, sí, su prometida, ya recuerdo, pues si quieren suban a la parte de atrás de mi camión, que hay hueco.

Agradecimos su gesto y de un salto nos subimos al vehículo. A medida que avanzábamos en dirección sur, el sonido de las explosiones y las balas se sentía más cercano. Superamos un par de Somua S-35 que habían sido puestos fuera de combate; a pesar de todo lo que ya había visto a lo largo de la guerra, el cadáver carbonizado del camarada tanquista me impactó.

Aunque todavía era de noche, comprobamos cómo en menos de un año los fascistas habían reconstruido gran parte de la ciudad. Incluso el seminario, que tan castigado fue antes de nuestra toma de la plaza, estaba en pie de nuevo. A nuestro paso, veíamos cómo los civiles se asomaban a sus ventanas con caras de auténtico pavor, una vez más, el frente de batalla era su barrio, su calle, su casa…

De repente, una gran explosión sacudió todo el entorno y nos detuvimos en seco. Escuchamos a Líster que gritó:

—¿Pero qué demonios ha sido eso?

Estábamos muy cerca de la plaza del Torico. Le dije a Manolo:

—Vamos a ver si alguien nos puede decir dónde está el hospital.

Manolo negó con la cabeza:

—¿Pero tú estás loco? ¿Se te olvida que ahí delante se está librando una batalla? Estas casas que nos rodean podrían estar llenas de fascistas. Yo no voy a ningún sitio. Ya me he jugado la vida hoy, esperaré a mañana para hacerlo de nuevo.

No le podía reprochar nada a mi amigo, llevaba toda la razón del mundo, pero mis ganas por encontrar a Laura superaban cualquier otro razonamiento. De un brinco bajé del camión y comencé a caminar por la calle El Salvador hacia la preciosa escalinata mudéjar de la ciudad.

A escasos metros escuchaba el repiqueteo de las armas automáticas de los tanques. Varios de nuestros ingenios blindados disparaban hacia el Pinar de la Muela, una elevación ubicada frente a la escalinata, más allá del cauce del Turia. Nuevamente otra explosión atronadora me dejó sin aliento. Esta vez había sido muy cerca. A esta explosión le siguió otra algo más intensa, sin duda, era uno de nuestros tanques que había sido alcanzado.

Apreté el paso y al llegar al final de la calle observé cómo efectivamente no era uno, sino dos los Char B1 Bis que estaban en llamas. Desde el Pinar de la Muela, los rebeldes nos estaban castigando con artillería pesada. A pesar del denso humo, reconocí a un soldado de mi compañía y le dije:

—¡Prieto! ¿Qué está pasando?

Con el pulso notablemente acelerado, me respondió:

—Teniente, hasta llegar aquí todo ha sido pan comido, pero estos bastardos han colocado artillería en ese cerro de enfrente y nos están destrozando. Yo diría que son obuses de ciento cinco a tenor de los daños que están causando.

Otro obús volvió a impactar frente a la escalinata. Afortunadamente esta vez no hizo blanco. Pregunté nuevamente a Prieto:

—¿Dónde está Narváez? ¿Cómo está consintiendo que los fascistas jueguen al tiro al blanco con nosotros?

Prieto señaló con su dedo a uno de los carros en llamas:

—Señor, ese es el carro de Narváez, él iba dentro.

No me lo podía creer, al final el capitán Narváez había sido víctima de su propia temeridad. Ante la falta de mando, decidí hacerme cargo de la situación. Con la ayuda de Prieto, comenzamos a ordenar el repliegue de los tanques que aún estaban intactos, comenzando por los flancos, mientras que el resto hacía fuego a discreción para proteger la retirada. A pesar de la incesante lluvia de proyectiles, tan solo perdimos dos tanques más en esta maniobra.

Lamentablemente, el enemigo decidió no respetar a la población civil, y, a medida que nos internábamos de nuevo el casco urbano, comenzó a bombardear sin piedad las viviendas. La gente huía despavorida hacia donde podía.

Cuando alcancé la posición de Líster le expliqué lo que había ocurrido, le expuse la baja de Narváez, y, ante esta novedad, decidió hacerse cargo de la situación. Se comunicó con la 45.ª División, que estaba acantonada al sur de la ciudad, y dio órdenes de avanzar y arrasar el Pinar de la Muela.

En cuanto a nuestra división, teniendo en cuenta el riesgo que corríamos siguiendo en la ciudad, y dando por hecho que el enemigo contaba con observadores dentro de la misma que podrían informar a

las baterías enemigas de nuestra posición en cada momento, decidió que nos retiráramos hacia el norte, más allá del Arrabal.

Le pregunté a Líster:

—Señor, ¿vamos a dejar que los de la 45.º se apañen solos?

Líster, con indiferencia, dijo:

—Desde que empezó esta campaña, ese engreído de Kléber no ha tenido ni un solo combate serio. Tiene su ocasión aquí hace unos días, y tras sufrir un duro correctivo se atrincheran… Esta es su última oportunidad, si vuelve a fracasar, propondré a Rojo que lo destituya y sepa Dios si algo más.

Las palabras sonaron duras, y todo el ejército sabía que Líster cumplía lo que decía.

Junto con Manolo, me retiré a descansar. El encuentro con Laura tendría que esperar; deseaba que solo fueran unas horas.

Al amanecer un gran ruido nos despertó, levanté la cabeza y una gran columna de piezas artilleras desfilaba ante nosotros. Al iniciar el avance sobre Teruel, Líster había ordenado que se desmontaran las baterías de El Muletón y bajaran a la ciudad por si su apoyo era necesario. Una vez más la rapidez de nuestros artilleros me dejó de piedra. En apenas doce horas, habían desmontado todo y estaban prestos para entrar en Teruel.

Mientras Manolo aún seguía tumbado, me incorporé con la intención de dirigirme al improvisado puesto de mando. Allí me encontré a Líster con algunos miembros de su Estado Mayor. Cuando me vio, dijo:

—Por ahí llega la bella durmiente, adelante, teniente. Supongo que le han despertado los «sesenta quince», ¿no?

Asentí con la cabeza y prosiguió:

—Como suponía, ese inútil de Kléber ha vuelto a lanzar un ataque frontal que ha acabado en una masacre. Estamos debatiendo dónde colocarlos. Mi gente me dice que en la plaza del Torico, argumentan que habremos acabado con los fascistas antes de que sepan desde dónde disparamos. ¿Qué opina?

Repliqué:

—Señor, como supongo que ya sabrá, el «sesenta quince» es un cañón de tiro directo, si no ve el objetivo, no podrá hacer blanco, y desde la plaza del Torico no se ve el Pinar de la Muela.

Líster sonrió ampliamente:

—¿Qué les había dicho? Es muy inteligente, no ha caído en mi trampa. Lleva usted razón, teniente, no se puede hacer tiro elevado con este cañón. Malditos franceses, se han negado a enviarnos sus obuses Schneider de ciento cinco. Con lo que tenemos no hay más remedio que hacer frente al enemigo de cara…

Interrumpí al teniente coronel y dije:

—Señor, tal vez podríamos esperar a esta noche y colocar los cañones en una posición elevada para disparar con ventaja.

Líster elevó la voz:

—De ningún modo. Ya llevamos demasiado tiempo perdido. Se hará un ataque simultáneo, mientras la 45.ª ataca la posición enemiga por el sur, nuestros cañones se dividirán en dos secciones, una avanzará por la calle San Francisco, y la otra por la calle El Salvador. Desde allí abrirán fuego a discreción. Esperemos que ajusten el punto de mira rápido y pongan fuera de combate todas las posiciones enemigas.

Lo que escuchaba no me agradó en absoluto. Podíamos estar mandando a una muerte segura a nuestros artilleros, pero Líster ya había tomado su decisión. El ataque estaba previsto en torno a las doce de la mañana y me invitó a acompañarle a observar el enfrentamiento desde la Torre de San Martín. Acepté y de inmediato fui a buscar a Manolo para que nos acompañara también.

Cinco minutos antes de la hora señalada para el ataque, parte del Estado Mayor de la división, junto a Líster, Manolo y yo mismo, ya estábamos en la torre, prestos a presenciar «la última batalla de Teruel», como la había denominado solemnemente el teniente coronel.

Nuestras piezas artilleras estaban tomando posiciones cubriéndose con las enormes montañas de escombros, que es en lo que se había convertido parte del centro de la ciudad tras el bombardeo rebelde de la noche anterior. Esperaba que, al menos en esta ocasión, la prensa extranjera dijese que los responsables de semejante desastre no éramos nosotros.

La calma tensa que imperaba fue rota por el lejano ruido de varios aviones que se aproximaban desde territorio enemigo. Líster gritó:

—¡Maldita sea, mandan sus bombarderos!

Inmediatamente dio órdenes para que nuestros cazas despegaran. Desafortunadamente, no llegaron todo lo rápido que nos hubiese gustado. Antes de que nuestros cazas MS-406 hicieran acto de presencia, los Stuka lanzaron su mortífera carga sobre las líneas de los muchachos de la 45.ª y nuestra artillería, poniendo fuera de combate un par de piezas, eso sí, en cuanto nuestra aviación llegó a los cielos turolenses, derribaron tres aviones enemigos, y pusieron al resto en retirada. No se privaron de ametrallar las posiciones enemigas en el Pinar de la Muela.

Ahora sí, con quince minutos de retraso, parecía que el combate iba a comenzar. Las piezas próximas a la calle El Salvador abrieron fuego, seguidas de las piezas procedentes de la calle San Francisco. Más de veinte bocas de fuego disparando al unísono. El espectáculo era a la vez emocionante y sobrecogedor. El enemigo apenas era capaz de devolver el fuego, hecho que los chicos de Kléber aprovecharon para lanzarse sobre las posiciones rebeldes.

Solo resistieron treinta minutos el asedio. Varias banderas blancas se izaron, y Líster ordenó que las baterías cesaran el fuego. Íbamos a bajar para felicitar a nuestros artilleros por su buena labor, cuando Manolo me dio varias nerviosas palmadas en la espalda:

—¡Marqués! ¡Marqués! ¡Allí!

Señalaba con su dedo hacia el este. Con emoción comprobé cómo una bandera de la Cruz Roja ondeaba en un edificio. Grité:

—¡Laura!

Sin dar explicaciones corrí escaleras abajo y Manolo se lanzó tras de mí. Como alma que lleva el diablo fuimos hacia el este, atravesando las intrincadas calles turolenses, esquivando también los cascotes que inundaban las vías. A través de ese laberinto me desorienté, algo muy fácil por otra parte, por lo que pregunté a un señor mayor que se asomaba por la ventana:

—Disculpe, señor, ¿me podría decir dónde está el hospital de la Cruz Roja?

El anciano me indicó que estaba muy cerca, a escasos trescientos metros, en la calle Abadía. Corrí todo lo que mis piernas me permitieron hasta que alcancé la puerta del hospital. Se trataba de una casa señorial con un gran portón de madera en el que habían pintado una cruz roja sobre un fondo blanco. Manolo me dijo:

—Está ahí, Marqués, lo sé. Está ahí.

Mi pulso se aceleró más incluso que la primera vez que fui con ella a dar un paseo por el parque del Retiro. Con decisión hice el ademán de abrir la puerta, pero Manolo me previno:

—Cuidado, Marqués, no sabemos si puede haber algún enemigo tras la puerta. Debiéramos desenfundar al menos nuestras pistolas.

Agradecí que Manolo fuera capaz de pensar por mí, ya que la emoción y la tensión nublaban mi mente. Ahora sí, revólver en mano, empujé el portón que se abrió no sin dificultad. Un fuerte olor a podredumbre nos dio la bienvenida. Gran cantidad de vendas manchadas de sangre se acumulaban por las esquinas. El lugar parecía desierto. Comenzamos a superar varios salones ubicados a izquierda y derecha totalmente vacíos. Mi amigo se aseguró de que no había nadie en cada estancia que dejábamos atrás. Una gran puerta con cristaleras se encontraba al final del pasillo, y adivinamos varias figuras que se movían. Le dije a Manolo:

—Allí hay alguien.

Despacio nos aproximamos y abrí la puerta mientras Manolo se preparaba para apuntar a quien hubiera en el interior.

Mis plegarias a la Virgen de la Victoria habían sido escuchadas. Era Laura, allí estaba, vestida de enfermera. Otra compañera le ayudaba con los siete heridos que estaban tumbados en las camas.

La noté muy cambiada, se había cortado mucho el pelo, y tenía la

tez muy blanca, grandes ojeras y gesto cansado. En ningún momento dirigió su mirada hacia nosotros, como tampoco lo hizo la otra chica. Despacio, me aproximé a ella y le dije:

—¡Laura, amor mío! ¡Soy yo!

Ni siquiera volteó su cabeza, siguió curando al enfermo al que atendía. La sujeté del brazo:

—¿Es que no me reconoces?

Ahora sí, pude sacarla del trance en que parecía encontrarse. Con su fina mano de largos dedos me acarició la cara:

—Alonso, ¿eres tú? ¿Cómo es posible?

La abracé y la besé:

—Sí, mi amor, soy yo.

Comenzó a llorar desconsoladamente mientras se abrazaba fuertemente a mí. Pronunció una serie de palabras entrecortadas que no era capaz de descifrar. Le pedí que se calmara:

—Laura, por favor, ya ha pasado todo, estás sana y salva. Tranquilízate.

A duras penas se recompuso y dijo:

—Luis…, mi hermano…

Repliqué:

—¿Sabes dónde está Luis?

Sin parar de llorar, me dijo:

—Al poco de llegar a Teruel, me enteré que habían destinado a Luis al frente… El primer día en la trinchera fue alcanzado por un mortero y perdió la pierna…

Le interrumpí:

—¿Pero está bien? Dime que está bien.

Prosiguió su relato:

—El día que nos comunicaron que teníamos que evacuar el hospital me dijeron que Luis y los otros que estaban más graves no podrían ser evacuados, se quedarían allí para que el enemigo les atendiera. Mi pobre Luis lloraba de terror, no quería quedarse solo y decidí quedarme con él, a pesar de que el capitán médico Crespo me advirtió del peligro que corría. Cuando llegaron los fascistas, sacaron a todos los heridos fuera y…

Laura no pudo seguir, un nudo en la garganta le impidió continuar, pero yo ya sabía cuál había sido el cruel destino de mi pobre cuñado Luis, fusilado como un perro junto a la orilla del Alfambra.

Traté de tranquilizar a Laura, pero esa herida la acompañaría toda la vida.

Yo estaba feliz porque había encontrado salva a lo que más quería en el mundo, pero no estaba sana, su corazón rezumaba dolor, no quedaba apenas nada de esa valiente y pizpireta muchacha que conocí años atrás.

***

Ya hemos llegado a la plaza de los Sitios. El monumento ubicado en el centro del lugar, homenaje a aquellos zaragozanos valientes que se opusieron con fiereza a las tropas napoleónicas.

Lamentablemente la historia no para de repetirse, y, por si hubieran sido pocos los terribles asedios que sufrió la capital aragonesa en esa época, ahora otra terrible batalla por el control de la ciudad acababa de terminar. Afortunadamente, como ya pasó a principios del siglo pasado, han vuelto a ganar los buenos.

Me llama la atención la cantidad de soldados que hacen fila en las puertas del convento de Victoria. Ordeno al conductor que detenga el vehículo y me apeo del mismo. Manolo, Chacón y Mesa me siguen.

Los uniformes que visten los soldados no son los habituales del Ejército Republicano. El color de los mismos es caqui con un tono verdoso. A escasos cincuenta metros del final de la cola, Chacón me da un golpe en la espalda:

—*¡Marquéh!, ¡zon ruzoh!*

El camarada Chacón está en lo cierto, la estrella roja del uniforme no deja lugar a dudas. Además, a medida que nos aproximamos, nos damos cuenta de que no entendemos nada de lo que brota de aquel tumulto. Para rematar, las botellas de vodka que se pasan de unos a otros nos resuelven cualquier duda que pudiéramos albergar.

Manolo me pregunta:

—Alonso, ¿qué hace toda esta gente aquí?

Me encojo de hombros y respondo:

—No tengo ni idea, pero voy a hacer todo lo posible para averiguarlo.

Avanzamos poco a poco superando a todos los hombres de la fila, algunos nos hacen gestos señalando el final de la misma, pero los ignoramos totalmente.

Una vez que hemos llegado a la entrada, compruebo que se ha montado una especie de taquilla. Los soldados hacen cola, pagan a uno que hace las veces de cobrador y pasan dentro del convento. No tengo ni idea de lo que puede pasar ahí dentro. Tal vez los fascistas desmantelaron el convento y lo convirtieron en una suerte de cine, teatro o algo similar. Me parece improbable, pero no se me ocurre otra idea mejor.

De pronto Mesa comienza a gritar:

—¡¿Hay alguien que hable español?!

Comprobamos cómo el murmullo de la gente cesa y nos miran fijamente, aunque, a decir verdad, nadie parece entendernos.

Mesa insiste un par de veces más y Chacón se suma al griterío. Entre tanto, la bizarra escena que se desarrolla ante nosotros sigue su

curso. Los soldados soviéticos hacen fila, pagan en la taquilla y entran al convento.

Una palmada en la espalda me saca de mi estupefacción. Me doy la vuelta, pero no reconozco a la persona que me ha palmeado. Un chico joven, rubio, de tez blanca y ojos claros. El muchacho arquea las cejas y me pregunta:

—Capitán Quiñones, ¿tú no *reconocer* a mí?

En ese instante, un chasquido resuena en mi cerebro. Claro que conozco a este joven, pero está muy cambiado, más que cambiado diría limpio y aseado, y eso que hace menos de un mes que nuestros caminos se cruzaron.

Septiembre y octubre de 1938, sierra de Algairén, alrededores de Zaragoza

Todo lo que padecimos para que Teruel volviera a caer en nuestras manos dejó una huella, otra más, en el alma de los que participamos en aquella locura.

Al menos yo conseguí hallar luz entre tanta tiniebla. Por fin había podido reencontrarme con Laura totalmente sana, al menos físicamente.

Un par de días después de la toma de la ciudad, mientras nuestra división se reagrupaba y reabastecía, tuvimos tiempo para charlar largo y tendido.

Laura me contó que, en general, y en contra de lo que ella pensaba, el trato de los fascistas fue correcto. Tan solo uno de los soldados a los que atendía intentó ir más allá de la relación enfermera–paciente, pero este fue rápidamente reprendido por el capitán médico del hospital. De lo que sí se me quejó amargamente es de que estaba obligada a asistir dos veces al día a misa, y eso era algo que a ella le aburría profundamente, pero que se tomaba con resignación.

Relató que, tras la toma de Teruel por parte de los rebeldes, el ambiente de la ciudad en general, y el de los militares en particular, era de euforia; euforia que llegó a su cénit cuando la punta de lanza fascista alcanzó el Mediterráneo en Vinaroz.

Recordó que, tras nuestro paso del Ebro, notó que algo no iba del todo bien para nuestro enemigo. Escuchaba a los oficiales que pasaban por el hospital hablar del material de guerra francés, que era superior al alemán e italiano. Del cuerpo de ejército ruso que había partido la zona rebelde en dos en Extremadura no sabía nada, pero esto se lo conté yo. Laura se dio cuenta de que las cosas empezaban a marchar mucho mejor para nuestro bando cuando de forma continua comenzaron a llegar heridos a su hospital.

Eso, intuyó, solo podía significar que les estábamos comenzando a devolver el golpe. También me contó que, a mediados de agosto, numerosas unidades del ejército rebelde se acantonaron en la ciudad de Teruel y comenzaron a trabajar fortificando la misma y desplazando piezas artilleras. No había visto tal cantidad de tropas desde que perdimos la ciudad en febrero.

En lo personal, le restringieron las salidas, temían que, ante la cercanía de nuestro ejército, pudiera desertar y aportar información sobre la disposición de las defensas de la ciudad.

Respecto al inicio de nuestra ofensiva a Teruel, sufrió mucho, porque escuchaba a los oficiales mofarse del destrozo que nos estaban haciendo. Recordó que alguno dijo con sorna que el río Seco ya no llevaba agua, sino sangre de rojo.

La noche en la que Manolo y yo volamos el búnker que protegía la ciudad, notó cómo cundió el desánimo entre nuestro enemigo. Dieron orden general de evacuación, por eso la resistencia que nos encontramos en el interior de la ciudad fue mucho menor de la que nos imaginábamos. En relación a su hospital, evacuaron a todos los heridos menos graves, y al resto los dejaron allí a su cargo y al de su compañera.

En lo que a mí respecta, nada me podía alegrar más que haberme reencontrado con mi prometida, pero honestamente creía que el frente ya no era lugar para Laura, por lo que la convencí para que volviera a Madrid a descansar con su familia. Sus padres y su hermano hacía meses que no sabían nada de ella y de Luis, y se merecían saber que, al menos, su hija Laura estaba bien.

Nos habían comunicado que nuestro próximo objetivo sería tomar Zaragoza, por lo que, para tranquilizar a Laura, le dije que, en cuanto me hubiese reunido con mi hermana Victoria, pediría unos días de permiso para ir a Madrid a visitarla a ella y su familia.

Sabía que contar a sus padres lo que le había pasado a Luis sería un trago muy amargo, pero tarde o temprano tendría que pasar por ello.

La misma mañana que nuestra división partió rumbo norte hacia la capital maña, Laura tomó un transporte hacia Madrid vía Valencia, que era la ruta más segura. Nos despedimos con la certeza de que en poco tiempo nos volveríamos a ver.

Justo antes de iniciar nuestro camino rumbo a Zaragoza, el teniente coronel Líster se presentó ante Manolo y ante mí, y de forma solemne nos dijo:

—El teniente coronel del Ejército Popular de la República, Enrique Líster, siempre cumple sus promesas. Como agradecimiento a su inestimable contribución en la toma de Teruel, desde este momento el teniente Quiñones pasa a ser el capitán de la compañía del desdichado Narváez. El sargento Pérez pasará a ser teniente de esta misma

compañía. Aquí tienen sus credenciales y galones.

Era totalmente consciente de que, efectivamente, Líster estaba cumpliendo su palabra, pero no se me olvidaba que no nos estaba regalando nada. Nos mandó a un callejón sin salida donde solo había dos opciones, el éxito o la muerte. No obstante, cortésmente agradecimos nuestro ascenso, e informamos a nuestra compañía de las nuevas noticias.

Líster nos pidió también que, al menos durante los primeros días del avance, nos mantuviéramos alejados de la primera línea. Nuestros muchachos llevaban cerca de dos meses sin parar de combatir, y la toma de Teruel había mermado notablemente su moral.

Yo acepté sin rechistar, lo cierto es que empezaba a estar cansado de estar siempre jugándome la vida; me alisté como ingeniero y ya me había expuesto mucho más de lo que hubiese deseado.

Avanzamos tras la vanguardia de la 45.ª División de Kléber, que progresaba por la margen derecha del río Jiloca, y tras nuestra 11.ª División, que avanzaba por la margen izquierda del mismo río.

El avance fue relativamente sencillo, uno tras otro, caían los pueblos sin apenas lucha: Cella, Villarquemado, Santa Eulalia, Torremocha del Jiloca, Singra, Villafranca del Campo…

Para el día 15 de septiembre, ya estábamos rodeando Monreal del Campo. En este pueblo, unos cuantos falangistas apoyados por guardias civiles y población civil se habían negado a retirarse hacia Zaragoza, junto con numerosas tropas procedentes de Teruel. Se hicieron fuertes en varios puntos estratégicos de la localidad, y fue necesario utilizar los «sesenta quince» para ablandarlos y poder entrar en la lucha calle por calle.

No fue hasta el día 17 cuando pudimos dar por tomado Monreal del Campo. La lucha callejera había sido muy dura, y me pidieron desde el cuartel general que, junto con mis hombres, evaluara la situación de las infraestructuras e hiciera un informe de lo que había que reparar de inmediato para que el pueblo pudiera volver cuanto antes a la normalidad.

Una vez dentro de Monreal, la imagen que allí vi no era muy diferente a la que ya había observado en otras muchas localidades desde el inicio de la contienda y que habían sido foco de combates. Edificios destrozados, calles llenas de socavones, fuentes públicas fuera de servicio…

Nos encontrábamos Manolo, Chacón, Mesa, Molina y yo reconociendo el estado de las infraestructuras de la localidad, cuando una mujer de mediana edad nos salió al paso:

—¡Oficial! ¡Oficial! Por favor, le suplico ayuda.

La señora se postró de rodillas ante nosotros. Me adelanté y le ayudé a incorporarse:

—Díganos, señora, ¿en qué podemos ayudarle?

La mujer, sollozando, respondió:

—Al inicio de la guerra, los falangistas del pueblo encarcelaron a todas las personas que de una manera u otra simpatizaban con el Frente Popular. Mi marido fue elegido concejal del Partido Comunista en las últimas elecciones y mi hijo Adolfo era militante del PSOE. El 24 de julio de hace dos años les encarcelaron a ellos y a otros veintidós compañeros más en un caserón que habilitaron como cárcel cerca de la iglesia. Nos han dejado visitarlos una vez por semana y llevarles comida, pero desde que ustedes comenzaron la reconquista de Teruel no hemos podido verlos. Esta mañana a primera hora, cuando su ejército había tomado el pueblo, me acerqué a la cárcel y allí no había nadie. Se los han llevado, me tiene que ayudar, por favor.

Conmovido con la historia, Mesa le dijo a la mujer:

—No se preocupe, señora, encontraremos a su marido y a su hijo.

Me miró y asentí:

—Señora, díganos dónde está el caserón-cárcel para que veamos si podemos encontrar alguna pista.

La mujer, emocionada, se me abrazó y nos indicó que la siguiéramos. Al llegar a la iglesia, comprobamos cómo nuestra artillería había destrozado la cara sur de la misma, dejando al descubierto la nave principal.

La cárcel se encontraba en la confluencia de la calle El Pilar y la calle Castillo. Milagrosamente, durante los combates no había sufrido ningún daño. Una vez dentro, observamos cómo habían improvisado celdas dentro de los grandes salones. Las paredes estaban hechas de ladrillo y no tendría más de ocho metros cuadrados cada una de las estancias, que contaban con un pequeño escritorio, un camastro y una escupidera. La señora señaló dos celdas que estaban al fondo de uno de los salones:

—Esas dos celdas eran las de mi marido y mi hijo.

Se asomó y, llorando, dijo:

—Aún hay restos del pan y chorizo que les traje la última vez que los visité…

Chacón trató de calmar a la buena mujer:

—Tranquila, *zeñora*, tranquila, que *loh vamoh* a *encontrah*.

Recorrimos toda la casa, pero habían limpiado aquello a conciencia. No quedaba ni un solo papel, ni un solo documento, nada. Al fondo de uno de los salones de la planta baja, un gran portón me llamó la atención:

—Señora, perdone, ¿sabe qué hay detrás de ese portón?

La mujer respondió:

—Sí, claro, es un huerto. Los dueños de esta casa, simpatizantes de

le república que pudieron escapar antes de que los capturaran, tenían un pequeño huerto donde cultivaban sus propias hortalizas.

Hice una señal a los muchachos y todos nos dirigimos hacia el portón. No sin esfuerzo fuimos capaces de abrirlo, y nos encontramos una extensión de terreno considerable. El huerto tendría unos diez metros por quince, suficiente para abastecer de hortalizas a toda una familia. En el centro de ese espacio había un pozo con su cadena, garrucha y cubo.

Molina, al ver el cubo, dijo:

—Voy a beber un poco de agua fresca, que estoy sediento.

Cuando introdujo el cubo en el pozo, me sorprendió escuchar el «chof» característico muy pronto. Eso era síntoma inequívoco de que el nivel freático estaba somero en esa zona.

Cuando Molina lo sacó, acercó su boca al mismo para dar un trago de agua, pero con gesto de repulsión apartó la cara del mismo:

—Puaj, qué asco, esta agua huele a podrido.

La señora replicó:

—Eso no puede ser, el agua de la casa de los Sirvent ha sido siempre famosa por lo rica y fresca que está.

Extrañado, acerqué mi nariz al cubo. No había dudas, el olor era nauseabundo. Manolo, como impulsado por un resorte, se acercó a Chacón y le dijo algo al oído. Chacón cogió a la señora del brazo y amablemente le invitó a volver al interior del caserón. Manolo en voz baja dijo:

—Están aquí, lo sé, los fusilaron y están aquí, eso explica lo del agua.

Me golpeé con la palma de la mano la frente. Manolo estaba en lo cierto, cómo no se me había ocurrido antes; los cuerpos en descomposición combinados con lo elevado del nivel freático habían contaminado el agua del pozo… Empezamos a buscar tierra que aparentemente estuviese removida, cuando, desde una de las tapias, Molina gritó:

—Aquí hay agujeros en la pared.

Corrimos hacia allí y comprobamos cómo, junto a la tapia, el terreno tenía pinta de haber sido removido hacía poco tiempo. Nos agachamos y con las manos empezamos a excavar. Afortunadamente la tierra estaba blanda gracias a las lluvias de los últimos días.

Tras diez minutos de remover tierra, Mesa descubrió lo que parecía ser la punta de un zapato. Nos acercamos a su posición y le ayudamos a excavar. Efectivamente aquello era un cadáver, y se intuía que en los alrededores había más. Manolo había dado en la diana.

Paramos la excavación. Tomé la responsabilidad de comunicarle a la pobre mujer el desdichado destino que habían corrido su marido y su hijo. Paradójicamente, me dio la sensación de que ella ya se

imaginaba lo que había sucedido, pero trataba de engañarse pensando que tal vez los hubieran evacuado a otro sitio.

Cuando llegó uno de los comisarios políticos de la división, junto con otros camaradas equipados con palas, se destapó aquella enorme fosa común. En total veinticuatro hombres de todas las edades en avanzado estado de descomposición, que habían sido asesinados por tener unas ideas diferentes a las de sus asesinos, pero que jamás habían empuñado un arma. Por lo menos me quedó el consuelo de comprobar que todos habían recibido el tiro de gracia, y ninguno había sido enterrado vivo.

Llamé la atención a mis muchachos sobre lo fiero que puede ser el enemigo cuando se ve acorralado. Es capaz de asesinar a sangre fría a civiles inocentes…

A decir verdad, había comprobado que los nuestros también eran capaces de hacerlo.

Permanecimos un par de días más en Monreal del Campo, preparando el informe de necesidades inmediatas en materia de infraestructuras. Agradecí sinceramente a mis superiores que permitieran que toda mi compañía quedara fuera de esta nueva ofensiva, y, a pesar de que alguno que otro como Chacón insistía en que se aburría, la mayoría de mis soldados agradecía a aquello en lo que creyese cada día que pasábamos alejados del frente.

El día 19 de septiembre, a última hora de la tarde, recibí nota procedente del teniente coronel Líster:

Daroca, 19 de septiembre de 1938.

Capitán Quiñones, lamento no poder comunicarle aún la buena nueva que tanto deseamos, la caída de Zaragoza.

Las bravas tropas de la 11.ª y de la 45.ª División avistan ya los arrabales de Cariñena.

El fuego de artillería procedente de las sierras de Vícar y Algairén está castigando duramente nuestras líneas de suministro y han causado cuantiosas bajas entre los soldados.

Los rebeldes se han fortificado en las elevaciones con piezas de gran calibre. En este valle somos presa fácil, y, si no recibimos apoyo aéreo pronto, serán otras las unidades que vengan a tomar Cariñena, porque poco quedará de nosotros.

Es inútil el uso de blindados, en apenas veinte minutos han puesto fuera de combate dos tanques pesados y cinco medios. He ordenado que se mantengan a cubierto.

Le ordeno que, por ahora, usted y sus hombres permanezcan a la espera en Monreal del Campo.

Teniente coronel de la 11.ª División del E. P. R.
Enrique Líster Forján

Cuando terminé de leer la comunicación, un escalofrío recorrió mi

columna; por un lado, me sentía feliz al estar alejado de ese nuevo infierno, aún sentía muy próximas las tremendas carnicerías que nos infringieron los rebeldes hacía un par de semanas en Teruel, pero, por otro, se me rompía el corazón al pensar que nuevamente nuestros camaradas se veían sometidos a semejante tormento.

Los días fueron pasando y la situación en el frente no mejoraba. La carta que recibí el día 25 de septiembre fue un nuevo baño de agua fría:

Daroca, 25 de septiembre de 1938.

Capitán Quiñones, la situación me parece por momentos insostenible. Nuestras vanguardias se han destrozado lanzándose contra Cariñena y, sin el apoyo de los blindados, nada han conseguido.

Mandé dos compañías para que trataran de flanquear las cimas y tomarlas por la retaguardia. De esto hace ya cinco días y no han regresado. Me temo lo peor.

Los bombardeos rebeldes son cada vez más intensos, ya hemos contabilizado más de dos mil bajas entre muertos y heridos y la situación está enquistada.

Los pocos aviones que nos han enviado son presa fácil de los Flak 88 alemanes. Si no llegan pronto más bombarderos, ordenaré el repliegue general.

Entre tanto prepare a su unidad para unirse a nosotros en breve.

Teniente coronel de la 11.ª División del E. P. R.

Enrique Líster Forján

Las noticias no podían ser peores, pensaba que, por una vez en esta condenada guerra, mis chicos y yo íbamos a pasar de puntillas por una de las refriegas, pero, visto lo visto, parecía imposible.

Transmití a toda mi compañía las nuevas órdenes y les indiqué que, en la mañana del 27 de septiembre, si no recibíamos indicación en contra, partiríamos hacia Daroca.

Tras realizar el aprovisionamiento pertinente, cargamos nuestros camiones, diez en total, e iniciamos la marcha hacia el norte, tomando la ruta que habían conquistado nuestros camaradas días atrás.

Reconozco que la población en general nos recibía con vítores por todos los pueblos por los que pasábamos, pero también hay que admitir que en no pocas localidades encontramos cadáveres de civiles en las cunetas, no sabría decir si asesinados por los nuestros en su avance hacia Zaragoza, o ajustes de cuentas entre vecinos dirimidos a tiro limpio una vez que la República retomó el control del pueblo.

A escasos cinco kilómetros de Daroca, un ruido atronador comenzó a surgir desde el oeste; el sol quedó oculto tras una manta de aviones que se dirigía hacia nosotros. Aún estaban demasiado lejos para saber si eran de los nuestros, aunque Manolo, para tranquilizar a los demás, aseguró:

—Desde que empezó la guerra, solo nosotros hemos sido capaces de concentrar tal cantidad de aparatos, recordad el día del paso del Ebro.

Manolo tenía razón, pero hasta que no vi nuestra bandera tricolor sobre el fuselaje no me quedé del todo tranquilo. Los aviones avanzaron, y, al pasar sobre nosotros, tomaron dirección norte. A ojo calculé que la formación estaba compuesta por más de cien aparatos. Decenas de Katiuskas con cazas de escolta Polikarpov I-16, los «mosca», se dirigían hacia la sierra de Alfindén.

Proseguimos nuestro avance hacia Daroca mientras que, a lo lejos, escuchamos las explosiones en las sierras que tantas bajas habían provocado en nuestras filas.

Al llegar al puesto de mando, encontré al teniente coronel eufórico, podría decir que fuera de sí; me abrazó y gritó:

—¡Quiñones, por fin! Este bombardeo será definitivo. Me ha costado lo indecible, pero por fin el general Rojo ha tenido a bien mandarme una escuadrilla decente.

Le interrumpí:

—¿Escuadrilla? Yo diría más bien escuadrón, señor, ¿ha visto la cantidad de aparatos que nos han sobrevolado?

Mesándose los cabellos, Líster dijo:

—Sí, los he visto, eran muchísimos; ruego porque sus bombas tengan efecto y podamos tomar Cariñena.

Las noticias no se hicieron esperar, apenas una hora después de nuestra llegada al puesto de mando, un mensajero de la división trajo nota procedente de los camaradas que resistían estoicamente en las faldas de las sierras de Vícar y Algairén.

La nota relataba la confirmación por parte de los observadores de que, si no toda, la mayor parte de la artillería había sido puesta fuera de combate. La vía hacia Cariñena estaba libre.

Con los cañones rebeldes inservibles, nuestros tanques a plenos rendimiento, y un incesante apoyo aéreo, Cariñena cayó en apenas dos días. La mañana del 30 de septiembre, mis muchachos y yo la pasamos en la cochera de un caserón que amablemente nos cedió un cariñenense.

Esa misma mañana, Líster me convocó para darme nuevas órdenes; al llegar a su improvisado despacho en uno de los bajos del ayuntamiento de la localidad, me invitó a sentarme en una caja de fruta que hizo las veces de silla:

—Capitán Quiñones, como bien sabe, le estoy muy agradecido por lo que hicieron usted y su compañero Pérez para que cayera Teruel; a pesar de la forma en que se produjo, agradezco sinceramente la valentía que mostraron, y es por eso por lo que tomé la decisión de mantenerlos fuera de la campaña para la toma de Zaragoza. Es cierto que, si no llega a ser por la brava intervención de la aviación de

nuestros camaradas soviéticos, seguramente su compañía habría tenido que entrar en liza, pero afortunadamente no ha sido así. Por tanto, puesto que se prevé que aún sea necesario luchar mucho para que la capital de Aragón caiga en nuestras manos, y es mi deseo alejarlos del frente, he solicitado al Estado Mayor que usted y su compañía retomen la función de unidad de ingenieros que tuvieron en compases anteriores de la guerra.

Interrumpí a Líster:

—Señor, se lo agradezco de corazón, pero no es necesario que nos aparte de la lucha, mis hombres y yo estamos listos para…

El teniente coronel se incorporó y me mandó callar:

—Capitán, mi obligación es darle órdenes, y la suya es cumplirlas. Tengo cargo de conciencia por haberle amenazado con un pelotón de fusilamiento cuando ha demostrado que dentro de usted no hay sitio para la cobardía.

Agaché la cabeza:

—Lo que usted diga, señor.

Prosiguió:

—Deberán ir hacia el este. El avance de las divisiones 3.ª, 35.ª y 42.ª ha puesto en fuga al enemigo, que se ha resguardado en Zaragoza. En su retirada, han volado gran cantidad de puentes. Al Estado Mayor le preocupan especialmente los pasos sobre el Ebro. Es por esto que su misión será ir hasta Caspe, y remontar el río hasta Fuentes de Ebro haciendo un informe del estado de todos los puentes. Si la suerte nos acompaña, en breve nos reencontraremos en Zaragoza. Me han informado que dentro de poco voy a recibir tropas soviéticas, de las que lucharon en Extremadura, para reforzar nuestro avance.

Agradecí a Líster sus palabras y transmití las buenas nuevas a mi compañía. El día uno de octubre tomamos dirección este, vía Belchite y Azalia, para llegar finalmente a Caspe.

Tras diez minutos de camino, los restos de un avión próximos a la carretera llamaron mi atención. Ordené al convoy que parara y me bajé. Mesa bajó conmigo.

Al aproximarnos, nos dimos cuenta de que eran los restos de uno de nuestros aviones, un «mosca». Mesa con cuidado se acercó a la cabina del piloto y gritó:

—Marqués, el piloto está dentro, parece que respira.

Nos aproximamos y efectivamente comprobé cómo el joven aún respiraba. Entre Mesa y yo lo sacamos del avión y limpiamos su cara, totalmente ennegrecida por el aceite. Cuando el agua fría tocó su rostro, recuperó la consciencia y comenzó a chapurrear con acento ruso unas palabras en español:

—Gracias… *Yo ayer tarde y motor fallar, aterrizaje emergencia, nadie venir buscar a mí.* Gracias.

Le preguntamos si le dolía algo, y se señaló la espalda. En este momento, ya habían acudido varios muchachos a ayudar. Le retiramos su cazadora de cuero marrón y su camisa blanca. Comprobamos que tenía varios moratones en la espalda, pero en principio no parecía grave.

Como aún estábamos cerca de Cariñena, ordené que el último camión del convoy regresara y lo dejara en el hospital de campaña. Manolo y yo le acompañamos, no podía hacer menos por alguien que había acudido tan lejos de su país a luchar por nuestra República. El ruso agarró fuertemente mi mano:

—Muchas gracias, señor, *yo siempre muy agradecido a ti. Yo Nikita Zsaitsev, yo deber vida a ti.*

Le respondí:

—No será para tanto. Lo que necesitamos es que te recuperes pronto y vuelvas a pilotar uno de esos aviones.

El camión partió hacia Cariñena, y, durante el camino, nos contó que, a pesar de lo que hubiéramos podido escuchar, les había costado mucho trabajo doblegar a los fascistas en Extremadura, y solo la mayor cantidad de aviones y tanques puestos en liza por los nuestros inclinó la balanza. También nos contó que le gustaba mucho España, su clima, su gente, la comida, hablaba maravillas del queso de mi tierra, y las chicas guapas.

Al llegar al hospital de campaña, facilitamos los datos necesarios para su ingreso, le deseamos toda la suerte del mundo, y regresamos al lugar donde nos esperaban los demás, ya que los puentes del Ebro, o mejor dicho lo que quedaba de ellos, nos esperaban.

***

En plena cola me abrazo al ruso que tengo delante:

—Pero…, Nikita, ¿eres tú?

El joven ruso asiente con la cabeza:

—Sí, capitán, de no ser por usted y sus hombres yo *no vivo ya*.

Trato de quitarle hierro al asunto:

—No le des importancia, amigo, cualquiera hubiera hecho lo mismo.

El piloto insiste:

—No, cualquiera no, *yo más de dieciocho horas abandonado y nadie querer ayudar a mí. Solo usted sacar de aparato y llevar a hospital.*

Tanto agradecimiento me incomoda un poco, para tratar de zanjar el asunto, le paso la mano por la espalda en señal de agradecimiento y le pregunto:

—Bueno, y ¿la recuperación fue bien?

Nikita responde:

—Sí, capitán, solo un día de ingreso y ya *piloto avión otra vez.*

Atacado mucho Zaragoza estos días. Fascistas huyen igual conejos.

Ahora es Manolo quien le interpela:

—Soldado, y ¿esta cola para qué es?

El ruso sujeta el antebrazo de Manolo y le dice:

—*Ustedes también querer, ¿no?*

Ahora soy yo quien habla:

—*Nosotros también querer…* ¿qué?

El piloto sonríe y con un gesto inequívoco con su cadera todos entendemos a qué se refiere, pero Chacón lo aclara, por si a alguien le queda alguna duda:

—*Marquéh*, que han *montao* ahí una *caza* de *putah*.

Lo que ahora me preocupa no es lo que hayan montado en el convento de mi hermana, sino dónde está ella. Le digo al ruso que nos acompañe, que lo voy a necesitar de intérprete. Nos dirigimos todos a la entrada junto a la taquilla:

—Nikita, dile que tenemos que entrar, que es una emergencia.

Nuestro amigo traduce lo que le pido:

—*My dolzhny voyti, eto srochno.*

Su interlocutor suelta una sonora carcajada y responde:

—*Da, konechno, u vsekh v ocheredi yest' chrezvychaynaya situatsiya!*

Nikita nos traduce:

—*Dice que vosotros tener una emergencia como todos lo que están en cola.*

Me enfurece lo que escucho, pero algo me dice que de nada va a servir enfadarme si lo que realmente quiero es localizar a Victoria. Le pido a Nikita que le pregunte si sabe dónde se llevaron a las monjas que había en este convento antes de que llegaran las prostitutas. El piloto procede:

—*Vy znayete, gde byli monakhini do pribytiya shlyukh?*

El improvisado taquillero responde, pero su cara denota que la respuesta a nuestra pregunta es una obviedad:

—*Chto eto za vopros? Monakhini shlyukhi.*

Miro fijamente a Nikita:

—Capitán, *decir que qué pregunta ser esa, que las monjas ser las putas.*

Cuando escucho esas palabras siento algo que recorre todo mi cuerpo y me quema por dentro. Manolo mira a mis ojos y, sin cruzar ni media, ambos nos lanzamos como locos al interior del convento. Para ello hemos tenido que apartar de nuestro camino con un fuerte empujón a los dos soldados rusos que custodiaban la entrada.

El griterío es atronador, pero aún acierto a mirar atrás. Compruebo cómo Mesa y Chacón sujetan a los guardias que acabamos de derribar para evitar que puedan venir a por nosotros. Eso nos da un tiempo muy valioso.

Comenzamos a correr por el claustro y Manolo, jadeante, me

pregunta:

—¿La celda de tu hermana… no sabrás cuál es?

Niego con la cabeza, mientras compruebo que nos aproximamos hacia una imponente escalera. Con un gesto de mi brazo, le indico a Manolo la dirección que debemos tomar.

A medida que subimos, volvemos a escuchar voces de soldados rusos. Cuando por fin ya avistamos el claustro superior, lo que encuentro ante mis ojos petrifica mi corazón. Varios, no sé decir cuántos, pero no pocos, cadáveres de monjas asesinadas se apilan. Estoy seguro de que mi rostro refleja ira, algo que contrasta con la risueña cara de todos los rusos que nos observan. Manolo sujeta mi brazo y me susurra el oído:

—Alonso, tranquilo, son solo monjas viejas.

Reconozco lo ruin de mi sensación, pero las palabras de Manolo me alivian.

A lo largo del pasillo del claustro superior hay varias celdas con la puerta cerrada, y en todas hay al menos un soldado ruso esperando. A través de las puertas se cuela el sonido procedente del interior de la celda, en alguna incluso se escuchan gritos y llantos. No tengo nada que me oriente respecto a cuál puede ser la habitación de mi hermana.

Decidimos abrir una puerta al azar, le enseño mis galones al soldado que espera en la puerta y nos deja paso. La abro. La escena es tétrica. Un soldado ruso sin pantalones, pero con su guerrera, fornicando sobre una joven monja desnuda a la que le han dejado como única prenda de vestir su velo negro. La muchacha clava su mirada en mí, sus ojos imploran ayuda, pero he de ignorarla. El ruso vuelve su cara hacia nosotros con indiferencia.

Salimos de la celda. Manolo me dice:

—Esto va a ser como encontrar una aguja en un pajar.

Asiento con la cabeza. Probamos en la siguiente celda; la misma escena. Abrimos tres celdas más sin éxito. Cuando estamos prestos a abrir otra celda, una voz femenina procedente de la última habitación del pasillo lo inunda todo.

—¡Noooo! ¡Por favor, noooo!

A esta voz le sucede un fuerte golpe. Le digo a Manolo:

—¡Es Victoria! ¡Mi hermana!

Son varios los años que llevo sin escuchar su voz, pero la identificaría entre un millón. Corriendo nos dirigimos hacia la celda y abro la puerta de un golpe. A pesar de haber visto de todo desde que empezó la contienda, no estoy preparado para esta horrible visión. Mi hermana está totalmente desnuda agazapada en una esquina del habitáculo, mientras el salvaje ruso que está con ella en el cuarto la azota sin piedad con un cinturón. Hay restos de sangre por la estancia.

La ira me invade, se nublan mis sentidos, el odio me ciega. Me

abalanzo sobre el ruso que golpea impunemente a mi hermana y lo lanzo al suelo. Inmediatamente me tiro sobre él y empiezo a golpear su cabeza con todas mis fuerzas. Noto que el ruso me mira extrañado, no comprende lo que pasa, yo sí tengo claro por qué le estoy golpeando.

Creo que ha perdido el conocimiento, pero aún no es suficiente, desenfundo mi Smith & Wesson y con su culata golpeo brutalmente la cabeza varias veces.

Manolo me sujeta el brazo:

—Alonso, ya está, no insistas…, ha muerto.

Justo en el momento en el que paro, me doy cuenta de que he llorado mientras mataba a este cobarde y canalla violador, pero una dulce vocecita me saca de mi trance:

—Alonso…, ¿eres tú?

Me incorporo y cojo los restos del hábito de Victoria para cubrir su maltratado cuerpo.

—Sí, Victoria, soy yo, ya ha pasado todo, tranquila.

Temblando, me responde:

—Pero… ¿cómo es posible…? ¿He muerto y estoy en el cielo?

Se incorpora… Compruebo cómo corre sangre entre sus blancos muslos; su espalda está totalmente amoratada, y de la boca y la nariz le brota algo de sangre también que se mezcla con las lágrimas de sus ojos.

Entre tanto, Manolo ha apartado el cadáver del ruso de la vista de los soldados soviéticos que se agolpan ante la puerta de la minúscula celda, y con su cuerpo bloquea el acceso.

Cojo de la mano a mi asustada hermana y le digo:

—Tranquila, Victoria, ya pasó todo, estás a salvo. Tenemos que esperar a que vengan los camaradas que nos aguardan abajo y nos iremos de aquí.

A pesar del sufrimiento que refleja su rostro, es capaz de dedicarme una delicada sonrisa:

—Alonso…, igual que cuando éramos niños…, me has vuelto a salvar…

Trato de calmarla:

—Dime, ¿cómo estás, te duele algo?

Sin levantar la mirada, balbucea:

—Me duele el alma…

Le doy un fuerte abrazo.

—Tranquila, hermana mía, esto ya ha pasado, cuidaré de ti, no lo dudes. ¿Desde cuándo están los rusos aquí?

Victoria da un profundo suspiro:

—Todo empezó ayer… Aunque ya llevábamos varios días sufriendo bombardeos, ayer por la mañana, un capitán del Ejército Nacional le

dijo a nuestra madre superiora, sor Margarita… ¡La han matado…!

Comienza a llorar, pero hago lo posible por calmarla:

—Victoria, ya he visto lo que han hecho con muchas de tus hermanas, pero es importante que sepa qué ha pasado si queremos que los culpables paguen su crimen.

Aún con las lágrimas recorriendo sus amoratadas mejillas, recobra la calma y prosigue:

—El capitán nacional le dijo a sor Margarita que era imposible defender la ciudad, que se retiraban. Nos ofreció evacuarnos, pero sor Margarita se negó, dijo que nuestro destino era estar en nuestro convento, y que Dios estaba con nosotras. A primera hora de la tarde de ayer varios de estos soldados extranjeros entraron al convento, sor Margarita les salió al paso, pero no pudo hacer nada, sin mediar palabra recibió un disparo en la cabeza. Todas comenzamos a chillar y a llorar. Nos subieron a este claustro y separaron a las hermanas de mayor edad de las más jóvenes, en un principio no comprendimos lo que hacían. Luego comenzaron a encerrarnos a las más jóvenes en celdas. Yo, tras la puerta de esta celda, escuché a mis hermanas veteranas rezar y, acto seguido, tras varios disparos dejé de escucharlas, por lo que imaginé que habían acabado con su vida. Quedé totalmente petrificada, pero duró poco, a los diez minutos entró uno de estos extranjeros, me abofeteó varias veces y me arrancó el hábito…; escuché lo mismo en celdas contiguas, supongo que las hermanas que no están con Dios Padre en el cielo han sufrido lo mismo que yo. El soldado se abalanzó sobre mí y comenzó a violarme…

Victoria llora amargamente, le digo que ya es suficiente, que no siga, pero me indica con la mano que quiere seguir:

—Alonso, desde que ayer entró el primer soldado no han parado de entrar, uno detrás de otro…, he perdido la cuenta de cuántos de estos animales han pasado por mi cuerpo…; rezaré a Dios para que se apiade de sus almas. Cuando entró este último soldado me negué a que pusiera sus manos sobre mi cuerpo con la esperanza de que me matara…, Dios me perdone.

Le doy un beso en la frente y trato de cambiar de tema:

—Estás conmigo, todo pasó, pagarán por lo que os han hecho. Pero, por favor, hablemos de cosas más agradables. ¿Has sabido algo de padre, de madre o de Diego?

Niega con la cabeza:

—Nada, como tampoco he sabido de ti hasta hoy, gracias a Dios. Escribí varias cartas, pero no recibí respuesta… Como tantas cosas, el correo durante la guerra no ha funcionado bien… ¿Y tú?, ¿has tenido noticias?

Me apena lo que escucho, tenía esperanzas de que Victoria me

dijera que todos se encuentran bien:

—Estando en zona republicana me ha sido imposible contactar… Al inicio de la guerra traté de volver a Trujillo, pero no pude, rápidamente los rebeldes la conquistaron…

De pronto, el ruido de varias personas corriendo por el claustro interrumpe nuestra apacible conversación… Son Chacón y Mesa:

—¡*Marquéh*! Ha *venío* un camión con policía *militah ruza*. *Za bajao* un tío con *pintah* de jefe y una gorra *mu* grande. *Ehtán ar llegah*…

Chacón asoma su cabeza a través de la puerta y al ver a mi hermana dice:

—Tanto *guhto*, *zeñorita*.

Gira su cabeza y ve el cadáver del ruso:

—¿Pero *ehto qué* eh*?* ¿*Ca pazao*? ¿A quién *habéih matao*?

Respondo:

—Ya habrá tiempo de dar explicaciones, Chacón. Ahora es muy urgente que Mesa y tú salgáis de aquí y tratéis de contactar con Líster. Contadle que me han detenido.

Mesa me interrumpe con tono alterado:

—¿Cómo que te han detenido?

Insisto:

—Aún no me han detenido, pero lo van a hacer, necesito vuestra ayuda por favor… ¡Idos ya!

Los dos salen corriendo y le digo a Manolo:

—Por favor, te tienes que hacer cargo de ella, sácala de aquí. Nos vemos en breve, ya verás cómo Líster me saca de este embrollo.

Victoria no me suelta:

—Alonso, por favor, no me dejes, Alonso, te lo ruego…

En ese momento, varios rusos fornidos entran en la celda. Sin pensárselo, se dirigen hacia mí y me detienen. No hay duda de que alguno de los que ha visto cómo he acabado con el ruso ha dado la voz de alarma. Victoria se queda llorando, pero me consuela ver que Manolo se hace cargo de ella.

Me llevan en volandas, bajo las escaleras del claustro sin apenas tocar un peldaño. Hay un furgón grande en la entrada, veo cómo Nikita está junto con otros soldados en la puerta del convento y me saluda. Abren el portón y recibo un fuerte golpe en la nuca.

***

Han debido pasar varias horas; la cabeza me duele horrores. Miro a mi alrededor, aún tengo la visión borrosa, una puerta con barrotes, un pequeño ventanuco…, no hay duda, me han encerrado.

Tercera Parte:
¿Para qué luchamos?

Domingo, 25 de agosto de 1940

Otro día que amanece; la claridad me impacta directamente en los ojos. Me incorporo, la espalda me duele mucho, ni siquiera tengo algo cómodo sobre lo que recostarme.

No saber dónde están ni cómo se encuentran aquellos a los que quieres te destroza poco a poco cada día.

Mi mente no para quieta. ¿Por qué haría esto?, ¿por qué no haría esto otro?… Hay muchos tipos de tortura, pero una de las peores es a la que se somete uno mismo.

Miércoles, 13 de octubre de 1938

Los soviéticos, nada más tomar Zaragoza, instalaron su cuartel general en el palacio de Larrinaga, y los sótanos del mismo los usaron como cárcel provisional, sala de interrogatorio y, cómo no, algo en lo que eran muy hábiles, de torturas. Allí fui trasladado cuando me sacaron por la fuerza del convento de Victoria.

Una vez mis carceleros fueron conscientes de que había recobrado el conocimiento, me dieron los buenos días arrojando sobre mi cuerpo un par de cubos de agua helada. Gritando les decía que era capitán del Ejército Popular de la República, pero dudo que me entendieran, ni

tampoco que les interesara lo que decía.

A media mañana del día trece, por fin escuché algo en español, si bien tenía un fuerte acento ruso. Según deduje, ya habían conseguido el intérprete que necesitaban para interrogarme.

Me sacaron de la celda y me llevaron con las manos atadas a la espalda, como si fuese un delincuente, a una improvisada sala de interrogatorios. Frente a una mesa de madera, se encontraba una extraña silla metálica de la que salían varios cables. Me sentaron allí y sujetaron mis brazos y piernas con correas.

Un oficial soviético, un soldado bastante corpulento, y el intérprete comenzaron su tarea. El oficial hablaba en ruso y el intérprete traducía:

—*¿Por qué usted asesinar soldado glorioso Ejército Rojo?*

Respondí:

—Buscaba a mi hermana, que es monja clarisa en ese convento. Encontré a su camarada golpeando brutalmente su cuerpo, no pude contener mi rabia.

Tras la pertinente traducción, noté cómo el oficial negó varias veces con la cabeza y pulsó un botón. En ese instante, una fuerte corriente recorrió todo mi cuerpo. Me quedé paralizado. Mis músculos se agarrotaron. El interpreté me volvió a interpelar:

—*Usted decir hermana suya monja. ¿No saber que religión ser opio del pueblo? ¿Acaso usted colaborador fascista?*

A pesar de estar aún aturdido, respondí con vehemencia:

—No me hagan ustedes reír, dos años antes de que llegaran aquí, ya estaba yo luchando por mis camaradas. ¡Sí! Mi hermana es monja, ¿y qué? La defendería igual que si fuese una miliciana. Mi hoja de servicio es impecable…

El oficial volvió a pulsar el botón. Esta vez la sacudida fue aún más fuerte, noté que mi corazón se aceleraba como nunca antes lo había sentido. Estuve a punto de perder el conocimiento, pero pararon a tiempo. El intérprete volvió a la carga:

—*Su expediente no ser tan limpio como dice, poco más de un mes hace que ser encarcelado. Usted amenazar con pistola a superior. Y tras paso Ebro en Fabara, usted dar paliza a soldado republicano por matar falangistas… ¿Ser eso cierto?*

¿Cómo podía saber esta gente lo que pasó? ¿Tan infiltrados estaban ya en nuestro ejército? Respondí:

—Sí, es cierto, pero no tiene nada que ver… Mi superior estaba mandando a un matadero a centenares de camaradas. No podía permitirlo. Y lo de Fabara… Mataron a un falangista, sí, pero también ametrallaron a una mujer y a unas niñas inocentes…

El fornido soldado ruso se adelantó y me propinó un bestial puñetazo en la cara. La sangre manó a borbotones de mi nariz y mi

boca. Como pude, balbuceé:

—Pero ¿qué quieren que diga? ¿No les gusta la verdad?

Tras hablar el oficial al mando, el intérprete volvió a traducir:

—*Usted ser conocido como «el Marqués» entre la tropa. Usted ser hijo del marqués de Gibranzos. Usted ser noble. Usted infiltrado fascista. Usted traidor.*

Negué con la cabeza, pero el puñetazo que había recibido ya no me permitía articular palabra.

El oficial volvió a pulsar el botón. Esta vez la corriente me produjo unos espasmos tan intensos que mi cuerpo se levantó varias veces de la silla. Sentí que las fuerzas me abandonaban. Un olor a carne quemada comenzó a manar de mis nalgas En ese momento escuché voces que se dirigían hacia el lugar donde me encontraba. Repentinamente, la puerta se abrió y un oficial soviético de alta graduación junto con el teniente coronel Líster y mi amigo Manolo entraron en la sala. El soviético gritó algo que para mí era ininteligible y rápidamente el forzudo que me custodiaba me desató. Acababan de llegar mis tres ángeles de la guarda.

Cuando soltaron las correas que amarraban mi cuerpo a la silla, caí al suelo; no tenía fuerzas para mantenerme en pie. Manolo acudió raudo y me ayudó a incorporarme. Al pasar junto a Líster, musité como pude:

—Muchas gracias, señor, me ha salvado la vida.

El teniente coronel me devolvió una fría mirada:

—Ya hablaremos.

Como buenamente pudo, Manolo me sacó de aquel helado y lúgubre sótano. Estaba aturdido por las descargas que acababa de recibir, y la sangre aún brotaba de mi nariz y boca.

Me subieron en la parte de atrás de un camión. Manolo se subió conmigo. Le pregunté:

—¿Victoria? Dime por favor que está bien.

Mi amigo sonrió:

—Tranquilo, Marqués, está en el cuartel general de la división, yo personalmente me he encargado de que la atiendan y esté a salvo. Nos dirigimos hacia allá ahora mismo.

Apreté fuertemente su mano y con la voz quebrada por la emoción le dije:

—Muchas gracias, amigo…, no sé cómo te podré devolver lo que has hecho por mí…

Manolo se limitó a responder:

—Ahora descansa…, ya tendremos tiempo de hablar.

Lo siguiente que recuerdo es que desperté en una cama. Cuando abrí los ojos, sentada a mi lado estaba mi hermana:

—¡Victoria! ¿Cómo estás?

Traté de incorporarme, pero apenas si fui capaz de levantar un palmo mi espalda del camastro. Entre los múltiples dolores que sentía, el más desagradable procedía de la horrible quemadura que había dejado en mis posaderas esa maldita silla eléctrica. Victoria se levantó y dijo:

—Tranquilo, Alonso. Tienes que descansar. No hagas esfuerzos.

Volví a recostarme, pero tenía ganas de hablar con mi hermana:

—Dime, ¿estás bien? ¿Y tus hermanas monjas?, ¿están a salvo?

Los ojos de Victoria se humedecieron:

—Alonso…, las han fusilado a todas…, yo soy la única superviviente porque tu amigo Manuel me sacó de allí… Solo Dios sabe por qué yo merezco seguir viviendo y ellas no… No me han dejado ni siquiera darles cristiana sepultura… Han quemado sus cuerpos en la puerta del convento… Estos rusos son animales salvajes…

No podía creer lo que escuchaba. Qué clase de fanatismo te puede llevar a violar y asesinar a unas pobres monjas indefensas. ¿Tan locos nos estaba volviendo la guerra que no éramos ya capaces de distinguir entre el bien y el mal?

En ese momento Chacón y Mesa entraron por la puerta:

—*Marquéh*, pero qué *alegría*. Ya le *decía* yo a *Meza* que *bisho* malo nunca muere… *Ehtoh ruzoh zon zarvajeh*. ¿Cómo *tan podío* hacer *ehto*?

Me alegró ver a mis amigos. Mesa, con una amplia sonrisa, extendió su mano y yo se la apreté:

—Mi capitán, es una enorme alegría saber que está usted sano y salvo.

Agradecí a todos su preocupación y estuvimos un rato charlando hasta que entró Manolo en la estancia:

—Alonso, me alegro de verte recuperado. El teniente coronel me ha ordenado que, en cuanto te despertaras, te lleváramos a su presencia. Muchachos, por favor, ayudadme.

Victoria exclamó:

—¡Necesita descansar! Por favor, dejadlo…

Yo le dije:

—Tranquila, Victoria, Líster es amigo, querrá que le informe sobre lo sucedido.

Entre los tres me ayudaron a ponerme en pie. El camino hacia el despacho de Líster se me hizo como una maratón…, mis piernas a duras penas respondían. Al llegar allí, Manolo tocó a la puerta y dijo:

—Mi teniente coronel. Ya está aquí el capitán Quiñones.

Líster, sin levantar su mirada del escritorio, dijo:

—Muy bien, que se siente. Por favor, déjennos solos.

Con intención de relajar el ambiente le dije a Líster que, tal y como tenía el trasero, prefería quedarme de pie. El teniente coronel cogió un

almohadón que tenía en el respaldo de su butaca y lo colocó en la silla que me había reservado. Me indicó nuevamente con la mano que me sentara.

El ambiente era tenso, el rictus de Líster me daba a entender que poco bueno podía salir de aquella conversación. Levantó su cabeza y clavó sus ojos en los míos:

—Capitán Quiñones, está usted metido en un lío gordo, muy gordo… ¿Tiene idea de a quién mató usted el otro día?

Devolviéndole la mirada, dije:

—A un malnacido violador de monjas.

Líster dio un puñetazo en la mesa y se incorporó:

—No tiene ni idea de las llamadas que he tenido que hacer para que le suelten. Su sentencia de muerte estaba ya redactada y pendiente de firma. Golpeó hasta la muerte al sobrino de la mujer del general Voroshílov, el teniente Dragunov.

Realmente no me importó en exceso lo que me dijo Líster; al parecer ahora daba la impresión de que no era cierto eso de que todos los hombres somos iguales; si el muerto hubiera sido un cualquiera, el piloto Nikita al que salvamos la vida, por ejemplo, hubiera dado igual, pero este era un muerto de primera… Reconozco que con cierto tono chulesco espeté:

—Lo siento, señor, solo defendía a mi hermana de un salvaje que pretendía violarla como ya habían hecho otros muchos animales como este antes. ¿Este es el paraíso que promete Negrín para España si ganamos la guerra? ¿Violaciones de mojas? ¿Y lo próximo qué será?, ¿violaciones de niñas simplemente por el hecho de pensar diferente?

Ahora sí que hice enfurecer a Líster:

—¡Está usted loco! ¡No entiendo cómo una persona puede ser tan valiente y tan descerebrada a la vez!

Sonreí.

—Tal vez una cosa va enlazada a la otra.

Lister golpeó otra vez con su puño la mesa:

—No es consciente del peligro que corre su vida, ¿verdad? ¿Cree que si lo matan a usted todo parará ahí? No… Los soviéticos son metódicos, en serio, créame, sé de lo que hablo; luego irán a por su hermana, a por su prometida, a por sus padres… Y luego tal vez liquidarán a sus hombres. No hablamos solo de su vida, la vida de sus seres queridos está en grave riesgo. He conseguido conjurarlo, pero, si mantiene su actitud…, no puedo garantizar la integridad física de usted, ni de los suyos… Está en su mano, capitán.

Acababa de recibir un baño de realidad. El teniente coronel me había abierto los ojos… De repente, toda esa altanería que había exhibido segundos atrás desapareció, y fue sustituida por el miedo, un miedo atávico. Podría soportar mi propia muerte, llevaba más de dos

años con ella como compañera, pero no podía permitir la de mis seres queridos, y menos por mi culpa. Líster fue capaz de leer en mis ojos todo lo que se pasaba por mi cabeza en ese instante:

—Ahora se ha dado cuenta, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, y le respondí:

—Gracias, señor, y disculpe mi actitud. Jamás pondría en peligro a ninguno de los míos. Dígame lo que he de hacer y lo haré.

El gesto de Líster cambió, su rostro dejó la dureza que había mostrado hasta el momento, y reflejó comprensión:

—Capitán, usted ha sido sin duda uno de los más bravos soldados que he tenido bajo mi mando. Sería ridículo que echase su vida a perder por una estupidez. He conseguido, a través del Ministerio de la Guerra en Madrid, un mes de permiso para usted. Les he relatado que el estrés continuo al que ha estado sometido le hizo perder los nervios. Se ha ganado con creces el mes de permiso.

Repliqué:

—No sé cómo agradecérselo, señor, pero no quiero dejar a mis hombres…

Me interrumpió:

—No se lo estoy sugiriendo, le estoy ordenando que se tome el mes de permiso, y que salga de Zaragoza. Su vida corre peligro con la ciudad llena de soviéticos, que, al igual que usted, llegado el caso, pudieran perder el control. No tiene alternativa.

Agaché la cabeza y, con voz resignada, le dije:

—Como siempre, señor, cumpliré sus órdenes, pero, otra cosa si me permite, ¿cómo es posible que los soviéticos hayan tenido acceso a mi expediente? Sabían varias cosas que no deberían saber…

Líster respondió:

—Una de las exigencias de Stalin para mandar a su cuerpo de ejército fue el control absoluto del servicio de inteligencia, el SIM. Ahora mismo lo saben todo de todos.

Los soviéticos se estaban haciendo con el control de la inteligencia militar, y con ello con el control del ejército… El precio a pagar por la ayuda, bajo mi punto de vista, era demasiado alto.

Me levanté de la silla y le agradecí a mi teniente coronel sus gestiones. Sin soltarme la mano, dijo:

—Ahora sí que estamos en paz, Quiñones, por favor, tenga cuidado, no haga locuras, porque ya no podré ayudarle más.

***

El desayuno es el de siempre, nada que me apetezca comer. El café está aguado y muy amargo. Ni siquiera tengo un poco de azúcar para endulzarlo.

Está siendo uno de los meses de agosto más calurosos que recuerdo;

el polvo que se cuela por mi ventana se agarra a la garganta y hace que tosa constantemente.

La guerra terminó, pero la guerra empezó, son ciclos que se repiten.

Ya ni siquiera siento odio, tan solo quiero descansar… de una vez por todas.

Nunca fui hombre de mucha fe, solo he rezado fervorosamente a mi Virgen de la Victoria, pero creo que hasta ella se ha olvidado de mí.

Segunda quincena de octubre de 1938, Madrid

No sé si fueron las ganas que tenía de quitarnos de en medio, o en agradecimiento a los servicios pasados…, el caso es que el teniente coronel Líster consiguió para Victoria y para mí un pasaje en un vuelo que trasladaba al comandante del XV Cuerpo de Ejército, teniente coronel Manuel Tagüeña, a Madrid, donde tenía prevista una reunión con el general Miaja.

He de reconocer que tanto para mi hermana como para mí era nuestro primer vuelo en avión. La imagen del Douglas DC2 era majestuosa, el fuselaje totalmente brillante, como una bala de plata. Las alas estaban adornadas con nuestra bandera tricolor y la estrella de cinco puntas del Ejército Rojo.

No sin cierto temor, Victoria ocupó su asiento. A mí me sucedía lo mismo, la idea de volar me atemorizaba, pero me asustaba más aún que nos encontráramos en el aire con aviones alemanes o italianos, o, desde tierra, con los mortíferos antiaéreos Flak 88.

La estampa era curiosa: el teniente coronel, varios oficiales, Victoria y yo.

Tagüeña había alcanzado esa graduación a lo largo de la guerra gracias a su ingenio militar; tendría más o menos mi edad, y su tez blanquecina y sus características gafas redondas le daban un aspecto afable, alejado de lo que se supone que tenía que ser un líder militar. Por supuesto, al menos en apariencia, no tenía nada que ver con Líster.

A Tagüeña le llamó la atención nuestra presencia y sin duda notó la tensión que ambos teníamos reflejada en nuestro rostro; se sentó a mi lado y dijo:

—Esté usted tranquilo, capitán. Estos aparatos son americanos. Prácticamente infalibles.

Le respondí:

—No temo tanto que nuestro aparato falle como que nuestro enemigo nos ataque.

El teniente coronel sonrió:

—Tranquilo, nos escoltará una escuadrilla de «moscas». También llevaremos cazabombarderos por si hay que atacar a tierra. Le recomiendo que se relajen usted y su acompañante.

Con la tensión del momento reflejada en mi voz, pues los motores acababan de ponerse en marcha y el aparato ya se movía, le dije:

—Es mi hermana.

El despegue, a pesar de lo que me imaginaba, fue bastante

agradable, aunque jamás olvidaré esa sensación: justo cuando el aparato comenzó a elevarse, sentí que mi estómago se acercaba al pecho y por un par de segundos me faltó la respiración. Luego todo pasó. Por la ventanilla comprobé con alivio cómo Tagüeña no había mentido; varios «moscas», y algún que otro cazabombardero nos escoltaban.

El comandante se quitó por un instante sus minúsculas gafas redondas y comenzó a limpiarlas con un pañuelo que llevaba en su guerrera. Giró la cabeza hacia mí y dijo:

—¿Usted es el capitán Quiñones, verdad, el héroe de Teruel?

¿El héroe de Teruel? ¿Así me conocían? La propaganda estaba haciendo de las suyas. Le respondí:

—Soy el capitán Quiñones, sí; respecto a lo de Teruel…, tan solo cumplí órdenes, y no lo hice solo.

Tagüeña se puso las gafas y dijo:

—Ya sabe usted que en todas las guerras hay héroes y villanos. A usted le ha tocado el papel de héroe. No le extrañe si algún periódico quiere hacerle una entrevista durante su estancia en Madrid. Eso sí, por lo que seguro que no le preguntarán es por la hazaña que usted y sus hombres lograron el día del paso del Ebro. Gracias a que inutilizaron los desagües de Camarasa, mis divisiones cruzaron el río sin problemas durante dos semanas. Sepa usted que salvaron miles de vidas republicanas y pusieron su enorme grano de arena para el éxito de la ofensiva del Ebro. Eso se lo agradezco de corazón.

Victoria estaba totalmente sorprendida al escuchar lo que decían de mí. Le había ahorrado detalles sobre mis peripecias en el ejército, pero estaba descubriendo que ya no quedaba nada de aquel niño revoltoso, glotón y malcriado que le levantaba la falda y le tiraba del pelo.

Tagüeña prosiguió:

—Mi amigo Líster le debe de tener en mucha estima. No es nada fácil que un oficial de su rango, y mucho menos un civil, suban a un avión como este.

Me pasé la mano por la nuca y respondí:

—El aprecio y la admiración entre el teniente coronel y yo es mutua. Sabe que mi hermana ha sufrido mucho y me ha permitido sacarla del frente para llevarla a Madrid con mi prometida y su familia. En cualquier caso, mi intención es volver al frente en cuanto sea posible.

Tagüeña sonrió:

—¿Volver al frente? Se le olvida que Madrid es frente, y… espero no hablar de más si le digo que tal vez no le dé tiempo a volver a Zaragoza. Puede ser que dentro de no mucho tiempo se lance una ofensiva para expulsar a los fascistas que asedian la capital.

Asentí con la cabeza. Se me olvidaba que estaba hablando con

alguien con hilo directo con el general Rojo, por lo que aproveché para informarme de los últimos avances en la guerra:

—Y dígame, señor, ¿cómo se encuentran los diferentes frentes a día de hoy? La verdad es que hace un par de semanas que no me informo.

Tagüeña se quitó la gorra, se acarició el cabello y respondió:

—El avance en el centro y sur de Aragón lo conoce usted mejor que yo. Conseguimos expulsar a los fascistas del Mediterráneo, liberando la carretera de Valencia a Barcelona. Al norte, una vez superado el Ebro, lancé a mis 3.ª y 35.º Divisiones reforzadas con artillería y tanques franceses hacia Huesca. También contamos con todo el apoyo aéreo que necesitamos. Huesca cayó tras una semana de lucha. Luego dirigí mis esfuerzos hacia Pamplona, ya que la toma de Zaragoza se la habían encomendado a Líster.

Interrumpí:

—Si, bueno…, si no llegamos a recibir ayuda aérea soviética, no sé qué habría pasado.

Mi interlocutor asintió con la cabeza:

—Como le iba diciendo, nos dirigimos hacia Pamplona, el avance por la ribera navarra fue muy fácil hasta que llegamos a los alrededores de la capital. Esos malditos requetés la están defendiendo como si fuesen numantinos. Cada metro que avanzamos es a costa de mucha sangre y pérdidas materiales. Tengo empantanadas a dos divisiones, aunque soy optimista, si consigo los refuerzos que necesito, espero que la caída de la ciudad no se haga mucho de rogar.

Nuevamente le interpelé:

—Bueno…, supongo que todo el mundo en todos los frentes está pidiendo refuerzos, ¿no?

Tagüeña sonrió:

—Claro que sí, todo el mundo pide refuerzos, pero mi misión es convencer a mis superiores de que yo los necesito más que nadie.

Soltó una carcajada, varios de sus acompañantes se rieron también, yo hice lo propio y creo que hasta Victoria sonrió. Varios instantes después, prosiguió:

—Respecto a las islas, todo sigue igual, las Canarias son de los fascistas, y en las Baleares solo tenemos Menorca. Me consta que en breve se iniciará una campaña de bombardeos contra Mallorca e Ibiza, pero por ahora no tenemos novedad.

Algo extrañado, le pregunté:

—¿Bombardeos? ¿No somos capaces de organizar un bloqueo y forzar su rendición?

Ajustándose las gafas, respondió:

—Mucho me temo que nuestra marina es incapaz de hacer frente a los submarinos alemanes, que cazan nuestros buques como una araña a los mosquitos.

Respondí.

—Comprendo… Por ahora, la vía naval es imposible.

Tagüeña asintió y continuó:

—En Extremadura, a través del valle de los Pedroches, tomamos Badajoz y Mérida y partimos la zona rebelde en dos. El general Voroshílov, tras asegurar las posiciones conquistadas en tierras pacenses, recibió orden de dirigirse a Madrid con el grueso de sus tropas. Al parecer, hicieron noche en Cerro Muriano, y, sin a consultar nadie, Voroshílov decidió lanzar varias columnas blindadas contra Córdoba. Los fascistas no se esperaban el ataque y la capital de los califas cayó sin apenas lucha. Al general Rojo no le sentó nada bien que el soviético fuera por libre, pero una victoria siempre es una victoria.

Nuevamente pregunté:

—¿Y en Andalucía?, ¿hemos conquistado algo más?

Otra vez, Tagüeña se quitó las gafas y empezó a limpiarlas:

—Cuando se corrió la voz de la victoria en Córdoba, un capitán con ínfulas de general, un tal Castilla si mal no recuerdo, agrupó varias compañías de la 21.ª División, con reemplazos mayormente locales, soldados de Martos, Torredonjimeno, Torredelcampo, Fuerte del Rey e incluso de la capital, Jaén. Partieron sin más ayuda que su valentía ni más apoyo que su locura a conquistar Granada. Tomaron la vía de Alcalá la Real, y hasta allí llegaron. Perdóneme porque no conozco la zona, pero, según parece, hay un cerro con una fortaleza de origen musulmán conocida como La Mota o algo así. Los fascistas habían emplazado una ingente cantidad de cañones en la cumbre. El resto se lo puede imaginar, una masacre, más de trescientas bajas.

Una vez más, le cuestioné:

—¿Y con el tal Castilla?, ¿qué pasó?

Respondió:

—El muy cobarde, nada más iniciarse la batalla, huyó. Afortunadamente fue apresado y fusilado ese mismo día. Por tanto, en Andalucía, hasta la fecha, solo podemos celebrar la conquista de Córdoba. Para el Estado Mayor es prioritario aflojar el dogal que atenaza Madrid antes de abrir otros frentes.

La charla con Tagüeña estaba siendo muy amena, me sorprendió que alguien con tanta responsabilidad, con una graduación militar tan alta, tuviera un trato tan cercano y humano.

La conversación fue derivando de aquí para allá; le conté lo sucedido en el convento de Victoria y las consecuencias que tuvo posteriormente para mí. Se indignó profundamente, me dijo que no entendía cómo se podía hacer eso con mujeres inocentes. Aseguró que lo investigaría y que trataría de que los culpables pagaran por ello, pero que, al estar los soviéticos de por medio, no me podía prometer

nada. A cambio de su ayuda, Negrín les estaba dando cada vez más preponderancia en el Gobierno Republicano; semana a semana, tenían más parcelas de poder bajo control.

Aproveché para preguntarle a mi interlocutor sobre algo que hacía tiempo que rondaba mi cabeza:

—Mi teniente coronel, hay una cuestión a la que no paro de darle vueltas. Efectivamente, nuestro ejército ha recibido una muy valiosa ayuda, por un lado, por parte del gobierno francés, en forma de material de guerra de muy alta calidad, y, por otro, por parte de la Unión Soviética, con material y un cuerpo de ejército. Hasta ahí lo entiendo todo. Lo que no entiendo es por qué cada vez vemos menos Panzer I y aviones alemanes en el campo de batalla.

Tagüeña arqueó las cejas, le sorprendió que le preguntara por eso:

—Mi querido capitán, me sorprende que me haga esta pregunta.

Apoyando mi mano sobre la barbilla, le dije:

—Señor, no es por nada en particular, solo que me sorprende que los nazis tuvieran tanto interés en que los rebeldes ganaran la guerra, y de hecho casi lo consiguen, y ahora, de repente, recibimos refuerzos materiales y humanos, cierto es que muy valiosos, y los nazis se olvidan de sus aliados.

El teniente coronel sonrió levemente y comenzó su exposición:

—Capitán Quiñones, yo mismo me pregunté eso en el preciso instante en el que nuestras tropas comenzaron a avanzar en el frente del Ebro. Meses atrás, destruíamos tanques alemanes y rápidamente eran repuestos; eso ya no pasaba. Material italiano seguían teniendo en cantidad, aunque, afortunadamente para nosotros, es de escasa calidad. Planteé esta duda que ahora usted me expone al mismísimo general Rojo, que me dijo que se rumoreaba que Hitler ya había hecho lo que había venido a hacer a España, probar su moderno armamento en condiciones de fuego real. Según parece, por correos que interceptamos, en numerosas ocasiones manifestó su desacuerdo con el general Franco por su forma de dirigir la guerra. A juicio del germano, los rebeldes podrían haber ganado la guerra el año pasado.

Volví a preguntar:

—Pero, señor, ¿a un fanático anticomunista como Hitler no le preocupa que podamos ganar la guerra con el apoyo de Stalin?

Tagüeña respondió:

—En una de las numerosas intervenciones en la radio pública alemana, Hitler calificó a los españoles como «vagos, moros, andrajosos y adoradores de una reina ramera», dudo mucho que le preocupe quién nos gobierne. Vino a probar su material y ya lo ha hecho. Afortunadamente para nosotros, España carece de interés para el *Führer*.

Dicho lo cual, comenzó a reír; yo hice lo mismo. Victoria, sin

embargo, comenzó a ponerse nerviosa, ya que estábamos iniciando la maniobra de descenso hacia el aeródromo de Barberán y Collar en Alcalá de Henares.

El aterrizaje se realizó sin novedad, y, al descender del aparato, me despedí efusivamente del teniente coronel que, mientras me palmeaba la espalda, dijo:

—Ha sido un placer disfrutar de su compañía, camarada. ¡Hasta muy pronto!

Tras despedir a Tagüeña, me sorprendió comprobar cómo Líster se había encargado de mandar un automóvil a buscarnos. Le indiqué al chófer la dirección de la casa de la familia de Laura, hacia donde nos dirigíamos.

Iniciamos la marcha hacia la capital, teníamos unos cuarenta kilómetros hasta nuestro destino.

Madrid había cambiado totalmente respecto a la última vez que estuve allí. La gente que nos cruzábamos por la calle tenía un aspecto menos taciturno, más alegre. Centenares de banderas republicanas, francesas, pero sobre todo soviéticas adornaban los balcones de las casas y pisos. Numerosas pancartas con vítores a Stalin y su enviado Voroshílov colgaban en las calles. La alegría había vuelto a la capital de España.

Al llegar al portal de la casa de Laura, afortunadamente todo estaba tal y como lo recordaba; en época de guerra, cualquier cambio siempre es a peor.

Eran aproximadamente las dos de la tarde, hora de comer. Había tenido la precaución de comprar una hogaza de pan y un poco de embutido para que no supusiese un contratiempo para mi familia política nuestra llegada.

Subimos las escaleras y toqué a la puerta. Escuché la inconfundible voz de la señora María que gritó su habitual: «¡Ya *va!*». La llave accionó la cerradura y tras la puerta apareció la madre de Laura. Vestida de negro de pies a cabeza, con el pelo totalmente blanco, pero aun así no dudó en regalarme una sonrisa.

—¡Alonso, hijo mío! ¡Qué alegría verte por aquí sano y salvo! ¡Laura! ¡Está aquí Alonso!

Le di dos besos y un fuerte abrazo, y dije:

—Señora María, permítame que le presente a mi hermana Victoria.

Victoria se adelantó y le estrechó la mano:

—Es un placer, señora, Alonso me ha hablado mucho y muy bien de usted y su familia.

La señora María nos indicó con su mano que pasáramos, justo cuando Laura salió a mi encuentro; de un salto se lanzó a mis brazos:

—¡Alonso, mi amor, ansiaba verte de nuevo!

Cuando comprobó que no había venido solo, me soltó y se dirigió a

mi hermana:

—Pero…, Victoria, ¡qué alegría! ¿Qué haces aquí?

Victoria se acercó y le dio dos besos:

—Laura, querida mía, es una larga historia…, ya te contaremos.

Entramos al salón, y, como ya había supuesto, la mesa estaba puesta. Por el olor deduje que iban a comer sopa; no se advertía nada más en la mesa, por lo que desenvolví el paquete que llevaba bajo el brazo y dije:

—He traído un poco de pan, chorizo y salchichón para celebrar nuestro regreso.

Acaba de terminar mis palabras, cuando por el pasillo del fondo apareció una sombra, esbelta y encorvada… No cabía duda, era el señor Mateo. Me adelanté y le di la mano:

—Señor Mateo, ¿cómo se encuentra?

Ni siquiera me miró. Como un autómata, siguió el camino hacia su sitio y se sentó. Laura me susurró al oído:

—Desde que les conté lo de Luis, no ha vuelto a hablar, no ha vuelto a salir de casa, parece como si ya nada le importara… Da igual lo que le digas, parece que no escucha, es como si estuviera ausente.

Lancé una mirada compasiva a mi suegro, y le pregunté a Laura:

—¿Y Julián? ¿Dónde está?

La madre de Laura me cogió del brazo:

—Como Laura y Luis no estaban, decidió buscar trabajo para ayudar con los gastos de la casa, y encontró uno como repartidor de periódicos. Desde que las cosas en la guerra han cambiado, la gente se anima más a comprarlos con la ilusión de leer algún día que por fin ha terminado este mal sueño. Debe estar al llegar.

Laura me dio otro beso en la mejilla y nos dijo:

—Por favor, Alonso, Victoria, sentaos.

Tomamos asiento donde nos indicó, aunque solicité a la señora María un almohadón sobre el que sentarme, ya que las quemaduras en mis nalgas aún me dolían bastante.

Me resultaba muy duro ver al señor Mateo con la mirada perdida, su cuerpo estaba allí, mientras que su mente no estaba con nosotros.

Cogí una de las tripas de chorizo, y, con la navaja que siempre me acompañaba, comencé a partirlo en rodajas. He de decir que no era de mucha calidad, nada que ver con el ibérico de mi tierra, pero me supo a gloria.

Entre tanto, llegó Julián; el hecho de empezar a trabajar le había convertido en un hombrecito, ya tenía hasta sombra de barba en el mentón y el bigote. Le alegró mucho volver a verme.

Tras comer, estuvimos charlando animadamente sobre el futuro, contando anécdotas sobre Luis, y las travesuras que de pequeños perpetraban él y Julián. Ese fue el único momento en el que el señor

Mateo dio signos de estar con nosotros; varias lágrimas recorrieron sus mejillas.

Victoria también contó por qué estaba allí, aunque tuvo la prudencia de suavizar todos los detalles escabrosos por respeto a Laura y su familia.

Cuando mi hermana terminó su narración, Laura tomó la palabra:

—Querida Victoria, bien sabe tu hermano Alonso que yo siempre he defendido que la religión es el opio del pueblo, pero no es más cierto que no se puede acabar con la religión de esta forma tan salvaje. Mi propuesta siempre ha sido la de convencer a la gente. La religión se ha aprovechado históricamente de la incultura del pueblo…

Victoria no se pudo resistir e interrumpió:

—Perdóname, Laura, pero no puedo estar más en desacuerdo. La religión da cobijo y consuelo a todo aquel que siente en su corazón a Jesús y a la bendita Virgen María. Te reconforta cuando más solo estás y te ayuda cuando parece que todo está perdido.

Laura replicó:

—Sí, por eso mi padre está así.

Victoria continuó:

—Tal vez, si tu padre tuviera fe, creería que se reencontrará con tu hermano en el paraíso, y eso le daría ánimos para seguir con su vida y no dejar de lado a la familia que aún tiene aquí.

Me di cuenta de que la conversación estaba tomando un camino peligroso, lo último que quería es que Victoria y Laura se enzarzaran en una pelea por política y religión, por lo que intervine:

—Por favor, por favor, ya sabéis que no vamos a arreglar el mundo desde esta mesa camilla. Cada uno tenemos nuestras ideas y, sin duda, todos estamos en parte errados y en parte acertados.

Noté que tanto la señora María como Julián agradecieron mi intervención. Proseguí:

—Y dime, Julián, ahora que estás todo el día en la calle, palparás de primera mano el ambiente de la ciudad, ¿no?

Julián sonrió y asintió:

—Es verdad, Alonso, y no te puedes hacer una idea de lo mucho que ha cambiado todo desde que cruzasteis el Ebro. Y no me refiero solo al ánimo. Ha llegado gente de varios países, pero sobre todo soviéticos. Fíjate que hasta hay ya soviéticos en la Guardia de Asalto.

Laura prosiguió:

—Es verdad, Alonso, desde que he regresado, me ha llamado mucho la atención la cantidad de rusos que hay. Aunque Negrín lo niega, yo creo que ya son ellos los que mandan en la República.

Pregunté:

—¿Y qué dicen tus contactos del partido? ¿Has visto al Chino? ¿Qué opina él?

Respondió:

—A los pocos días de volver, me acerqué a la sede del partido y lo cierto es que no conocía a nadie de los que allí había. También encontré rusos, como en todos los sitios. Mis antiguos compañeros o se habían exiliado, o estaban en el frente, o habían muerto. El caso es que, tras mucho preguntar, una señora me pudo dar indicaciones sobre el Chino. Según me relató, murió en el frente de la Ciudad Universitaria a mediados de junio cuando hacía guardia. Una bala perdida le impactó en el cuello afectándole la yugular, y se desangró.

Suspiré profundamente y dije:

—Pobre Chino, era un buen muchacho.

Laura continuó:

—Sí que lo era, sí…

La tarde transcurrió agradable y tranquilamente. Hacía mucho tiempo que no recordaba una tarde así. Laura de pronto dijo:

—¿Queréis que vayamos a dar un paseo al Retiro?

La señora María respondió:

—Laura, hija mía. Sabes que no puedo dejar solo a tu padre.

Julián, negando con la cabeza, respondió:

—Estoy muy cansado.

Victoria dijo:

—La verdad es que estoy derrotada, el viaje me ha agotado, si es posible, me gustaría quedarme aquí.

La señora María replicó:

—Por supuesto, por supuesto, por desgracia, mi hijo Luis ya no va a necesitar nunca más su cama, puedes ir allí y descansar un rato.

Laura me miró y dijo con cierta sorna:

—¿Qué me dice usted, capitán Quiñones, salimos a pasear?

Por supuesto que acepté. Me ilusionaba la idea de volver tres o cuatro años atrás, cuando paseábamos por Madrid felices; nuestra única preocupación era pensar en el futuro, en lo dichosos que seríamos, en lo guapos que serían nuestros niños… Hacía ya demasiado tiempo que no podía dedicar ni un solo minuto de mi vida a estos menesteres.

Laura se enfundó el precioso vestido rojo que llevaba cuando la conocí. Estaba tan o más guapa que aquel día.

Paseamos por el Retiro y nos tomamos unos vinos. Por unas horas fui capaz de olvidar hasta el uniforme que llevaba puesto. Parecía que estuviésemos otra vez planeando nuestra boda, y discutiendo sobre si mi madre la arruinaría o no.

Aprovechamos para sentarnos en ese banco que tanto nos gustaba. Pude sentir nuevamente el embriagador olor a flores frescas de su pelo cuando apoyó su cabeza sobre mi hombro. Me susurró:

—Alonso, no quiero que pase este día, quiero que estemos siempre

así, solos tú y yo…, nada más, nadie más…

Giró su cabeza y, sujetando con sus dos manos mis mejillas, me dio el mejor beso de mi vida. Aunque solo hubiera sido por ese momento, todo lo vivido hasta entonces mereció la pena.

Volvimos a casa un poco tarde y, lógicamente, todo el mundo estaba ya durmiendo. Laura se fue a su cuarto y yo me acomodé en el butacón donde antaño el señor Mateo se echaba la siesta. Estaba tan agotado que creo que no tardé ni un minuto en dormirme profundamente.

Varios golpes fuertes me arrancaron de los brazos de Morfeo. Me incorporé sobresaltado. Comprobé que, aunque tímidamente, el sol ya estaba iluminando la ciudad. Nuevamente varios golpes. Ahora sí pude identificar que procedían de la puerta. En ese momento, la señora María salía de su dormitorio enfundada en una bata gritando: «¡Ya va!». Salí a su paso:

—Señora María, ¿espera usted a alguien a estas horas?

Se encogió de hombros y dijo:

—No, lo cierto es que no.

Le espeté:

—En ese caso, échese atrás.

Desenfundé mi Smith & Wesson y grité:

—¡¿Quién es?!

Desde el otro lado de la puerta replicaron:

—¡Guardia de Asalto! ¡Abran!

Bajé el arma, aunque la seguía empuñando. Con cuidado abrí la puerta. En total cuatro guardias, dos de ellos aparentemente rusos, estaban allí:

—Sí, caballeros, ¿en qué les puedo ayudar?

Uno de ellos se adelantó:

—¿Es esta la residencia de la señorita Laura Ramírez?

Desde el pasillo escuché a Laura, que, con voz firme, dijo:

—¡Sí! ¿Quién lo pregunta?

Me giré y dije:

—Laura, vuelve a tu cuarto.

En un santiamén noté cómo dos de los guardias me sujetaron por la espalda y me inmovilizaron. Comencé a gritar y a patalear diciendo que era capitán del Ejército de la República, pero no sirvió de nada. Entre tanto, Julián también salió. Cuando uno de los que hablaba español lo vio, cargó su rifle y, apuntándole, dijo:

—Atrás, muchacho, no queremos herir a nadie.

En ese momento también salió Victoria, pero Laura se adelantó y dijo:

—Por favor, no se pongan nerviosos, que aquí nadie le va a hacer daño a nadie. Díganme, ¿en qué les puedo ayudar?

El que parecía estar al mando del grupo dijo:

—Nos tiene que acompañar a la comisaría del paseo del Prado.

La señora María gritó:

—¿Pero qué ha hecho? ¿Por qué se la tienen que llevar?

Laura hizo gala de su templanza y dijo:

—Tranquila, madre, no pasa nada, solo quieren hacer unas comprobaciones, ¿no es cierto?

El responsable del grupo asintió, y yo grité:

—¡Me voy con ella!

Uno de los rusos apretó fuertemente la mano con la que me sujetaba la garganta, tanto que casi pierdo el conocimiento. El líder del grupo se acercó a mí, y, mirando fijamente a mis ojos, dijo:

—De aquí solo se va a mover ella. Tranquilos, porque, si está todo en orden, habrá regresado para la hora de comer. ¡Andando!

Salieron los cinco por la puerta. Hice el ademán de asomarme por la ventana y disparar a esos brutos, pero la señora María me pidió que no hiciera esa locura.

Decidimos pasar la mañana todos juntos, esperando noticias sobre Laura, pero a mediodía no podía esperar más, me coloqué mi guerrera, ajusté mi pistola al cinturón, y salí en dirección al paseo del Prado.

Tomé el paseo de las Delicias y, con paso acelerado, en apenas quince minutos llegué a esta nueva comisaría. Era fácil de identificar, en lo que antaño era la entrada principal del Museo del Prado ahora colgaban las banderas de la Unión Soviética y de la República Española con sendos retratos de Stalin y Negrín.

Me llamó la atención la cantidad de gente que se arremolinaba alrededor de la puerta principal. Me aproximé a un hombre de mediana edad y le pregunté:

—Perdone, ¿sabe usted por qué hay tanta gente aquí?

El hombre se quitó la gorra que cubría su cabeza y me dijo:

—¿No se ha enterado? Hace ya tres días que está funcionando esta comisaría por orden de los soviéticos. Están deteniendo a todo aquel que pudiera ser sospechoso de colaborar con los fascistas.

Pregunté de nuevo:

—¿Y usted qué hace aquí?

Apesadumbrado, respondió:

—Han detenido a mi hijo de diecisiete años. Dicen que, como estudió en un colegio de franciscanos, han inoculado en él el virus del cristianismo y es susceptible de colaborar con los rebeldes. Mi pobre hijo…, él no entiende de política. Si hasta incluso trató de alistarse en la 14.ª División para poder luchar bajo el mando de Cipriano Mera, que fue nuestro vecino, pero se lo impidieron por ser demasiado joven… Hace ya dos días que está aquí dentro y no sé nada de él… ¿Y

usted qué hace aquí, a quién le han traído?

Con cierta resignación, respondí:

—Han traído esta mañana a mi prometida, pero no sé qué pueden buscar en ella, es militante socialista, y ha estado en el frente cerca de la primera línea trabajando como enfermera militar.

El hombre se encogió de hombros y suspirando me dijo:

—Nadie está a salvo ahora mismo, cualquiera es susceptible de ser sospechoso…, aunque hayamos sido siempre leales al Gobierno.

Me despedí de aquel buen hombre y me acerqué a la puerta pasando junto a la estatua del celebérrimo Diego de Velázquez. Dos centinelas con uniforme soviético vigilaban el acceso. Al intentar entrar, cruzaron su fusil y me empujaron. Esto me indignó de tal forma que comencé a vociferar:

—¡Abrid paso, patanes! ¡Soy capitán del ejército de la República! Exijo que se me permita acceder a ver a una detenida.

Ante mis gritos, varias de las personas que esperaban en la puerta, se sumaron a mi protesta y generamos un gran tumulto. Los centinelas, visiblemente nerviosos, cargaron su fusil, pero en ese preciso instante salió del interior del edificio un muchacho que tendría más o menos mi edad, bajito, con gafas y trajeado. Al ver mi uniforme, se acercó y dijo:

—Soldado, ¿qué es todo esto?

He de reconocer que con cierta altivez le respondí:

—De soldado nada, para usted soy «mi capitán».

El tipo no se achantó y, mirando fijamente, me dijo:

—Usted no tiene ni idea de quién soy yo, ¿verdad?, con una simple orden puedo hacer que desaparezca por muy capitán que sea.

Respondí bravuconamente:

—Sepa que no me da ningún miedo, y sí, no tengo ni idea de quién es usted.

Acariciándose el mentón y sin disimular su sonrisa dijo:

—Soy Santiago Carrillo Solares, consejero de Orden Público de Madrid, y aquí tengo poder absoluto sobre todo lo que pasa o pueda pasar.

He de reconocer que, al saber quién era mi interlocutor, toda la altanería que había mostrado hasta el momento desapareció; tenía ante mi al consejero de Orden Público de la ciudad, la persona que miró hacia otro lado durante las matanzas de presos derechistas en Paracuellos. No hizo nada por evitar que los milicianos exaltados mataran a varios miles de personas, entre ellos mujeres, ancianos y niños. Esto es algo de lo que no nos gustaba hablar, pero que todos sabíamos que había pasado. Ante el miedo de que pudiera caer Madrid a finales de 1936, se decidió eliminar a todo aquel sospechoso de simpatizar con la causa rebelde, y que, de una manera u otra, les

pudiera ayudar a tomar la capital. La persona que tenía enfrente consintió con su inacción semejante salvajada que para nada representa la causa por la que muchos camaradas han dado ya su vida. Mi actitud respecto a él cambió de inmediato:

—Discúlpeme, don Santiago, no sabía que era usted…

Me interrumpió:

—Déjese de palabrerías… ¿Qué quiere? ¿Por qué están montando este follón?

Proseguí mi relato:

—Pues mire, acabo de llegar ayer de Zaragoza, pues me han dado unos días de descanso porque mi unidad y yo llevamos luchando desde el paso del Ebro, y vine a la capital a pasar unos días con mi futura esposa y su familia. La sorpresa me la he llevado esta mañana cuando unos soldados han detenido a mi prometida, se la han traído aquí por la fuerza, y no me han dado explicaciones.

Carrillo se ajustó las gafas y dijo:

—Mire usted, capitán, aquí nadie viene porque sí. Si está en estas dependencias es porque algo habrá hecho, y se está investigando.

Agaché la cabeza y le imploré:

—Señor, usted tiene capacidad para dejarla en libertad, le puedo asegurar que ella no ha hecho nada, yo respondo de sus actos, se lo suplico, la tienen que liberar.

Carrillo, con un gesto brusco de su mano, me indicó que le siguiera; los dos soldados abrieron paso a la vez como si de autómatas se tratase mientras el tumulto aún seguía en el exterior.

Lo que antaño fue la mejor pinacoteca del mundo ahora estaba llena de mesas de escritorio, sillas y oficinistas con uniformes del Ejército de la República y del Ejército Soviético. Los cuadros que adornaban las paredes habían sido sustituidos por retratos de Lenin y Stalin, y algún otro de Negrín. Carrillo, con notable desdén, me dijo:

—A ver, ¿cómo se llama?

Respondí:

—Alonso Quiñones García de Paredes.

Mi interlocutor se quitó las gafas y abrió los ojos como platos:

—Me refería a su prometida, pero… ¿usted es el capitán Quiñones? ¿El de Teruel?

Era cierto lo que me había dicho el teniente coronel Tagüeña, la propaganda había hecho su efecto:

—Sí, señor, yo mismo.

El gesto de Carrillo cambió por completo:

—Discúlpeme, capitán, no sabía que tenía ante mi a un héroe de la República. Permítame ayudarle, por favor, ¿cuál es el nombre de su prometida?

Repliqué:

—Laura Ramírez del Puerto.

Tomó nota en un papel y se lo dio a una secretaria que estaba sentada junto a su mesa. Su tez era blanca, y los grandes ojos verdes contrastaban con su melena rubia; la chica cogió el papelito y marchó hacia el interior del edificio. Prosiguió hablando conmigo:

—No se preocupe, en unos instantes sabremos qué sucede con su prometida…, y dígame, ¿cómo están las cosas por el frente de Aragón?

Comencé a contarle mis peripecias tratando de disimular la impaciencia que tenía por saber algo de Laura.

Al cabo de unos minutos que me parecieron eternos, llegó la misma chica de ojos verdes con una carpeta bajo el brazo. Me miró y exclamó:

—¿Usted es el capitán Quiñones, no es cierto?

Respondí:

—Sí, señorita, soy yo, es un placer…

Carrillo cogió la carpeta que llevaba la chica y con cierto desprecio dijo:

—Ya se puede retirar, Esperanza. Muchas gracias.

La joven se sonrojó y se retiró a su mesa. Carrillo examinó la carpeta y segundos después dijo:

—Comprendo…, al parecer, la señorita Ramírez era enfermera del hospital volante durante la primera batalla de Teruel, ¿no es cierto?

Asentí:

—Sí, es totalmente cierto.

Prosiguió:

—Según puedo leer, cuando Teruel volvió a caer en manos de los rebeldes, ella fue capturada, ¿verdad?

Nervioso, dije:

—Sí, claro, ¿y eso qué tiene que ver?

Pasó otra página del expediente y continuó:

—Posteriormente, fue puesta en libertad tras la gloriosa toma por parte de nuestras tropas de Teruel.

Visiblemente excitado, dije:

—Sí, así es, yo mismo con un camarada la encontramos en un hospital trabajando como enfermera, junto a otra compañera.

Carrillo cerró el informe y me miró a los ojos:

—Ahí está el problema. La gente del SIM no entiende por qué no fue asesinada por los fascistas en su retirada. Tal vez la hayan convertido a su diabólica ideología y ahora trabaje para ellos desde nuestra retaguardia.

Las palabras que escuché me sonaron a maquinaciones de una mente enfermiza. Tratando de guardar la compostura, repliqué:

—Pero, señor Carrillo, ¿se está usted escuchando? Por esa regla de tres, cualquier prisionero liberado es sospechoso, ¿no?

Carrillo asintió con la cabeza:

—Efectivamente, querido capitán, si alguno de nuestros prisioneros no ha sido asesinado, es probable que haya vendido su vida a cambio de espiar para el enemigo.

Iracundo, respondí:

—Tal vez, también es probable que no todos los enemigos sean asesinos despiadados y crueles.

El rictus de la cara de Carrillo cambió:

—¿Insinúa usted que el enemigo merece compasión? Estamos en una lucha sin cuartel. O nosotros o ellos.

Lo último que quería era que la persona que podía liberar a Laura se volviera contra mí por lo que acababa de decir:

—Discúlpeme, señor Carrillo, yo mejor que nadie sé lo que esas bestias fascistas son capaces de hacer. Sin ir más lejos, asesinaron a sangre fría a mi propio cuñado delante de su hermana. Solo le digo que es probable que lleven razón en la mayor parte de los prisioneros liberados, pero Laura no es así. Ella ha sido una fiel republicana desde el principio. Le doy mi palabra. Le pido por favor que la ponga en libertad, yo me haré cargo de ella.

Carrillo se pasó la mano por la nuca y dijo:

—Lo siento, ahora mismo esto se escapa a mi control. Los camaradas del SIM la están interrogando, y ellos serán los que concluyan si es un peligro para la República o no. Y ahora, le pido por favor que abandone la comisaría. Si hay alguna novedad, yo personalmente me encargaré de que se la notifiquen.

Carrillo hizo un gesto, y dos soldados me acompañaron a la puerta. Al salir, comenté a la gente lo que estaba sucediendo dentro, lo que sin duda crispó aún más los ánimos de la muchedumbre que allí se agolpaba.

Yo, derrotado y sin poder entender nada de lo que estaba sucediendo, volví a casa de Laura para relatar lo que había podido averiguar. Traté de tranquilizarles, diciéndole que, al día siguiente, lunes, iría al cuartel general a tratar de contactar con Tagüeña o con alguien que pudiera ayudarnos.

Pasamos el resto de la tarde todos en casa, cabizbajos y con ganas de poca charla. Nos fuimos a dormir, pero, al igual que sucedió el día anterior al rayar el alba, algo nos despertó. En esta ocasión no fueron soldados, sino las sirenas antiaéreas. Julián se asomó a la ventana junto a la que yo miraba y dijo:

—Alonso, hace un par de meses que no suenan… ¿Qué está pasando?

Respondí:

—Lo que pasa es que ellos, al igual que nosotros, quieren ganar la guerra.

No tardaron cinco minutos en aparecer por el horizonte varios bombarderos Savoia Marchetti escoltados por cazas Fiat. Afortunadamente, los I-16 y los Morane Saunier de los aeródromos cercanos salieron al encuentro del enemigo, y nuestras baterías antiaéreas comenzaron a cumplir su misión. Fuimos testigos de un formidable combate aéreo, pero, a pesar de la tenacidad de nuestros pilotos, y la buena puntería de los artilleros antiaéreos, la mayoría de los bombarderos fueron capaces de liberar su mortífera carga antes de caer derribados o huir.

La mayor parte de las explosiones sonaron relativamente cerca, por lo que Julián y yo decidimos salir a ver si podíamos ayudar. El humo procedía del norte de la ciudad y, a medida que nos acercábamos, comprendimos que los rebeldes se habían concentrado en bombardear el Museo del Prado.

Cuando fui consciente de la situación, comencé a correr mientras gritaba:

—¡¡Laura!!

Julián me seguía y, al acercarme a la entrada principal, comprobé que de la estatua de Velázquez tan solo quedaba el pedestal. Gran parte del techo del edificio se había venido abajo, y, de entre los escombros, los trabajadores y soldados del lugar salían como podían.

Recostado junto a un muro me encontré a Carrillo, con la cabeza ensangrentada, la ropa harapienta y las gafas totalmente rotas, pero aún con ellas puestas, parecía aturdido; al verme, reaccionó:

—Capitán Quiñones, se lo dije, tenemos ratas infiltradas en Madrid. Les han dicho lo que estábamos haciendo aquí.

Me agaché junto a él y le dije:

—Señor Carrillo, Laura, mi prometida, ¿dónde está?

Carrillo continuó su discurso:

—Hay que acabar con todos esos traidores, son veneno…

Nuevamente le pregunté:

—Señor…, mi prometida, por favor…

Carrillo parecía seguir en su mundo:

—Hay que exterminarlos a todos, una simple sospecha es motivo más que suficiente…, no se puede construir la dictadura del proletariado con elementos reaccionarios…

Desenfundé mi pistola y le apunté entre ceja y ceja:

—Por última vez, señor Carrillo, ¿dónde está Laura?

La visión del cañón de mi revólver frente a su cabeza no le atemorizó lo más mínimo:

—Traidores, solo hay traidores, hay que acabar con todos ellos. Malditos gusanos. No pararé hasta que muera el último fascista.

Comprendí que poco iba a sacar de este hombre. Lo dejé acurrucado frente al muro y comencé a dar vueltas entre las ruinas y

las llamas. A través del humo, apoyada en un árbol, identifiqué a la secretaria rubia de ojos verdes, que llevó el informe de Laura a Carrillo. Julián y yo nos acercamos a ella. Puse mi cara frente a la suya y le dije:

—Señorita, ¿me recuerda? Soy el capitán Quiñones.

La joven tenía la mirada perdida, su tez blanca estaba totalmente ensangrentada; la sangre le manaba desde la frente. Con un jirón de su vestido hice una especie de venda y le cubrí la cabeza. La chica me miró y me dedicó una dulce sonrisa:

—Capitán…

Me alegro que me reconociera:

—Sí, soy yo, señorita, esté tranquila, todo va a salir bien.

Me miró nuevamente:

—Es usted tan guapo…

Me sonrojé, pero le hice comprender que ese no era momento para piropos:

—Señorita, por favor, estoy buscando a la chica del expediente que ayer le dio a Carrillo. ¿Me puede ayudar?

Estaba totalmente desubicada y conmocionada. Le cogí fuertemente los hombros y, mirándole a los ojos, dije:

—¡Señorita, por favor! Es de vital importancia ¿Sabe algo de la chica del informe que le dio ayer a Carrillo?

Por un instante, la mirada de la muchacha pareció recobrar vida y dijo:

—No señor, no lo sé…, tan solo puedo decirle que ayer por la noche salió un camión con varios detenidos hacia la checa de San Bernardo, escuché a Carrillo decir que varios espías fascistas no volverían a ver la luz del sol. No sé más, no lo sé, lo siento…

La joven comenzó a llorar. Lo que escuché me cortó por un instante la respiración; era muy probable que Carrillo se refiriera a Laura y a otros pobres desdichados. Giré mi cabeza hacia Julián y le dije:

—Me voy a la calle San Bernardo. Tú quédate aquí hasta que lleguen unos sanitarios a hacerse cargo de esta joven. En cuanto eso suceda, te vuelves a casa.

Julián replicó:

—Pero, Alonso, yo quiero ayudar…

Con gesto serio y voz áspera, respondí:

—Si haces lo que te digo ayudarás. Ahora me tengo que ir.

Cuando emprendí mi camino, varios camiones de bomberos estaban ya trabajando para extinguir los múltiples incendios que las bombas habían desatado.

Dirigí mis pasos hacia la Gran Vía para llegar a la calle de San Bernardo, donde se encontraba la checa, muy cerca de la pensión La Gloriosa, en la que me alojé mis primeros años de estudiante.

A pesar de que la distancia no era demasiada, a mí se me hizo eterna. Me crucé con decenas de personas que corrían hacia sus casas, o salían asustadas de las bocas de metro. Durante muchos meses esta había sido su rutina diaria, sirena, refugio, recuento de víctimas…, pero últimamente la habían olvidado.

La aviación rebelde quería demostrar que aún controlaba la mayor parte del país, y que Madrid seguía siendo uno de sus objetivos prioritarios.

Cuando llegué a la calle de San Bernardo, me dirigí, apresurado, a la iglesia que se ubicaba en los números setenta y dos y setenta y cuatro, y que, de forma bastante sórdida bajo mi punto de vista, los militantes del Partido Comunista habían convertido en una cámara de tortura que funcionaba a toda máquina desde el inicio de la guerra.

Al llegar a la puerta del templo, me sorprendió que no hubiera centinelas, pero supuse que los bombardeos habrían hecho que el personal se pusiera a cubierto, o tal vez estuvieran ayudando en las tareas de desescombro.

Jamás había estado en esta iglesia, pero seguro que su aspecto anterior a la guerra en nada se parecía a lo que tenía ahora ante mis ojos. Banderas de la República y de la Unión Soviética colgaban por doquier. Un enorme crucifijo apoyado en el suelo hacía las veces de rampa para acceder a la parte superior de una estantería.

Donde antaño se encontraba el altar, observé cómo se apilaban esculturas de la Virgen María, así como cuadros de índole religiosa. Los orificios que se adivinaban dejaban claro que aquellos objetos habían servido para afinar la puntería de los antiguos milicianos, y ahora soldados del Ejército de la República.

Junto a la entrada a la sacristía, localicé una mesa con un joven de pelo largo peinado hacia atrás. Me acerqué y le dije:

—¡Buenos días, camarada! Soy el capitán Quiñones, estoy…

No me dejó terminar:

—¿El capitán Quiñones?, ¿el héroe de Teruel?

Con la esperanza de que ese apodo que la propaganda me había puesto tuviera efecto también en esta ocasión, respondí con voz firme:

—Sí, el mismo que viste y calza.

El joven sonrió, se levantó; colocó su puño en la frente como señal de saludo y respeto y dijo:

—Es un honor, señor. Dígame, ¿en qué le puedo ayudar?

En esta ocasión decidí no revelar mi relación con Laura, por lo que opté por simular que había recibido órdenes de trasladarla de nuevo.

—Estoy buscando a una detenida que creo que trasladaron anoche desde la comisaría del Paseo del Prado.

El muchacho se sentó de nuevo y rebuscó entre los papeles que tenía sobre la mesa. Se rascó repetidas veces la nuca y dijo:

—Mi capitán, anoche trasladaron a un total de trece detenidos desde esa comisaría, el problema es que…

Tratando de disimular mi nerviosismo, insistí:

—Soldado, ¿cuál es el problema?

Respondió:

—Pues que, a los pocos minutos de llegar el transporte con los detenidos, volvió a salir con la mayoría de ellos para darles el paseo.

Mi boca quedó totalmente seca. ¿Pudiera estar ya muerta Laura? No quería siquiera que la idea pasase por mi cabeza.

—Dice que salió con la mayoría, ¿no es cierto?, lo cual quiere decir que algunos de ellos sí que permanecen aún en el edificio, ¿correcto?

El joven asintió.

—Pues necesito saber ahora mismo si la detenida que busco fue paseada anoche. ¡Y ay de usted si han liquidado a la persona equivocada!

El muchacho comenzó a temblar porque mi tono sonó amenazante:

—Capitán, usted tiene que entender que yo soy un simple soldado, solo cumplo órdenes…

Le interrumpí:

—Exijo que compruebe ahora mismo si la persona que busco está aún aquí. Y pobre de usted como no sea así… Esta misma mañana le mando derechito a la primera línea de frente en la Ciudad Universitaria.

El joven, tartamudeando, dijo:

—Se… se… señor, no… se… se enfade. Sí… sí… sígame, por favor…

Entramos a la sacristía, y, tras bajar unas escaleras, llegamos a un sótano que habían habilitado como mazmorra. En la entrada había un tipo bastante grueso, con una camiseta de tirantes que una vez fue blanca, pero que ahora tenía un color amarillento bastante desagradable. Cuando nos vio, dijo:

—¡Cepeda! ¿Qué hace aquí? ¿Quién es este hombre?

El muchacho respondió:

—Este camarada es el capitán Quiñones, el héroe de Teruel. Está buscando a una de las detenidas que llegaron anoche procedentes de la comisaría del Prado.

El tipo sonrió y dijo:

—Prácticamente todos estarán ya criando malvas en el Retiro…, ja, ja, ja.

Un impulso que fui capaz de contener me pidió desenfundar mi revólver y acabar allí mismo con ese tipo, aunque afortunadamente no lo hice. El personaje, que todavía sonreía, dejaba entrever la falta de algunas piezas dentales, lo que aún hacía más desagradable su aspecto. Me preguntó mientras cogía un listado:

—Capitán, ¿a quién busca concretamente?

Rápidamente respondí:

—A la señorita Laura Ramírez del Puerto. Fue traída aquí por error.

El gesto de aquel nauseabundo personaje me hizo comprender que la conocía:

—¡Laura Ramírez! Claro, la que acusaban de espía. Tranquilo porque, en cuanto vi a esa muñequita, me la pedí para interrogarla. Es la única que salvé del convoy. No la pasearon ayer gracias a mí. Además, he de decir que estoy convencido de que no es ninguna espía; si con todo el «cariño» que le he dado no ha confesado…, esta es de los nuestros.

Las palabras del tipejo me asquearon bastante, pero me quedé con lo fundamental, Laura estaba allí, y estaba viva:

—Necesito que me diga dónde está para trasladarla. ¡Rápido!

Me respondió:

—Las prisas no son buenas consejeras, capitán, tiene que relajarse, le va a dar un infarto cualquier día de estos… La muchacha que busca está en la última celda a la derecha. Ahora mismo es mi única inquilina, a lo largo del día me llega otro pedido directamente desde Zaragoza. Tenga, esta es la llave que abre la celda.

Arranqué la llave de la mano de aquel repugnante ser y corrí por aquel estrecho y húmedo pasillo. Con cierta dificultad por el nerviosismo que tenía, abrí la puerta. Lo que encontré allí me desagarró el alma. Laura estaba semidesnuda, atada de pies y manos. Sus pies estaban dentro de un cubo con hielo y agua, lo que le hacía temblar de frío. Tenía numerosos cortes a lo largo de su cuerpo de los que aún manaba sangre, y lo que parecían ser quemaduras de cigarrillos alrededor de sus pechos. Su cabeza estaba inclinada hacia la izquierda y tenía la cara totalmente amoratada, fruto de la paliza que le había dado ese bestia.

Me acerqué y con sumo cuidado incorporé su cabeza. Mi pobre Laura acertó a decir con una voz apenas audible:

—No, por favor, yo no soy ninguna espía…

Le di un beso en la mejilla y le dije:

—Laura, amor mío, soy yo. Tranquila, todo ha pasado.

Al escuchar mi voz, abrió el ojo izquierdo, ya que el derecho lo tenía totalmente inflamado:

—Alonso…, pero ¿cómo es posible…? Me has encontrado…

Saqué sus pies de ese cubo helado, tenía los dedos totalmente amoratados; desaté sus manos. Para confirmar la responsabilidad de aquello, le pregunté:

—Laura, ¿quién te ha hecho esto?

Tosió un par de veces y comprobé cómo algo de sangre impregnó sus labios. Dijo:

—Un hombre gordo maloliente. Alonso, me ha hecho mucho daño, yo soy inocente, tú lo sabes, me ha amenazado con matar a mis padres y a mi hermano…

Ya había escuchado suficiente. Le pedí a Laura que aguantara solo un par de minutos. Cogí la cuerda con la que había amarrado las manos de mi prometida y la sujeté fuertemente. Salí al pasillo. La bestia estaba sentada en su escritorio de espaldas a mí. Cepeda había vuelto ya a su sitio en la entrada de la sacristía. Me acerqué sigiloso y, cuando estaba a menos de un metro, con toda la fuerza que fui capaz de reunir pasé la cuerda por su cuello y apreté todo lo que mis músculos me permitían. Acerqué mi boca a su oído y le dije:

—Eres una basura que ha matado a muchos inocentes. Como una basura vas a morir.

Noté cómo sus ojos inyectados en sangre me miraban. El tipo parecía no entender nada. Antes de que la vida le abandonara, lanzó un par de puñetazos al aire, pero fue inútil. Aquella bestia asesina había pagado todos sus crímenes.

Cogí una bolsa de tela que había encima de la mesa, y metí todos los documentos que el tipo almacenaba en los cajones del escritorio, con la intención de llevármelos de aquel lugar. No quería dejar pruebas de mi presencia y mucho menos de la de Laura en esa mazmorra, aunque ahora se me planteaba una duda y no pequeña. Si tratábamos de escapar por la ventana de la sacristía que había localizado mientras accedía al sótano, corría el riesgo de que el soldado Cepeda, que ya me conocía, diera la voz de alarma y se ordenara no solo mi búsqueda y captura, sino la de Laura y toda su familia.

Por tanto, tomé una decisión de la que no me arrepiento, pero que me perseguirá toda la vida. Me asomé a la escalera y llamé al joven:

—¡Cepeda! Baja, muchacho, necesito tu ayuda.

Desenfundé mi revólver, cogí el almohadón sobre el que se sentaba el tipo al que acaba de eliminar y, mientras con la mano derecha sujetaba el arma, con la izquierda coloqué el cojín delante del cañón con la esperanza de que se atenuara el ruido del disparo.

En cuanto bajó las escaleras, Cepeda se quedó mirándome hierático, no entendía la escena. Yo tan solo fui capaz de decir:

—Lo siento mucho, muchacho.

Apreté el gatillo de la Smith & Wesson, que, a pesar del almohadón hizo un ruido de mil demonios. La bala impactó en el pecho del joven, que cayó desplomado. En apenas treinta segundos, dejó de respirar, mientras sus ojos, totalmente abiertos pero ya sin vida, aún mantenían esa expresión de incredulidad.

Corrí de nuevo a la celda de Laura. Traté de vestirla con lo que quedaba de su ropa y salimos de allí a toda prisa por la ventana de la

sacristía. Pronto me di cuenta de que la pobrecita no iba a ser capaz de caminar ni cien metros, por lo que decidí parar una de las múltiples ambulancias que aún iban y venían del paseo del Prado.

Hice pasar a Laura por una herida de los bombardeos y les pedí que me trasladaran a la casa de su familia. Para convencerles, les dije que en el edificio residía un médico amigo mío. Por el camino, las enfermeras limpiaron y vendaron sus heridas.

Cuando entramos en el piso, la señora María cayó derrotada en el suelo al ver a su hija:

—¡Pero, hija mía! ¡¿Qué te han hecho?!

Laura extendió su brazo, y con la mano acarició la mejilla de su madre:

—Madre, por favor, incorpórese, estoy bien. Solo un poco magullada.

La madre fue incapaz de contener sus lágrimas y continuó gritando:

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

Al escuchar el ruido, Victoria también apareció, pero no acertó a decir ni una palabra al ver el estado en el que estaba Laura, tan solo fue capaz de entrelazar sus manos y comenzó a orar.

De pronto, el señor Mateo se levantó de su butacón y, al ver a Laura, salió del éxtasis en el que estaba inmerso y gritó:

—¡Canallas! ¡Malnacidos!… Hija mía, ¡¿qué te han hecho?!

La alegría por comprobar que el señor Mateo había vuelto en sí no podía ocultar mi mayor preocupación en ese momento. Mi corazón estaba acelerado; cuando descubrieran lo sucedido en la checa de San Bernardo, se pondrían como locos a buscar al responsable, y, si bien no darían conmigo de forma inmediata, cuando terminasen de atar cabos y hablaran con Carrillo, o con la secretaria, puede que todo les condujera a mí. Tenía que sacarlos de allí como fuera. Pero no sabía dónde.

De pronto recordé que, cuando visitamos a la viuda de mi camarada Reinaldo Borrero, esta nos ofreció su casa por si la necesitábamos. No sé si fue un cumplido o sus palabras eran sinceras. El caso es que no se me ocurrió otra opción mejor; lo que necesitaba era un transporte hasta Barajas.

Con la voz acelerada, pregunté a la señora María:

—¿Dónde está el estanco para el que trabaja Julián repartiendo la prensa?

Me miró con incredulidad, pero aun así me respondió:

—Al inicio de la Cuesta de Moyano, pero ¿por qué preguntas eso, hijo mío?

Con el corazón latiendo desbocado, le dije:

—Señora, he tenido que matar a un par de hombres para sacar a Laura del lugar donde la tenían recluida. Cuando terminen de

investigar, todo les conducirá a mí y, por tanto, a esta casa. Les tengo que llevar a un lugar seguro en casa de una conocida en Barajas. Solo tengo que buscar un medio de transporte. Ustedes hagan las maletas, cojan lo indispensable, yo les daré todos mis ahorros para que colaboren con los gastos de esa nueva casa.

Laura me dijo:

—Pero, Alonso, ¿qué estás diciendo?

Con gesto serio, repliqué:

—Esto es algo que no pienso discutir. Ninguno de vosotros va a sufrir daño alguno. Hacedme caso, preparad las cosas y acercaos al estanco de la Cuesta de Moyano, son apenas diez minutos caminando. Entre tanto trataré de hacerme con un camión.

Laura insistió:

—Alonso…

Pero con un grito zanjé la discusión:

—¡Hacedme caso, por favor! ¡No pienso repetirlo!

Di un portazo y salí del piso. Sabía que había sido muy duro con ellos, pero no podía siquiera plantearme la posibilidad de que les capturaran, ya tenía muy claro cómo se las gastaban en las checas.

Salí a la calle y comencé a dar vueltas desesperado, apenas había vehículos. Me dirigí hacia la zona del Prado porque estaba convencido de que allí estaban ya trabajando en la reparación de los daños causados por el bombardeo.

Cuando llegué, comprobé que no estaba equivocado, efectivamente varios batallones de operarios estaban ya con las tareas de reparación, y tuve la fortuna de conocer a uno de los ingenieros que estaban al mando, un antiguo compañero de la Escuela de Ingenieros de Caminos.

Le dije que necesitaba con urgencia un camión para transportar a varios heridos vecinos míos, y que todas las ambulancias estaban ocupadas. Sin pedir explicaciones me dijo que para él era un honor poder ayudar al héroe de Teruel. Al final la propaganda del Partido Comunista me estaba ayudando más de lo que esperaba.

Habrían transcurrido ya un par de horas desde que dejé la vivienda de Laura y su familia. Subí al camión y me dirigí a la Cuesta de Moyano. Allí los encontré a todos. Laura se había puesto un abrigo largo y un sombrero que tapaba parte de su cara; no quería que la gente se fijase en los múltiples moratones y heridas que tenía en todo el cuerpo. Todos subieron al camión y pusimos rumbo a Barajas.

El camino, a pesar de ser corto, me pareció interminable; tenía la sensación de estar siendo vigilado por cada peatón que había en la acera, por cada conductor que nos cruzábamos, por cada niño que paseaba asido a la mano de su madre…

Al llegar a la casa de mi camarada Reinaldo, bajé yo solo del

camión y toqué a la puerta, y, como ya sucedió meses atrás, la abrió Carmen, la viuda de Reinaldo, con su hija en brazos. Me dedicó una amplia sonrisa y me dijo:

—Capitán Quiñones, qué alegría verle, sé que ya es capitán, he leído sus hazañas en la prensa.

Traté de quitar importancia a lo que dijo:

—Cualquiera lo hubiera hecho igual o mejor, Reinaldo sin ir más lejos, valiente como pocos.

Inmediatamente sus ojos se humedecieron por lo que dije:

—Querida Carmen, espero que esas lágrimas sean fruto del orgullo que siente por mi camarada.

Asintió con la cabeza y preguntó:

—Dígame, capitán, ¿qué le trae hasta mi casa?

Por el camino había decidido no contarle la verdad de lo sucedido, en tiempos de guerra uno no se puede fiar ni de su mejor amigo, por lo que dije:

—Supongo que habrá escuchado esta mañana los aviones bombardeando el centro de la capital, ¿no?

El gesto de su cabeza me hizo ver que sabía perfectamente de lo que le hablaba:

—Pues, además de atacar la comisaría de El Prado, numerosos edificios se han visto afectados, entre ellos el de mi familia política…, incluso mi prometida ha resultado herida…

Carmen reaccionó:

—¡Ay, pobrecita! Dígame por Dios que está bien.

Le hice un gesto con la mano indicándole que estaba perfectamente y proseguí:

—El tema es que ni mi prometida, ni su hermano, ni mis suegros…, hasta mi propia hermana que estaba viviendo con ellos, tienen donde ir ahora mismo. Su casa ha quedado gravemente dañada por una de las bombas, y el Gobierno solo nos ha ofrecido unos barracones para refugiados. En mi desesperación recordé que cuando vinimos a visitarla nos ofreció su casa, y le he tomado la palabra. Por supuesto pagaremos la estancia y la manutención. Espero no incomodarla por mi atrevimiento.

Carmen sonrió, diría que hasta el bebé que llevaba en sus brazos también lo hizo:

—Capitán Quiñones, por supuesto, sean bienvenidos, mi casa es demasiado grande para un par de muchachitas como nosotras.

Su respuesta fue un soplo de aire fresco que despejó de mi cabeza todos los pensamientos agoreros que la recorrían desde que el sol salió por el horizonte:

—Muchas gracias, Carmen, no sabe lo que esto significa para nosotros. Solo le pido una cosa más; como bien sabe, ahora no soy un

soldado más, soy famoso por culpa de la maldita propaganda; mi familia también está sufriendo el acoso de los periodistas. Le pido por favor que guarde el secreto sobre su identidad, no quisiera que este tranquilo pueblo se convirtiera en un circo de reporteros. Si alguien le pregunta, dígales que son familiares de Albacete, por ejemplo, que han venido a la capital unos días.

El gesto de Carmen reflejaba despreocupación:

—Descuide, capitán, nadie sabrá que la familia del héroe de Teruel está aquí refugiada.

Algo me decía que Carmen no se creyó del todo mi historia, el caso es que accedió a cobijarlos por tiempo indefinido y para mí eso era más que suficiente. Se bajaron todos del camión y, tras las presentaciones de rigor, me despedí con destino al cuartel general del Parque del Capricho, donde ahora se encontraba en un búnker la flor y nata de nuestro Alto Mando.

Quería hacer acto de presencia ante mis superiores, para, en la medida de lo posible, tener una coartada en caso de que alguien me incriminara por lo que había hecho la checa de San Bernardo.

Aparqué el camión a unos doscientos metros de la entrada del complejo de búnkeres. Al llegar, me identifiqué ante los soldados que custodiaban el acceso y me abrieron paso. Pregunté por el teniente coronel Tagüeña y me indicaron su despacho. No habría caminado quince pasos cuando me topé de frente con el teniente coronel Líster:

—Mi teniente coronel, ¡qué sorpresa! Le hacía aún en Zaragoza.

Líster sonrió y me dijo:

—Ahora mismo iba a decirle a mi ordenanza que fuese a buscarle a casa de su prometida para que viniese hasta aquí. Parece que me hubiese leído el pensamiento.

Las palabras de Líster me asustaron, es cierto que su tono no denotaba enfado, pero no me imaginaba por qué querría hablar conmigo si él sabía perfectamente que yo estaba de permiso.

—¿Hablar conmigo, señor? ¿Por qué? ¿Qué sucede?

El teniente coronel soltó una sonora carcajada y respondió:

—Tengo dos noticias que darle, una buena y otra mala. ¿Por cuál empiezo?

Acerté a tartamudear:

—Por… por… la bu… buena, señor.

Líster, sonriendo, dijo:

—El fin de la guerra está muy próximo.

Respondí:

—¿Y la mala?

Líster sonrió aún más:

—Que se le acaba el permiso…

No había terminado la frase Líster, cuando en ese momento

Tagüeña salió de su despacho vociferando:

—¡¡Pamplona ha caído!!

Líster me miró.

—A eso me refiero, camarada, siento comunicarle que se le acaba el permiso, los fascistas se desploman en el norte y ahora es el momento de darles el golpe de gracia.

Respiré, aliviado:

—¡Qué alegría, señor! Todos tenemos ganas de que acabe esto cuanto antes.

Tagüeña se incorporó a la conversación y añadió:

—No podemos lanzar las campanas al vuelo. La toma de Pamplona ha sido a costa de numerosísimas bajas. Estos perros van a vender muy cara su derrota.

Me rasqué la nuca y dije:

—Entonces…, ¿vamos a proseguir atacando en las Vascongadas?

Líster miró a su alrededor y, poniendo la mano sobre mi hombro, dijo:

—Venga, capitán, vamos al despacho de Tagüeña y le daremos detalles.

Los dos hombres me acompañaron al despacho del teniente coronel. Sobre la mesa había desplegado un enorme mapa de la zona centro. En él, estaban dibujadas las líneas de frente, y numerosas figuritas que representaban nuestras tropas y las del enemigo, desplegadas en su situación teórica. Protesté:

—Pero… este mapa es del centro, no del norte.

Tagüeña, mirando a Líster, sonrió.

—Es muy avispado el camarada ingeniero.

Líster tomó la palabra:

—Hace un par de días, el general Miaja ordenó que una patrulla saliera por la zona de la Ciudad Universitaria con la intención de capturar uno o dos prisioneros que nos pudieran dar información sobre la distribución de las tropas del enemigo, su estado de ánimo, sus intenciones… El caso es que tuvieron una suerte enorme. Apenas habían caminado quinientos metros por zona de nadie, y encontraron a todo un capitán de los legionarios fascistas haciendo de cuerpo bajo un árbol. Sin que tuviera ocasión de reaccionar, lo amordazaron e inmovilizaron y lo llevaron al cuartel general.

Tagüeña prosiguió:

—El muy canalla no quería hablar, pero afortunadamente nuestros amigos soviéticos son unos artistas. Serían capaces de que el Papa de Roma cambiara tres veces de religión en un solo día.

Ambos sonrieron, pero yo mantuve mi rostro serio. Líster se percató y dijo:

—Capitán, disculpe, no queríamos hacer mofa, olvidé por un

momento que usted ya conoce alguno de los métodos rusos y…

Hice un gesto con la mano y respondí:

—No se preocupe, mi teniente coronel, no pasa nada, sé perfectamente lo que son capaces de hacer los rusos. Continúen, por favor.

Tagüeña, tras beber un sorbo del vaso de agua que tenía sobre el escritorio, prosiguió:

—Independientemente de los métodos para conseguirlo, el caso es que es el «bravo» capitán legionario habló. Según relató, sus superiores están convencidos de que tenemos intención de avanzar por la cordillera cantábrica y retomar las fábricas del norte. Nos dijo que, puesto que los alemanes ya no les sirven material, están trabajando día y noche fabricando todo tipo de armamento.

Tagüeña miró a Líster y este tomó la palabra:

—Lo más importante de todo lo que nos dijo es que han desviado hacia el norte varias de las divisiones que protegen el frente de Extremadura, y ahora las pocas unidades que guarecen esta zona son inexpertas y reclutadas a la fuerza entre la población civil. Desde el Estado Mayor creen que se nos brinda una oportunidad inmejorable para tratar de aislar en una bolsa en torno a Toledo a las divisiones rebeldes que asedian Madrid. Lo mejor del ejército fascista se encuentra cercando la capital, y, si conseguimos cortar sus comunicaciones con la retaguardia, podremos ir cerrando el cerco hasta que no tengan más remedio que rendirse por el hambre y la falta de suministros. Si aflojamos la correa con la que aprietan Madrid, habremos ganado la guerra.

Tagüeña me miró y retomó el discurso:

—Nuestra intención es la siguiente; en el frente del norte, cañonearemos las líneas para reforzar la idea del enemigo de que tenemos intención de atacar las Vascongadas. En el frente del centro, bombardearemos desde el aire las líneas de frente de la Casa de Campo. Acaban de llegar de Aragón varias escuadrillas de cazas y bombarderos soviéticos y franceses. Cuando los rebeldes vean nuestra superioridad aérea, no podrán hacer otra cosa que esconderse en sus guaridas. Dudo que se atrevan a sacar sus aviones, y, si lo hacen, acabaremos con ellos. Estos bombardeos nos ayudarán a mantenerlos fijos en sus posiciones, pensarán que estamos preparando el terreno para un ataque frontal; sin embargo, el ataque para cerrar la bolsa se desarrollará desde dos puntos. Al este de Madrid, el ataque principal de la ofensiva partirá de Valdemorillo y su objetivo final será alcanzar Talavera de la Reina. El general Modesto será el que comande el ataque.

Tagüeña dio la alternativa a Líster, y este continuó:

—Y ahora, querido capitán, es donde su figura es clave. Por un

lado, el hecho de que nuestras tropas vean al héroe de Teruel luchando con ellos será un incentivo de valor incalculable, por otro, esperamos que desde su zona de inicio de ataque la resistencia sea mucho menor y puedan alcanzar Talavera de la Reina antes que los hombres de Modesto. Revisando su hoja de servicio, hemos comprobado que participó en la fortificación de Talavera al inicio de la guerra. ¿Es eso cierto?

Asentí con la cabeza y Líster continuó:

—El caso es que en los vuelos de reconocimiento que hemos hecho en la zona, no hemos encontrado grandes cambios respecto a lo que sabemos que ustedes construyeron allí. Mire estas fotografías y dígame qué opina.

Líster extendió su brazo y me dio varias fotografías aéreas de buen tamaño. Reconocía la zona, era sin duda el río Tajo a su paso por Talavera, y sí, no parecía que hubiera nuevas construcciones aparte de las que nosotros hicimos. Parece ser que los fascistas jamás pensaron que tuvieran que defender la ciudad. Respondí:

—Efectivamente, aquí solo identifico lo que nosotros construimos, otra cosa es que hayan erigido algún tipo de fortificación enterrada al estilo de la que hicieron en el cementerio de Teruel.

Líster soltó otra carcajada:

—Capitán Quiñones, ¡seguro que no! No creo que ni siquiera se puedan imaginar lo que estamos planeando. Cuando las tropas estén cerca de Talavera, su conocimiento del terreno será clave para que la toma de las fortificaciones se haga con el menor número de bajas posible.

Pregunté:

—Entonces…, ¿cuál será mi punto de partida?

Líster sonrió de nuevo y dijo:

—Querrá decir nuestro punto de partida. Toda mi 11.ª División viene de camino a Madrid.

No podía creer lo que escuchaba, me volvería a reunir con mis camaradas de la 11.ª, cuando ya pensaba que me asignarían a otra división, la noticia me llenó de alegría. Líster prosiguió:

—Deduzco por su media sonrisa que le agrada la idea de volver a combatir codo con codo con sus camaradas… Nuestro punto de partida será la localidad pacense de Valdecaballeros. Desde allí tomaremos dirección norte. No nos pararemos a doblegar los focos de resistencia que encontremos, los marcaremos y la aviación se encargará de ellos. Contaremos con una veintena de Char B1-Bis y otros tantos T-26 rusos. La velocidad en esta ofensiva es crucial. Debemos evitar por todos los medios que el enemigo descubra nuestras intenciones y trate de replegarse. Cuanto más tiempo tardemos, más expuestos estaremos.

Pregunté nuevamente:

—¿Cómo fijaremos el terreno conquistado si vamos a avanzar sin asegurar los flancos?

Tagüeña respondió:

—No se preocupe por eso, capitán, un par de brigadas internacionales recién llegadas del Frente de Aragón y dos brigadas mixtas reclutadas en las provincias de Ciudad Real y Córdoba serán la reserva, les seguirán en su avance y se encargarán de asegurar lo conquistado. Por supuesto, contarán también con el apoyo de varias baterías hipomóviles, por si tienen que ablandar algún objetivo, y también, para el asalto final a Talavera.

Miré a mis dos interlocutores y les dije:

—Veo que estamos en buenas manos, no se les escapa un detalle. ¿Qué día está previsto el inicio de la ofensiva?

Líster respondió:

—Si no tenemos contratiempos de última hora, el 1 de noviembre. Así podrán celebrar la festividad de Todos los Santos como se merece.

Ambos se carcajearon y Tagüeña añadió:

—Y, con suerte, lo mismo hacemos que más de uno sea «Santo súbito».

Me despedí de los dos y me dijeron que estuviera localizable, que en breve tendría que tomar rumbo a Valdecaballeros. Indiqué la dirección de la casa de la familia de Laura.

Tuve la tentación de volver a Barajas a ver a Laura, Victoria y al resto de la familia, pero no lo creí prudente. Tenía presente que, aunque yo no lo supiera, aunque ni siquiera mis superiores lo supieran, era probable que ya me estuvieran buscando.

Decidí escribir una carta para contar mi nueva situación, no podría volver con ellos en un tiempo, ya que me reclamaban de nuevo en el frente. También les hice saber que parecía que el fin de la guerra estaba próximo y que en breve nos encontraríamos.

Dejé la carta junto con el correo del cuartel general. Para no levantar sospechas en el destinatario puse la dirección y el nombre completo de la mujer de mi amigo Reinaldo, y en letras grandes puse «VIUDA DE GUERRA». Así podría pasar por una de los miles de cartas que ya se habían enviado desde el cuartel general a las familias de los soldados muertos en combate, dándoles el pésame e indicándoles si tenían derecho a alguna indemnización.

Ojalá fuera cierto lo que me habían dicho: la guerra estaba próxima a su fin.

***

Todos los domingos lo mismo, después del desayuno, tres o cuatro infelices caminan atados de pies y manos hacia el paredón. Sí, tengo

unas vistas privilegiadas del paredón, yo hubiera escogido vistas a otro sitio, pero lo cierto es que no preguntaron mi opinión.

Los soldados que los custodian andan algo más nerviosos de lo normal, pero eso no les impide llevar a cabo su tarea; cargan su arma, se escucha la orden:

—¡Aaaaaaaapunten!

Otra voz más fuerte rompe el silencio:

—¡¡Arriba España!!

Se escucha la orden final:

—¡¡Fuego!!

Los fusiles descargan en los cuerpos de esos desgraciados que ya han pasado a mejor vida.

Tocan a mi puerta, ya me tengo que ir. Cojo mi pequeño petate y un pañuelo para proteger mi garganta del polvo. Me duelen todos los músculos que te pueden llegar a doler, pero uno se acostumbra a todo.

Cómo echo de menos los verdes campos de mi Extremadura, ese olor a hierba fresca, el aroma a flores en primavera y el apaciguador sonido del agua fluyendo por los riachuelos…, pero no, aquí no hay nada de eso, solo calor, sudor y polvo.

Frente de Extremadura y Toledo, noviembre de 1938

Pasé varios días totalmente solo en el piso de Laura, sin hablar con nadie, temiendo que en cualquier momento vinieran a detenerme. Había decidido volarme la tapa de los sesos antes de dejar que esos salvajes me torturasen de nuevo.

Pero no, afortunadamente, cuando tocaron a la puerta, descubrí con alivio que era el ordenanza de Líster. Me comunicaba que la 11.ª División iba a partir a Valdecaballeros, y que debía acudir a hacerme cargo de mi compañía.

El reencuentro con los muchachos fue estupendo. Los echaba de menos y eran ya mi segunda familia. Les puse al día sobre todo lo sucedido y les pedí máxima discreción. No podían creerse lo que les contaba. Ahora en Madrid mandaban exclusivamente los comunistas; los comunistas soviéticos para ser más exactos.

Ellos me dijeron que en Zaragoza todo tranquilo. Por supuesto, allí, al igual que en el resto de zonas que conquistábamos al enemigo, se hacían juicios sumarísimos para depurar responsabilidades, pero era algo totalmente normal y que teníamos asumido. Los fusilamientos de simpatizantes de los rebeldes estaban a la orden del día.

En lo que a ellos respecta, estuvieron trabajando en la reparación de las infraestructuras civiles. Me comentaron que agradecieron estar

alejados, aunque fuera un par de semanas, de la primera línea de batalla, dedicados a tareas que ayudaban a la población a retomar su día a día. Lamentablemente para ellos y para mí, teníamos que volver a combatir.

Tal y como estaba previsto, a las seis de la madrugada, nuestra vanguardia superó la línea del frente, que en esta zona era difusa y estaba mal guarnecida. Para contar con el factor sorpresa, no se hizo una preparación artillera previa. Las unidades de choque avanzarían con sus medios hasta donde pudieran, y, si encontraban focos de resistencia, esperarían la llegada de los blindados, o incluso a la artillería si era preciso. Estaba previsto que nuestra aviación saliera si se detectaba algún aparato enemigo, y, en cualquier caso, a partir de las doce del mediodía tomarían los cielos del frente para garantizar nuestra superioridad aérea.

A mi compañía se le encomendó el flanco derecho de la ofensiva; partimos de la pequeña localidad de Alía en la provincia de Cáceres. Recuerdo que de niño estuve allí con mi familia en un viaje que organizó mi padre a las Villuercas. El pueblecito estaba tal y como lo recordaba. Cada vez me encontraba más cerca de mi familia, pero a su vez los sentía lejanos. Menos de cien kilómetros me separaban de Trujillo, pero los que dirigían la guerra aún no habían tomado la determinación de tomar mi pueblo.

El eje de avance prefijado fue el siguiente: Carrascalejo, Puente del Arzobispo, Oropesa. Allí esperaríamos al resto de las unidades que habrían de fijar a los rebeldes en Navalmoral de la Mata para que no nos atacaran por la retaguardia. Desde este punto deberíamos lanzar la ofensiva contra Talavera y esperar la llegada de las tropas de Modesto, si es que no se nos adelantaban ellos.

El avance resultó realmente sencillo. Las escasas posiciones defensivas que tenía el enemigo sacaban la bandera blanca en cuanto comprobaban la magnitud de nuestro ataque. Tras superar la sierra de la Palomera, llegamos a Carrascalejo sin disparar ni un solo tiro.

La escena que nos encontramos en este pueblo sí que nos afectó. En la entrada del mismo, no menos de diez cuerpos recién ejecutados nos dieron una macabra bienvenida. Atendiendo a los relatos de algunos vecinos, varios soldados llegaron corriendo a la localidad alertando sobre nuestro avance. El capitán de la compañía rebelde que ocupaba el pueblo dio la orden de vaciar la improvisada cárcel y ejecutar a todos los encarcelados. Ante la imposibilidad de asegurar la defensa del pueblo, se retiraron.

La primera noche la pasamos en Carrascalejo, y ya nuestros aviones eran los dueños del aire. La aviación fascista no hizo acto de presencia. Estaban sufriendo duramente la falta de apoyo nazi. Los aparatos italianos no tenían nada que hacer contra nuestros aviones.

El día siguiente, la cosa se complicó algo más. Algún que otro Savoia nos atacó desde el aire antes de que nuestros cazas pudieran abatirlo, y dejó fuera de combate a un par de tanques. Yo mismo tuve que dar el tiro de gracia a un camarada, que salió en llamas de uno de los tanques alcanzados, para ahorrarle sufrimiento.

La noche de los días 2 al 3 de noviembre la pasamos al raso preparando nuestro ataque sobre la localidad toledana de El Puente del Arzobispo. En este pueblo había un puente que era vital para que pudiéramos cruzar el río Tajo con nuestros blindados. El enemigo lo sabía, y el grueso de las tropas que se habían retirado se aprestaban a defender con todo lo que tenían dicho puente.

Tras analizar la situación, Líster ordenó que, antes del amanecer, varios pelotones con armas automáticas vadearan el Tajo aguas arriba y aguas abajo del pueblo. En cuanto hubieran pasado el río tenían orden de dirigirse al núcleo urbano, ponerse a cubierto y abrir fuego contra el enemigo. En ese momento, nosotros avanzaríamos y atacaríamos frontalmente el puente. La operación debía ser muy rápida para cogerlos por sorpresa y evitar que activaran las cargas, que sin duda habían dispuesto en la estructura para volarla si no eran capaces de detener nuestro avance.

En torno a los dos de la madrugada, cuatro pelotones de mi compañía se dirigieron al río, dos aguas arriba y dos aguas abajo. Mandé a Mesa y a Chacón como observadores para que nos informaran del avance de las operaciones.

Mucho antes de lo que esperábamos, empezamos a escuchar disparos procedentes del sector de aguas abajo. Era imposible que hubieran cruzado tan rápido.

Efectivamente Chacón volvió corriendo y nos lo confirmó:

—¡*Marquéh*, *loh* han *matao* a *toh*! *Ezoh marnacíoh ehtaban ehperándoloh*. No han *podío tocah ziquiera er* agua, *loh* han *acribillao*.

La noticia me heló la sangre, varios de los muchachos que acaban de perder la vida llevaban luchando conmigo desde la batalla de Brunete.

El enemigo ya estaba prevenido sobre nuestra intención de cruzar el río. Nuestra esperanza era que no hubieran sido detectados los otros dos pelotones.

En torno a las cinco de la mañana Mesa llegó a la tienda del teniente coronel y nos confirmó que habían pasado el río sin ser detectados. Líster dio la orden de arrancar a todos los tanques y de avanzar en columnas de seis blindados por fila. Manolo y yo nos subimos a un camión para observar el espectáculo.

En torno a las seis de la mañana sonaron los primeros disparos en el pueblo. Los muchachos habían logrado infiltrarse, y se podía desarrollar el plan previsto.

Nuestros tanques comenzaron a avanzar y a disparar sus proyectiles sin mucha puntería en un principio, si bien la intención era asustar a los defensores y que fueran conscientes de lo que se les venía encima.

Lo cierto es que nos llevamos un baño de realidad cuando, delante de nuestras narices y casi a la vez, las torretas de un Char B1 Bis y de un T-26 volaron por los aires. Uno de los tanquistas de primera línea gritó:

—¡¡Son Pak!! ¡¡Tienen Pak!!

El Pak 36 era una mortífera arma anticarro alemana. Hacía tiempo que no me encontraba ninguno en el frente, daba por hecho que ya los habríamos destruido todos.

La disposición de nuestros carros se desbarató y continuaron su avance sin orden ni concierto, aunque, eso sí, no dejaron de disparar ni un solo momento. Los proyectiles de cuarenta y seis milímetros de los T-26 y los de setenta y cinco milímetros de los Char B1 Bis no paraban de llover sobre el pueblo.

Otra descarga de los Pak dejó fuera de combate otro tanque soviético. El ataque era lo más parecido a una carga de caballería como las que se hacían en el siglo pasado, pero con tanques en lugar de caballos.

De pronto, los tanques llegaron a la orilla del río y se quedaron inmóviles, disparando sus cañones y ametralladoras con un frenesí que no había visto antes.

Manolo me sugirió que tratáramos de acercarnos y dar la orden de retirada, pero eso ya era absurdo, estábamos jugándonos el todo por el todo, retirarse en ese momento implicaría perder otros tantos tanques.

Cuando todo parecía indicar que la operación acabaría en un tremendo fracaso, la suerte nos sonrió. Entre la penumbra del amanecer, dos fogonazos desvelaron la ubicación de los Pak que nos acribillaban. Estaban ocultos tras un carro de paja. Esos disparos nos hicieron perder otros dos tanques, pero serían nuestras últimas bajas. Todos nuestros ingenios mecánicos dirigieron sus bocas hacia el escondite de los Pak y el infierno se desencadenó. Varias de las casas próximas se vinieron abajo.

Desde nuestra orilla, comprobé cómo algunos soldados rebeldes trataban de acercarse corriendo a un extremo del puente, sin duda con la intención de activar la voladura del mismo; todos los intentos fueron inútiles. Nuestras ametralladoras los barrieron.

Cuando el paso pareció seguro, los tanques comenzaron a avanzar. Varios soldados enemigos con banderas blancas salieron a nuestro paso. Los hicimos prisioneros y los mandamos a la retaguardia.

Para mí fue un alivio comprobar que en el otro pelotón que cruzó el río no habíamos sufrido baja alguna. El Puente del Arzobispo y la valiosa estructura que le daba nombre ya eran nuestros.

Paramos apenas dos horas para reponer fuerzas, recargar munición y hacer recuento de bajas. Seguimos ruta hacia el norte, camino de Oropesa.

Nos habían llegado informes del mando aéreo que indicaban que nuestros aviones habían ametrallado y bombardeo, a lo largo de la carretera que unía Oropesa con Talavera de la Reina, a numerosas unidades que se replegaban hacia la localidad talaverana. Era de esperar por tanto que no encontrásemos mucha resistencia en Oropesa, como así fue.

Lo que sí encontramos fue una escena de lo más tétrica. Al llegar a la plaza del pueblo, localizamos varios palos de madera verticales, a los que había atados numerosos cuerpos de civiles que habían sido ajusticiados. Incluso vimos una mujer ejecutada. Alguno de ellos llevaba carteles al cuello en los que había escritos mensajes como «¡Viva Stalin!» o «¡Viva la República!».

Varios de los camaradas, llenos de ira, se dirigieron a una iglesia cercana y sacaron al sacerdote que allí estaba y varios de los feligreses que se habían refugiado dentro.

Traté de interceder para evitar semejante carnicería, pero Manolo me detuvo:

—Alonso, quieto. Si no son estos, serán otros, la sangre llama a la sangre.

Los colocaron delante de unos de los tanques, y varias ráfagas de ametralladora bastaron para acabar con la vida de esos pobres diablos. Tuvieron la delicadeza de sacar del grupo a tres mujeres y dos niñas. No hicieron lo mismo con un muchacho que no tendría diez años.

Pasamos varias noches allí, pero a mí me costó mucho pegar ojo. El dilema sobre cómo atacar Talavera, y, sobre todo, la cara ensangrentada de ese pobre niño se me aparecía cada vez que cerraba los ojos.

Líster nos informó de que el resto de los muchachos de la división ya habían fijado a los rebeldes en Navalmoral de la Mata, y que en dos días se unirían a nosotros. Por tanto, decidimos aguardarlos allí a ellos, y a las baterías artilleras; todo parecía indicar que la toma de Talavera sería cualquier cosa menos sencilla.

Aproveché esos días de descanso para estudiar los mapas y las copias de las fotografías aéreas que me había facilitado Líster. Recordaba perfectamente la línea de fortificaciones que habíamos construido, el eje Valdehigueras, Cerro Agudo, Cerro Negro y Valdelloso. La imagen aérea que tenía se había tomado un mes antes, y todas las posiciones que construimos hacía algo más de dos años estaban allí, si bien era evidente que eran bastante más sólidas que lo que pudimos hacer en el escaso tiempo con el que contamos.

Analizando los documentos, comprobé cómo una posición ubicada

al sur de Valdehigueras, conocida como La Cañada, no contaba con ningún tipo de fortificación. Era el mismo cerro pelado que ya visité tiempo atrás. En su momento valoré junto con el difunto capitán Berlanga la posibilidad de emplazar baterías para defender la ciudad en dicha posición, su cota quinientos trece era dominante, pero lo descartamos debido a que el arroyo de los Madroñales era una barrera física que podría permitir que la posición quedase aislada respecto a la retaguardia.

Durante la noche estuve maquinando lentamente un plan de ataque, pero necesitaba confirmar que la posición de La Cañada, que en mi plan era vital, efectivamente no estaba protegida.

Le esbocé parte de mi idea al teniente coronel, y le pareció muy arriesgado, pero a su vez audaz. Para resolver la duda sobre la elevación de La Cañada, me dijo que esa misma noche mandaría a dos jinetes a caballo que cubrirían campo a través los aproximadamente treinta kilómetros que nos separaban de Talavera. Si todo estaba en orden y no había ningún contratiempo, a primera hora de la mañana estarían de vuelta y nos podrían confirmar la situación de la posición.

Al atardecer partieron los dos muchachos en dirección este. El cansancio ya me pudo y me quedé dormido.

Cuando el sol comenzaba a salir por el horizonte, Chacón vino corriendo a mi habitación y me despertó:

—¡*Marquéh*, ya *vuerven*! ¡*Dehpierta*!

Sobresaltado, me incorporé. Los dos valientes jóvenes habían regresado sin un rasguño, sanos y salvos. Se dirigieron al improvisado despacho del teniente coronel, y yo entré tras ellos. El más alto de los dos, el cabo Melgar, tomó la palabra:

—Señor, la posición efectivamente está despejada, no hay tropas enemigas, y el acceso es bueno, pero la posición de Valdehigueras está a menos de un kilómetro. Está tan cerca que hemos podido escuchar los ronquidos del centinela.

Líster prosiguió:

—Lo que quiere decir que, si intentamos montar nuestras baterías para cañonearles, el ruido nos delatará.

El cabo asintió:

—Así es, señor.

Líster me miró:

—¿Se le ocurre algo, capitán?

Tras unos segundos de silencio, dije:

—El problema que comenta, cabo, es el ruido, ¿verdad? Pues es muy sencillo, para que no les distraigamos con el ruido de montaje de las baterías, debemos generar otro ruido mayor que no les haga fijarse en este ruido secundario.

Todos me miraron con cara de incredulidad. Proseguí:

—Claro, camaradas, no estoy hablando de nada paranormal. Podemos emplazar varios de los Schneider rebeldes que incautamos en El Puente del Arzobispo en una posición lo suficientemente alejada de Valdehigueras como para no ser vistos, y lo suficientemente cercana como para que los proyectiles caigan cerca. Es verdad que será como disparar una pistola con una venda en los ojos, si acertamos algún disparo será pura suerte, pero nosotros queremos generar ruido, mucho ruido, y miedo, mucho miedo. De esta forma podremos emplazar nuestros sesenta quince en La Cañada para que le puedan dar los buenos días a los rebeldes cuando amanezca.

Líster dibujó una sonrisa en su rostro:

—Muy ingenioso, capitán, y ahora una pregunta: ¿cómo puede usted garantizar que sean nuestros sesenta quince los que borren a los fascistas del mapa y no sean los obuses enemigos los que nos liquiden?

Le devolví la sonrisa:

—Esta es otra parte peliaguda del plan, señor. Lógicamente, debemos atacar por las márgenes del río con los tanques. De esta forma el enemigo tendrá que decidir entre responder a nuestro fuego artillero, o atacar nuestros blindados. Si tuviera que apostar, apostaría por lo segundo, pero eso no se lo puedo garantizar. Necesitaremos también una compañía preparada para asaltar Valdehigueras y el resto de las posiciones una vez que nuestros cañones hayan barrido la zona.

Líster acarició su prominente mentón y dijo:

—Comprendo…, tengo que mandar a todos mis blindados a un destino incierto, porque usted tiene la impresión de que, o la sensación de que…

Asentí con la cabeza.

—Así es, señor, no puedo darle garantías de nada. También le diré que en la guerra como en la vida el que no arriesga no gana.

El teniente coronel me miró fijamente a los ojos y dijo:

—¿Y yo qué tengo que ganar en todo esto? Podría esperar a las tropas de Modesto, según mi último informe, ya han alcanzado Santa Cruz de Retamar, no están muy lejos, y un ataque por ambos flancos nos daría una victoria segura.

Ahora tenía a mi teniente coronel donde quería:

—Eso es totalmente cierto, señor. Podemos acampar y esperar. Por supuesto, en la prensa el titular será: «Las tropas de Modesto liberan Talavera». Porque, para cuando Modesto llegue, nosotros llevaremos diez o doce días esperándole. Toda la gloria será para él.

Había tocado la tecla exacta. Líster dio un brinco de su asiento y dijo:

—¡Jamás! La 11.ª División ha estado en la vanguardia en la mayoría de las batallas de esta maldita guerra, y Talavera no va a ser menos. Capitán, preparemos todo lo necesario. No podemos perder un

minuto.

Salí del despacho del teniente coronel, aliviado. En breve lanzaríamos nuestro ataque. A decir verdad, a mí me importaba poco quién se llevase la gloria y los honores por la conquista de Talavera, pero cada minuto que perdía sentado sin hacer nada era un minuto más que tardaríamos en ganar la guerra, y, por tanto, el deseado encuentro con mis padres se alejaba.

Tal y como ordenó Líster, los preparativos se iniciaron de forma inmediata, me encargué de seleccionar los carros de mi compañía que irían en el ataque, y también los que se quedarían en reserva, para intervenir si era necesario. Chacón y Mesa insistieron en ir de servidores de munición en sendos Char B1 Bis. Manolo se quedaría asistiendo al capitán Monzón de la segunda compañía, que fue la que Líster designó para atacar las posiciones rebeldes una vez hubiera cesado el fuego artillero. Yo, por el contrario, acompañaría a las baterías artilleras que se habrían de apostar en La Cañada. Mi misión sería la de asesorar a los artilleros sobre las zonas donde debían efectuar los disparos, puesto que algunas de ellas estaban fuera del campo de visión, y mi conocimiento del terreno era una baza fundamental.

El ataque se fijó para la noche del 7 de noviembre. El frío ya era intenso, y, sin embargo, el abrigo de la oscuridad era imprescindible para que nuestros planes llegaran a buen puerto.

Los tanques aguardarían hasta el amanecer para iniciar su marcha, momento en el que, si todo iba bien y el enemigo no nos había descubierto, los sesenta quince estarían ya montados y listos para actuar.

A las diez en punto de la noche, los Schneider comenzaron a martillear las posiciones rebeldes; el ruido, como esperaba, era atronador; lo que no tuve en cuenta en mi plan fue el resplandor que cada estallido producía. Era tan intenso que iluminaba varios centenares de metros a la redonda. Confiaba en que los rebeldes se mantuvieran el tiempo suficiente a cubierto para poder montar nuestras piezas.

Cuando, tras un esfuerzo considerable, conseguimos hacer cumbre, los muchachos se lanzaron a una carrera frenética para instalar las piezas en el menor tiempo posible, acopiar la munición, y preparar unos improvisados parapetos protectores. Durante todo este tiempo, nos acompañó el ruido incesante de los proyectiles detonando en las inmediaciones de las elevaciones que teníamos enfrente, con una cadencia casi británica, un impacto por minuto.

Con total satisfacción, una hora antes de lo previsto, informé por radio a la retaguardia, que, tal y como estaba planeado, en el momento en el que el sol saliera por el horizonte, empezaríamos a

atacar las posiciones rebeldes.

La hora que nos sobró la dediqué a ajustar el tiro con cada una de las baterías de forma que, al menos, todas las posiciones rebeldes que sabíamos que existían fueran batidas.

Cuando el primer rayo de sol iluminó el este, el fuego de los Schneider cesó, y comprobamos cómo el rugido de los tanques comenzó a inundarlo todo. En el momento en el que el observador que aposté en el extremo del cerro me confirmó que nuestros blindados habían superado nuestra posición, di la orden de fuego a las baterías.

Una tras otra, comenzaron a escupir su devastadora munición. Había tenido la precaución de acarrear proyectiles incendiarios, de forma que, si no acertábamos en los fortines, sí que nos garantizásemos que el humo y el calor pudieran liquidar a los defensores, o al menos evitar que asomaran la cabeza.

Durante una hora, estuvimos bombardeando las diferentes posiciones rebeldes. Estaba convencido de que nadie o casi nadie podría haber sobrevivido a semejante infierno, pero no quería lanzar las campanas al vuelo.

Por radio comunicaron que la compañía de Monzón estaba comenzando a subir hacia Valdehigueras, por lo que era fundamental que nuestras piezas no volvieran a disparar. También indicaron que, a pesar de haber sufrido algunas bajas, nuestros tanques ya habían superado el puente ubicado aguas arriba del puente romano. Varias compañías de infantería habían seguido a los carros y la batalla ya se estaba produciendo en el interior de Talavera de la Reina.

Aproximadamente a las doce de la mañana, Manolo informó por radio que los pocos que habían sobrevivido a nuestro bombardeo habían sido hechos prisioneros sin apenas ofrecer resistencia.

El teniente coronel confirmó a la una de la tarde que Talavera había caído. Recibimos orden de desmontar las piezas y reagruparnos en las inmediaciones del puente romano. Las tareas de desmontaje se prolongaron durante tres horas, y sobre las seis y media de la tarde ya nos pudimos agrupar con el resto de la división.

Tras varios minutos de búsqueda, encontré a Manolo. Tenía los ojos enrojecidos, supuse que el humo de la batalla le había afectado. Sin embargo, al verme, se acercó y, tras darme un fuerte abrazo, me susurró al oído con la voz quebrada:

—Alonso, ha muerto, ha muerto…

Me zafé de su abrazo y lo cogí por los hombros:

—Manolo, ¡¿quién ha muerto?!

En ese momento, Chacón se acercó, también llorando:

—*Marquéh*, ¡Meza, han *matao* a Meza!

Inmediatamente, al igual que mis camaradas, comencé a llorar y me abracé a ellos. Mi amigo Mesa había muerto, no podía creerlo.

Cuando nos recompusimos, Chacón nos contó que al tanque en el que iba Mesa le adhirieron una carga explosiva en las cadenas. Cuando explotó, el tanque quedó inmovilizado. Al salir para ponerse a cubierto, fue acribillado por una ametralladora rebelde.

Chacón fue testigo de todo, pero no pudo hacer nada para salvar su vida. Sí que vengó la muerte de Mesa. Desde su tanque, se disparó el proyectil que hizo saltar en mil pedazos la posición donde estaban los asesinos de nuestro amigo.

La toma de Talavera de la Reina y la posterior llegada de las tropas de Modesto el 10 de noviembre encerraron en una bolsa en torno a Toledo a lo mejor del ejército rebelde.

Líster y su 11.ª División coparon las portadas de los diarios; titulares como «*La audaz toma de Talavera*», «*Artillería y blindados, claves en Talavera*» o «*El final de la guerra, cada vez más cerca*» mostraban la euforia en nuestra retaguardia.

Empero, no se decía nada de los héroes que, como Mesa, habían dado su vida para que la ansiada victoria estuviera cada vez más cerca.

***

Ya estoy en el camión junto al resto de compañeros. Reconforta ver que son los de siempre, ninguno ha caído.

El camino es muy movido, el continuo tránsito de camiones ha destrozado el firme, pero no se molestan en arreglarlo, para qué, no tiene sentido.

Nadie quiere hablar, es mejor guardar fuerzas, sabemos que las vamos a necesitar. Bastante tenemos con taparnos la boca con los pañuelos; este camión sin capota hace que el polvo nos cubra y respiramos con dificultad.

Ellos no eran como los otros, eso decían, pero el mármol que de aquí sale se utiliza en el nuevo palacio presidencial para mayor gloria del partido y sus líderes.

Y los míos…, ¿qué será de ellos? Apartado del mundo, ajeno a todo… ¿Tiene sentido seguir viviendo así?

A veces me pregunto cómo es posible pasar de la más fervorosa de las ilusiones a la más triste de las desilusiones.

Provincia de Cáceres, enero y principios de febrero de 1939

La victoria en Talavera había permitido aislar a los rebeldes. El Alto Mando decidió centrar sus esfuerzos durante lo que restaba del mes de noviembre y a lo largo del mes de diciembre en reducir el espacio

disponible para los sublevados alrededor de Madrid de forma que quedaran inmovilizados; a un lado estaría Madrid con sus defensores, y al otro nuestras fuerzas presionando. Esta tarea la llevaron fundamentalmente la artillería y la aviación.

Es por esto que las divisiones de choque como la nuestra fueron retiradas del frente para descansar, en previsión de la ofensiva final que habría de terminar de una vez por todas esta guerra.

Líster me advirtió de que Santiago Carrillo había estado preguntando por mí. Trató de relacionarme con dos cadáveres que se encontraron en la checa de San Bernardo. Líster le respondió que el día de los bombardeos, desde primera hora de la mañana, yo estaba con él en el cuartel general, por lo que era imposible que tuviera relación alguna con semejante suceso.

Afortunadamente, mi teniente coronel una vez más me defendió. Dudo que en esta ocasión siquiera pudiera sospechar que yo tenía algo que ver con los dos cuerpos encontrados en la checa.

El parón en los combates nos permitió relajarnos y descansar, y, algo muy importante, poder pasar las festividades de fin de año junto con nuestros seres queridos. Yo particularmente, preparándome para el futuro inmediato que ya vislumbraba, decidí tomar unas cuantas clases de ruso que se estaban impartiendo de forma gratuita a los oficiales en el cuartel general. Estaba claro que ese sería el idioma de moda en España en los próximos años.

Manolo, por su parte, volvió a Linares a pasar esos días junto con su familia. Invitó también a Chacón, ya que, para su desgracia, no podía regresar a su Alpujarra natal; Capileira aún estaba en manos de los rebeldes.

Yo, a pesar de estar de permiso, pasé no pocos días yendo y viniendo al cuartel general, mi rango de capitán lo exigía, y el papeleo para reorganizar mi compañía era ingente.

Afortunadamente, y gracias a la inmensa generosidad de Carmen, la viuda de mi amigo Reinaldo, Laura, su familia, Victoria y yo pudimos pasar todo este tiempo bajo el mismo techo. Carmen decía que a ella le encantaba tener la casa llena, que creía que era mejor que su niña creciera en un ambiente familiar.

Por su parte, tanto Laura como Victoria se habían inscrito para trabajar tejiendo ropa de abrigo para la nueva campaña invernal; la ropa de abrigo era algo fundamental. En la primera batalla de Teruel, el frío mató casi más soldados que las balas y bombas. Con este trabajo ganaban un pequeño sueldo con el que contribuían al mantenimiento de la casa.

Julián encontró empleo como ayudante de carpintero, y aportaba su escaso salario para contribuir con los gastos de la vivienda. Yo contribuía con la mitad de mi salario de capitán del ejército.

La señora María y Carmen habían hecho muy buenas migas, y entre ambas se encargaban de cocinar para toda la casa. El señor Mateo había salido de su ensimismamiento, aunque seguía pareciendo un muerto en vida, sus ojos reflejaban la pena que asolaba su corazón. No quedaba nada de aquel jovial y dicharachero hombre que años atrás conocí.

Pocos días antes de que me tuviera que reincorporar, Victoria dijo que tenía que contarme algo muy importante. Estábamos caminando por las solitarias calles de Barajas cuando le pregunté:

—Dime, Victoria, ¿qué es eso tan importante que tenías que contarme?

Nos sentamos en un banco y con lágrimas en los ojos me dijo:

—Alonso…, estoy embarazada.

Me quedé estupefacto, no sabía qué decir. Victoria prosiguió:

—Laura me ha dicho que, si no quiero tener al niño, ella conoce a una mujer que me puede ayudar a quitármelo, pero, Alonso, yo no quiero, qué culpa tiene esta criatura, si acabo con su vida, no se borrará todo lo que me hicieron… Tal vez sea esta la manera que tiene Dios para recompensarme por la horrible experiencia que viví. Tener un hijo al que poder criar y educar. Sé que no podré volver a vestir los hábitos, pero además seguramente eso ya sea imposible en esta nueva España por la que estáis luchando.

Muchas de las mujeres que conocía hubiesen optado por el aborto sin lugar a dudas, pero Victoria era diferente, su fe en Dios y su optimismo innato la hacían muy especial. Recuperé la compostura y le dije:

—Por supuesto que no, es tu niño, tienes que luchar por él.

Con la voz quebrada, me dijo:

—Gracias, Alonso, sabía que podía contar contigo y que tú me comprenderías. Sin embargo, tengo miedo de lo que padre y madre puedan pensar.

Le di un beso en la mejilla y le dije:

—Tranquila, Victoria, sabes que, aunque son severos, padre y madre nos quieren mucho. Seguro que querrán a tu hijo desde el momento en que lo vean. Además, puedes contar con Laura y conmigo, estaremos siempre a tu lado, no te dejaremos sola.

Nos dimos un fuerte abrazo y volvimos a casa. Me hacía ilusión la idea de tener un sobrino. A la vez, me sobrecogía pensar en la entereza y la madurez de mi hermana, asumiendo ese niño como un regalo de Dios en lugar de como una pesada carga fruto del acto bárbaro que habían cometido con ella. He de reconocer que también la habría apoyado si hubiese optado por abortar, pero a Victoria no le gustaban las cosas sencillas, y eso hubiera sido lo fácil. Estaba muy orgulloso de mi hermana pequeña.

El día 2 de enero recibí notificación; cuatro días después, toda la tropa debía estar lista en su campamento de Madrid.

Un par de días antes, me reuní con la plana mayor de la división. Líster nos contó que la bolsa de Toledo era cada vez más estrecha, los rebeldes apenas podían ya enviar suministros a las tropas cercadas, y era cuestión de días que las mejores unidades de combate del enemigo se rindieran. Los moros y los legionarios dejarían de ser protagonistas de la guerra.

Por otro lado, a nuestra división le habían encomendado acabar con la bolsa de soldados rebeldes de la provincia de Cáceres. Según nos hicieron saber, una epidemia en el Levante había acabado con gran parte de la cabaña ganadera de la zona, y se corría un serio riesgo de desabastecimiento, tanto de las tropas de primera línea como de la retaguardia. Tomar la provincia de Cáceres supondría una garantía de suministro de carne, puesto que sus extensas dehesas estaban plagadas de cerdos, cabras, ovejas y, cómo no, de la exquisita ternera retinta.

El plan, pues, era sencillo, nuestra 11.ª División abriría dos frentes y sería la punta de lanza del ataque con las recién creadas 15.ª y 16.ª Divisiones como refresco. Por un lado, se atacaría desde Navalmoral de la Mata hacia el oeste, teniendo como objetivo prioritario la toma de Plasencia y Coria, y, como objetivo secundario, si las líneas de abastecimiento lo permitían, llegar a la frontera portuguesa. Tendrían el apoyo de la 15.ª División. En principio se presuponía sencillo el avance; el enemigo carecía de unidades representativas en esta zona, y nuestra inteligencia nos había informado que el apoyo a nuestra causa, era casi total por parte de los habitantes de los pueblos cercanos.

Por otro lado, a nosotros nos habían asignado la peor parte de la ofensiva, y, aunque suene raro, lo agradecí. Si teníamos éxito, podría llegar a mi Trujillo natal y por fin abrazar a mis padres y hermano.

Nuestro eje de ataque sería en dirección sur. Partiríamos de Navalmoral, y deberíamos tomar el primer día Almaraz. Sin embargo, el principal escollo lo encontraríamos en el puerto de Miravete. Allí estaba el único paso practicable para dirigirnos al sur, y los vuelos de reconocimiento nos habían confirmado que el paso estaba fuertemente protegido por artillería de diverso calibre y no menos de cuatro compañías enemigas. El líder rebelde, Varela, sabía que, si pasábamos ese puerto, se nos abría de par en par el acceso a las comarcas de Trujillo y Cáceres y a sus recursos ganaderos.

La derrota del enemigo estaba próxima, pero, como llevaban comprobando casi dos meses los camaradas que luchaban para cerrar la bolsa de Toledo, los fascistas vendían muy caro cada palmo de terreno que cedían.

También nos informaron que un nuevo contingente ruso que había desembarcado en Almería se había apostado en el eje Don Benito–Mérida–Badajoz y amagaría permanente con atacar, con la intención de evitar que las tropas rebeldes de la zona pudieran desplazarse al norte para ayudar a contener nuestro ataque.

Con todo esto en la mente, me reuní con mis muchachos en el campamento de la división ubicado al este de la capital. El reencuentro con Manolo y Chacón fue de lo más emotivo. Hacía más de mes y medio que no nos veíamos y para mí eran ya mucho más que camaradas o amigos, eran mis hermanos.

Me correspondió darle a Chacón una buena noticia; le habían ascendido a sargento. Él no lo esperaba, pero yo lo peleé. Redacté varios informes sobre el continuo valor que había demostrado en la campaña de Talavera, poniendo en riesgo su vida en varias ocasiones.

Yo tenía claro que a Chacón le interesaba poco ascender en el escalafón del Ejército Popular de la República, pero quería que al menos pudiera mejorar su paga con los nuevos galones. No era justo que alguien que llevaba luchando desde el primer día, como Manolo y yo, estuviera percibiendo la mísera paga de un soldado raso.

Por su parte, Manolo me contó que su familia estaba estupendamente y que me mandaban recuerdos. El ambiente en Linares era de euforia, habían quedado atrás los meses en los que el alimento escaseaba; las armas, soldados y víveres rusos pasaban por la Estación Linares-Baeza día sí y día también. La moral estaba por las nubes. Incluso me dijo que se había instalado en el inicio del paseo de Linarejos un quiosco para apostar sobre la fecha exacta del final de la guerra, a una peseta la apuesta.

Manolo apostó por que este mismo año, el día 1 de abril, todo terminaría; Chacón aventuró que sería el 23 de septiembre, su cumpleaños; dijo que lo celebraría con más ganas que nunca. A mí me parecía una frivolidad apostar sobre algo así, porque, por cada día que tardásemos en zanjar esta contienda, centenares de personas perderían la vida.

El Estado Mayor dio la orden de partir al frente el día 8 de enero. Cuatro días después, ya estábamos todos listos en los alrededores de Navalmoral. Mi compañía contaría con el apoyo de quince tanques, cinco serían Somua y el resto serían Char B1 Bis, a los que tanto debíamos.

Nuestro sector de ataque tendría el soporte de varias baterías hipomóviles para nosotros en exclusiva. Cañones de diverso calibre e incluso anticarro, pero arrastrados mediante animales; la escasez de combustible nos obligaba a reservarlo para los aviones y los tanques.

Desde el aire, íbamos a contar con escuadrillas de bombarderos Katiuskas, que tendrían el auxilio de cazas «moscas» y Morane

Saunier; los aviones los compartiríamos con los muchachos que atacarían en dirección Portugal. La aviación rebelde había perdido numerosos efectivos tratando de socorrer el cerco de Toledo, y, a estas alturas de la contienda, les era casi imposible reponer las bajas.

Recibimos orden de partir el día 13 de enero. A las siete de la mañana comenzamos el avance con rumbo sur, hacia Almaraz. Había caído una helada terrible, el cielo estaba totalmente despejado, pero los campos blanqueaban y el frío se te metía en los huesos; Chacón dijo que le recordaba a su Alpujarra, campos blancos y cielo despejado.

Las unidades de reconocimiento que iban en cabeza avanzaron sin ningún problema. Al alcanzar los arrabales de Almaraz, tan solo unos cuantos disparos fueron necesarios para que la guarnición rebelde que protegía la ciudad se rindiera.

La imagen de los soldados enemigos distaba ya mucho de lo que antaño se nos opuso. Unos muchachos de apenas dieciocho años, mal alimentados y mal vestidos, salían de las garitas con los brazos en alto y tiritando.

Los camaradas los hicieron prisioneros y trajeron ante mí al sargento que estaba al mando. Era un chico que no tendría aún veinte años, alto y delgado. Cuatro pelos adornaban su bigote, y, a diferencia de sus compañeros, a pesar de tener el abrigo hecho jirones y un aspecto desaliñado, portaba con gallardía los restos del uniforme que cubrían su cuerpo. Lo sentaron en una silla maniatado. Le pregunté:

—Muchacho, ¿hay más soldados defendiendo el pueblo?

El joven, mirándome fijamente a los ojos, dijo:

—No, señor, tan solo mis compañeros y yo estábamos defendiendo la plaza.

Me incliné sobre el joven:

—De acuerdo, te creo. Solo una cosa. Si cuando entremos en el pueblo recibimos un disparo, uno solo, aunque sea de algún paisano que haya perdido la cabeza, daré orden de que te ejecuten, a ti y a tus compañeros, ¿lo has entendido?

El muchacho agachó la cabeza, estaba claro que tenía algo que decir… Manolo le agarró fuertemente del cabello y pegó su frente a la del chico.

—Escúchame bien, niñato, tú eliges si vives o mueres. A nosotros nos da lo mismo un fascista más que menos.

El joven comenzó a sollozar. Reconozco que me ablandó el corazón, nuevamente me agaché junto a él y le dije:

—Dime, ¿cuál es tú nombre?

Alzó la mirada y me dijo:

—Pedro, Pedro Suárez.

Proseguí:

—Mira, Pedro, has tenido suerte, si te hubiera apresado otra compañía, ahora mismo tus sesos estarían adornando la tapia del cementerio, pero, como te decía, has tenido suerte. Nosotros no actuamos así…, salvo que nos obliguen. Ahora que ya sabes qué tienes que hacer para salvar tu vida y la de tus compañeros, dime, ¿hay más soldados defendiendo el pueblo?

El joven, con la voz quebrada, respondió:

—Señor…, yo no soy un traidor…, yo…

Manolo insistió:

—Venga ya, hombre, di lo que sepas.

Pedro, mirando al suelo, confesó:

—En la iglesia de San Esteban, en el campanario, hay dos ametralladoras que cubren ciento ochenta grados cada una. En el interior del templo habrá unos treinta hombres.

Le puse la mano en el hombro:

—¿Ves?, ya nos vamos entendiendo… ¿Y artillería? ¿Tienen artillería?

Negó con la cabeza.

—No, señor, hace un par de semanas vino un teniente coronel y se llevó los morteros y los dos obuses que teníamos en el pueblo.

Manolo le dio un par de palmadas en la cabeza:

—¿Ves, Pedro?, ha sido muy fácil. Gracias por tu colaboración.

Ordenamos que se lo llevaran junto al resto de sus compañeros. Mientras tanto, Manolo y yo comentamos la situación. Pregunté:

—¿Cómo lo ves? ¿Ataque frontal, con carros…?

Manolo sonrió y dijo:

—Hemos perdido demasiados hombres ya, no quiero enterrar a más camaradas, no tan cerca del final. Esperemos a la artillería y filtremos a nuestros hombres en las casas del pueblo para que liquiden a los fascistas que pretendan huir de la iglesia.

En menos de veinte minutos, las baterías habían llegado. Les dimos las instrucciones y dirigieron sus bocas de cañón a la torre de la iglesia. Al octavo disparo la torre cayó parcialmente. Acto seguido comenzamos a escuchar disparos en el interior del pueblo. La refriega duró menos de cinco minutos.

Al poco tiempo vimos regresar a Chacón, que se había animado a participar en la escaramuza:

—*Marquéh*, doce *fahcihtah muertoh*, veinte *prizioneroh*.

Le pregunté:

—¿Cuántas bajas hemos tenido?

Chacón, con gesto serio, respondió:

—Una, *zeñó*.

Manolo gritó:

—¡Maldita sea!

Chacón sonrió y agregó:

—La baja ha *zío er inútih* de *Peláeh*, que *ze* ha *trompezao* y *ze* ha *torcío er* tobillo.

Comenzamos todos a reír. Como habíamos previsto, Almaraz había caído sin apenas oposición, y felizmente sin bajas para los nuestros. Decidimos no perder el tiempo y seguir nuestra ruta, el Tajo nos esperaba.

En cabeza mandamos a un par de motoristas para informar sobre posibles enemigos, mientras el resto de la compañía avanzaba sin prisa, pero sin pausa.

Ya estábamos alcanzando las cumbres de la margen derecha del río Tajo, cuando una explosión nos sobresaltó. El único puente sobre el río en decenas de kilómetros a la redonda capaz de soportar el peso de los tanques había sido volado al paso de nuestros motoristas. Se confirmaba lo que todos ya sabíamos, no se rendirían jamás.

Se nos planteaba un problema logístico mayúsculo, era imposible vadear el puente por ningún sitio; en esta zona el cauce estaba encajonado y era muy profundo. Cogí la radio y me puse en contacto con el cuartel general. Pedí a Líster que de inmediato mandaran un grupo de pontoneros para lanzar un puente capaz de soportar nuestros blindados. Mientras tanto, nosotros nos retiraríamos a Almaraz.

Dejé apostadas en nuestra cara del río varias baterías para que cubrieran el trabajo de los ingenieros. Los pontoneros llegaron el día 15, y, desde que arribaron, fueron hostigados por fuerzas rebeldes desde la otra orilla del río, pero nuestra potencia de fuego combinada de artillería y aviación mantuvo a raya al enemigo y nos permitió trabajar.

A pesar de las serias dificultades que tuvieron para instalar los pilares —en algunos puntos el cauce tenía hasta diez metros de profundidad—, el día 22 de enero, nuestros tanques pudieron atravesar el río y tomamos rumbo sur hasta Casas de Miravete con la firme intención de atravesar la sierra de Miravete y dejarnos caer sobre Cáceres, y, cómo no, sobre mi pueblo.

Ya divisábamos los tejados de la pequeña localidad con sus chimeneas humeantes, cuando cayó sobre nosotros una tormenta de fuego y plomo. Desde las crestas de la sierra, embozados entre la maleza, decenas de cañones habían fijado su objetivo en mi compañía y las que nos acompañaban. Di orden de retroceder tras perder tres tanques. Era imposible avanzar en aquellas condiciones.

Pedimos apoyo aéreo por radio, pero aquel día estaba nublado y no podían despegar. No quería creerme cómo a estas alturas de la guerra aún seguían pelando con tanta rabia. Manolo sobre esto me hizo recapacitar:

—Marqués, ¿recuerdas antes del paso del Ebro? Muchos pensaban

que estábamos acabados y mira ahora… Ellos están en esa situación, esperan algo que les pueda hacer dar la vuelta a la tortilla, y, mientras tanto, ganan tiempo.

El caso es que desde que empezamos la ofensiva, hacía ya nueve días, los resultados estaban siendo escasos.

Montamos un campamento provisional, a cubierto de los proyectiles fascistas, mientras posicioné nuestras baterías y obuses para que dispararan a la sierra, si bien los objetivos no eran fáciles de identificar.

Los días pasaban, nuestra aviación salía siempre que el tiempo se lo permitía y regaba los picos con bombas incendiarias, pero, cuando asomábamos la cabeza para intentar avanzar, los mismos cañones escupían su fuego demoledor contra nosotros. Era imposible caminar diez pasos sin jugarte el tipo. Estaba convencido de que habían excavado túneles en la montaña. Cuando atacaba nuestra aviación, retiraban las piezas y las ponían a cubierto, para inmediatamente después volver a colocarlas en su sitio.

Nuestra única esperanza en ese momento era esperar a que se les acabasen los víveres, pero eso suponía como mínimo varios meses, y no estábamos en condiciones de alargar tanto los combates.

Comuniqué con el teniente coronel Líster, que me informó sobre el avance del ataque en dirección a Portugal. Plasencia había sido dura de roer, pero, tras siete días de combates y fuertes bombardeos aéreos, por fin los rebeldes supervivientes ondearon la bandera blanca. Ahora estaban ya preparando el ataque sobre Coria. Cuando le di el parte de nuestra situación, decidió acudir de inmediato para analizarla en persona.

El día 1 de febrero, Líster llegó a nuestro campamento, y lo que vio le disgustó profundamente:

—Capitán Quiñones, ¿cómo es posible que estén varias compañías empantanadas en esta tierra de nadie?

Respondí:

—Capitán, ya le dije por radio que la sierra está fuertemente artillada, no estoy dispuesto a mandar ni a mis hombres ni a mis blindados a su destrucción, la aviación ha hecho lo que ha podido, pero esos canallas están bien protegidos. Hemos analizado los mapas y el único punto por el que podemos pasar es por el puerto de Miravete, tenemos que tomarlo como sea, pero faltan medios…, tal vez un ataque de distracción por otra zona…, pero necesito hombres…

Líster cogió los mapas, se acarició el mentón y dijo:

—De acuerdo, ordenaré que dos compañías de la 15.ª División que están en retaguardia ataquen al sureste de esta posición, en la sierra del Frontal. Si consiguen superar esa sierra, tal vez puedan atacar por la retaguardia esas posiciones artilleras de Miravete, y ustedes

aprovechar para avanzar y atacar con todo lo que tengan.

El plan no era lo más brillante que había escuchado, pero podía funcionar. Líster expuso que el ataque se llevaría a cabo dos días después, concretamente el 3 de febrero. Manolo y yo aprovechamos para reconocer los puntos de partida de esta nueva ofensiva, y ayudar en la medida de lo posible a los muchachos de la 15.ª en su ataque.

Llegó el día señalado y pudimos conocer el oficial al que Líster había encomendado la operación, el capitán Saliquet. Un joven de ojos claros y pelo rubio con pinta de galán. Nos comentó que jamás había entrado en combate, pero que estaba deseando hacerlo.

Relató que había decido llevar a cabo el ataque sin blindados ni preparación artillera; según nos explicó, estaba convencido de que el factor sorpresa era clave para el éxito de la misión, por eso también atacarían bien entrada la noche.

Nosotros le informamos sobre lo que pudimos reconocer en el terreno; había una pequeña vaguada, punto ideal para iniciar el ataque a la sierra. Si tenían éxito, inmediatamente podrían virar al norte para tratar de envolver las piezas artilleras que nos impedían el paso.

No le pudimos dar información sobre el enemigo porque no nos acercamos lo suficiente, y a simple vista no se veía nada sospechoso.

La madrugada del 3 al 4 salieron de sus posiciones de partida las dos compañías, unos trescientos hombres en total. Manolo y yo nos quedamos en la retaguardia junto al equipo de transmisiones. Si tenían éxito, avisaríamos a los nuestros para que se preparasen, y de inmediato iríamos a reunirnos con ellos para encabezar el ataque.

Los minutos pasaban y el silencio era ensordecedor. A pesar del intenso frío, algunas gotas de sudor, fruto de la tensión del momento, recorrieron mi frente.

Varias ráfagas de ametralladora rompieron la quietud. Lo que antes era paz y tranquilidad, se había tornado en el averno. Disparos con todo tipo de armas, incluso descargas de mortero, sonaban por doquier, el griterío de los soldados lo inundaba todo.

Le pedí al operador de radio que tratara de comunicar con los atacantes, pero fue inútil, nadie respondió al otro lado. Tras veinte minutos de batalla, el silencio volvió a reinar, tan solo el gemido agónico de algún herido se escuchaba entre la penumbra, y, de inmediato, un disparo lo acallaba.

La incertidumbre sobre el resultado del combate me corroía, quién habría vencido, nosotros o ellos. Manolo me dio un toque en la espalda y con su mano señaló el horizonte; tres sombras corrían hacia nosotros. Desenfundé mi Smith & Wesson y la amartillé:

—¡Alto o disparo!

Una voz temblorosa respondió:

—¡No disparéis, somos de los vuestros!

Los tres muchachos llegaron a nuestra altura y nos contaron, aún con el pánico en el cuerpo, lo sucedido:

—Mi capitán, ha sido horrible, todo iba normal, sin novedad, pero, cuando la compañía estaba dentro de la vaguada, han comenzado a disparar con fuego de ametralladora desde ambas márgenes. Le juro que no los veíamos, solo se distinguía el fulgor de la boca de los cañones.

Otro de los muchachos intervino:

—¡Ha sido una masacre! ¡Nos han matado como a conejos!

El primero prosiguió:

—Nosotros nos hemos salvado porque nos tiramos cuerpo a tierra, y hemos reptado hasta ponernos a salvo.

Manolo me miró y dijo:

—Estos fascistas malnacidos se han convertido en topos, viven bajo tierra.

Yo estaba bloqueado, casi trescientos jóvenes acaban de morir absurdamente. Regresamos de inmediato para informar a Líster, que se enfureció y ordenó desplegar varias baterías que batieran permanentemente esa maldita vaguada. Literalmente dijo:

—¡Si no les matan las bombas, que el ruido los vuelva locos!

Ocho horas más duró el brutal castigo artillero, pero todos los que llevábamos varios días allí sabíamos que era inútil. Así se lo comunicamos al teniente coronel, pero no nos creyó. Mandó un par de patrullas de reconocimiento. En cuanto el enemigo las tuvo a tiro, las borró del mapa con varios obuses de gran calibre.

Líster comenzó a vociferar palabras que prefiero no recordar. Por fin se había dado cuenta de que la cosa era más complicada de lo que se pensaba.

Tras un par de horas de reflexión, reunió a los capitanes de todas las compañías. Nos comunicó cuál sería el siguiente paso a dar:

—Queridos oficiales, lamento hondamente las pérdidas que hemos sufrido en este páramo perdido. No veo más salida que pedir ayuda a los camaradas soviéticos que están apostados al norte del Guadiana. Solicitaremos que avancen desde su posición. Con suficiente apoyo aéreo, calculo que pueden estar en la otra cara de esta condenada montaña en una semana, además…

Interrumpí al teniente coronel:

—Señor, discúlpeme, yo mejor que nadie sé cómo se las gastan los rusos y no quisiera por nada del mundo que ninguno de los pueblos que puedan conquistar tengan que pasar por ese horrible trance.

El rictus de Líster se agrió:

—Comprendo, capitán Quiñones. Y, dígame, ¿habla usted por todos los pueblos que puedan conquistar, o por uno en particular? ¡Esto es la

guerra! No hay lugar para sentimentalismos. Nuestra misión es acabar con el enemigo. ¿Qué sugiere que le digamos a los camaradas de otros frentes que ya están sufriendo escasez de víveres?, ¿que un capitán quería que su pueblo acabase la contienda intacto?

Repliqué:

—Pero, señor, tiene usted que comprender que para el pueblo no es lo mismo ser conquistado por un compatriota que por un extranjero.

A viva voz, el teniente coronel dijo:

—¡Maldita sea, Quiñones! Se lo repito: ¡esto es la guerra! De inmediato me comunicaré con el cuartel general de Voroshílov para solicitar su ayuda. Cada minuto que perdemos aquí es un minuto que nos aleja de la victoria. Aguarden aquí. Les mantendré informados de las novedades.

Líster abandonó la reunión, visiblemente contrariado. No estaba acostumbrado a que le contradijeran, y menos aún en público. Supongo que tampoco se esperaba que fuera yo el que tratara de quitarle la razón.

A los treinta minutos, Líster regresó, su rictus había cambiado, se le notaba algo más relajado. Nos mandó sentar y tomó la palabra:

—Muchachos, les tengo que comunicar que nuestros camaradas del Ejército Rojo se han puesto a nuestra disposición en esta ofensiva. A primera hora de mañana, romperán las líneas del frente y avanzarán hacia el norte para ayudarnos a romper el bloqueo. Hasta que ellos lleguen, y para evitar que el enemigo sospeche, seguiremos bombardeando periódicamente la sierra. Es todo, pueden retirarse.

Reconozco que era el único de los allí presentes a los que no le hizo ninguna ilusión las nuevas del teniente coronel, pero es que me daba pánico pensar lo que estos salvajes podrían hacerles a mis paisanos, si es que acaso llegaban a conquistar la ciudad.

Esa noche apenas pegué ojo, y fue justo al alba cuando los cañones de setenta y cinco comenzaron a descargar nuevamente contra la sierra.

Me levanté del camastro y desayuné junto con el resto de camaradas. Se presentaban una serie de largos y tediosos días sin nada que hacer más que esperar a que llegaran los soviéticos.

Al anochecer del día 5, Líster nos informó de que el ataque al norte del Guadiana iba viento en popa; a pesar de que el enemigo se estaba aferrando a sus posiciones, la superioridad aérea y los medios blindados habían hecho que Miajadas cayera en nuestro poder.

Eso significaba que Trujillo sería la siguiente localidad de importancia que caería en manos de nuestros aliados. Deseaba con todas mis fuerzas que mis padres y hermano pudieran ponerse a salvo antes de que estos bárbaros les pusieran la mano encima. Sabía que, al ser nobles, los soviéticos no tendrían piedad.

Esa noche Líster decidió seguir cañoneando en la oscuridad; dudo que alguno de los que allí estábamos pudiera siquiera enlazar dos horas de sueño. Sin embargo, cuando el sol salió por el horizonte, el día nos trajo una novedad. Los centinelas que vigilaban la ruta que conducía a Casas de Miravete dieron el alto a una figura alta y delgada que se aproximaba por el camino. La figura levantó las manos, pero siguió avanzando hacia los centinelas. En ese momento comencé a correr hacia los vigías temiendo que pudieran hacer alguna estupidez.

Efectivamente, cuando llegué ya habían cargado su fusil y tenían en la mira al extraño visitante. Agarré ambas armas por el cañón y les dije:

—¿Pero qué hacéis? ¿No veis que viene con las manos en alto? ¡Dejad de apuntarle!

La figura continuó su aproximación y ya pude distinguir que se trataba de un muchacho joven, de no más de dieciocho años, con aspecto desaliñado. Cuando me cercioré de que no suponía ningún peligro, le pedí que bajara los brazos y con un gesto de mi mano le pedí que se aproximara.

El joven tenía los ojos inyectados en sangre y una impactante cara de cansancio. Le pregunté:

—Muchacho, ¿qué haces aquí?

Sin pestañear, respondió:

—Esto no es ni medio normal, hace más de tres días que no podemos dormir, está todo el pueblo *desquiciaito*.

Le di un par de palmadas en la espalda:

—Ya lo sé, aquí estamos igual, pero esto es la guerra, mientras los rebeldes estén ahí escondidos, no podemos hacer otra cosa.

El joven respondió:

—El cañoneo es inútil, medio pueblo y yo mismo fuimos obligados a excavar los túneles, la roca es muy dura. Además, tienen varias cámaras repletas de víveres como para aguantar años.

En ese momento ya se había incorporado Manolo a la conversación:

—¿Y qué sugieres que hagamos entonces? ¿Nos replegamos? No, muchacho, no, esto no funciona así…

El joven negó con la cabeza:

—No, yo lo que quiero es que esto se acabe de una maldita vez. Aunque amenazaron con matar a todos los que trabajamos en los túneles si nos íbamos de la lengua, a mí ya nada me importa, prefiero morir que vivir este infierno.

La cosa comenzaba a ponerse interesante, le espeté:

—¿Y qué puedes hacer para ayudarnos a acabar con todo esto?

El joven se frotó los ojos con la mano derecha y respondió:

—Durante la construcción de los túneles, el ingeniero al mando se

cuidó mucho de ocultar el acceso principal, que solo está vigilado por un soldado. Tal vez podrían entrar por ahí, o hacer algo, no sé, ustedes son los militares…

Manolo preguntó:

—¿Es fácil llegar a ese acceso?

El joven respondió:

—Está muy bien camuflado, pero conozco el camino porque somos varios los muchachos del pueblo los que estamos encargados de subir leche fresca a los túneles. Eso sí, deberán bombardear como todas las noches para que no sospechen.

La llegada de este joven volvió a ilusionarme; tal vez, aún era posible llegar a mi pueblo antes que los soviéticos.

Pedimos a los centinelas que se quedasen con el muchacho mientras nosotros nos dirigimos raudos a la tienda del teniente coronel.

Cuando le pusimos al día de las novedades, no pareció entusiasmarle mucho la idea:

—Discúlpenme, camaradas, pero, teniendo en cuenta los progresos que están haciendo nuestros amigos soviéticos, no veo por qué habríamos de arriesgar más vidas de forma absurda.

Manolo respondió:

—Señor, si tenemos éxito, puede ser que salvemos muchas más vidas de las que estemos poniendo en riesgo. Creemos que con un pelotón con suficientes cargas explosivas puede ser suficiente.

Líster me miró:

—¿Y usted, capitán, qué opina?

Crucé los brazos y dije:

—Estoy de acuerdo con el teniente Pérez. Si conseguimos poner fuera de combate esos cañones, salvaremos muchas vidas, no le quepa duda.

Líster se quedó pensativo unos segundos y prosiguió:

—Lo siento, pero no lo veo. Prefiero esperar. Han muerto demasiados buenos soldados bajo mi mando, y, estando tan cerca de poner fin a esta situación de bloqueo, no quiero arriesgar más vidas.

De inmediato tomé la palabra:

—En ese caso, señor, solicito permiso para acudir yo solo.

Manolo me interrumpió:

—Disculpe, señor, yo también solicito permiso.

Líster torció el gesto y entre dientes dijo:

—No sé qué demonios voy a hacer con ustedes, no puedo permitir que arriesguen su vida. Sus hombres necesitan quien les dirija.

Di un paso y me aproximé a mi superior:

—Señor, ¿recuerda lo de Teruel? Allí fue usted quien nos puso entre la espada y la pared y nos mandó a una misión suicida…, ahora somos

nosotros los que le pedimos que nos autorice a llevar a cabo esta misión. Si tiene éxito, salvaremos decenas… centenares de vidas. Si fracasamos, tan solo habrá perdido un par de soldados.

Líster comenzó a dar vueltas por la estancia, resopló un par de veces y dijo:

—Son un par de malditos locos. Hagan lo que crean conveniente. Tendré preparadas a todas las unidades. Si tienen éxito, las lanzaré contra la sierra, si fracasan, quiero que sepan que ha sido un honor luchar con ustedes.

Agradecimos las palabras de Líster, nos pusimos el puño en la frente y nos retiramos. Ahora solo teníamos que urdir un plan que pudiera funcionar.

Las opciones eran pocas: entrar a sangre y fuego disparando a todo lo que se moviese, colocar explosivos para provocar derrumbamientos, o, la que más le gustaba a Manolo y que fue la que finalmente elegimos, provocar un incendio en el interior de las galerías y volar la boca de acceso a la misma.

Recogimos varios cartuchos de dinamita y un par de bidones de gasolina de veinticinco litros. Le pedimos a los de intendencia que nos preparan unas correas para poder llevar los bidones asidos a la espalda.

Cuando ya hubo anochecido, con el cielo totalmente despejado y un frío terrible, Manolo, el joven de Miravete, y yo iniciamos nuestra marcha. Nos comentó que evitaríamos pasar por el pueblo para que no nos vieran los vecinos que simpatizaban abiertamente con la causa insurrecta, ya que sin duda informarían a los rebeldes. Manolo le preguntó:

—¿Entonces? Te habrán visto salir esta mañana… ¡Habrán advertido al enemigo!

El muchacho se frenó en seco:

—¿Acaso me cree tan imprudente, teniente? Anoche, mientras ustedes bombardeaban y todo el pueblo estaba escondiéndose, salí de mi vivienda y me dirigí hacia el sur, cargado con una cántara de leche fresca. Si alguien me vio, no dude que pensó que iba a subirla a los túneles. Cuando salí del pueblo, dejé escondida la leche, y caminé rumbo norte. Me puse a cubierto hasta que amaneció, y ya saben el resto.

No pude evitar que se me escapara una pequeña carcajada:

—¡Manolo! Este lo tiene todo previsto, si sale bien, lo reclutamos para la compañía.

El joven, con gesto serio, me miró a los ojos:

—Lo que yo quiero es que esto acabe y se vayan de una maldita vez de mi pueblo.

Comprendí que el chico había tenido que sufrir sobremanera, y no

tenía ninguna gana de bromas. Bordeamos el pueblo por el oeste y nos quedamos agazapados donde nos indicó nuestro ayudante.

Tal y como estaba previsto, a las nueve y media de la noche, los cañones comenzaron su tarea; le habíamos pedido a Líster que el bombardeo durase como mucho una hora, no queríamos que se destrozaran aún más los caminos de acceso a nuestro objetivo.

Esa hora se nos hizo eterna, pero por fin cesó la descarga. Un pequeño incendio se desató en la sierra, pero nuestro guía nos dijo que podíamos estar tranquilos, nosotros nos dirigíamos al lado opuesto.

Recogimos el equipaje y comenzamos a ascender por la pendiente. Al llegar al punto en el que el joven había depositado la cántara la noche anterior, la recogió para poder aproximarse al soldado que guardaba la entrada sin levantar sospechas.

Los alrededores de la vereda estaban llenos de impactos y de algún que otro proyectil sin estallar. El ascenso, cargados con lo que llevábamos a la espalda, era cualquier cosa menos sencillo; a pesar de que el joven se ofreció en varias ocasiones a ayudarnos con la carga, yo me negué, bastante estaba haciendo ya.

Una señal de su mano nos indicó que nos detuviésemos. Se acercó y dijo que delante, a escasos veinte metros, oculto entre la maleza, estaba el acceso a las galerías. Él se aproximaría al guardia y trataría de distraerlo para que nosotros pudiéramos atacarlo por la espalda y eliminarlo.

Manolo y yo nos quedamos agazapados, él con su naranjero cargado y yo con mi navaja lista para actuar.

Cuando el guardia vio al joven, le espetó:

—Hombre, Ramiro, ¿qué haces por aquí a estas horas?, ya han venido dos vecinos tuyos a traer leche.

El muchacho respondió:

—¿Sí? No me han dicho nada. Hoy me ha pillado el toro con el bombardeo de los rojos, y me he tenido que esperar a que terminen.

El soldado sonrió:

—No pasa nada, por tener leche de sobra nadie se va a quejar.

El joven estaba haciendo su labor perfectamente, hablando con el guardián estaba consiguiendo girarlo, hasta ponerlo de espaldas a nosotros. En ese momento, Manolo y yo nos incorporamos. Al dar el primer paso, tropecé con una roca y caí de bruces en el suelo. El guardia se giró y al vernos gritó:

—¡Nos atacan!

Manolo no se lo pensó y de su naranjero salió una ráfaga que impactó de lleno en el guardia. El destino quiso que otra de las balas impactara en el pecho del muchacho. Me incorporé rápidamente y me arrodillé junto al chico:

—¿Estás bien?

Tosió y comprobé que la sangre ya manaba por la boca:

—Hagan lo que tengan que hacer…, tienen poco tiempo…

Me descolgué el bidón y me adentré unos metros en la galería. La pendiente era descendente, lo que nos ayudó a esparcir el combustible. Manolo junto a mí destapó su bidón y dejamos que el líquido inflamable se esparciera hacia el interior de la galería.

El eco de la misma nos permitió escuchar unas voces que se aproximaban:

—Por aquí han sonado los disparos, rápido.

Otra voz añadió:

—¡Huele a gasolina!

Miré a Manolo y le dije:

—¡Hay que prender esto ya, no tenemos tiempo!

Saqué la caja de cerillas, y a toda prisa traté de encender uno de los fósforos. Con los nervios no fui capaz. Manolo me enseñó su naranjero y gritó:

—¡Atrás, Alonso!

Los dos retrocedimos mientras los pasos de los soldados enemigos eran cada vez más audibles. La ametralladora del teniente soltó varias ráfagas, las suficientes para prender la gasolina.

De inmediato, una de las voces del interior de la galería gritó aterrorizada:

—¡¡Fuego!!

Ahora solo teníamos que preparar las cargas de dinamita y volar el acceso. Con gran desazón, mientras Manolo preparaba el explosivo, comprobé que el muchacho ya había muerto.

En total, colocamos doce cartuchos en la entrada de la galería. Prendimos la mecha y nos pusimos a cubierto. En menos de treinta segundos, una terrible explosión resonó. Manolo levantó la cabeza y exclamó:

—Misión cumplida, acceso de la galería anulado.

Comenzamos a descender colina abajo mientras observábamos cómo las llamas y el humo salían por las cañoneras y los respiraderos de la red de túneles. El joven Ramiro debería estar orgulloso, hoy por fin se acabaría la guerra en su pueblo.

A la altura de las primeras casas del pueblo, comprobamos que los nuestros, tal y como Líster había prometido, estaban dirigiéndose montaña arriba para tomar la posición. Los tanques encabezaban la ofensiva, acompañados en su avance por la infantería.

Mi amigo y yo nos paramos a descansar en un promontorio desde el que se observaba todo perfectamente. En la primera ofensiva que realizamos, hacía varios días ya, diez cañones enemigos dispararon al unísono para desbaratar nuestro ataque. Ahora solo dos de ellos fueron capaces de abrir fuego sin la fortuna y la cadencia necesaria

como para desbaratar un ataque de esa magnitud.

En apenas una hora, las bocas de fuego sublevadas estaban silenciadas. Cuando amaneció, la bandera tricolor ondeaba en la cima del puerto de Miravete.

La ruta hacia el sur estaba definitivamente abierta, Trujillo estaba cada vez más cerca.

***

El camión ya ha parado. Nos bajamos como siempre; estoy expectante. ¿Qué herramienta me tocará hoy, el pico, la pala, la carretilla…? Pronto se resuelven mis dudas, me ha tocado el mazo. Todo el día golpeando piedras sin parar. Esta noche apenas podré moverme. No me puedo quejar, hacía ya tres días que no me tocaba.

Caminamos uno tras otro hacia el filón que estamos explotando, parecemos sombras vivientes, en esto nos han convertido.

A pesar de todo, aún queda algo de humanidad. Siempre que paso junto a la garita de los vigilantes, si está Requejo de guardia, me da una cantimplora extra. Requejo sirvió conmigo en la 11.ª División durante gran parte de la guerra. Sé que me tiene cariño y que detesta lo que pasa, pero no puede decir nada, sabe lo que le esperaría, lo ve a diario.

Ya hemos llegado a destino. Nos distribuimos las funciones como siempre hacemos. Un ruido llama nuestra atención. Viene del cielo. Una escuadrilla de cazas nos sobrevuela. ¿Será cierto lo que dicen? ¿Se están acercando? No he podido distinguir bien el modelo de avión. No parecían soviéticos.

Distraerse está prohibido, una voz me increpa:

—¡Marqués! ¡No te distraigas, que hoy tengo el látigo suelto!

De inmediato agacho la cabeza, levanto el mazo y golpeo el enorme bloque que tengo delante. Noto otra vez ese pinchazo que siempre me acompaña, mi omóplato me duele horrores, no curaron bien la herida, tampoco lo intentaron, a nadie le importaba.

Levanto nuevamente el mazo y vuelvo a golpear la dura piedra. Se desgaja un trozo plano y liso. Me recuerda a la encimera de la cocina del palacio de mis padres, de blanco limpio, impoluto, inmaculado. Padre, madre, cuánto les echo de menos.

Provincia de Cáceres, febrero de 1939

La toma del paso de Miravete no fue cosa fácil, pero por fin pudimos atravesarlo. Todos pensábamos que aprovecharíamos el ímpetu de la ofensiva desencadenada para lanzarnos hacia el sur y contactar con los soviéticos lo antes posible; sin embargo, contra todo pronóstico, una vez aniquilada toda la resistencia de la sierra y conquistada el día 8 la población más próxima al sur de la misma, Jaraicejo, Líster ordenó que acampáramos.

Recuerdo que cuando recibí la noticia me presenté ante él, totalmente enfurecido:

—¡Señor! ¿Por qué nos detenemos? Estamos a pocos kilómetros de Trujillo. Tenemos que llegar antes que los soviéticos, es imperativo.

Líster me miró con cierta desgana:

—Capitán, no se confunda, esta división la mando yo, y no está al dictado de sus intereses particulares. Entiendo que para usted es muy importante reunirse con los suyos, pero no más que para cualquiera de los soldados que luchan bajo mi mando.

Insistí:

—Pero, señor…, después de todo lo que hemos pasado juntos, después de jugarnos una vez más la vida el teniente Pérez y yo para poder cruzar la sierra, después de…

Me interrumpió:

—Un momento, capitán Quiñones, no se equivoque conmigo, le recuerdo que fueron ustedes los que insistieron en infiltrarse tras las líneas enemigas por su cuenta y riesgo; afortunadamente para todos, ha sido exitoso y hemos cruzado la sierra sin apenas bajas, pero hasta aquí hemos llegado. No quiero poner en riesgo la vida de mis hombres de forma innecesaria. Además, para su información le diré que mañana a primera hora comenzarán nuestros camaradas soviéticos a bombardear Trujillo. El último informe que he leído indica que los sublevados se han hecho fuertes en el castillo. Por otro lado, Cáceres está también al caer. Como puede comprobar, no tenemos más que esperar. Cuando los soviéticos contacten nuestras líneas, usted será libre de poder ir donde le plazca.

Con lágrimas en los ojos, repliqué:

—En ese caso, señor…, puede que ya sea demasiado tarde.

Con voz firme, el teniente coronel zanjó la conversación:

—Lo siento, muchacho, así es la guerra.

Me quedé totalmente desolado. ¿Cómo era posible que, después de todo lo que habíamos pasado, mi teniente coronel se comportara así?

En parte lo entendía, no quería castigar más a sus hombres, pero todo parecía indicar que la ruta hasta Trujillo sería un paseo, no había posiciones fortificadas.

Comenté lo sucedido con Manolo y Chacón. Ambos me consolaron. Coincidían conmigo en que era injusto tener tan cerca a los míos y no poder correr a abrazarlos. Aquella noche me fui a dormir consternado pensando en mi familia.

El día 9 amaneció con una de las típicas nieblas espesas que con tanta asiduidad cubrían en invierno los campos de mi tierra, y una idea comenzó a rondarme la cabeza.

Aprovechando la niebla, podría dejar el campamento sin que los centinelas me detectasen, y, del mismo modo, con ella como compañera, podría dirigirme a pie hasta Trujillo. Conocía bien aquellos campos, no en vano, algunos de los dominios de mi padre llegaban hasta aquellas latitudes, buenos terrenos de pasto para el ganado.

Calculaba que habría unos veinticinco o treinta kilómetros. Equipado con lo imprescindible, y si no tenía contratiempos, en unas seis horas podría estar oteando las torres de la iglesia de Santa María.

Cada segundo que pasaba, más convencido estaba de llevar a cabo esa aventura. Tenía claro que me metería en un lío y no pequeño con Líster al desobedecer una orden directa, pero en ese momento era lo que menos me importaba.

En mi reloj, las agujas marcaban las siete y cuarto cuando abandoné Jaraicejo. Estoy convencido de que pasé a menos de cincuenta metros del centinela, pero con una niebla tan densa era imposible que me hubiera visto.

Inicié la marcha con buen ánimo a pesar del húmedo frío que imperaba. Al llegar al río Almonte, temí que los rebeldes hubiesen volado el puente en su retirada, pero nada más lejos de la realidad, estaba en pie y en perfecto estado. Lo crucé sin problemas, no encontré a nadie.

A mediodía, el sol comenzó a imponerse ganando su particular batalla a la niebla, y, de esta manera, el manto protector que me cubría me abandonó. Poco me importaba, cada vez sentía más cercano mi destino.

En torno a las tres de la tarde, tal y como había calculado, las majestuosas torres de la iglesia se Santa María se alzaban ante mí. Por un lado, el precioso campanario, y por otro, la torre Julia, a la que nunca pude subir porque el terremoto de Lisboa del siglo XVIII afectó a su estructura, aunque ahí estaba impertérrita casi doscientos años después.

La silueta del castillo no era la que yo recordaba. Numerosos agujeros horadaban el lienzo de la muralla y de la propia alcazaba. La

descarga artillera debió ser terrible. Cuando era niño jugaba con mis hermanos correteando por el castillo, nos parecía una fortaleza inexpugnable; nada más lejos de la realidad, la guerra moderna había hecho trizas la antaño orgullosa estructura defensiva.

Una bandera ondeaba en lo más alto de lo que quedaba del castillo, pero a esta distancia no era capaz de distinguir si era nuestra o de ellos.

Continué mi aproximación, ahora sí, con toda la precaución del mundo, puesto que el enemigo podía estar en cualquier lugar acechando. Ya estaba próximo a la plaza de toros, cuando varios disparos me pusieron en alerta. Proseguí mi avance sigiloso. ¿Tal vez habría aún combates? Al arribar a los aledaños del coso, todo me quedó claro, la bandera que ondeaba en los restos del castillo no era la rojigualda rebelde, ni la nuestra tricolor, era la bandera roja de la hoz y el martillo, Trujillo había caído. Los disparos que escuchaba eran las ejecuciones de los defensores de la ciudad, en grupos de seis estaban siendo fusilados y sus cadáveres amontonados.

De pronto, uno de los soldados rusos me vio y, apuntándome con su arma, gritó:

—*Vysokiy ili vystrel!*

En ese momento comprobé cómo las lecciones de ruso que había tomado durante las Navidades me salvaron la vida:

—*Ya kapitan Kuinones, iz respublikanskoy armii, ne strelyayte.* —Que significa: «Soy el capitán Quiñones, del Ejército Republicano, no disparen».

Efectivamente, los rusos no dispararon, me abrazaron efusivamente e incluso me invitaron a ejecutar a algunos de los prisioneros rebeldes que habían caído en su poder, algo que amablemente decliné.

Continué mi camino por el pueblo. Los disparos de las ejecuciones junto a la plaza de toros cada vez sonaban más lejanos. Sin embargo, ahora escuchaba cierto alboroto procedente de la plaza Mayor. Llegué a la calle Sillerías y con paso firme me dirigí hacia la plaza. Cuando alcancé el final de dicha calle, comprobé que la estatua de Francisco Pizarro se mantenía firme y orgullosa; la guerra no había podido descabalgar al conquistador del Perú. Una vez dentro de la plaza, comprendí lo que estaba sucediendo. Decenas de soldados soviéticos estaban agrupando a los vecinos de mi pueblo, separándolos por rangos de edad y de sexo.

Nuevamente recibí en ruso la orden de detenerme, a lo que respondí con la frase que tan útil me había sido minutos antes. Efectivamente, los soldados que me apuntaban bajaron su arma y me estrecharon la mano. Aproveché para hacer uso de otras de las pocas frases rusas que aprendí:

—*Kto-nibud', kto govorit po-ispanski, pozhaluysta?* —Que significa:

«¿Alguien que hable español, por favor?».

Los soldados rusos me respondieron algo que no entendía, pero por el gesto de sus manos adiviné que me pedían que esperara allí mismo, y eso hice.

A los cinco minutos, los muchachos llegaron con un oficial con una gorra enorme, y varias medallas en la guerrera, extendió su mano y me dijo:

—*Yo no poder creer usted ser capitán Cuinones, héroe de Teruel.*

Asentí con la cabeza, y de inmediato el soviético prosiguió:

—*Capitán, ser un honor para mí. Permítame presentarme, yo ser comandante de artillería Nikolái Vóronov.*

Respondí:

—El honor es mío, comandante.

Mi interlocutor prosiguió:

—Y dígame, capitán, *yo recibir comunicación, tropas de Líster estar acampadas al norte. ¿Qué hacer usted aquí?*

Respondí:

—Permítame que le explique, comandante. Yo nací aquí, en este pueblo, y desde que comenzó la guerra no he podido ver a mi familia, no podía esperar ni un minuto más para abrazarlos.

Vóronov sonrió:

—Comprendo, capitán. Usted ser muy valiente atravesando líneas enemigas para llegar aquí.

Devolví la sonrisa:

—No crea, entre ustedes y nosotros no quedan muchos enemigos ya, además, la niebla y mi conocimiento del terreno han sido unos grandes aliados.

Soltó una carcajada y me golpeó un par de veces en la espalda. Proseguí:

—¿Qué están haciendo con toda esta gente aquí en la plaza?

El comandante giró su cabeza hacia ellos y, señalándolos, me explicó:

—*Esto ser táctica muy útil. Nosotros sacar aquí vecinos y decir que si señalar colaboradores con fascistas, ellos ser libres. Menos de tres horas y apresar ya veintidós, pero no preocuparse, caer más seguro. Las mujeres no soportar ver hijos y ancianos pasar frío. Traicionar a quien sea. Lenin usar este método después de Revolución. Muy útil.*

Lo que escuché me dejó preocupado, por lo que repliqué:

—¿Y qué harán con los detenidos?

Me respondió:

—*Si confirmarse apoyo a fascistas, ser ejecutados. Y si no…*

La sonrisa de su rostro dejaba a las claras que no tenía mucha intención de verificar la culpabilidad o inocencia de los acusados, prosiguió:

—En la nueva República Española, *no ser posible existencia gente esta.*

Tratando de disimular mi inquietud, repliqué:

—Comprendo. Pues, con su permiso, voy a acercarme a mis vecinos para ver si localizo a mis familiares.

El comandante sonrió de nuevo dejando ver su perfecta dentadura y dijo:

—Claro, capitán, *yo pedir dos de mis hombres que acompañar usted.*

Dio me dio vuelta y, señalando a dos soldados, gritó:

—*Vy dvoye! soprovozhdat' kapitana khinonov i nablyudat' za yego dvizheniyami.*

De inmediato, dos soldados se presentaron ante mí y me saludaron. Me despedí del comandante y me aproximé a los grupos de trujillanos que se apelotonaban frente a la iglesia de San Martín, con la esperanza de localizar a mi familia.

La mayoría de las personas allí concentradas miraban al suelo, y el intenso frío les hacía tiritar. Reconocía muchas caras, aunque dudo que ellos me reconocieran a mí. De pronto, cuando caminaba junto al grupo de hombres jóvenes, escuché una voz que se abrió paso entre la muchedumbre:

—¡Alonso! ¿Eres tú?

Me detuve de inmediato y miré al grupo para ver si identificaba a la persona que me había reconocido. Una mano se levantó entre el grupo. Me abrí paso y descubrí que se trataba de Salvador, mi amigo Salvador; fuimos compañeros en el colegio desde niños. Pasamos infinidad de tardes juntos, estudiando y jugando. Le gustaba mucho merendar en casa. Yo seguí mis estudios y él se puso a trabajar en la sastrería de su padre. Desde que me fui a Madrid no había vuelto a saber nada de él.

—¡Pero, Salva! ¡Qué alegría!

Le di un fuerte abrazo. Me miró fijamente y me dijo:

—¿Qué haces aquí? Corres peligro.

Sonreí bobaliconamente:

—Tranquilo, Salva, soy soldado republicano, capitán para ser más exactos. Los rusos son de los nuestros.

El muchacho respiró aliviado:

—En ese caso me alegro por ti, dicen que estos soviéticos les tienen especial inquina a los nobles.

La sonrisa se borró de mi rostro, por un instante me había olvidado. Mi familia no era una familia como las demás. Apreté la mano de Salvador y le dije:

—Dime, Salva, ¿sabes algo de mi familia?

Me miró, extrañado:

—Pero… ¿es que… tú no sabes nada?

La forma de preguntar y la pregunta en sí misma me inquietaron, por lo que insistí:

—No, no sé nada, desde que empezó la guerra no he vuelto a saber nada de ellos…

Al muchacho le cambió la cara:

—Siento ser yo quien te lo tenga que decir, lo siento de veras…

Aún no me había dicho nada, pero ya estaba preparado para lo peor…

—Verás, Alonso, cuando los rebeldes dieron el golpe, varios de los socialistas del pueblo, ya sabes, el Curro, el Lillo y el Sardina, se dirigieron a vuestro palacio. Uno de los sirvientes avisó a tu familia de que iban a por ellos, tu madre y tu hermano se pusieron a salvo huyendo al campo. Tu padre se negó, dijo que él era el marqués de Gibranzos y que no había hecho nada por lo que huir. El caso es que cuando llegaron al palacio le apresaron y le recluyeron en la cárcel del pueblo junto con otros aristócratas y simpatizantes conservadores. A los pocos días incendiaron vuestro palacio. Cuando los rebeldes se aproximaban a Trujillo, los milicianos sacaron a todos los presos de la cárcel y los fusilaron a la salida del pueblo, en la carretera de Las Huertas… Lo siento mucho, Alonso.

Las lágrimas comenzaron a manar de mis ojos…, mi padre había sido ejecutado. No iba a poder darle nunca más un beso, ni un abrazo ni decirle lo que nunca le dije, lo mucho que lo quería… Me recompuse como buenamente pude y pregunté:

—Pero…, Salva…, mi hermano…, mi madre…

El muchacho tragó saliva y prosiguió:

—Alonso, cuando los rebeldes tomaron Trujillo, tu madre y tu hermano regresaron. Mientras reparaban vuestro palacio, los alojó el marqués de La Cumbre. Entre tanto los sublevados se dedicaron a detener y encarcelar a todos los que habían simpatizado con los rojos, y entre ellos estaba Miguel, el sobrino de Agustín, el practicante. Según parece, sabía que tu hermano Diego era invertido, y lo vendió al capitán de la guardia civil a cambio de su libertad. Apresaron a tu hermano en el palacio del marqués de La Cumbre, aquello fue un escándalo en el pueblo. Ahora ya sabía todo el mundo por qué tu hermano no se había casado. El caso es que lo encarcelaron y a los pocos días fue fusilado en las tapias del cementerio junto, entre otros, los socialistas que apresaron a tu padre. Alonso, de verdad que siento ser yo el que te cuente todo esto…

Un tremendo nudo atenazaba mi garganta, apenas si podía tragar saliva. La esperanza de encontrar a mi familia, que me mantuvo vivo en muchos de los días de peligro que había pasado en el frente, se estaba desvaneciendo. Ahora sabía que jamás volvería a ver a mi padre y a mi hermano. Con los ojos bañados en lágrimas, miré a Salva.

Me dio un fuerte abrazo y prosiguió:

—Tu madre ha sufrido mucho, Alonso. Han matado a su marido y a su hijo, y no sabía nada de ti ni de tu hermana. A pesar de que restauraron el palacio, ella no quiso volver a vivir allí. Vuestra ama de llaves de toda la vida, Dolores, la acogió en su casa y allí ha vivido con ellos. Yo he mantenido contacto con ella porque nos ha encargado a mi padre y a mí varios vestidos negros, puesto que viste de riguroso luto.

Pregunté:

—Salva, dime dónde está, necesito verla.

Se le humedecieron los ojos y me dijo:

—Hace tres horas estaba aquí con nosotros, pero otra vez Miguel, nada más llegar aquí, ha dado un paso al frente y ha señalado a tu madre como la marquesa de Gibranzos, así como a Dolores, que la encubría, y a los marqueses de La Cumbre. Los soviéticos los han sacado de estos grupos y se los han llevado.

No podía creer lo que escuchaba. No sabía qué le habíamos hecho a este condenado Miguel en esta vida o en otra para que tuviera tanto odio a mi familia. Por momentos, la ira comenzó a crecer en mí. Le pregunté a mi amigo:

—Dime, Salva, ¿sabes dónde está Miguel?

Salvador me respondió:

—Sí, claro, está en ese grupo, junto al pedestal de la estatua.

Dirigí mi mirada hacia donde me indicaba y le localicé. Estaba tranquilo y sonriente, sabedor de que, al haber delatado a mi madre y a los marqueses de La Cumbre, ya no corría ningún riesgo. ¡Qué equivocado estaba! Di un fuerte abrazo a Salvador y le dije:

—Tranquilo, amigo, que a ti no te va a pasar nada. Gracias por todo.

Desenfundé mi Smith & Wesson y me dirigí hacia el grupo donde estaba Miguel, que seguía de pie, pero con el rostro totalmente relajado. Noté cómo su mirada se cruzaba con la mía sin darle importancia, pero, cuando ya estaba muy cerca de él, un chispazo debió saltar en su mente y me reconoció, sabía quién era. Su gesto cambió por completo. Lamentablemente para él, el último chispazo que pasó por su cabeza fue la bala de mi revólver.

Me quedé quieto, delante del cuerpo del delator de mi hermano y de mi madre. Se formó un gran revuelo y griterío. Los soldados que me acompañaban dispararon al aire para calmar a la gente. De inmediato Vóronov acudió junto a mí. Increpó a los dos militares que me acompañaban. Me espetó:

—¿Pero, capitán, qué pasar? No poder ejecutar así, delante de pueblo. Pueblo mejor no saber qué ser necesario para revolución.

Miré a Vóronov y le respondí:

—Este era un peligroso fascista que ha hecho mucho daño a mi familia.

Mientras aún le daba explicaciones al comandante, varios de sus hombres retiraban el cadáver de ese malnacido. Pregunté:

—Y dígame, comandante, ¿dónde están los prisioneros fascistas?

Vóronov respondió:

—*Comprender, capitán, yo no poder decir, después de lo que usted hacer…*

Insistí:

—Sepa que este hombre al que he volado la cabeza ha acusado falsamente a inocentes. Lo único que quiero es reparar el daño causado por este desgraciado, así que dígame dónde los retienen.

El comandante se puso visiblemente nervioso, pero finalmente me dijo que los estaban custodiando en la iglesia de Santa María.

De inmediato puse rumbo hacia el templo mientras Vóronov ordenó a otros dos soldados más que me acompañaran. Comencé a subir dando grandes zancadas la empinada Cuesta de la Sangre y noté cómo los rusos que me seguían jadeaban, pero yo no estaba cansado, el deseo de poder abrazar a mi madre era más fuerte que cualquier cosa.

Al llegar a la calle de Santa María, junto a la iglesia, comprobé cómo dos soldados sacaban del templo en una carretilla un par de cuerpos sin vida, comencé a correr y los soldados se detuvieron y me apuntaron con su fusil. Escuché cómo los hombres que me había asignado Vóronov gritaron algo en ruso y, de inmediato, los que me apuntaban bajaron su arma.

Al llegar a la carretilla observé, para qué negarlo, con cierto alivio que los cuerpos eran los de los marqueses de La Cumbre. Sus cadáveres estaban horriblemente mutilados. No me lo pensé y de un salto entré en el templo. Delante del majestuoso retablo había varios cuerpos hieráticos, y junto a ellos tres soldados soviéticos con las manos ensangrentadas que se reían.

Corrí y comprobé que uno de los cuerpos brutalmente agredidos era el de mi madre. Llorando como nunca antes lo había hecho, me arrodillé junto ella y cogí su mano. Comencé a besarle y noté que aún había un hálito de vida en su cuerpo. Abrió los ojos y me miró:

—A… lon… so, hi… jo mío…

La sangre manaba de su boca.

—¡Madre! ¡Soy yo! ¡Estoy aquí! ¡Con usted!

Mi madre clavó sus ojos en los míos:

—Te quie… ro mu… cho…

Sentí cómo en ese preciso instante expiró. Jamás había sentido un dolor tan amargo y profundo. Tenía un nudo en la garganta que apenas si me permitía respirar. Súbitamente, toda la pena y tristeza se transformó en odio y rabia. Me incorporé y grité a pleno pulmón

mientras ríos de lágrimas recorrían mis mejillas:

—¡¡¿Quién ha sido?!! ¡¿Quién?!!

Uno de los tres asesinos de cuyas manos aún goteaba sangre acertó a decir:

—*Ser trabajo nuestro. Cumplir órdenes de Vóronov.*

La ira invadió mi mente. Desenfundé mi revólver y lo descargué sobre el cuerpo de los tres malnacidos que habían asesinado brutalmente a mi madre mientras gritaba enfurecido:

—¡¡Vóronov, asesino de inocentes, vas a morir!!

Antes de disparar el último proyectil, recibí un fuerte golpe a la altura del hombro. Una bala había impactado de lleno en mi omóplato y caí al suelo. Giré mi cabeza y observé cómo uno de los soldados que me acompañó había disparado. El dolor era muy intenso. El mismo soldado que disparó se acercó hasta mí y golpeó mi cabeza con el fusil. Automáticamente perdí el conocimiento.

***

Cuando me toca el mazo sufro muchísimo. Cada día tengo menos fuerzas, y el dolor en el omóplato es horrible. A duras penas puedo levantar el enorme martillo un palmo.

No puedo más, decido sentarme en el suelo. Uno de mis compañeros se acerca y me suplica:

—Alonso, por favor, levántate, ya sabes lo que te harán si no sigues…

Un guardián le interrumpe:

—Bueno, bueno, bueno… Nuestro aristócrata favorito ha decidido que ya no se trabaja más, ¿verdad? Que trabaje el pueblo, que yo soy marqués.

Levanta el palo que siempre lo acompaña y lo deja caer con todas sus fuerzas contra mis costillas. El dolor es horrible. Vuelve a levantar el palo. Ahora me golpea la cabeza. La sangre corre por mi frente. Comienzo a ver borroso. Se agacha junto a mí:

—Tienes suerte de que no te pueda pegar un tiro ahora mismo, pero, eso sí, cuando llegues al campo…, ya sabes lo que toca…

Se refiere sin duda a la celda de aislamiento, me da igual, ya nada me importa. Quiero que todo acabe cuanto antes, pero no, ellos no lo permitirán, son maestros en la tortura.

De repente, un sonido que hacía tiempo que no escuchaba se aproxima. En apenas cinco segundos una terrible explosión, a la que le siguen al menos una docena más, sacude la cantera.

Entre el griterío acierto a escuchar que uno de los guardias grita lleno de pánico:

—¡¡Ya están aquí!!

No comprendo a quiénes se pueden referir. Sé que estamos otra vez

en guerra, pero las últimas noticias que tuve es que Alemania había iniciado su ataque a Francia allá por el mes de mayo. Es imposible que ya estén aquí.

Tal vez Mussolini haya mandado otro cuerpo expedicionario. No lo sé, todo es confuso.

Otro cañonazo me saca de mi ensimismamiento; de nuevo ese grito:

—¡¡Corred!! ¡¡Ya están aquí!!

Trujillo-Madrid, febrero y marzo de 1939

Recuerdo que, cuando abrí los ojos, una horrible sensación de sequedad inundaba mi boca. Giré mi cabeza a izquierda y derecha, pero no había nada, no había nadie. Tan solo las frías y húmedas paredes de una pequeña habitación. La puerta de barrotes metálicos me hizo comprender que no estaba en un hospital.

Notaba cómo me palpitaba el hematoma que tenía en la sien, fruto del culatazo que recibí. Cada latido de mi corazón iba acompañado de un pinchazo punzante en mi cabeza.

El dolor en el hombro también era terrible. Con la mano derecha levanté el vendaje y comprobé que tenía una gran herida muy mal cosida. Supongo que me intervinieron para sacarme la bala, pero lo que más me preocupaba era el olor. Ese olor inconfundible a torta del Casar me indicó que algo no iba bien; cuando algún camarada herido en el frente acababa con ese olor en alguna extremidad, la cosa solía terminar con alguna amputación.

Traté de incorporarme para pedir ayuda, pero, al apoyar mis piernas y hacer fuerza para ponerme en pie, mis rodillas se doblaron sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, cayendo al suelo. En la caída, me golpeé en la cabeza, en el mismo sitio donde tenía el chichón. Me dolió tanto que un grito desgarrador salió de mi garganta.

Mi cuerpo estaba tendido en el frío y húmedo suelo, cuando escuché cómo varias voces se aproximaban. Comencé a balbucear:

—¡Ayu… da…!

Percibí un par de voces familiares que se aproximaban por el pasillo.

—Chacón, estoy seguro, ha sido Alonso.

No me cabía ninguna duda, era Manolo. Mis amigos estaban allí. Seguro que ellos me podrían ayudar.

Los pasos se acercaban cada vez más hasta que, por fin, las siluetas de Chacón y Manolo se dibujaron tras los barrotes:

—Manolo, Chacón…, por favor…, la herida huele muy mal. Necesito un médico.

Manolo respondió con la voz entrecortada:

—Alonso, lo siento mucho, no podemos ayudarte, tenemos orden de avisar a Líster en cuanto recobres el conocimiento.

Totalmente incrédulo, observé cómo los dos me dejaron allí tirado.

Nuevamente, el eco de los pasos por el pasillo me indicó que eran varias las personas que se dirigían a mi celda. Entre el murmullo que me llegaba, fui capaz de distinguir la voz de Líster. Cuando llegó ante la puerta del habitáculo en el que me encontraba, gritó:

—Rápido, abrid la celda y ayudadle a incorporarse.

De inmediato, dos de los soldados que le acompañaban se acercaron a mí, uno me cogió por los hombros, y el otro por las piernas. No pude evitar que un gemido de dolor se me escapara, aunque hice lo posible por evitarlo.

Me colocaron de nuevo en el camastro. Líster se aproximó, cogió la herrumbrosa silla que estaba junto a la pared y se sentó.

—Capitán Quiñones, ya he perdido la cuenta de las veces que me ha desobedecido. ¿Por qué demonios tuvo usted que venir por sus propios medios a este pueblo? ¿No le había dado una orden expresa de permanecer junto a su unidad hasta que llegasen a nuestro encuentro los camaradas rusos?

Traté de responder:

—Señor, debe comprender…

El teniente coronel me cortó bruscamente:

—¡Silencio! Aún no he terminado. No solo ignora mis órdenes, sino que además viene a su pueblo y se dedica a ejecutar a paisanos en público…

No me pude contener:

—¡No es cierto! ¡Se lo merecía!

Líster se levantó de la silla, inclinó su cuerpo sobre el mío y comenzó a vociferar:

—¡Capitán, maldita sea! ¡Silencio de una vez! ¿Ahora se considera usted juez? Pero eso no ha sido lo más grave, no, ni mucho menos, ese es el menor de sus problemas. ¿Sabe quiénes eran los rusos que asesinó usted?

Negué con la cabeza y prosiguió:

—Miembros del GRU, la inteligencia militar soviética, muy relacionados con el Alto Mando del Ejército Rojo.

Me incorporé sobre el camastro:

—Me da igual quiénes fueran, asesinaron a mi madre y otros inocentes a sangre fría, lo haría una y mil veces más.

Lister empujó mi frente para que volviera a tumbarme en el camastro:

—Me sorprende cada día más, capitán Quiñones. Cómo una persona como usted, tan inteligente, tan preparada… podía siquiera albergar la

ilusión de que, cuando ganásemos la guerra, los representantes de todo contra lo que hemos luchado podrían seguir tranquilos como si tal cosa. De sobra sabe usted que no basta con cortar lo que se ve de la mala hierba, hay que arrancar la raíz para que no vuelva a crecer. Le engañaría si le dijera que no entiendo su reacción como ser humano…, pero nosotros somos soldados, y todas nuestras acciones tienen consecuencias.

Estaba empezando a comprender lo que Líster me decía, se había acabado mi suerte. Pregunté:

—Entonces, mi teniente coronel, yo soy la última raíz del marquesado de Gibranzos. ¿Han fijado fecha ya para arrancarme?

Líster se sentó nuevamente en la silla:

—Capitán, una vez más debe agradecerme que le haya salvado la vida. Vóronov había ordenado su fusilamiento en cuanto recobrara el conocimiento. Afortunadamente para usted, llegamos hace un par de días y le convencí para que le sacaran la bala del hombro y le juzgaran en Madrid. No daríamos buena imagen ante el pueblo si a uno de los héroes de la guerra lo fusiláramos como a un perro. Tendrá un juicio justo.

Toda la información que estaba recibiendo se amontonaba en mi mente. Mi futuro se estaba tornando muy oscuro, aunque, a decir verdad, ya poco o nada me importaba.

Líster se levantó de la silla y dijo:

—Bueno, y ahora le dejo con un par de camaradas que le quieren saludar.

De inmediato, Manolo y Chacón entraron en la celda:

—Alonso, lo siento, teníamos órdenes de avisar al teniente coronel…

—¡*Marquéh*! ¿Cómo *ehtáh*?

Respondí:

—Amigos, muchas gracias.

Manolo prosiguió:

—Siento muchísimo lo de tu madre, y lo de tu hermano y lo de tu padre… Alonso, lo siento de veras.

Varias lágrimas corrieron por la mejilla de mi amigo. Mientras tanto, Chacón me dijo también:

—Yo *tarbiéh* te *acompaño* en *er zentimiento*.

Apoyando un codo en el camastro, me incorporé:

—Muchas gracias, amigos, de verdad, muchas gracias.

Manolo continuó:

—¿Te duele algo? Líster nos ha dado orden de que se te atienda en lo que necesites.

Pregunté:

—¿Líster? ¿Se preocupa por mí? Después de escucharle más bien

pareciera que está deseando grabar mi nombre en una tumba.

Chacón tomó la palabra:

—*Marquéh*, aunque lo vea *azín* de duro, te *azeguro* que cuando *ze* enteró de lo que te había *pazao* removió cielo y tierra. Habló con *er mihmízimo* general Rojo para que no te *fuzilaran ehtoh ruzoh*.

Repliqué:

—Entonces…, no entiendo su actitud.

Manolo contestó:

—Tienes que entenderlo, desobedeciste una orden directa que, si hubieras cumplido, nada de esto habría pasado. Ahora estás en un lío enorme y está haciendo lo posible para que salgas indemne. Y ahora dinos, ¿te duele algo?

Con un movimiento de mis ojos señalé la herida. Chacón me la destapó y exclamó:

—Puaj, qué *pehtazo*. *Ehto* huele a *quezo* viejo que tira *patráh*.

Manolo intervino:

—Rápido, Chacón, busca al médico de la división. Hay que limpiar y desinfectar la herida, aún hay tiempo.

Efectivamente, hubo tiempo y suerte. Recibí toda la atención y cuidados que necesité antes de que partiésemos hacia Madrid. En total pasé allí recluido dos semanas hasta que me recuperé. Recuerdo el día en que me sacaron de la celda para ir rumbo a la capital. Salí del presidio y, tras atravesar el Cañón de la Cárcel, donde tantas veces jugué y correteé de niño, eché lo que tal vez podía ser el último vistazo a la plaza Mayor de mi pueblo. Ahora los balcones de los palacios estaban adornados con la bandera republicana y soviética, y del campanario de la iglesia de San Martín colgaba un enorme retrato de Stalin.

Me condujeron a pie por la calle Sillerías hasta una ambulancia militar donde me esperaban Manolo y Chacón, que se ofrecieron a acompañarme en el viaje, puesto que nuestra división había recibido órdenes de adoptar posiciones defensivas en los valles del Tajo y del Guadiana, toda vez que el grueso de las operaciones se centraba ahora en la toma del norte y Castilla la Vieja. La bolsa de Toledo ya había caído, y, cómo no, con el apoyo soviético, se habían mandado un par de expediciones a la conquista de Canarias y del Marruecos español. El final de la guerra estaba muy próximo.

Manolo se frotaba las manos, porque veía posible ganar aquella apuesta que hizo sobre la fecha del final de la guerra. Estábamos a 8 de marzo, y el 1 de abril que él vaticinó estaba a la vuelta de la esquina.

Llegamos a Madrid, y me llevaron a la cárcel Modelo. Según pude comprobar, mi juicio estaba siendo la comidilla de los cafés de la capital, titulares como «De héroe a villano» o «El fascista infiltrado en

el Ejército Popular» adornaban la prensa, y para los periodistas que escribían los artículos yo ya era culpable.

El pánico reina, yo aún sigo en el suelo, apenas tengo fuerzas para incorporarme. Varios de mis compañeros intentan huir, pero uno de los guardias que aún no ha abandonado su puesto abre fuego con su fusil ametrallador y acaba con ellos.

De nuevo el ruido de las explosiones me aturde, la polvareda que levantan hace irrespirable el ambiente. Me tumbo en el suelo, no tengo ya fuerzas.

Sorprendido, adivino a través del polvo cómo sobre nuestras cabezas se está desarrollando un magnífico combate aéreo. Aviones soviéticos intentan contener sin éxito a los cazas atacantes, los Messerchmitt Bf-109 vuelven a volar sobre los cielos españoles, y, como ya hicieron antaño, los dominan. No hay duda, los nazis han vuelto. ¿Cómo es posible? ¿Ya ha caído Francia? ¿Habrán desembarcado en el Mediterráneo?

Otra bomba cae muy cerca de mí. La incertidumbre me invade, tal vez ya ha llegado mi hora. Si no fuera por las ansias de venganza que me invaden, que son las que me mantienen con vida, no me hubiera importado que mi hora hubiese llegado en aquel juicio; al menos, me habría ahorrado todo este martirio.

Madrid, marzo de 1939

Llevaba ya dos días ocupando la celda de la Modelo que me habían reservado, cuando recibí la visita de Líster.

Me trasladaron a un pequeño cuarto con una mesa y una silla. Mis manos, como si de un peligroso delincuente se tratase, estaban amarradas. Allí, sentado frente a mí, estaba mi teniente coronel.

Su rostro era serio, pero su gesto no reflejaba la rabia que había detectado en otras ocasiones, por lo que no tenía muy claro a qué debía atenerme. Se fijó en mis esposas y le dijo al soldado que vigilaba la puerta:

—¡Soldado! ¡Quítele las esposas al capitán!

El soldado de inmediato se acercó y me aflojó las argollas. Dirigí mi mirada a Líster y dije:

—Muchas gracias, señor.

Líster miró de nuevo al soldado y le espetó:

—¡Soldado, salga fuera, yo respondo del capitán! ¡Y ya sabe lo que le he ordenado!

El soldado de inmediato abrió la puerta y salió fuera del habitáculo.

Líster volvió su mirada hacia mí y dijo:

—¿Cómo se encuentra, capitán? ¿Está ya restablecido de la herida?

Me sorprendió su tono afable. Respondí:

—SÍ, mi teniente coronel, gracias por preguntar. Yo solo quería pedirle disculpas por todos los problemas…

Con un gesto de su mano me indicó que me callara y tomó él la palabra:

—También quería darle mi más sincero pésame por el brutal asesinato de su madre.

Varias lágrimas recorrieron mis mejillas. Observé cómo sus ojos también se humedecieron. Tragué saliva como pude y dije:

—Gracias, señor.

Líster prosiguió:

—No diré que defiendo lo que hizo, pero sí digo que lo entiendo. Desobedeció mis órdenes, es cierto, pero tal vez, si yo no hubiera retrasado nuestro avance, su madre seguiría aún con vida. Usted hizo lo que cualquiera en su lugar hubiera hecho.

Le repliqué:

—Señor, agradezco sus palabras. Estando mi familia, o lo que quedaba de ella, tan cerca, no podía esperar ni un minuto más. Tal vez, si hubiera salido a primera hora de la noche en lugar de a primera hora de la mañana…

Suspiró y dijo:

—No tiene sentido, no le dé más vueltas…

Repliqué:

—Permítame, señor, que le agradezca su intervención. Sé que, de no ser por usted, ahora mismo estaría muerto…, tal vez sería lo más justo…, no lo sé.

Lister ahora sí elevó el tono de voz:

—¡No diga usted tonterías! Entiendo que tras ver cómo su madre perdía la vida entre sus brazos, su ataque de ira fuera ingobernable y se tomó la justicia por su mano. Es por eso por lo que no me pareció justo que lo fusilaran como si de un cobarde, un desertor, o un fascista se tratara. He peleado todo lo posible para que tenga usted un juicio justo, y espero que así sea. No he venido aquí a pedirle explicaciones ni nada por el estilo. Solo quería saber de primera mano que se encontraba bien. Mucha gente no lo sabe, pero yo sí. La República le debe mucho a usted y a sus hombres.

Agradecí sus palabras, y continuó:

—Ya han puesto fecha a su juicio, será el 29 de marzo. Le juzgará un tribunal popular, aunque se prevé que no se alargue mucho, dos o tres sesiones como máximo. Esté tranquilo. Todo va a salir bien.

Me dio un apretón de manos y se despidió. Golpeó la puerta para que el soldado le abriera. Antes de salir, se dio la vuelta y me dijo:

—¡Se me olvidaba! Tengo una sorpresa para usted. Me ha costado

mucho encontrarlas…

En ese instante, como si de un torbellino se tratase, Laura y Victoria entraron a la habitación. Me abrazaron, cada una por un costado, con tanta fuerza que me cortaron la respiración.

Laura estaba radiante, guapísima como siempre. Victoria ya tenía una tripa considerable. Las miré fijamente y les dije:

—¡Qué alegría! ¿Cómo estáis? Victoria, ¿tu embarazo qué tal? Laura, tu familia… ¿todos bien?

Victoria me cogió de la mano:

—Alonso, he rezado mucho por padre, madre y Diego, que Dios los tenga en su gloria, ya descansan en paz. Mi embarazo va bien, ya noto las pataditas.

Laura me cogió la otra mano:

—Sí, Alonso, todos están bien, pero, lo más importante, ¿cómo estás tú? Manolo me ha contado que la herida se puso muy fea.

Respondí:

—Yo estoy bien, tranquilas…, todo ha pasado.

Laura apretó mi mano y dijo sollozando:

—No, Alonso, todo no ha pasado, te quieren matar, van a pedir la pena de muerte. ¿Por qué tuviste que matar a esos rusos? Lo de tu madre no tenía ya remedio…

Solté mi mano de Laura y acaricié su mejilla:

—Lo hecho hecho está. Tranquilas las dos. Líster no consentirá que me fusilen, ya lo veréis. Estoy deseando que empiece de una vez por todas ese juicio para salir de aquí y estar con vosotras. Como te dije, Victoria, a ese niño no le faltarán los regalos de su tío Alonso.

Nos dejaron aún dos horas más juntos a los tres. Tenía muchas cosas que preguntarles, y, lo más importante de todo, durante ese período de tiempo llegué a olvidar la terrible situación en la que me encontraba.

Los días pasaron en la Modelo, y recibí varias visitas del abogado que me había conseguido Líster. Me advirtió de que la acusación estaba buscando testigos para apoyar su petición de pena de muerte. Nosotros basaríamos nuestra defensa en mi impecable hoja de servicio, y en que maté a los tres rusos fruto de la enajenación mental que me produjo comprobar que acababan de asesinar a mi madre.

Líster también consiguió obtener los permisos necesarios para que Laura y Victoria me visitaran un par de días más. A decir verdad, y aunque yo a ellas les transmitía lo contrario, algo dentro de mi interior me decía que tal vez no volviera a verlas nunca más.

La mañana del 29 de marzo amaneció como otra cualquiera, pero ese no era cualquier día. Cuando arribé al juzgado, me llamó poderosamente la atención la multitud que se agolpaba en la puerta. Realmente mi juicio estaba levantando pasiones. Escuché gritos que se

entremezclaban; unos decían «¡traidor!», «¡asesino!», mientras otros gritaban «¡viva el héroe de Teruel!»

Me condujeron esposado al banquillo de los acusados. Comprobé que tanto Victoria como Laura se encontraban sentadas entre el público. Hubiera preferido que no estuvieran, porque me temía que saldrían a relucir muchas cosas de las que no me siento orgulloso.

Cuando el juez hizo acto de presencia, todos nos pusimos en pie. Había gran cantidad de militares, y, en especial, militares rusos de alto rango.

El juez pidió que me pusiera en pie y leyó los escritos de acusación de la fiscalía y de la acusación particular, tras lo cual pidió que me sentara en la silla de los acusados.

Yo me había preparado mentalmente para lo que se me venía encima, pero no esperaba que el fiscal de mi propio bando fuera tan duro. Profirió continuas mentiras sobre mi cobardía en el frente, llegó incluso a decir que había testigos que aseguraban que abandoné a mis hombres en el fragor de la batalla. Sugirió que era un espía de los fascistas, lo que, sin duda, según él explicaba cómo un miembro de la nobleza podía luchar del lado republicano. Aguanté con estoicidad todo aquel chaparrón de injurias, que por supuesto negué con la esperanza de que, cuando llegasen los testigos, ninguno respaldara semejantes falsedades.

La acusación particular estaba a cargo de uno de los agregados militares rusos, que se encontraba en España desde el inicio de la contienda. Sus argumentos se basaban en que toda mi división era conocedora de mi anticomunismo, e incluso de mi racismo contra el pueblo soviético.

No podía dar crédito a lo que escuchaba, era cierto que el comunismo no era mi ideología, yo era mucho más moderado, pero siempre defendí que lo primero era ganar la guerra, y posteriormente debatiríamos sobre las ideas. Sin embargo, habían decidido colgarme ese sambenito, para que las presiones del ejército de Stalin doblegaran al juez.

Por su parte, mi defensa hizo hincapié en la profesionalidad que siempre mantuve, tanto cuando formaba parte del cuerpo de ingenieros, arriesgando mi vida en múltiples ocasiones para poder cumplir con la misión encomendada, como cuando finalmente me incorporé a la 11.ª División, donde llegué a mandar una compañía. Hizo un resumen de todas las batallas en las que participé, y los méritos que acumulé.

Al fondo de la sala, una voz se elevó entre el murmullo generalizado:

—¡Es un héroe, no un traidor!

El juez mandó callar haciendo un uso enérgico de su mazo. Cuando

por fin terminó el alegato de mi defensa, se dio por concluida la primera sesión, quedando todos los allí presentes emplazados al día siguiente.

La segunda sesión del juicio se inició con el turno de los testigos. El fiscal, amparado por el juez, no quiso facilitar a mi defensa la lista de testigos que iba a llevar, por lo que en ese aspecto mi abogado iba a ciegas.

La fiscalía dijo tener varios testigos, e indicó que intervendrían en orden cronológico, es decir, primero intervendrían aquellos que tuvieron que ver conmigo tiempo atrás.

Por otra parte, la acusación particular había manifestado su intención de no interrogar a nadie salvo a sus propios testigos.

El juez dio permiso para que se iniciara la sesión y se escuchó una voz firme:

—El Ministerio Fiscal llama a declarar al topógrafo Fernando Castuera Martín.

Cuando escuché ese nombre me quedé totalmente sorprendido. Fernando me acompañó en nuestro avance hacia Talavera en el inicio de la guerra, y desde entonces no lo había vuelto a ver.

Tomó asiento en el lugar reservado a los testigos, y tras las preguntas comprobatorias de rigor se inició el interrogatorio. El fiscal preguntó:

—Señor Castuera, ¿conoce usted a este hombre? Y, si lo conoce, ¿nos podría decir de qué?

El topógrafo aclaró su garganta con el vaso de agua que tenía a su izquierda y dijo:

—Sí, lo conozco. Al poco de iniciarse la guerra, nos mandaron a construir fortificaciones en Extremadura, pero, tras el rápido avance rebelde por esta región, tuvimos que fortificar Talavera con la ayuda de un grupo de peones para tratar de detener el avance fascista.

El fiscal prosiguió:

—¿Fortificaron pues la ciudad?

Fernando respondió:

—Hicimos lo que pudimos en el poco tiempo con el contamos.

El fiscal se mesó su fina barba y continuó:

—¿Es cierto que gran parte de los miembros del convoy que llegaron a Talavera se quedaron a defenderla?

Castuera asintió con la cabeza, y continuó el interrogatorio:

—En ese caso, ¿por qué ni usted ni varios de los obreros, ni el acusado aquí presente se quedaron para apoyar en la defensa?

El topógrafo tragó saliva:

—Pues… esa era mi intención, pero el ingeniero Quiñones me convenció diciéndome que Talavera estaba perdida, que no tenía sentido resistir, e hizo lo mismo con varios de los obreros.

Cuando escuché semejante mentira, no me pude contener:

—¡Eso es falso! El cuartel general dio la opción de regresar a Madrid o quedarse en Talavera, nosotros optamos por lo segundo.

El juez hizo uso de su maza en varias ocasiones y me mandó callar. El fiscal prosiguió:

—No hay más preguntas, señoría.

Mi abogado se levantó y comenzó su interrogatorio:

—Señor Castuera, de lo poco que usted trató a este hombre, ¿le pareció un cobarde?

Castuera me miró e inmediatamente agachó la cabeza:

—No podría decir que fuera un cobarde, pero tampoco un valiente.

Mi abogado insistió:

—Y en su función como ingeniero, ¿lo hizo bien?

El topógrafo, sin levantar la cabeza, dijo:

—No lo hizo mal, teniendo en cuenta su inexperiencia.

Mi abogado miró al juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

Fernando se levantó y, al pasar por mi lado, susurró:

—Lo siento mucho, me han obligado…

Sin apenas tiempo para ser consciente de la que estaba sucediendo, llamaron a declarar al siguiente testigo:

—El Ministerio Fiscal llama a declarar a Andrés Manuel Díaz Rodríguez.

No me sonaba el nombre, pero, al ver su rostro, a pesar de la poblada barba que ahora llevaba, se me refrescó la memoria de inmediato. Se trataba del responsable de la checa de la Guindalera, que torturó hasta la muerte a las vecinas de Laura. Se acomodó en el sitio que tenía reservado y el fiscal tomó la palabra:

—Señor Díaz, ¿conoce usted al acusado?

Me miró fijamente y respondió:

—Claro que lo conozco, no podría olvidar su cara.

El fiscal prosiguió:

—¿Y de qué conoce al capitán Quiñones?

Sonrió y comenzó su relato:

—Hará año y medio, recibimos un chivatazo. Al parecer un par de muchachas que residían en la calle Murcia estaban realizando actividades ilegales, y procedimos a su detención. Cuando estábamos cumpliendo con nuestra misión, apareció el acusado procedente de la planta inferior del edificio, ordenándonos que nos fuéramos. Incluso nos amenazó con un arma. Tuvimos que reducirlo y llevarlo a nuestras instalaciones.

Nuevamente el fiscal inquirió:

—Entonces, ¿le interrogó?

El señor Díaz negó con la cabeza:

—No tuvimos oportunidad de hacerlo, cuando íbamos a comenzar, apareció un capitán del ejército que nos ordenó liberarlo. Pero yo siempre supe que este hombre no era trigo limpio. Nadie defendería a enemigos del pueblo como él lo hizo, si no es de los suyos, claro.

Lo que escuchaba me repugnaba, este hombre estaba dando una versión falsa de lo sucedido. El fiscal miró al juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

El juez miró a mi abogado y le dijo:

—Letrado, su turno.

Se levantó y comenzó su interrogatorio:

—Señor Díaz, ¿nos podría decir de qué estaban acusadas las dos muchachas?

Con una sonrisa dibujada en su boca, respondió:

—Sí, por supuesto. Estaban acusadas de acudir a misa a diario, junto con otros rebeldes ocultos en Madrid.

Un murmullo se escuchó en la sala. Mi defensor continuó:

—Y, si no es mucha molestia, ¿nos podría decir qué les pasó a las dos muchachas?

El interrogado rememoró:

—Pues, lamentablemente, no superaron el interrogatorio, no quisieron delatar a sus acompañantes a las misas, y se nos fue la mano, lo tengo que reconocer.

El murmullo se hizo más intenso. Mi abogado prosiguió:

—Entonces podemos deducir que, si usted hubiera podido interrogar al acusado, tal vez no estaría ya aquí, ¿no es cierto?

Sonriendo ampliamente, dijo:

—Eso depende de lo que hubiera estado dispuesto a contar. En todos los interrogatorios que yo he dirigido, son los acusados los dueños de sus vidas, si se confiesan conmigo, la salvan, si no se quieren confesar…

Una voz sonó al fondo de la sala:

—¡Asesino!

El juez gritó:

—¡Orden! ¡Orden, por favor!

Mi abogado miró al juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

El asesino de la Guindalera se levantó, y salió de la sala sonriendo. Comprendí en ese momento lo injusta que era la vida. Miles de buenos muchachos habían perdido su vida en el campo de batalla, y canallas como este habían pasado toda la guerra en la retaguardia torturando a inocentes.

Una vez hubo salido, el juicio continuó:

—El Ministerio Fiscal llama a declarar al soldado José Juan Portas Castrillo.

Ese nombre no me decía nada, pero en cuanto lo vi aparecer en la sala tuve claro quién era. Tomó asiento y comenzó el interrogatorio:

—Soldado Portas, ¿conoce al acusado? Y, si su respuesta es afirmativa, ¿de qué lo conoce?

El soldado tomó la palabra:

—Sí, lo conozco. Combatíamos en la misma división, aunque en distintas compañías, por aquel entonces, el acusado era teniente.

El fiscal volvió a preguntar:

—Y, díganos a todos los presentes, ¿hay algún hecho particular que haga que usted haya sido citado como testigo?

El acusado asintió con la cabeza:

—Sí que lo hay. Después de que comenzara la batalla del paso del Ebro, como todos ustedes saben, el avance de nuestras tropas fue fulgurante. Al llegar a la localidad de Fabara, varios compañeros y yo localizamos en una casa a un miembro de Falange. Junto a él vivían su mujer y sus tres hijas. Nosotros íbamos a detenerlo y a interrogarlo, pero el teniente Quiñones nos dijo que había que ejecutarlos allí mismo. Como yo me negué, me dio una brutal paliza de la que aún tengo secuelas. Según pude saber, él mismo cogió su naranjero y los ejecutó a todos.

Di un salto en mi asiento y comencé a gritar:

—¡Eso es falso! ¡Fue justo al revés! ¡Falso, todo es falso!

El guardia que me custodiaba golpeó mi costado y volví a sentarme. El juez me advirtió:

—Capitán Quiñones, está usted colmando mi paciencia.

El fiscal se giró hacia el juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

No podía creer todo lo que estaba sucediendo. Habían buscado testigos para incriminarme por hechos que yo no había cometido. Si el juicio iba a ser así, mi sentencia estaba prácticamente firmada.

Mi abogado se levantó y preguntó al testigo:

—Señor Portas, si todo lo que relata sucedió como usted dice, ¿por qué no lo denunció en su momento? Sin duda, ese hecho hubiera supuesto el fin de la carrera del acusado.

El soldado me miró fijamente y dijo:

—Me amenazó. Me dijo que tenía amigos en el Alto Mando y que acabaría en un pelotón de fusilamiento.

Mi letrado continuó:

—Aun así, es curioso, mi defendido me contó que los hechos sucedieron justo al revés, que es cierto que le dio una paliza, pero se debió a que usted, incumpliendo sus órdenes, ejecutó a sangre fría a toda esa familia.

El testigo sonrió:

—Señor letrado, estoy bajo juramento, no puedo mentir, y es de lo

que usted me acaba de acusar, de mentir en este tribunal.

Mi abogado insistió:

—Sí, así es, le acuso de mentir porque esta es su particular venganza contra el capitán.

El juez intervino:

—Abogado, si no tiene más preguntas…

Mi abogado respondió:

—No, señoría, no hay más preguntas.

El juicio prosiguió con el tercer testigo que mandó llamar la fiscalía:

—El Ministerio Fiscal llama a declarar al teniente coronel Enrique Líster Forján.

Confiaba en que la declaración del teniente coronel pudiera aclarar las cosas. El fiscal comenzó su interrogatorio:

—Teniente coronel, me ahorraré preguntarle si conoce al capitán Quiñones, puesto que todos los aquí presentes sabemos que sí. Sin embargo, le preguntaré otra cosa: ¿nos puede explicar en qué circunstancias conoció al acusado?

Líster frunció el ceño:

—Bueno, yo conocí al capitán cuando aún era teniente mientras se desarrollaba la segunda batalla de Teruel.

El fiscal insistió:

—Efectivamente, así es, pero ¿cuáles eran las circunstancias del capitán Quiñones en ese momento?

Líster dejó ver que no le estaba haciendo ninguna gracia la pregunta del fiscal:

—Señor fiscal, no entiendo a qué viene esta pregunta…

El juez intervino:

—Teniente coronel, cíñase a lo que le preguntan. No es función suya el cuestionar la idoneidad de lo que aquí se plantea, deje que yo haga ese trabajo. Y ahora, responda.

Líster suspiró y respondió:

—El por aquel entonces teniente Quiñones había sido arrestado por su superior, el difunto capitán Narváez, acusado de cobardía, y había tramitado una orden para su fusilamiento. Le dimos la opción de conmutar dicha pena si era capaz de volar el búnker que protegía Teruel y que nos cerraba el paso. Pero, una vez leí toda la documentación de su detención y la acusación de Narváez, pude comprobar que Quiñones no demostró cobardía, sino más bien compasión por sus camaradas que estaban siendo enviados a la muerte; Narváez mandó al matadero a cientos de buenos soldados en una ofensiva que estaba condenada al fracaso.

El fiscal intervino:

—Una pena que el capitán Narváez no nos pueda acompañar para

verificar lo que usted está diciendo.

Lister, visiblemente indignado, exclamó:

—¡¿Está usted poniendo en duda lo que estoy diciendo?! El capitán Quiñones es uno de los soldados más valientes que ha servido bajo mi mando, es un honor para el Ejército Republicano que haya combatido en sus filas, y no merece este juicio.

El juez volvió a intervenir:

—Teniente coronel, ya basta.

Y, dirigiéndose al fiscal, le preguntó:

—¿Hay alguna pregunta más?

El fiscal asintió:

—Díganos, teniente coronel, ¿es cierto que el acusado desobedeció una orden directa suya una vez rebasaron el Puerto de Miravete, y avanzó hacia Trujillo con una motivación exclusivamente personal?

Lister, resignado, respondió:

—Es cierto, pero en su defensa diré que cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. Me arrepiento de no haber dado yo la orden de avance general. Tal vez ahora no estaríamos aquí.

El fiscal dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

Líster quedó cabizbajo, y aún lo estaba cuando mi abogado comenzó su interrogatorio:

—Teniente coronel, ¿qué opinión tiene del capitán Quiñones?

Líster replicó:

—Es un oficial más valiente y bravo. Comprometido como el que más con la causa republicana.

El abogado volvió a preguntar:

—¿Ve usted al capitán como una persona cobarde o violenta?

Líster continuó:

—De ninguna manera es un cobarde, ya le he dicho que su valentía no tiene parangón. Y bajo mi mando jamás ha demostrado ser violento, ha tenido siempre un trato cordial con sus subordinados y ha tratado con el respeto que se merecen a los enemigos capturados como prisioneros. Podría poner la mano en el fuego porque el anterior testigo ha mentido.

El abogado miró al juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

Líster se levantó, y, al pasar por mi lado, puso su mano en mi hombro y musitó:

—Ánimo, muchacho.

El proceso continuó:

—El Ministerio Fiscal llama a declarar a su último testigo, Santiago Carrillo Solares.

Este testigo sí que me lo esperaba. Carrillo entró en la sala con sus

pequeñas gafas y tomó asiento. El fiscal comenzó su interrogatorio:

—Señor Carrillo, ¿conoce usted a este hombre?

Carrillo asintió y prosiguió:

—Sí, sí que le conozco, además, tengo un sexto sentido para detectar a los espías, y este es uno de ellos.

Frené el impulso que me pedía clamar contra la mentira que acababa de decir Carrillo. El fiscal volvió a preguntar:

—¿Y nos podría decir de qué lo conoce?

Carrillo sonrió.

—Bueno, yo creo que toda España lo conoce, su cara ha salido muchas veces en la prensa, pero, en lo que mí respecta, lo conocí personalmente en la comisaría del paseo del Prado. El capitán vino con cierta altanería a interesarse por una detenida, sospechosa de espiar para el enemigo, que resultó ser su prometida. Qué curioso, entre espías anda el juego.

El fiscal continuó su interrogatorio:

—¿Le pidió algún favor especial haciendo uso de su rango?

El interrogado respondió:

—Bueno, tampoco nada especial, dijo que era capitán y que quería que dejásemos a la chica en libertad. Lógicamente le dije que, una vez se investigara, si se demostrara que era inocente como él decía, saldría libre.

El fiscal continuó:

—¿Sucedió algo más?

Carrillo continuó:

—Sí, justo al día siguiente sufrimos un bombardeo que afectó gravemente a la comisaría. Muchos buenos hombres y mujeres murieron allí. El caso es que, estando yo gravemente herido, el capitán Quiñones me interrogó de malas maneras para que le dijera dónde estaba su prometida. Llegó incluso a apuntarme con su revólver. Yo estaba totalmente aturdido y no acerté a decir nada coherente. Posteriormente me enteré de que una de mis secretarias le dijo que su prometida había sido trasladada la noche anterior a la checa de San Bernardo.

El fiscal insistió:

—¿Y hay algo más que usted quiera destacar?

El interrogado replicó:

—Sí, por supuesto. Ese mismo día se encontraron dos cadáveres en la checa de San Bernardo, un soldado que vigilaba la puerta y uno de nuestros más eficientes interrogadores. Por supuesto, ni rastro de la chica ni de los registros de entrada y salida de la checa. Por cierto, acabo de comprobar que la chica en cuestión nos acompaña en esta sala.

Se levantó y con su dedo señaló a Laura, que, orgullosa, mantuvo la

mirada desafiante a Carrillo.

El fiscal volvió a preguntar:

—Por tanto, señor Carrillo, ¿afirma usted que el capitán Quiñones asesinó a estos dos inocentes para liberar a su prometida?

Carrillo esbozó una sonrisa:

—No diría yo tanto…, pero ya saben lo que dicen…, blanco y en botella…

De nuevo, un murmullo generalizado inundó la sala. El fiscal miró al juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

Mi abogado de inmediato se puso en pie y se acercó a Carrillo:

—Estimado señor don Santiago Carrillo. Acaba usted de sembrar la sombra de la duda en esta sala acusando a mi defendido de asesinar a dos personas. ¿Puede usted probarlo? Sepa usted que, si no puede probarlo, podría acusarle de falso testimonio.

El rictus de Carrillo se tornó más serio:

—En mi respuesta al señor fiscal creo que he sido claro. No puedo demostrarlo, pero creo que dos más dos son cuatro.

Mi abogado prosiguió:

—¿Y podría demostrar que no fue usted el que mató a esos dos hombres? Es más, ¿podría demostrar que no fue usted el que dio la orden para matar a esos dos hombres por algún tipo de cuita personal, y, de paso, cargarle el muerto, nunca mejor dicho, a mi defendido?

Carrillo golpeó la mesa que tenía delante de él:

—¡Maldita sea! ¡¿Cómo se atreve?! Por supuesto que yo no di esa orden. Usted no sabe quién soy yo…

El juez miró a Carrillo:

—Señor Carrillo, cíñase a responder las cuestiones planteadas, no puede amenazar al letrado aquí presente.

Mi abogado miró al juez y dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

El fiscal mandó llamar a otros tres testigos que jamás había visto. Los fulanos se llamaban Torcuato García, José Fábregas y Antonio Carlos Pedroso. Decían haber combatido conmigo en la pasada campaña de Extremadura, y se inventaron historias relativas a mi supuesta cobardía y continuos comentarios para desmoralizar a la tropa. Sin rubor alguno expusieron que, antes de cada ataque, animaba a los camaradas a no iniciar la ofensiva porque la victoria de los rebeldes era ya segura.

Me acusaron de traidor y de espía. El murmullo en la sala creció por momentos, tanto que el juez tuvo que llamar al orden varias veces.

Si esta era la táctica que el fiscal pretendía usar contra mí, presentar falsos testigos que dijeran lo que fuese a cambio de sepa

Dios qué, podía ir perdiendo toda esperanza de salvar la vida.

Al mediodía, el juez dio permiso a los presentes para hacer un receso y comer algo, citándonos de nuevo a las cuatro de la tarde para iniciar las declaraciones de los testigos de la acusación particular.

Cuando se reanudó el juicio, el militar soviético encargado de la acusación particular, Evgeni Volkov, comentó que solo tenía dos testigos, y sin más preámbulos llamó al primero de ellos:

—Con su permiso, señoría, y*o llamar declarar a piloto de caza Nikita Zsaitsev.*

Sorprendido comprobé cómo el piloto al que había salvado la vida en Zaragoza hacía acto de presencia en la sala. Cabizbajo, tomó asiento, y el letrado ruso comenzó su interrogatorio.

—¿Soldado Zsaitsev, *conocer usted este hombre*?

Sin levantar la mirada del suelo, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero para el juez no fue suficiente:

—¡Soldado! Levante la cabeza y diga alto y claro si conoce usted al acusado.

Nikita levantó la cabeza y pude ver sus ojos vidriosos. Acertó a decir:

—Sí, yo conocer capitán.

El interrogatorio prosiguió:

—¿Y poder usted comentar cómo conocer capitán?

Nikita volvió a mirar al suelo:

—En campaña de Zaragoza, yo sufrir accidente con avión y estar herido. Pedir ayuda durante horas hasta que convoy de capitán pasar. Él acercarse a mí y decir a sus soldados que yo ruso de mierda. Yo mejor muerto.

Sentí un impulso que no pude contener:

—¡Nikita, eso es mentira, lo sabes!

El juez me mandó callar y dijo que a la siguiente me expulsaría. Le dijo al piloto que continuara:

—Por suerte para mí, varios de los soldados que *acompañar capitán ayudar a mí, y mandar a hospital. Luego yo tener noticias de que capitán mandar a esos soldados a misión suicida y ellos morir.*

No podía creer lo que escuchaba. El abogado ruso siguió interrogando al testigo:

—¿Y usted volver a ver en algún otro lugar?

Nikita, con la voz quebrada, dijo:

—Sí, yo ver en convento en Zaragoza. Allí monjas ser putas, y yo escuchar capitán decir que querer matar a rusos de la cola para ir delante de ellos. Luego yo enterar que asesinó un camarada.

El abogado miró al juez:

—No haber más preguntas, señoría.

Mi abogado se levantó de su silla y simplemente le dijo a Nikita:

—Señor Zsaitsev, simplemente diré para que nos escuchen todos los presentes que está usted mintiendo, no sabemos con qué le han amenazado, pero sus ojos vidriosos, su voz quebrada y su mirada huidiza nos dejan a todos claro que por algún motivo usted ha mentido aquí esta tarde.

Nikita negó varias veces con la cabeza, por lo que el juez le preguntó:

—¿Se retracta usted de sus palabras?

El piloto alzó la mirada, y sus ojos se cruzaron con los del abogado soviético, que lo miraba fijamente. Volvió a agachar la cabeza y dijo:

—*Yo haber dicho verdad.*

Mi abogado volvió a su sitio y dijo que no tenía más preguntas. El fiscal, por su parte, visiblemente sonriente, rehusó preguntar; supongo que se frotaban las manos, el juicio estaba yendo tal y como ellos esperaban.

Nuevamente, mientras Nikita se retiraba, el abogado de la acusación se puso en pie y dijo:

—Llamamos a declarar al comandante de artillería Nikolái Vóronov.

Este testigo me lo esperaba, estaba claro que haría todo lo posible para vengar a los tres verdugos que, bajo su mando, asesinaron a mi madre. Volkov inició el interrogatorio al testigo:

—*Comandante Vóronov, ser un honor para todos aquí presentes que brillante artillero como ser usted venir a declarar a este juicio.*

Vóronov sonrió y dijo:

—*El honor ser mío.*

El letrado continuó:

—Comandante Vóronov, ¿*conocer* usted al acusado?

Vóronov respondió con voz firme:

—Sí, *conocerlo*.

Volkov insistió:

—¿Nos puede relatar cómo conocerlo?

Vóronov les contó a todos los presentes en la sala cómo nos conocimos. Hizo hincapié en que en ningún momento le dije que era hijo de los marqueses de Gibranzos, y que por eso confió en mí. Dijo también que abusé de su confianza asesinando a cuatro inocentes en total, un paisano de Trujillo que había cumplido con su deber de delatar a los enemigos del pueblo, y a tres soldados del Ejército Rojo que trataban de sacar información a los fascistas. Terminó su declaración poniéndose en pie gritando:

—¡Viva Stalin! ¡Viva la República!

La sala casi al unísono respondió:

—¡¡Viva!!

Mi abogado se levantó y comenzó su interrogatorio:

—Comandante Vóronov, querría hacerle una pregunta personal.

¿Qué haría usted si se entera de que su madre acaba de ser brutalmente asesinada por tres, digamos…, soldados y usted los tiene justo delante?

Vóronov, con gesto serio, dijo:

—*Si ser mi madre, yo asesinar a cualquiera que tocarla. Pero mi madre ser fiel socialista. Si mi madre ser marquesa, yo mismo ser quien la matara, no tener nadie duda.*

La respuesta de Vóronov hizo que varios de los presentes se pusieran en pie y comenzaron a aplaudir. Algunos gritaban:

—¡Viva la dictadura del proletariado! ¡Abajo la nobleza!

Mi abogado me miró y con un gesto de mi cabeza entendió que no quería que siguiese, por lo que dijo:

—No hay más preguntas, señoría.

La segunda sesión del juicio se dio por concluida. Salí bastante desanimado puesto que comprobé que estaban haciendo todo lo posible para condenarme a muerte.

La última comenzó como las anteriores, con una enorme expectación en la puerta del juzgado. Apenas había podido dormir esa noche, pero, a medida que avanzaban las horas, traté de convencerme a mí mismo de que las declaraciones de Chacón y de Manolo inclinarían la balanza.

El fiscal trató de invalidar a los testigos, puesto que dijo que declararían bajo la obediencia debida a un superior. Dijo que nadie podía olvidar que, además, fui yo el que recomendó los ascensos a sargento y tendiente respectivamente de mis dos subordinados.

Percibí cómo la gente presente en la sala comentaba en voz baja lo que decía el fiscal. Afortunadamente para mí, el juez dijo que los testigos eran totalmente válidos.

El primero en declarar fue Chacón. Tal y como esperaba, relató cómo nos conocimos y no tuvo reparos en contar las veces que encabecé ataques, lo implicado que siempre había estado con la causa, lo mucho que había peleado por el bienestar de mis hombres…

Manolo hizo lo propio, recordó que mi ayuda fue crucial para que los T-26 pudieran subir al cerro de Santa María de la Cabeza, inclinando de forma definitiva la victoria hacia nuestro lado.

Recordó también la primera y la segunda batalla de Teruel, hizo hincapié en que odiaba arriesgar las vidas de mis hombres, y que prefería arriesgar la mía propia.

Cuando terminaron las declaraciones de Manolo y Chacón, llegó el turno de las conclusiones.

El fiscal argumentó que en la lucha interior que se había desarrollado en mí desde el inicio de la guerra, orígenes nobles y conservadores frente a ideales revolucionarios, finalmente se impuso el ser atávico y ancestral que habitaba en mi interior, y ofrecí mis

servicios como espía al enemigo. Insistió en el continuo desprecio a mis subordinados, y mi falta de valor en algunas ocasiones muy comprometidas. También argumentó mi falta de estima a nuestro aliado soviético. Despreció el testimonio de Chacón y de Manolo, diciendo que era el testimonio lógico de dos subordinados y amigos. Por todo ello, pidió para mí la pena de muerte.

El letrado de la acusación particular se centró en el odio que había demostrado hacia el aliado de la España Republicana, la Unión Soviética, habiendo asesinado a cuatro de sus soldados. Dijo que esa era la muestra más palmaria de que efectivamente yo era un enemigo de la Revolución. Se sumó a la petición del fiscal y pidió también la pena de muerte.

Mi abogado se centró en desmentir las falsedades que varios de los testigos habían vertido contra mí, y recordó todo lo que había hecho por la República, cómo se había utilizado mi imagen para motivar a la desmoralizada población de Madrid en momentos muy duros; cómo los que mejor me conocían, los que habían luchado codo con codo conmigo, defendían mi inocencia. Por último, lógicamente no pudo negar que maté a los soldados rusos, pero dijo que, independientemente del origen de nuestra madre o hermana, cualquiera en mi situación lo hubiera hecho. Por todo ello, pidió mi absolución.

El juez declaró el juicio visto para sentencia, y nos citó a todos la mañana siguiente.

Salí de allí apesadumbrado, tenía el presentimiento de que mi condena ya estaba firmada antes incluso de que esta farsa se iniciara. Al llegar a la cárcel, Líster me estaba esperando.

Dijo que haría todo lo posible porque no me condenaran a muerte, y me pidió que tuviera fuerza.

También consiguió, lo que interpreté como el último deseo que se les suele conceder a los condenados a muerte, que pudiera pasar la que tal vez sería mi última noche con mi amada Laura.

Nos abrazamos y nos tumbamos en el sucio camastro de la celda que nos habilitaron. Laura no quería hablar, me dijo que solo quería sentir cómo mis brazos rodeaban su cuerpo. Yo por mi parte solo quería sentir el perfume de su pelo, quería irme con ese recuerdo de este mundo. Ambos sabíamos lo que sentíamos el uno por otro, con un amor tan intenso y puro las palabras no eran necesarias.

A las siete de la mañana, tocaron en los barrotes de la celda y supe que ya había llegado la hora.

Laura se despidió, y me dijo que nos veríamos en el juicio. Desayuné un currusco de pan duro con café aguado que me supo a benceno.

Sobre las nueve de la mañana subí al camión que me llevaría al

juzgado. Al llegar, me sorprendió que la expectación era aún mayor que en días anteriores. Los gritos se entrelazaban unos con otros, pero ya no quería hacer el más mínimo esfuerzo para tratar de entender lo que decían.

La sala estaba totalmente abarrotada. Al fondo descubrí las siluetas de Laura y de Victoria. Chacón y Manolo estaban con ellas.

Cuando ya todo el mundo estaba en su sitio, el juez tomó la palabra:

—Hoy, sábado, 1 de abril, procedemos a dar lectura a la sentencia del acusado Alonso Quiñones García de Paredes. ¡Póngase en pie el acusado!

De inmediato me puse en pie, presto a escuchar la sentencia.

—Vistos los escritos de la fiscalía, de la acusación y de la defensa, así como el testimonio de los diversos testigos que han pasado por esta sala, y de acuerdo a las leyes vigentes, condenamos al acusado a pena de muer…

De pronto, un estruendo sonó en la sala. La puerta se abrió de par en par y el teniente coronel Líster entró corriendo. El juez, visiblemente contrariado, le reprendió:

—¡Teniente coronel! Estamos en un juicio, esto no son formas de entrar a una sala, tengo que ordenar que le expulsen.

Líster, aún jadeante, dijo:

—Señoría…, traigo una nota firmada por el presidente Negrín.

Se giró y, mirando a todos los presentes en la sala, gritó:

—¡Los sublevados se han rendido! ¡La guerra ha terminado!

Toda la gente allí presente comenzó a saltar y gritar llena de júbilo. Todos menos Chacón, Manolo, Victoria, Laura, Líster y yo mismo. La guerra había terminado, sí, pero yo ya sabía lo que me iba a pasar.

El juez, golpeando enérgicamente su maza, mandó callar a todos los presentes. Cuando el silencio volvió a reinar, dijo:

—¡Por fin acabó esta maldita guerra! Por favor, escúchenme, tengo aquí un documento firmado de puño y letra por el presidente de la República, don Juan Negrín López, en el que ordena que, como medida de gracia y agradecimiento por su inestimable colaboración en la consecución del objetivo que acabamos de alcanzar, a pesar de que según don Juan, no hay dudas de la colaboración del acusado con el enemigo, se le conmute la pena de muerte por veinte años de trabajos forzados en el campo de trabajo de Laroya, en la provincia de Almería.

***

Sigo tumbado en el suelo. Más de diez bombas de gran calibre han explotado cerca de mí, pero no me han herido, tan solo estoy aturdido, esperando que todo pase.

Escucho las cadenas de los tanques aproximándose, y las ráfagas de

subfusil de los atacantes, que tratan de acabar con los pocos guardias que aún se mantienen en pie.

De repente se hace el silencio, roto tan solo por el lamento de algún herido, y una locución radiada con fuerte acento alemán llena el vacío que han dejado las detonaciones.

PRISIONEROS DEL CAMPO DE TRABAJO DE LAROYA, LAS FUERZAS DEL TERCER REICH *HAN LLEGADO PARA LIBERARLOS. EL* FÜHRER *ADOLF HITLER LES TRANSMITE SU CALOROSO SALUDO Y LOS ANIMA A INTEGRARSE EN EL GLORIOSO EJÉRCITO ALEMÁN PARA ACABAR DE UNA VEZ POR TODAS CON LA DICTADURA SOCIALCOMUNISTA QUE SE IMPLANTÓ EN ESPAÑA TRAS LA CRUZADA QUE EN ESTAS TIERRAS SE LIBRÓ.*

Mi España, mi pobre España. Dejé lo mejor de mi vida en los campos de batalla luchando por la democracia para que finalmente los comunistas implantaran su dictadura. Ahora, esta dictadura será sustituida por otra nacionalsocialista.

Mientras estos pensamientos recorren mi cabeza, me doy cuenta de lo principal. Soy libre, estos alemanes me han liberado. Con las manos en alto me incorporo y sale a mi encuentro un soldado con el uniforme alemán, pero con escasa pinta de ser ario de pura raza. Se aproxima y me dice:

—¡Amigo, eres libre!

Ese acento no es alemán, no me cabe duda. Le respondo:

—Muchas gracias, usted no es alemán, ¿verdad?

Mi interlocutor se ríe:

—No, claro que no, yo soy navarro de Tudela. Luché con los requetés en la guerra y estuve oculto en los bosques hasta que llegaron los alemanes. Tienes que ver cómo corren los rojillos cuando avanzan nuestros Panzer. ¡España vuelve a ser de los españoles, compañero! Si te quieres unir a nosotros, en la retaguardia tenemos el camión de alistamiento.

Agradezco las palabras del soldado navarro. Ni en la peor de mis pesadillas me hubiera imaginado formar parte de un ejército como el alemán, pero puede ser una vía de escape para mi situación. Le pregunto nuevamente:

—Entonces, ¿cómo va la guerra? Aquí nos hemos enterado de poco, la verdad, supimos lo de Polonia, y que en mayo se inició el ataque alemán contra Francia.

Me responde:

—Alemania también se ha anexionado Noruega y Dinamarca. Bélgica y Holanda apenas opusieron resistencia, y Francia aguantó apenas mes y medio. Como el Gobierno socialcomunista español declaró la guerra a Alemania nada más iniciarse la invasión de Francia, las tropas alemanas no se pararon en los Pirineos y avanzaron

hacia el sur. España está siendo algo más complicada por la orografía, pero en breve caerá y quedará limpia de rojos. Por ahora, ha caído todo el levante, el norte y las Castillas caerán a continuación, no lo dudes. La maquinaria de guerra nazi es una auténtica apisonadora.

Vuelvo a preguntar:

—Y ¿con Stalin cómo están las cosas?

El soldado se levanta el casco, se rasca la cabeza y dice:

—Aunque el *Führer* hizo un pacto con él, todos creen que es cuestión de tiempo que se rompa. Hitler no soporta a los comunistas.

Insisto:

—Entonces…, ¿crees que Alemania declarará la guerra a la URSS?

Meneando su cabeza, me dice:

—Sin ninguna duda.

De improviso un oficial alemán montado en su tanque pasa a nuestro lado y grita:

—González, *beweg dich weiter, Idiot!*

El soldado se coloca el casco y me dice:

—Me tengo que ir. Espero verte de nuevo pronto.

Otro giro del destino en mi rocambolesca vida, paso de desear mi propia muerte a volver a sentir la ilusión por vivir.

El ideal nazi está totalmente alejado de mis valores y de mi forma de concebir la vida, pero ahora mismo solo había tres motivos por los que me merecía la pena seguir viviendo: Laura, mi hermana Victoria y su hijo, que ya habría nacido y al que aún no conocía, y la sed de venganza que me impulsaba a acabar con la vida del que ordenó la cruel muerte de mi madre, el asesino Vóronov, y al menos pedir explicaciones a todos los que testificaron falsamente contra mí en aquella farsa de juicio al que me sometieron. Si para ello, entre otras cosas, tenía que recorrer las frías estepas rusas portando el uniforme de la *Wehrmacht*, eso haría.

A lo lejos veo cómo se aproxima el camión de reclutamiento. El soldado que lo conduce me saluda y se para a mi lado. Varios compañeros prisioneros del campo me siguen. Llego hasta la parte trasera del vehículo, donde un oficial moreno de ojos azules me dice con acento alemán:

—Este ser camión de alistamiento, si usted querer luchar contra enemigos de su país, diga su nombre y profesión.

Feliz como el niño que recibe un regalo que jamás hubiera imaginado, le respondo:

—Me llamo Alonso Quiñones García de Paredes y soy ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.